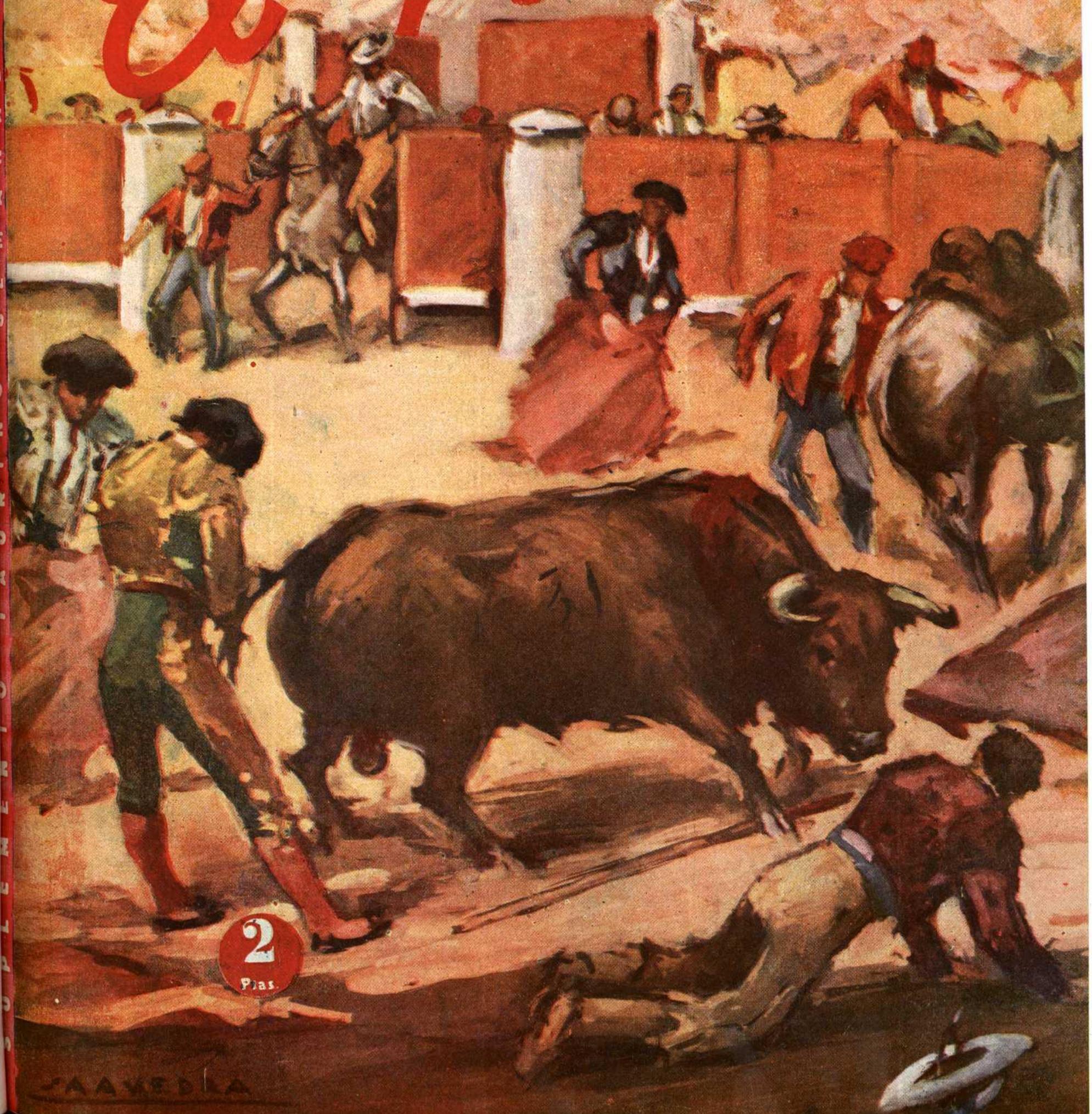


El Ruedo



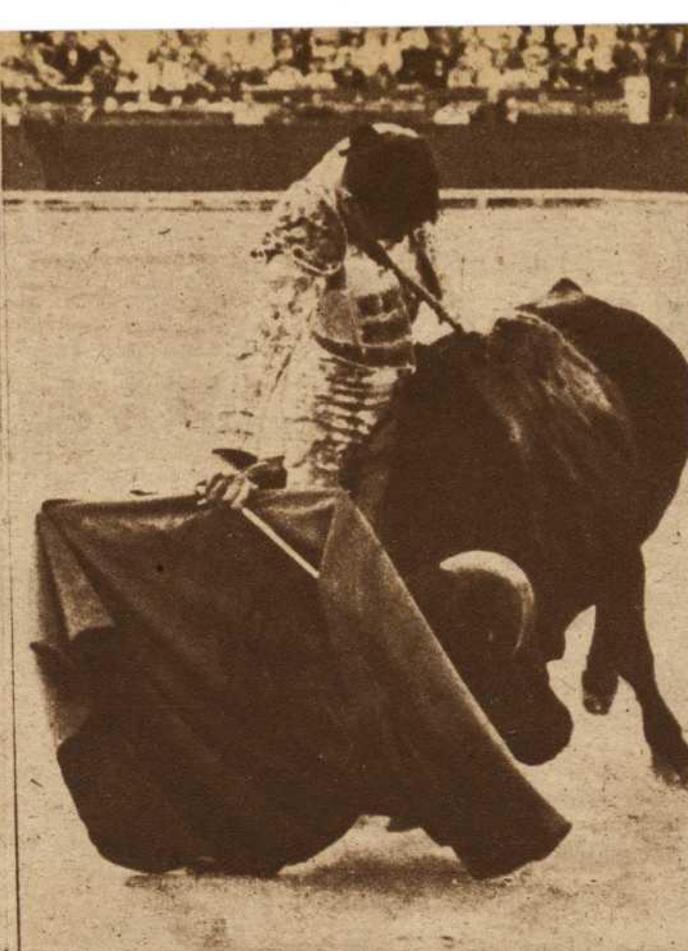
2
Pias.



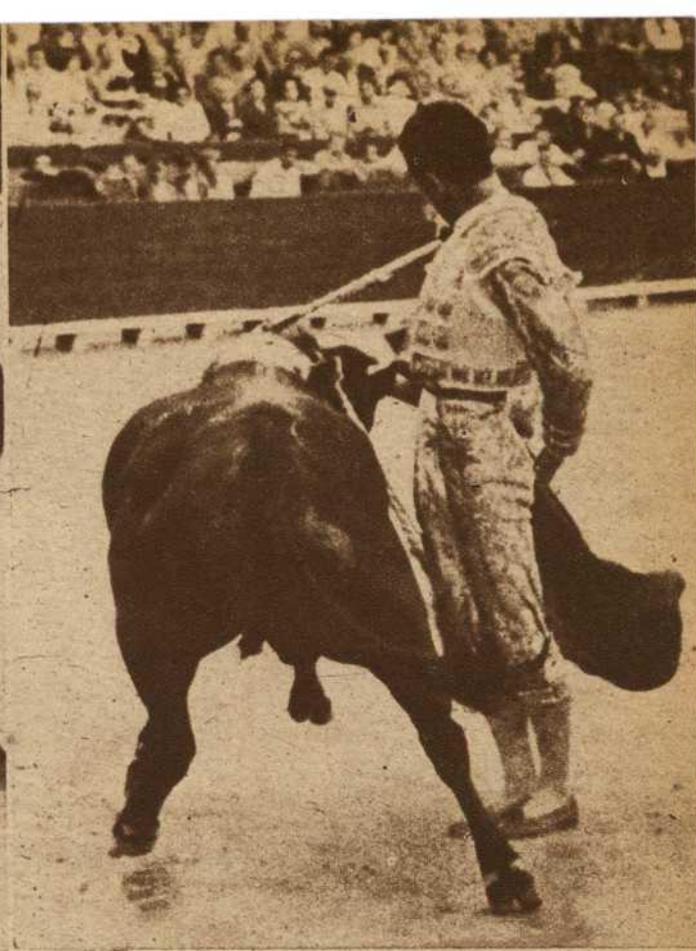
Pepe Luis rematando un muletazo
(Dibujo de Dardo.)



Arruza, pasado por alto en un ayudado a su segundo toro en la primera de feria



En el segundo toro de la primera de feria valenciana, el mejicano torreando por bajo y en redondo



En el mismo toro en que cortó las orejas. Carlos Arruza se adorna pasándose la muleta por la espalda

LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE VALENCIA

EN ESTE NUMERO UNA GRAN INFORMACION,



El Estudiante en un molinete



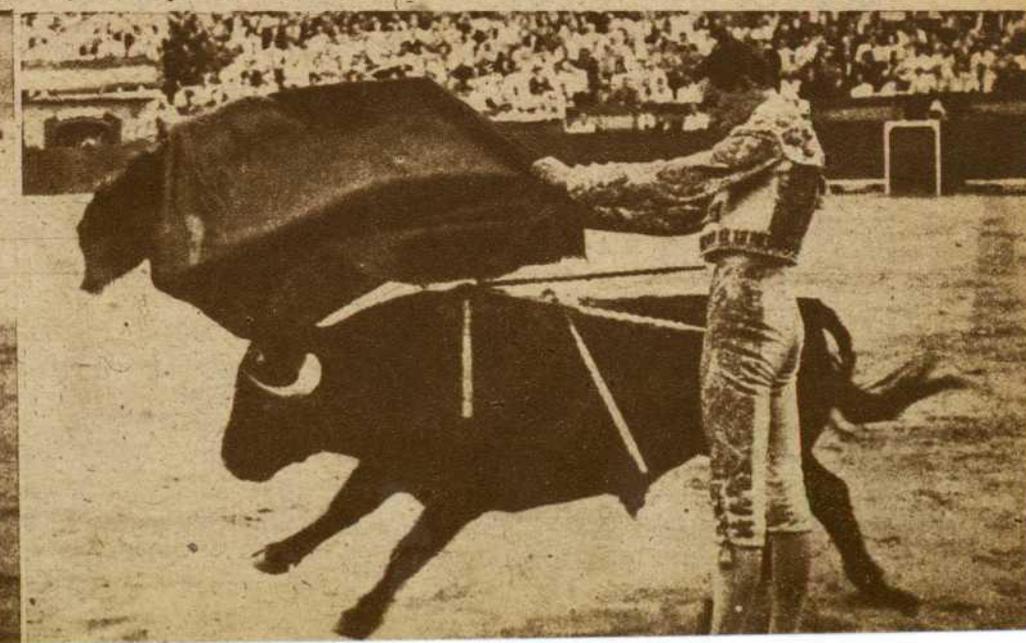
El Choni torreando de muleta. Abajo: Andaluz en un pase de pecho



Parrita torreando de muleta. Abajo: Un ayudado por alto del madrileño



El Estudiante en un natural (Fots. Vidal)



Plaza de Toros de LA CORUÑA

VERANEO 1945

(EMPRESA A. GONZALEZ VERA)

Tres grandiosas corridas de abono y una extraordinaria que se celebrarán los días 5, 7, 8 y 9 de agosto de 1945

¡¡EXTRAORDINARIOS CARTELES!!

¡¡Los mejores carteles de la temporada taurina!!

DIA 5 DE AGOSTO DE 1945

CORRIDA EXTRAORDINARIA

Un toro de GABRIEL GONZALEZ para la excelente rejoneadora

CONCHITA CINTRÓN

y SEIS TOROS, SEIS, de la acreditada ganadería del CONDE DE LA CORTE que estoquearan los famosos diestros

ARMILLITA-

PEPE LUIS VAZQUEZ

y

LUIS MIGUEL DOMINGUI

DIA 7 DE AGOSTO DE 1945

(PRIMERA DE ABONO)

8 MAGNIFICOS TOROS, 8

de

PEREZ CONCHA

estoqueados por

MANOLETE

ARRUZA

MONTANI

y

PARRITA

DIA 8 DE AGOSTO DE 1945

(SEGUNDA DE ABONO)

Un toro de TOVAR para el gran rejoneador **D. ALVARO DOMECA**

6 ESCOGIDOS TOROS, 6

de la acreditada ganadería de Don JUAN GUARGUOLA (antes Parladó) muertos a estoque por

MANOLETE

ARRUZA

y

PEPIN MARTIN VAZQUEZ

DIA 9 DE AGOSTO DE 1945

(TERCERA DE ABONO)

¡La mejor combinación de la temporada!

MANOLETE

y

ARRUZA

(MANO A MANO)
con

6 MAGNIFICOS TOROS, 6

de la acreditada ganadería de Don JOAQUIN BUENDIA, antes SANTA COLOMA

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

¿En qué fecha tomó la alternativa Chiquito de Begoña?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid; respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

P R E M I O S

UN PREMIO DE 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual explicamos a cuantos escriban antes claramente su nombre, apellidos y domicilio.

SOLUCION AL CONCURSO ANTERIOR

Manuel Torres, Bombita III, tomó la alternativa, el 16 de septiembre de 1907, de manos de su hermano Ricardo. Se retiró en Sevilla el año 1917.

HOJAS DE AFEITAR HAY
MUCHAS...





El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A la hora que escribo estas líneas, parecía estar resuelta la cuestión de sustituciones en las cuatro corridas de la feria valenciana, que no podrá torear Domingo Ortega, por el percance sufrido días pasados en su finca de Navalcar. Se decía muy a última hora que tres puestos serían ocupados por Luis Miguel Dominguín y uno por Curro Caro, y que en la primera corrida, en vez de tres matadores, figurarían cuatro, quedando el cartel compuesto por Curro Caro, Lorenzo Garza, Arruza y Parrita. Y por lo pronto, ya conocemos la primera rectificación, y el sábado torearon El Estudiante, Arruza y Parrita.

Una vez más queda evidenciado el gravísimo peligro que representa, como indicaba en el «Pregon de Toros» de hace un par de semanas, la obstinación de la mayoría de las empresas en montar una serie de corridas a base de un par de nombres. Las obligadas sustituciones, cuando uno de ellos o los dos fallan, acarrearán perturbaciones extraordinarias en los presupuestos, que se reflejan inmediatamente en las taquillas.

Este criterio sostuve en el aludido pregon del número 56 de EL RUEDO, refiriéndome también a la famosa feria de los sanfermines de Pamplona. Feria a la que, por desgracia, no asistí este año, y escribí refiriéndome, más que a unos datos, a unas alusiones que del resultado práctico de las corridas hacía en sus crónicas un escritor que es, además, precisamente navarro.

Pero ahora resulta que las cosas no ocurrieron así en la tierra de San Fermín, y un insigne doctor que, según creo, pertenece a esa maravillosa institución pamplonica de la Santa Casa de Misericordia, me rectifica en simpática carta que le agradezco. Y como no me duelen prendas, y me consta que el que vea la luz esta rectificación será grato al aludido doctor y a muchos buenos aficionados navarros, no vacilé en reproducirla. Dice así: «De las 13.000 localidades que tiene de aforo la Plaza, se vendieron el primer día, fiesta de nuestro Santo, 12.000 aproximadamente; el segundo día, que coincidió con domingo, se dejaron de vender 100 localidades solamente; el tercer día, a pesar de ser lunes y día laborable en toda la provincia, para las cuatro de la tarde (la corrida empezaba a las seis y media), se puso en las taquillas el letrerito de «No hay billetes»; el cuarto día fué el más flojo y, a pesar de ello, hubo más de tres cuartos de Plaza; y por último, el día del festival a beneficio de la Santa Casa de Misericordia, también se cerraron las taquillas momentos antes de empezar, por haberse agotado el billete».

Como dato complementario, y por cierto bien curioso, me facilita mi comunicante que desde la inauguración de la Plaza, en 1922, solamente recuerda que se hayan agotado las localidades en un par de ocasiones: una vez con Cagancho y otra con Belmonte, cuando su reaparición.

Hecha con mucho gusto la rectificación, declaro que lo que han demostrado los «pamplonicos» es su condición de excelentes aficionados a la Fiesta nacional, en cuyo conjunto está su importancia, no en la obstinación de vincularla sobre un par de diestros, cargando sobre ellos la tremenda responsabilidad de sostenerla.

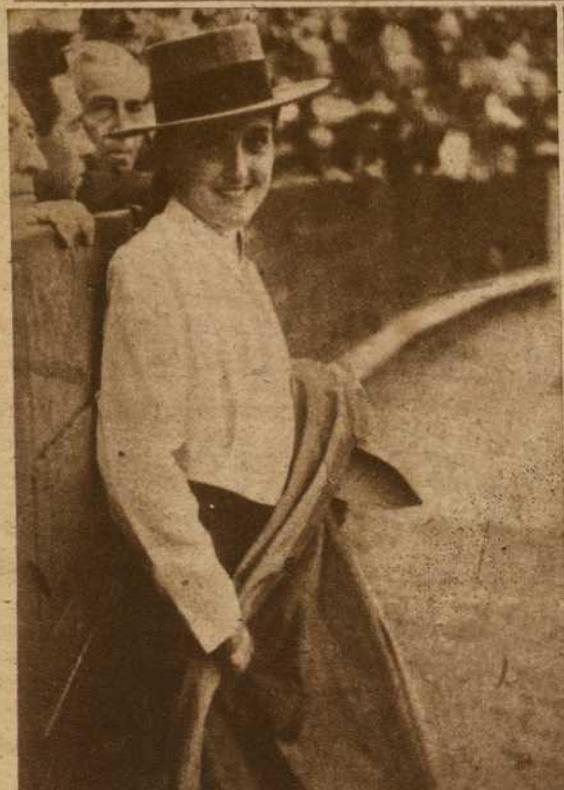
Año II - Madrid, 26 de julio de 1945 - Núm. 58



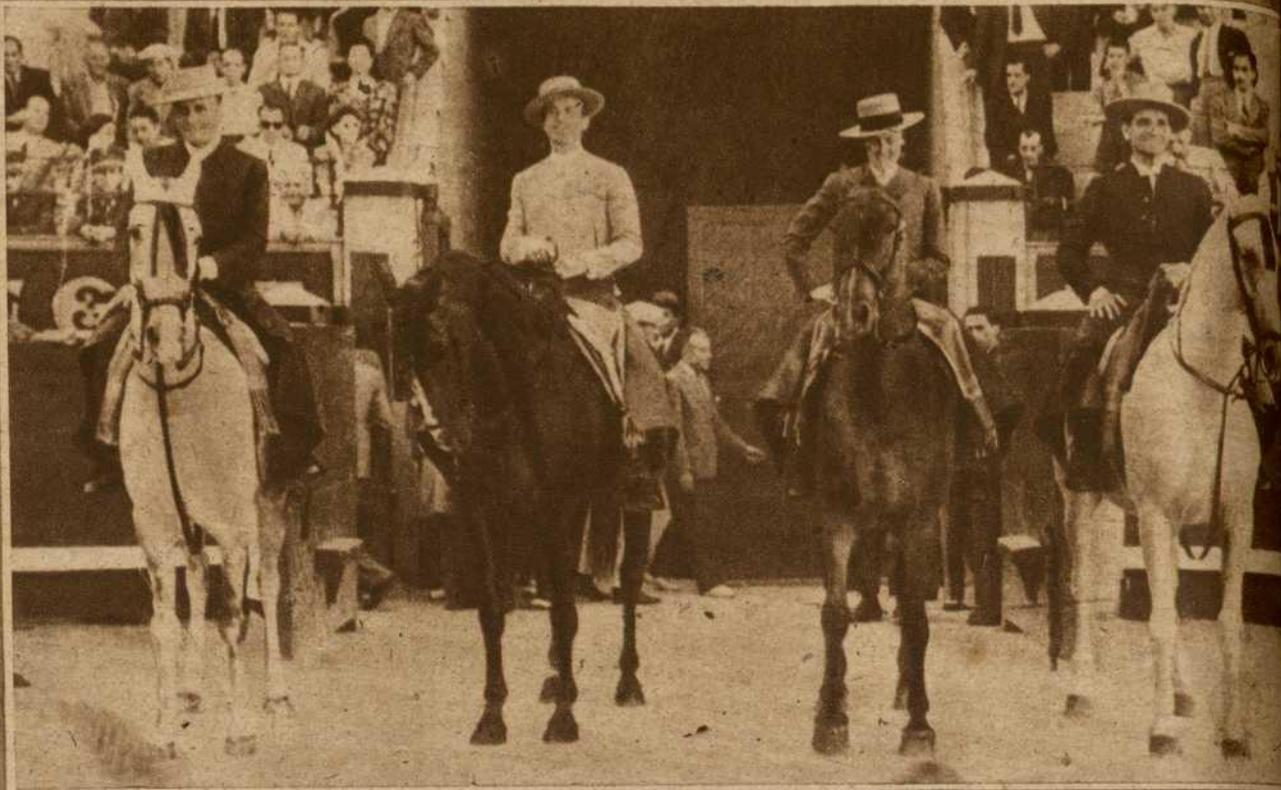
El popular empresario don Eduardo Pagés, que falleció el lunes en San Sebastián

En las páginas 20 y 21, un gran reportaje que se le hizo para EL RUEDO, dos días antes de partir para la capital donostiarra

FESTIVAL TAURINO EN MADRID



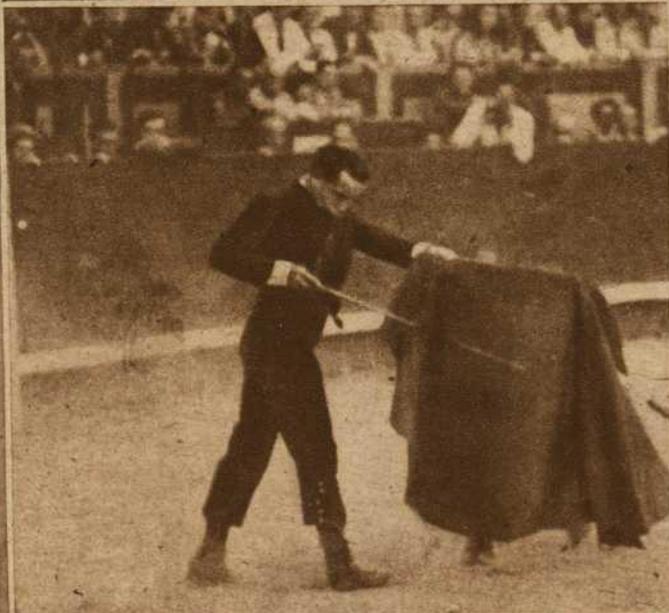
Conchita Cintrón esperando la salida de su novillo, en el festival celebrado en la Plaza de Vista Alegre



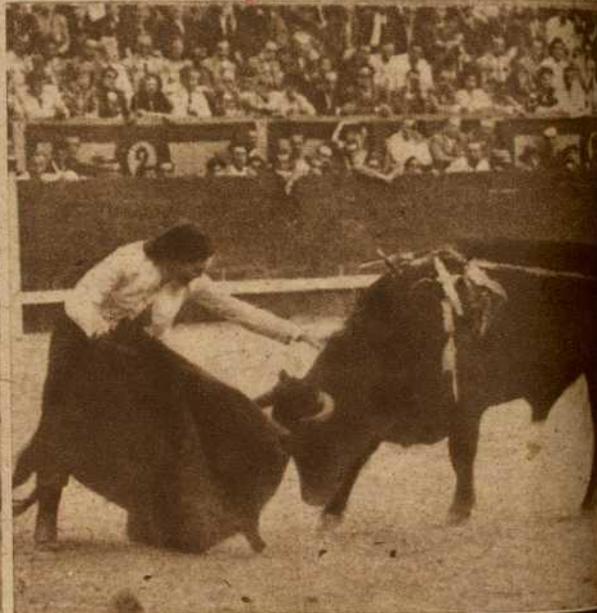
El duque de Pinhermoso, Alvaro Domecq, Conchita Cintrón y Juan Belmonte momentos antes de dar comienzo el festival taurino.



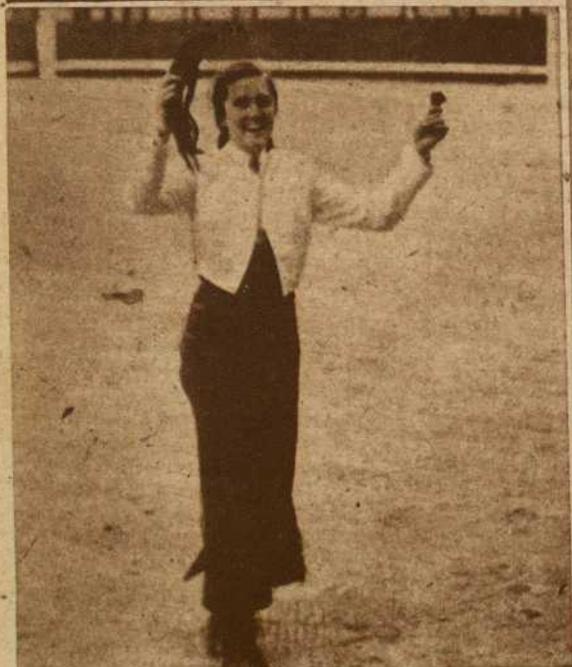
Conchita Cintrón templando y mandando en un lance de capa



Juan Belmonte en un pase de pecho de plena solera belmontina



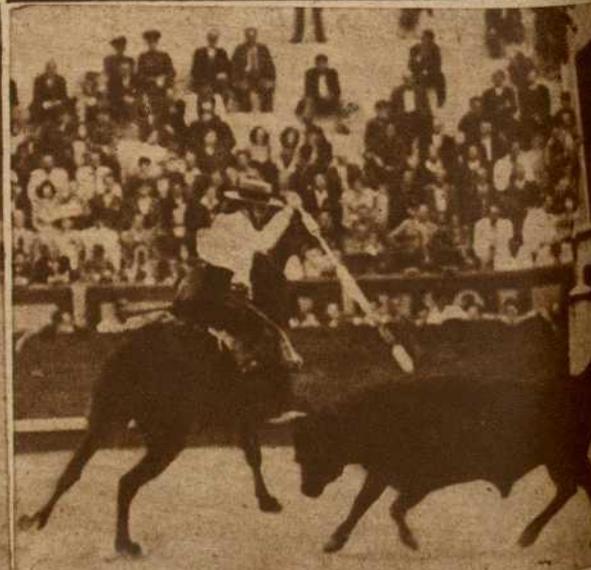
Conchita Cintrón en un momento de la gran faena que hizo a su novillo, adornándose



La refonadora peruana dando la vuelta al ruedo después del gran éxito que alcanzó en su novillo

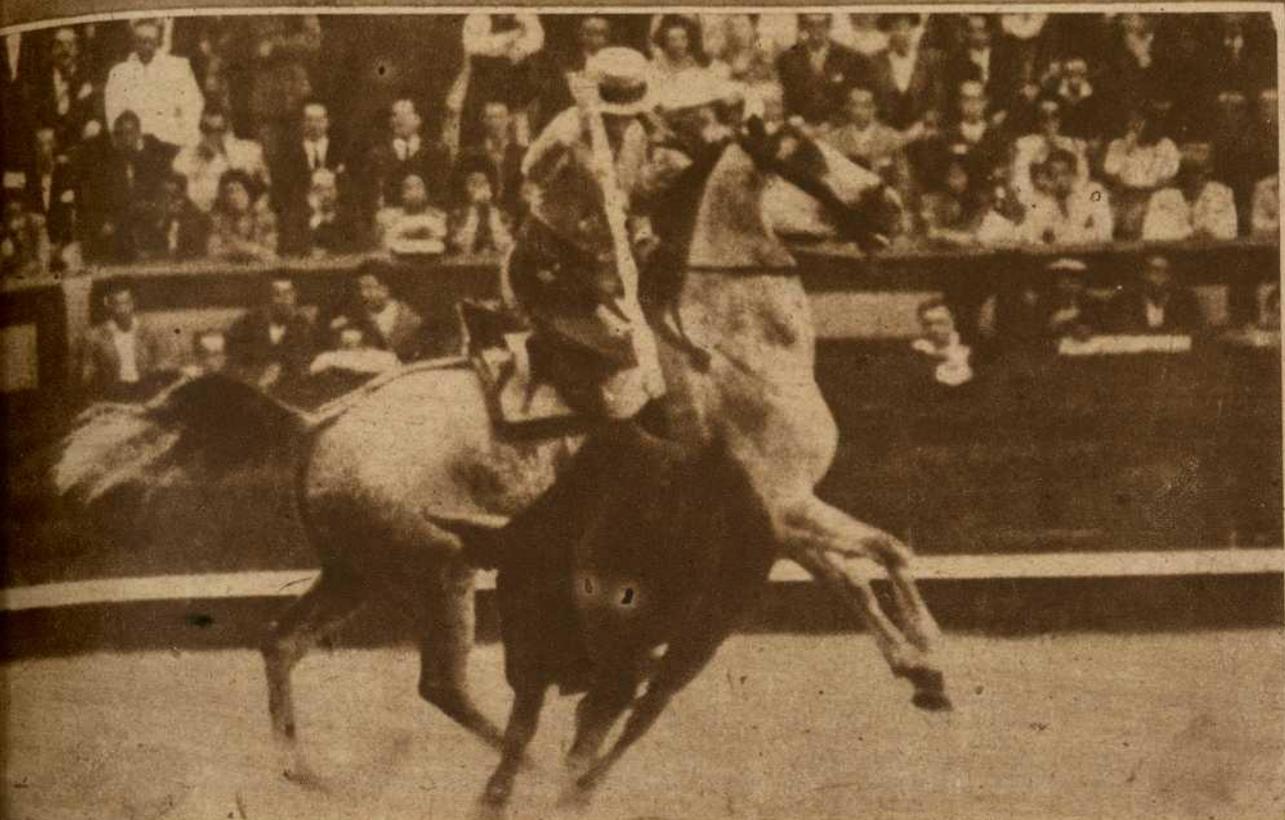


El famoso diestro Juan Belmonte en un pase ayudado por alto

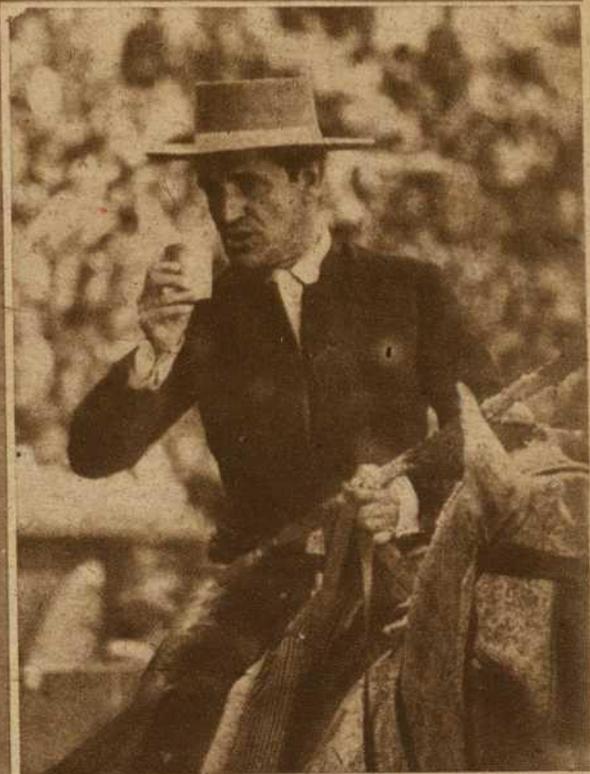


Conchita Cintrón en la primera fase de su actuación, clavando un rejón de muerte

CONCHITA CINTRON, JUAN BELMONTE, ALVARO DOMEQ, EL DUQUE DE PINOHERMOSO Y JUAN PEDRO DOMEQ



Alvaro Domecq clavando el rejón magistralmente



En un momento de descanso, entre rejón y rejón, Juan Belmonte refresca con un vaso de agua



Conchita Cintrón



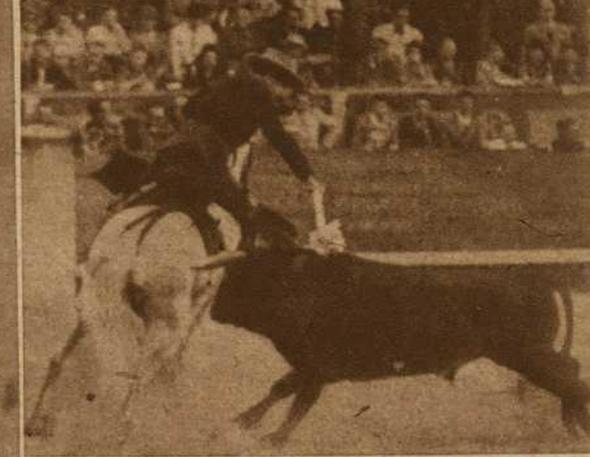
Juan Belmonte



Alvaro Domecq



Pinohermoso



Un excelente par de banderillas de Juan Belmonte al toro que rejoneó



Juan Pedro Domecq en un estatuario



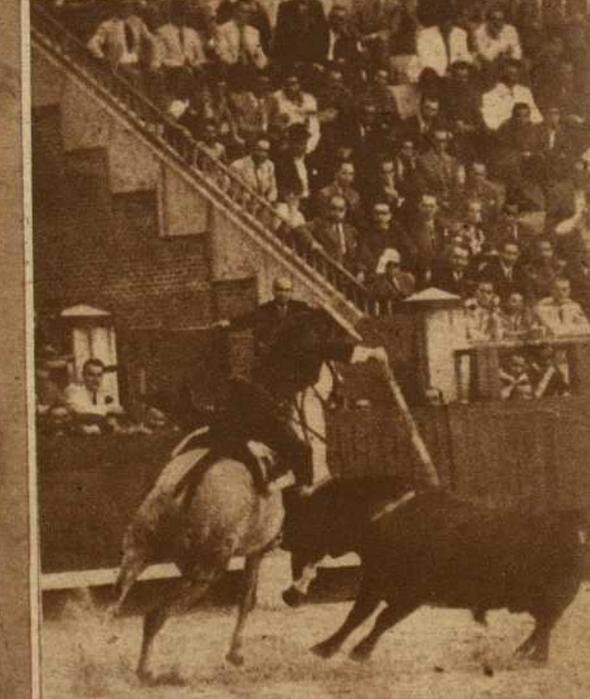
Pinohermoso, torreado de muleta



Belmonte dando la vuelta al ruedo



El trianero enciando a matar



El duque de Pinohermoso clavando un rejón en todo lo alto a su novillo (Fots. Baldemero y Mari)

RESES BRAVAS

Los colores de la divisa

Por JOSE CARLOS DE LUNA



NO soy un incondicional de las corridas de toros; voy a las que me ilusionan y a las que se ruedan dogmáticas y no queda otro remedio que tropezar con ellas. Así, lluyo presenciadas en lo que va de año ocho o diez en Madrid y otras tantas en provincias. Entre pares y nones —más nones que pares—, me ofrecieron una curiosa observación: casi todos los toros lidiados fueron toros, si no tal cual los apetece, bastante acordes con la razón del espectáculo. Si insistiesen los públicos en exigir y repudiar, a lo mejor desambocan los ganaderos en el conocimiento, mejor o peor tascado, de lo que constituye su obligación profesional, en la que radica el noventa por ciento del interés de la fiesta.

Mantuvimos, y seguiremos manteniendo, que una ganadería brava no es una tienda de comercio con su rótulo, dependientes obsequiosos, cajero y partida doble, sin que se deduzca de nuestra apreciación la planifera consecuencia de que el menester encarnado sistemática e inevitablemente la

ruina por el capricho y para la complacencia de un público versátil y aborotador.

Afinemos nuestro punto de vista leyendo en el pasado, no tan remoto. Razonablemente, con arreglo a lo que supone, una ganadería brava no puede tenerse y mantenerse sino como adhebra gustosa de una gran labor, donde la extensión de terrenos de sembradura, balbecos blancos, cerrados y eriales compongan un todo armónico que permita, sin desquiciamiento financiero, el engranaje de cría y recría de ganado de lidia. Esto es: la gran explotación agropecuaria, donde el capricho de ser ganadero bravo encuentra lógico acomodo sin desfilarnos ni miserias; que si el balance de esta afición, ¡tan señorial!, arroja un saldo en contra, valga, lo comido por lo servido y pase a cuenta de lujos previstos.

En este naturalísimo cuadro se desarrollaron la mayor parte de las ganaderías que dieron lustre a las combinaciones taurinas de antaño; y valgan de ejemplos Pablo Romero, Muñube, Veragua, Miura, Gamero Cívico, Félix Moreno... y tantas otras que no cito para no cansar, y porque si basta un botón de muestra, dando seis ya poco de de minucioso.

Otro modo, a la antigua usanza, de tener y mantener la afición prócer fué vinculándola exclusivamente en las posibilidades económicas del que, sintiéndola, quería ostentarla; y en este segundo caso se registraron ruinas, como en todo lo que se desboca y rebasa las reservas monetarias y hasta el capital del que se desentendó.

Muchos ejemplos también se nos vienen a los puntos de la pluma, y citáremos algunos, ya que no supone desdoro para el recuerdo, harto respetable, de los que encumbraron su nombre en los carteles, sin mirar sino a ellos en la responsabilidad libremente contraída por su amor propio: Orozco, Adalia, Parladé, Saltillo, Villalón, Otaola...

Mantener a palo seco, una divisa, sin más salidas que toros, ni otros ingresos que los proporcionados por su venta, era ruinoso o, por lo menos, antieconómico cuando no se tenía a mano el salvavidas del abuso, que hoy preside con tanto desatino los menesteres y componentes de la fiesta nacional.

Estos eran los dos matices de ganaderos de reses bravas, y en ninguno se prescindió de lo que se consideraba esencial para la cría y recría de un ganado sometido a cuantiosos desechos por tiente y malogro: las dos mil hectáreas precisas a las mil cabezas herradas; término medio de las que integran una ganadería, si se ufana de ganadero el que las marca y señalaba con hierro y divisa de abolengo.

Pero con aquello de que podía ser ganadero todo el que se le antojara crear, al amparo de una marca dibujada en familia la personalidad, se empequeñeció la profesión, porque se le engarzaron el descarado mercantilismo y la cuquería del tratante profesional. Y no frenan el atropello las cortapisas reglamentarias que convierten al novel ganadero de mogo llon en cursillista habilidoso, tozudo y sistemático. Se puede opositar noblemente a la Judicatura, a Aduanas, desde una humilde buhardilla; pero no es posible hacerse ganadero de reses bravas pasotando treinta vacas de vientre y un sementalito en un pedregal rústico de risible agrimensura, sin perro ni casa de labor, como diría mi paisano Chacort.

Conste que esto no va con usted, don Fulano. Usted sigue con sus anchurosas dehesas y sus cuatrocientas vacas bravas de vientre, aunque también se deje querer por ese aparceiro de la maracantinería que elevó el precio de las corridas a los guarismos astronómicos que tanto tanto nos vienen sorprendiendo, y que los

organizadores de circuitos taurinos consideran como eje y piedra imán de todos sus abusos y componendas.

Don Fulano: usted es un buen ganadero, a pesar de todo. Piense en la responsabilidad que ha contraído, y si le tomó gusto al día procure, por lo menos, que no nos sirvan gato por liebre garbanos.



EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT



ESTÁ tan de moda, que en todas las Plazas de Toros de España eso de pedir que banderilleen los matadores españoles y mejicanos que se presume saben hacerlo, que, a propósito de la presentación del Espartero como novillero en Sevilla —25 de julio, 1885—, referiré que a pesar de poner todo su empeño en complacer siempre al público, sólo a una suerte se resistió: a la de poner banderillas. El decía: «cuando vais ustedes a comprar unas botas, ¿le pedís al zapatero que toque el acordeón?... Pues contentarse con ver matar al mataor, que no es poco, y dejar a los banderilleros con sus palos». Tan valiente era el Espartero que de él es esta frase: «No puedo vé a los que ganando mucho no se arriman.

Un albañ está siempre expuesto a morir como yo y no cobra más que dos pesetas, mientras que a mí me pagan algunos miles por correr.

Si la frase resulta trasnochada a fuerza de exigir d'nero, hoy, los matadores punteros —a falta de freno en los apoderados—, más antiguo es lo de enjaezar las mulillas de arrastre. Leo que data nada menos que del 26 de julio de 1636. En tal fecha, un antecesor de nuestro ilustre acaide señor Alcocer, don Juan Castilla hizo que las mulas que sacan los toros después de haberlos jarroteado salieran con grande bazarria; las gualdrapas eran de tela de plata, con armas reales y grandes montes de penachos y pretales, con mucha cascabelada, que no pareció mal. Quienes vivan verán que los toros terminan por ser arrastrados por el camión de riego. No en vano estamos en el siglo motorizado.

Y si vuelvo a lo de las cifras astronómicas que ganan —no digo que injustamente— determinados matadores de tronío, con lo que nada extraño es que la fiesta, y por tanto las localidades, se hayan puesto por las nubes, es fácilmente comprensible que ya dichos diestros no se encierran en los ruedos con seis toros a imagen y semejanza de sus predecesores. No creo yo que sea por falta de facultades o por «temor a no poder, a descubrirse», que dicen las malas lenguas. Lo que ocurre es que hasta a los apoderados les tiene que dar cierto rubor eso de enfrentarse con un empresario y decirle: «Pido para mi matador algo que se parezca mucho al medio millón de pesetas». En otros tiempos no muy lejanos, Joselito —por cinco mil duros— despachaba solo y guapamente seis reses bravas; y Guerrita, que en un solo día actuó en tres plazas distintas y alejadas, hasta en Mataró —el 27 de julio de 1894— hizo otro tanto con igual número de toros.

Un paso adelante y otro atrás. Volvamos a las banderillas. Fué Santander el escenario de lo que voy a diseñar en breves trazos. Antonio Fuentes vió salir de los toriles el quinto de los Saltillo, que el Algabeno y él habían de lidiar y dar muerte, por cierto, resultó que no con mucho acierto. Para intentar reconciliarse con el respetable, Antonio cogió los palos. Pero bien porque tenía ya cuarenta y tres años; bien porque el toro le comió el terreno; bien porque no pudo o no supo marcar la salida al quiebro, como pretendía, es el caso que «sufrió una grave cornada en la región inguinal derecha, con presencia del intestino y del paquete vascular».

«¡Mi madre! ¡Ya me tocó a mí! Esto fué lo que dijo Cartujano cuando le llevaban a la enfermería. Le tocaba actuar con las banderillas. Tan rápido se le arrancó Piamonte que no le dió tiempo a huir. Creyéndose cogido irremediablemente, se tiró al suelo. Pensó que la res pasaría sobre su cuerpo. Pero como el cálculo no era tan exacto como lo son las matemáticas, el toro hizo por él y prendiéndole por el hipocondrio izquierdo le arrastró, le soltó, le volvió a coger e hizo cuanto pudo por asesinarle. En gravísimo estado, debido a su naturaleza hercúlea, Cartujano aún vivió veintinueve días antes de que le enterrasen en la fosa 110 de la calle de San Mateo, en la Almudena.

Un lector me pregunta que de cuándo datan las primeras corridas. A fuer de sincero, también yo estoy hecho un lío, porque los autores no se ponen de acuerdo. A dicho comunicante y al público lector si quiero hacerles saber que el 30 de julio de 1646 se celebró una fiesta de toros en la que actuaron «seis jinetes de a pie, que sin desembarazarse de capa ni de armas, arrebozados como estaban, hicieron suertes que entonces parecieron maravillosas, burlándose de la fiera de las astadas reses». Yo me limito a transcribir lo escrito por los Padres Jesuitas, que son concienzudos en todas sus investigaciones.

Y con recordar que el 31 de julio de 1853 fueron lidiados en Madrid aquellos dos famosos toros que se llamaron Rieverde y Magallanes, que tomaron dieciocho y diecisiete varas, respectivamente, he llenado este espacio de EL RUEDO, saludo y desaparece.



DOMINGO ORTEGA reaparecerá el día 4 de agosto en Vitoria

"Antes había más aficionados que espectadores; sin embargo, la fiesta ha salido beneficiada con esta incorporación"



DOMINGO Ortega, como un día Manolete y Arruza, ha sido presa de los toros. El maestro, el dominador, el

famoso lidiador ha sido falo de las empresas que en el mes de julio sentían esperanzas de no ahogarse en su organización. Ortega sostenía el interés de los carteles.

Y hace unos días, cuando se entrenaba en su finca, Domingo Ortega fué cogido de importancia, aunque no de gravedad. Nueva ausencia en los ruedos españoles de una de las figuras cumbres del escalafón taurino y nuevas preocupaciones para los organizadores.

Los encargados de filmar escenas de campo para el «NO-DO» se habían trasladado para captar las imágenes de nuestra fiesta en el campo. Y allí acudió Domingo Ortega, pocas horas después de llegar a Barajas en el avión.

Con su traje campero, el matador había efectuado los trabajos de derribo. Una becerro, ya tentada el año pasado fué la que sirvió a Ortega para esta misión. Pero se había olvidado el detalle de apuntar en los libros que había sido ya toreada anteriormente, nos decía el matador.

Por ahí vino el peligro, y el motivo de la cogida de Ortega no fué otro.

La becerro, —no pesaba más de ochenta kilos— acudió al engaño. En el primer pase se dejó llevar prendida del dominio del torero; pero cuando fué a intentar el segundo pase, la becerro se venció y fué directamente al cuerpo. Y gracias a la escasa potencia del animal, Ortega se libró de algo más importante. Esto es lo que conocí por todos y ya dicho, a las pocas horas de ser trasladado a Madrid, en donde fué asistido. Unas horas en el Sanatorio de Toreros y seguidamente el traslado a su domicilio, donde terminará su curación.

••

El mozo de estoques, en su propia labor, recibe órdenes, se preocupa de que no falte nada y hace de introductor.

El es quien nos hace el primer relato.

Al fondo, en el sitio de mayor visualidad, la última obra del maestro Zuloaga. Es un cuadro de Domingo Ortega, vestido de torero, magnífico de expresión, rico de colorido.

Mientras giramos una visita por el piso, dan por terminada la suya los doctores.

Un timbre suena y es aviso de que ya puede recibirnos el torero.

Instalado en una cama blanca de Sanatorio, Domingo Ortega sufre los dolores del percance y aguanta los rigores del calor de este julio. Con la sonrisa franca de las tardes de triunfo, el toledano nos recibe. Con esa satisfacción que experimenta por la mejoría de sus heridas.

Domingo Ortega espera que le hablen para responder. Quiere que seamos nosotros quienes iniciemos la conversación. Y nuestras preguntas van siendo contestadas, siempre atinadamente, sin muchos comentarios a nuestras observaciones, pero con el tino justo y sincero del maestro de lidiadores. Cautó, midiendo lo que quiere decir.

Así lo comprendemos. Así lo interpretamos. Y en frases sueltas, sin ligazón en el tema, pero cayendo siempre en lo actual, periodista y torero mantienen por unos minutos la conversación.

••

A las diecisiete corridas y fuera del peligro que acecha en los ruedos cada actuación del artista, Ortega ha perdido las cuatro firmadas para la Feria de Valencia y la del día de Santiago en Tudela. Cinco que restar a las cincuenta que por norma ha fijado para sí el matador en estas últimas temporadas.

—¿Por qué ese comienzo, tan avanzada la campaña taurina?

—Es muy larga —¿sabe usted?— y si diera cumplimento a

todos los deseos sería mucho ajeteo. Yo me siento satisfecho en comenzar dos meses después. Firmeza, bien entrenado y sin cansancio...

—¿Y de esa posible retirada en la imaginación de muchos?

—Fantasías. Eso nunca se piensa, ni se sabe cuándo es el momento. Depende de los éxitos o fracasos. De la fuerza moral del matador y de muchos motivos de influencia. No se sabe eso nunca. Y cuando se llevan quince años de matador, menos...

Ni un solo gesto de dolor deja traslucir. La charla no es interrumpida por las molestias. Es el primer día que ha descansado con normalidad y ello le permite sentirse tranquilo. Ortega fuma... queda extasiado ante las nubecillas de humo. Y de vez en cuando un leve movimiento, buscando mejor postura.

Vuelve a la conversación interrumpida. El astado actual, los toros como espectáculo... y el invierno en Méjico.

—¿Usted que se enfrentó con toros de verdad, notará la diferencia?

—La afición ha sufrido una transformación grande. Antes había más conocedores de la fiesta...; existía el aficionado. Hoy es espectáculo, y cuando las masas acuden a las taquillas, sostienen el espectáculo y obligan a variar normas y sistemas y hay que aceptarlas. A todos ha beneficiado este entusiasmo que hoy se mantiene alrededor de nuestra fiesta. Y el arte en sí, cuando es bello, no pierde. Se amolda a los estilos.

Cuando se habla de contratos para Méjico, Ortega, si quisiera, iría a continuar sus éxitos de antaño. Cuatro años actuó por las Plazas aztecas. Y en El Toreo quedó toda la gama de su arte, del dominio sobre los toros, de la maestría del toledano.

Pero eso no está en los cálculos de Domingo.

—¿No aceptará usted un contrato esta temporada?

La temporada en España es larga. Y enlazar con la de Méjico supone mucho trabajo. Viajes, actuaciones y vuelta a continuar en los ruedos españoles la labor sin descanso. Eso frena la marcha de Ortega.

••

Quince días inactivo. Y cinco corridas perdidas.

La becerro perteneciente a la ganadería del maestro ha sido causa de este alejamiento de los ruedos. Una doble trayectoria, con destrozos importantes, no pudiendo reaparecer hasta el día 4 de agosto en Vitoria. Esta será la primera actuación de Domingo Ortega. Así nos lo confirmó el diestro, quien esperaba poder abandonar el lecho a mediados de la presente semana. —JOSE CARRASCO



Domingo Ortega, trasladado a su domicilio, cura de su herida, que le produjo una becerro en su finca de Navalcaide

Reportaje gráfico de las corridas de la feria de Valencia



Arruza, acompañado de su madre, aparece sonriente antes de empezar a prepararse para ir a la Plaza



El torero mejicano, que no siente ninguna preocupación, deja pasar las horas que le separan de la Plaza, tocando la guitarra



León Gómez, El Estudiante, minutos antes de ir a la Plaza, fuma el último pitillo



El mozo de estoques dando los últimos toques al vestido que lucirá esta tarde El Estudiante



El Estudiante, Curro Caro y Carlos Arruza conversando en el descanso de la corrida, entre barreras. El Choni, firmando autógrafos a sus admiradores, en un descanso de la corrida (Fots. Vidai)

RESUMEN DE TRES CORRIDAS

EN Valencia, como es tradicional por estas fechas se está celebrando su famosa Feria de Julio. En cuyos festejos, el plato fuerte, el plato más emocionante, es el de las corridas de toros que llegan a sumar hasta nueve combinaciones, en el año que transcurre.

La del presente habían despertado el interés de los valencianos y de los que no son valencianos; pero reciente percance sufrido por Manclète y la herida de la que cura Domingo Ortega, deshicieron varios de los carteles que se van variando dentro del mejor matadero y sin que nadie se entere. Tan secretamente se hacen las cosas la Empresa, compuesta por los señores Alegre y Puchades.

Desde que una corrida termina, hasta la hora del apartado de la siguiente, se lanzan combinaciones y más combinaciones, que caujan o no y se hacen o no firmes, en el ya citado momento del apartado.

Hasta el instante en que describimos estas líneas apresuradamente, para llegar al cierre del presente número de EL RUEDO, van celebradas tres corridas de toros, las de los días 21, 22 y 23, y en lo tocante a lo que hemos visto de todo.

A una res de don Atanasio Fernández se la cortó a banderillas de fuego; a otra de Galache se la dio la vuelta al ruedo entre una ovación; a alguna más se la aplaudió y también hubo arrastre seguido de una pita más o menos grande, como el del cadáver de un toro de Flores Albarrán, corrido en la tercera de esta feria valenciana.

Lo más sintomático, en lo referente al ganado, que ni una sola de estas tres primeras corridas, de don Vicente Charro, don Atanasio Fernández y Heróles de don José María Galache, se ha lidiado completa.

Ha habido sustituciones en los corrales y sustituciones en el ruedo, dándose el caso de que en la segunda salieron al ruedo tres sustitutos cuya presencia fué acogida con sendas broncas. Para colmo de desgracia, al aparecer el único toro con presencia y tercio, se partió la res un pitón y volvió al corral para ser apuntillada.

Desde luego, puede asegurarse que, hasta ahora, los ganaderos no se han lucido en cuanto a presentación, siendo la más gorda, y en general la más buena, la de Galache que, de cinco toros, dos demostraron bravura y docilidad. Uno de éstos fué el de la vuelta al ruedo.

Carlos Arruza ha tomado parte en los tres toros que ya tuvieron lugar, y lleva cortadas ocho orejas y un rabo y escuchadas ovaciones sin cuento al momento, como pago y consecuencia de varios pases, banderillas asombrosas y de unas faenas temerarias, torerías de las que hay que destacar, como afortunada excepción la de la res a cabo con un toro de Galache en la tarde del día 23.

Tanto se erró y tanto valor puso en su gestión, que al citar al natural el bicho no tuvo más remedio que encunarse y zarandearse; tan ocupado estaba.

Antes de ir a recoger el premio Arruza se ganó la vida en unos asombrosos moñetes de rodillas,

para ellos también de rodillas, y en su clásico momento de spryar el odo en el tafuz, en el tafuz, como llaman los espectadores a este alarde de valor.

Arruza contrató siete corridas, y si sigue a este tren al público le va a saber a poco.

Luís Gómez, El Estudiante, ha tomado parte en dos corridas, y le cupo el honor de cortar, en el primer toro de la feria, las primeras orejas de esta tanda de toros corregudas, como dicen los valencianos.

El madrileño, como siempre, se dejó pasar muy cerca el peligro, y tanto acentuó esta exposición que recibió un espantado y fortísimo pisotón que le impidió matar su segundo enemigo del día 21. Pasadas veintidós horas, y haciendo un esfuerzo, volvió al ruedo para seguir valiente.

Agustín Parrita, Parrita, lleva cortadas dos corridas, siendo ovacionado.

En la tarde del 23, al toro de Galache, al que le dieron la vuelta al ruedo, le hizo un faenón magistral, del que sobresalieron nueve naturales y varios pases de pecho, sencillamente geniales, como geniales fueron unos derechos engendrados y rematados sin mirar el toro y si paseando la vista por los tendidos.

A Parrita le concedieron dos orejas y el primer rabo que se ha cortado en estas corridas, de las que aun faltan seis.

Agustín, entre una clamorosa ovación, dió la vuelta al ruedo y sacó, para que le acompañase, al mayoral de la vacada de Galache.

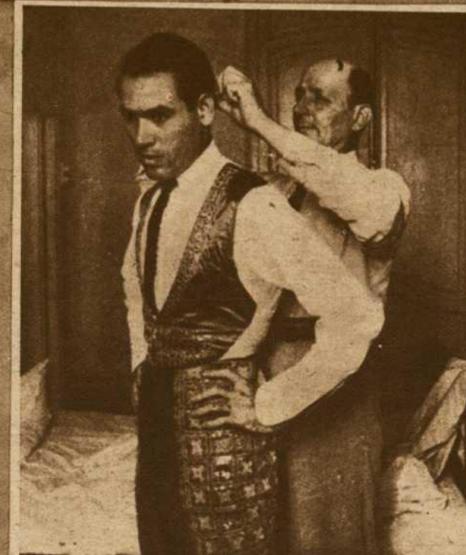
Jaime Marco, El Choni, también ha torreado dos corridas y en las dos ha triunfado. En la primera se le ovacionaron lances, quites y muletas, y en la segunda, o sea la del día 23, corrida a la que se añadieron dos toros para convertirle en una extraordinaria de ocho se le tuvo que entender con un manso, difícil y peligroso, de Flores Albarrán, y otro, mansote también, de la misma ganadería.

El Choni quería dejar bien patente la equivocación que se padeció, de primera intención, al no contar con él, y esa equivocación ha quedado bien clara, pues El Choni, al cuarto toro de los que lleva torreados, le hizo una faena temeraria, incluso con muletas de rodillas, coridas, revoluciones y valor, mucho valor. Cortó una oreja y pasó a la enfermería a curarse un fortísimo varetazo recibido en el muslo izquierdo.

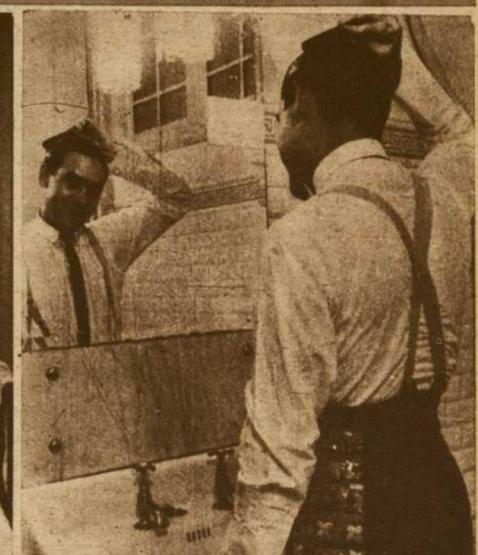
Miguel Álvarez, Andaluz, tomó parte en esta corrida de los ocho toros, y de primeras cortó una oreja, dió la vuelta al ruedo y saludó desde el tercio, todo ello justo premio a una de esas faenas de Andaluz en la que protige naturales que llegaron a sumar, en dos veces, hasta siete.

Andaluz continúa en Valencia con miles y miles de admiradores que le siguen y le ovacionan, y como Marco a gusto y... toros, cosa siempre muy digna de tenerse en cuenta.

Llevamos tres corridas y nos faltan seis, y de estas seis, como de las primeras, sabrán cosas los lectores de EL RUEDO.



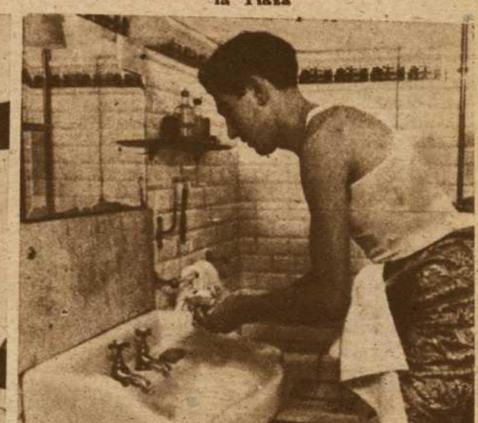
El mozo de estoques del Andaluz, colocando la castañeta a su matador



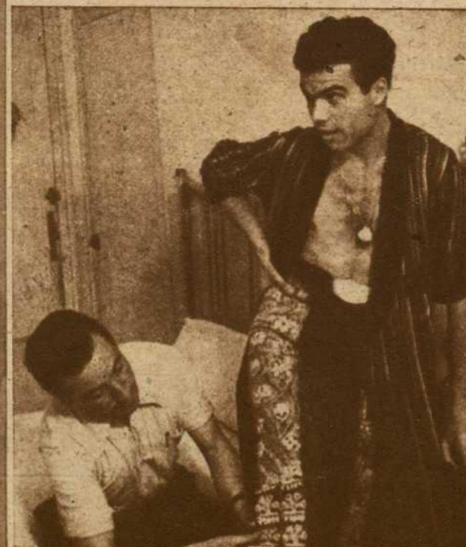
El Andaluz, terminando de arreglarse para ir a la Plaza



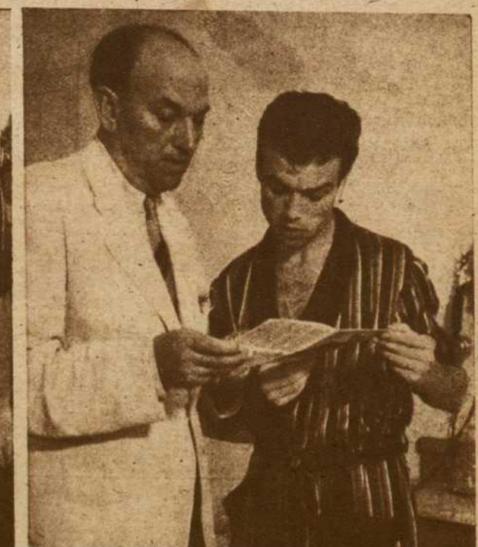
Parrita contempla el capote de paseo que estrenará esta tarde por primera vez



En la habitación del hotel, Parrita, aseándose



El mozo de estoques apretando los machos a la taleguilla de El Choni



El Choni, con su apoderado, consultando un programa de la feria valenciana

REPORTAJE GRAFICO

de las

CORRIDAS DE LA FERIA DE VALENCIA



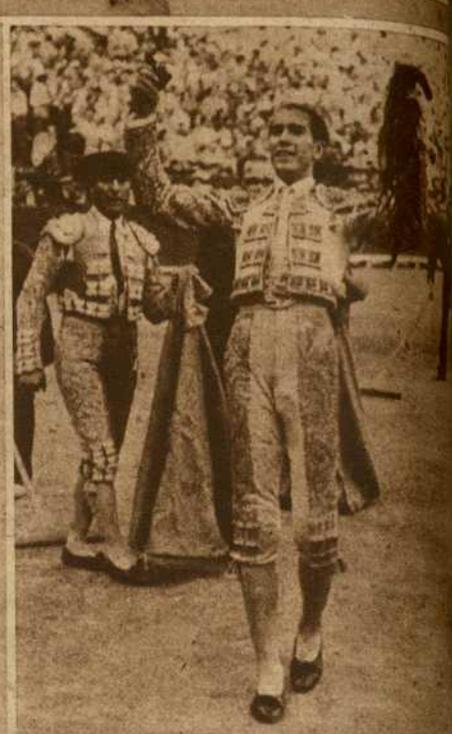
Arruza saluda al público y muestra las orejas de su segundo toro en la tercera de feria



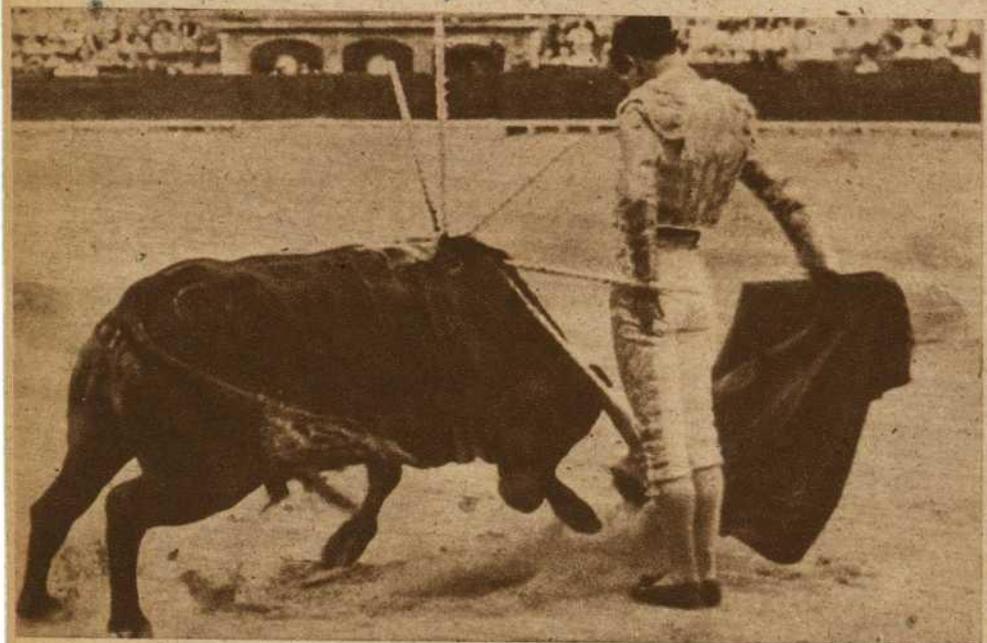
Andaluz, después de cortar la oreja de su primer toro, saluda al público



El Choni sonríe después de su triunfo en el segundo toro y muestra al público los trofeos



Parrita, también triunfador en la tercera, saluda al público con las orejas de su toro



Arruza, en la primera de feria, torea a su segundo toro con la derecha y por bajo de manera impresionante

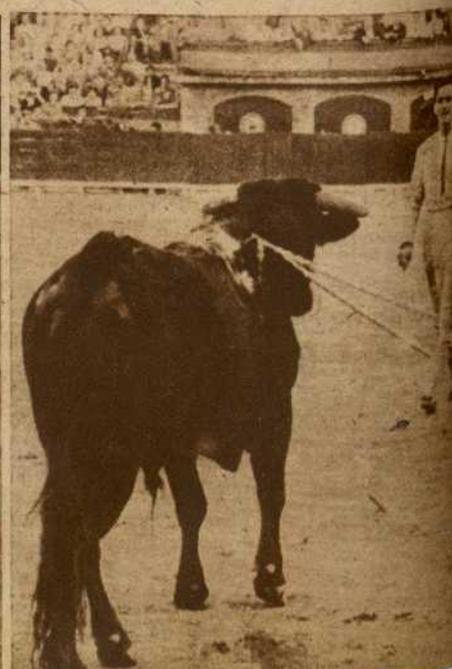


Una estocada hasta la bola, de Arruza, en el segundo toro de la tercera corrida de feria valenciana, en que alcanzó un gran triunfo

El Estudiante, que resultó cogido en la primera corrida, es llevado por las asistencias a la enfermería

Parrita, en la primera de las corridas, torea con la izquierda por naturales a su primer enemigo (Fots. Vidal)

El mejicano, llegándole muy cerca al toro para clavar un par de banderillas





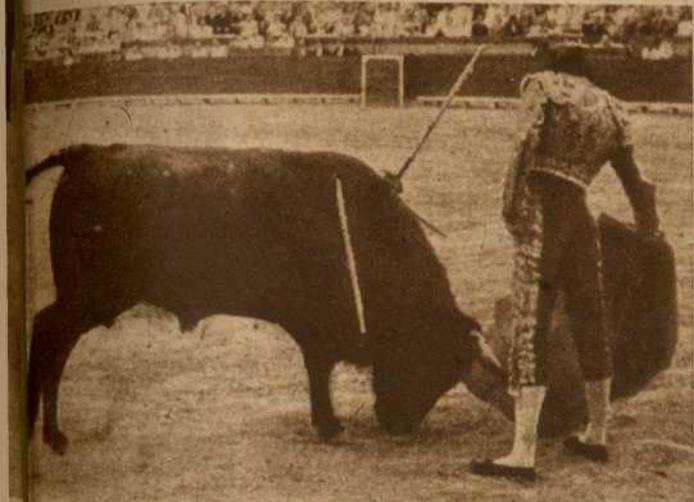
El primer toro que se lidió en la feria correspondió a El Estudiante. Aquí le vemos toreándole de muleta



Andaluz, en un natural al toro del que cortó la oreja



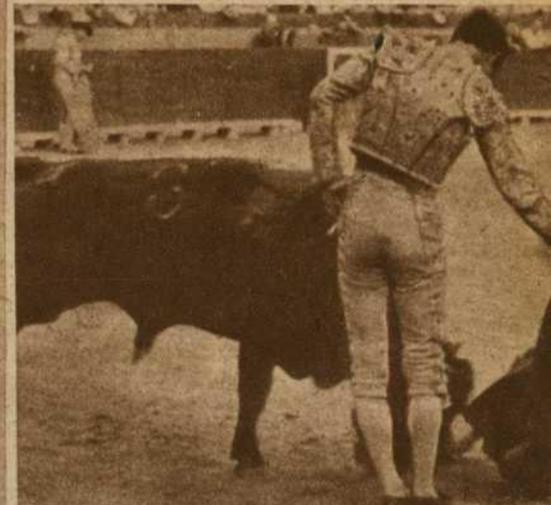
Andaluz toreando de muleta con la izquierda, por naturales a su primero de la tercera corrida



En la segunda corrida, Luis Gómez pasó de muleta a su segundo toro



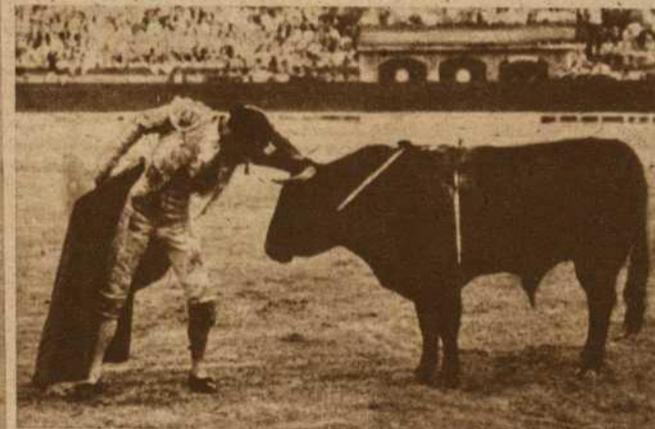
El Choni remata con media verónica un quite en la tercera corrida, en la que triunfó el valenciano



Arruza toreando suave y ceñido con la muleta al toro en el que alcanzó un éxito formidable



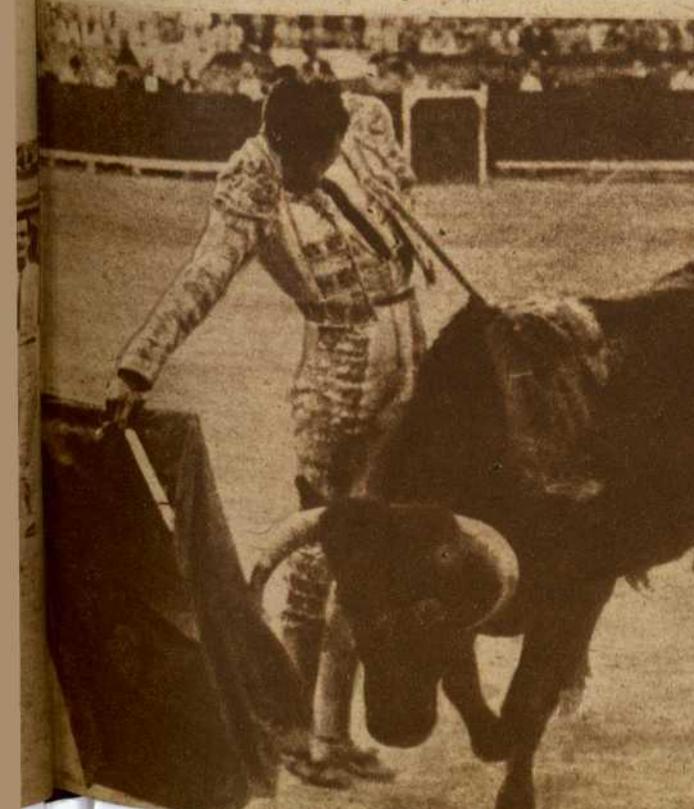
Parrita en un ayudado por alto. Abajo: El mejicano Carlos Arruza toreando de muleta



En la tercera, Arruza tuvo un gran éxito. Aquí le vemos en un desplante



El gobernador civil de Valencia presencia la corrida con sus familiares



En la misma corrida, El Choni torea de rodillas al toro del que cortó las orejas



Los directores de «Digame» y EL RUEDO y el crítico de «Arriba», Capdevila, charlan con el crítico de «Levante», Recorte



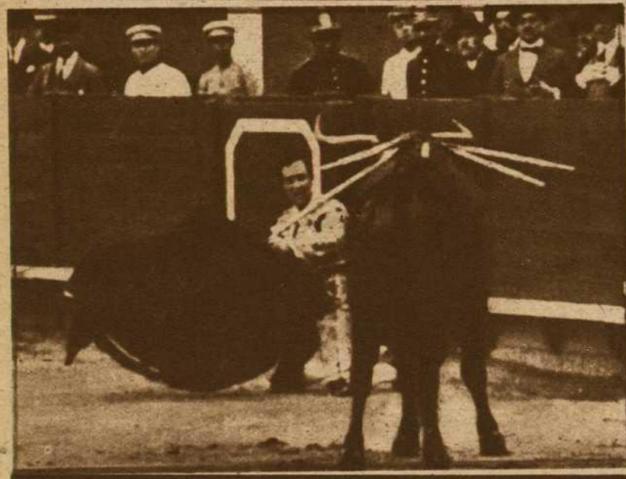
También en la tercera, el madrileño Parrita cortó orejas. He aquí un natural de este torero

El diestro mejicano Arruza, en el callejón, mientras le toca intervenir, descansa y charla con su hermano (Fots. Vidal)





Un lance de capa del torero de Gelves, en el que Joselito marca y carga la suerte, la figura erguida, mandando sobre la fiero



Y con las dos rodillas en tierra, empezaba muchas veces su faena el gran torero

(Continuación del capítulo VII)

Me vuelvo a preguntar: ¿Fue, pues, enteramente casual la resurrección de Lagartijo en la hipótesis de «Don Pío»? El hecho de que el llamado *Califa* cordobés fuera también hijo de torero, «El Niño Dios» se apodaba su padre, y hermano de torero, que Juan Molina ha pasado a la historia como pionero insuperable, y la circunstancia de que Rafael hubiera empezado, como José, a los nueve años la profesión, no son bastantes a justificar la frase de aquel paradójico gallero revistero de toros. Teniendo en cuenta la fuerza, el dominio, el conocimiento de las reses que tenía Gallito chico, mejor hubiera podido decir que había aparecido en los ruedos una reencarnación de Guerrita; pero si consideraba al discípulo de El Gordito y El Tato, y esto es lo cierto, como el verdadero introductor del arte y la gracia plástica en el toro, y pensaba que todo aquello que se había perdido resurgía otra vez a la aparición de Joselito en los ruedos, entonces, por lo que significa arte en general, pero arte del toro, estaba en su punto traer al recuerdo el nombre de Lagartijo, y por eso he dicho más arriba que, premeditada o casual, la evocación de «Don Pío» tenía un fundamento seguro y un claro sentido.

Rafael Guerra, Guerrita, rico en conocimientos taurinacos y pletórico de facultades, había aumentado de agilidad, de variedad y de recursos eficaces, el arte sobrio y euritmico de su maestro Lagartijo. Llevaba y dirigía seguramente la lidia; era un prón infatigable, un bandillero asombroso; bullia luciendo en todos los tercios, y como matador, aunque tenía también su tranquilo, y

buenos aficionados, mejor dicho, de afición entera, sabían que los toros eran de Guerrita, y El Espartero, de los toros —y así, a Manuel García le quitó la vida Paridigón—; pero, como siempre, casi desde los albores del toro, todos se empeñaban en oponer dos escuelas: frente a la llamada escuela cordobesa de Guerrita ponían al Espartero como representante de la escuela sevillana. La pelea era muy desigual; pero la manía de las competencias es vicio muy español y no podía faltar, no falta ahora mismo, no faltará nunca, en la más española de las fiestas. Hasta las coplas populares se empinaban alegres en considerar posible lo imposible, y allá por el año de 1893, si mal no recuerdo el año, como recuerdo bien los versos torpes, pero pintorescos, desenfadosos y graciosos, un tanguillo de Cádiz voló por toda la España torera y flamenco cantando de esta suerte:

A la noble competencia del Espartero y Guerrita, es un deber de conciencia dedicarle esta coplita.

Gloria del taurino arte a los dos consideramos, como dos flores aparte que están en un mismo ramo.

Por esta razón sencilla decimos los bandoleros: ¡vivan Córdoba y Sevilla! ¡vivan Guerrita y El Espartero!

Ahora acabamos de ver lo buen torero que es Guerra, porque ha matado en un día tres corridas de primera.

La primera en San Fernando, la segunda fué en Jerez,

Al fin y a la postre, la verdad se escapaba clara y pujante de entre la maraña de los malos versos. El mejor torero del siglo. ¡Y no había más! En 1894, a la muerte del pobre Manuel, las mocitas del barrio de la Alfalfa volvieron a cantar, y yo, por distraer al lector, seguro de que los versos torpes no dísiden en ver-

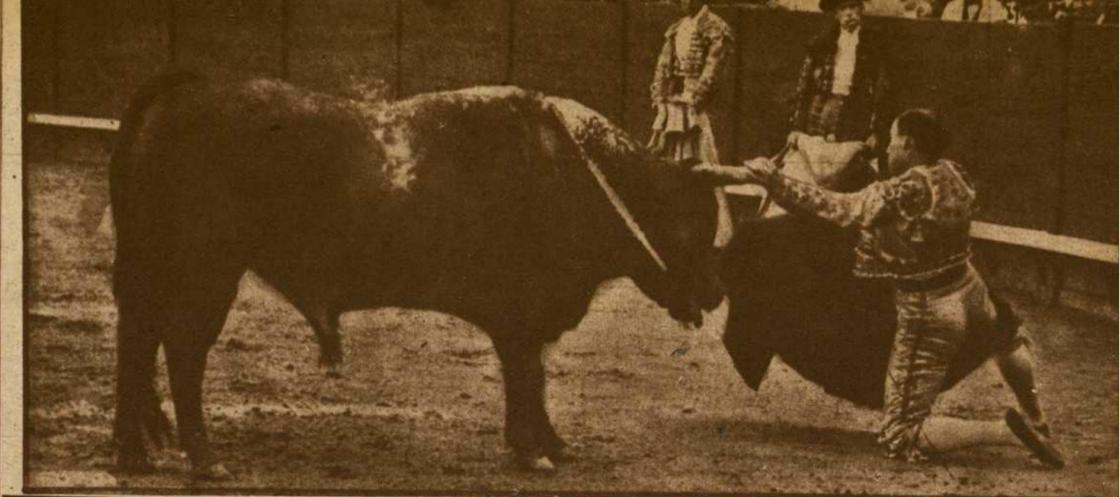
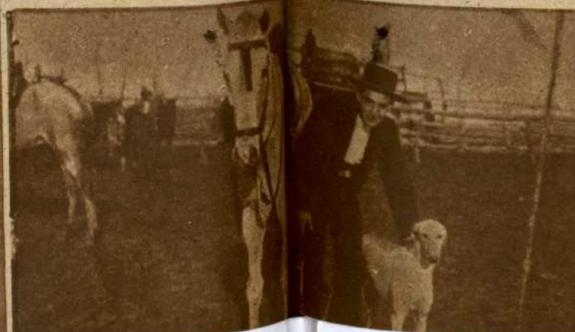
había agrandado el paso atrás que Lagartijo heredó del Tato, hizo en cambio enteras las célebres medias estocadas de su antecesor. Así, cuando en 1899, al retirarse de la profesión, respondió a la pregunta de un periodista: «Después de mí, *naide*, y después de *naide*, Fuentes», no lanzaba un caprichoso grito de vanidad despectiva, sino que afirmaba la verdad de aquel momento.

Entre la retirada de Lagartijo y la alternativa de Guerrita, y aun después, hasta que llegó Antonio Fuentes a quien un revistero de aquel tiempo, «El maestro Estokati», llamó «fuentes del arte y de la elegancia», hubo toda una pléyade de toreros mediocres, aunque se contara entre ellos la figura de don Luis Mazzantini, que sólo tenía relieve como estoqueador. Hasta 1894 sólo tuvo Guerrita un émulo relativo, es decir, de un solo momento de la lidia, en el trasteo de muleta, y fué aquel idolo popular, torero valiente, débil y corto, que se llamó Manuel García, El Espartero. Los

J O S E L I T O

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE



Joselito en un adorno a un toro de los que entonces se llevaban por las Plazas de España. Su cuñado, Sánchez Mejías, pegado a la barrera, contempla la escena

dad mucho de la mala prosa con que voy pergeñando este libro, repito algunas coplas del pasodoble en que la voz plañidera de las cantadoras y la ingenua melancolía de la letra, contrastaban con el ritmo jacarandoso y alegre de la música. Aquello era como un brindis *ad manes*, como un rústico himno báquico y fúnebre a la vez:

*Manuel García,
[cía,
El Espartero,
el que fué rey
en el toro.
Cuando su fama
era reconocida,
se pasaba la vida
haciendo caridad.
Hasta que un día
quiso su mala suerte
que un toro diera muerte
a aquel hombre inmortal.
¡Pobre Espartero,
descansa en paz;
siempre tu fama resonará!
A tu memoria
le dedicamos
el pasodoble
que te cantamos;
siempre tu fama
recordará,
mientras exista
la Humanidad.*

¡Nada menos! Al traer a cuento la ingenuidad absurda, pero insistiendo en que pintoresca y simpática, del pasodoble elegiaco, recuerdo también, y no es posible no hacer mención de ello, que Joselito, que no lo había oído nunca en España, lo oyó cantar en Lima y se prendó de tal suerte de él, que al volver a España, precisamente el año de su muerte, solía canturrearlo mientras se vestía de luces, como tributo de admiración a la memoria del torero de leyenda, su paisano a quien no había conocido, y porque, según él mismo afirmaba, le traía buena suerte aquella copla. Sin duda se olvidó de cantarla aquel fatídico día 16 de mayo de 1920, cuando se vistió de torero por última vez, para hacer el paso en la Plaza de Talavera de la Reina, en un viaje que no tuvo retorno. ¡Pero a ver si olvidamos, siquiera sea durante algunas páginas, el *leit motiv* de la muerte.

Rafael Guerra, Guerrita, se quedó solo, porque ni las alegrías un poco grotescas de Minuto, ni el valor denodado, ni los recortes capote al brazo de Réverte, ni el buen arte de matar toros con que apareció Emilio Torres, Bombita, eran bastante para sostener una competencia. Por eso, cuando surgió Antonio Fuentes, con una elegancia sobria y un toro corto, que se achicaba de nuevo volviendo a las normas lagartijistas el toro multiforme de Guerrita, éste pudo decir con verdad, al cortarse la coleta: «Después de mí, *naide*; después de *naide*, Fuentes».

No es el caso de estudiar ahora con gran acopio de pormenores cuál fué el estado verdadero del toro durante la laguna que se abre en él desde la retirada de Guerrita hasta la aparición de José Gómez Ortega. Quedan aún vivos muchos toreros que actuaron en aquel lapso breve —doce años apenas— y no es cosa halagüeña, para quien esto escribe, anárquica la memoria de sus triunfos. Todavía, durante algunos tiempos, cruzó por los ruedos de España la elegancia cansada de Antonio Fuentes. Por aquel entonces también surgieron la alegría demingadora y valiente de Ricardo Torres, Bombita; y el arrojo indomable y la seguridad de buen estoqueador de Rafael Gorráiz Machquito, y Vicente Pastor, el



Joselito en un pase de rodillas. Abajo, una foto con su galgo Reverte

Chico de la Blusa, muletero eficaz y matador certero, sostuvo con gran decoro mucho tiempo su puesto, y en la segunda mitad de aquellos doce años brilló por un momento brevísimo el arte puro de Rafael Molina, Lagartijo II, sobrino del maestro de Córdoba, y cuando aquél desapareció devorado por la tuberculosis, todavía, de cuando en cuando, ponían destellos luminosos en la fiesta gris Rafael Gómez Gallito, y Manuel Mejías, Bionvinda, que habían recogido directamente una tradición de torero artístico y resucitaban de vez en cuando el toro por largas a una mano y el olvidado *pase natural por bajo*. Pero, ¿a qué citar más nombres? A los fines de este libro basta con los apuntados y, para la materia de que se trata, se hace comparable en el crítico la verdad con la disrescción. La fiesta gris, acaloró de escribir, y con ello he querido decir que el toro era más de recurso y de farsa que de variedad y gracia, y se habían olvidado muchas cosas, y se habían agrandado las distancias entre toro y torero, y se había dejado atrás el ritmo sereno de Lagartijo, que Guerrita aceleró sin romperlo, y que los modernos sustituyeron por la violencia. En ese momento, vamos a decirlo de una vez, de franca decadencia, apareció Joselito con una afición fervorosa que mataba en él todo otro anhelo que no fuera el de su profesión; con unas facultades portentosas, y con un instinto misterioso y seguro que le hacía recordar lo que nunca había visto y se traía sabido sin saberlo, cómo bailan a villanes las mocitas muy tiernas, apenas oyen los sonos que nunca les parece oír por primera vez. Entonces, todos pensaron que Joselito resucitaba todo el toro.

(Continuará en el próximo número)

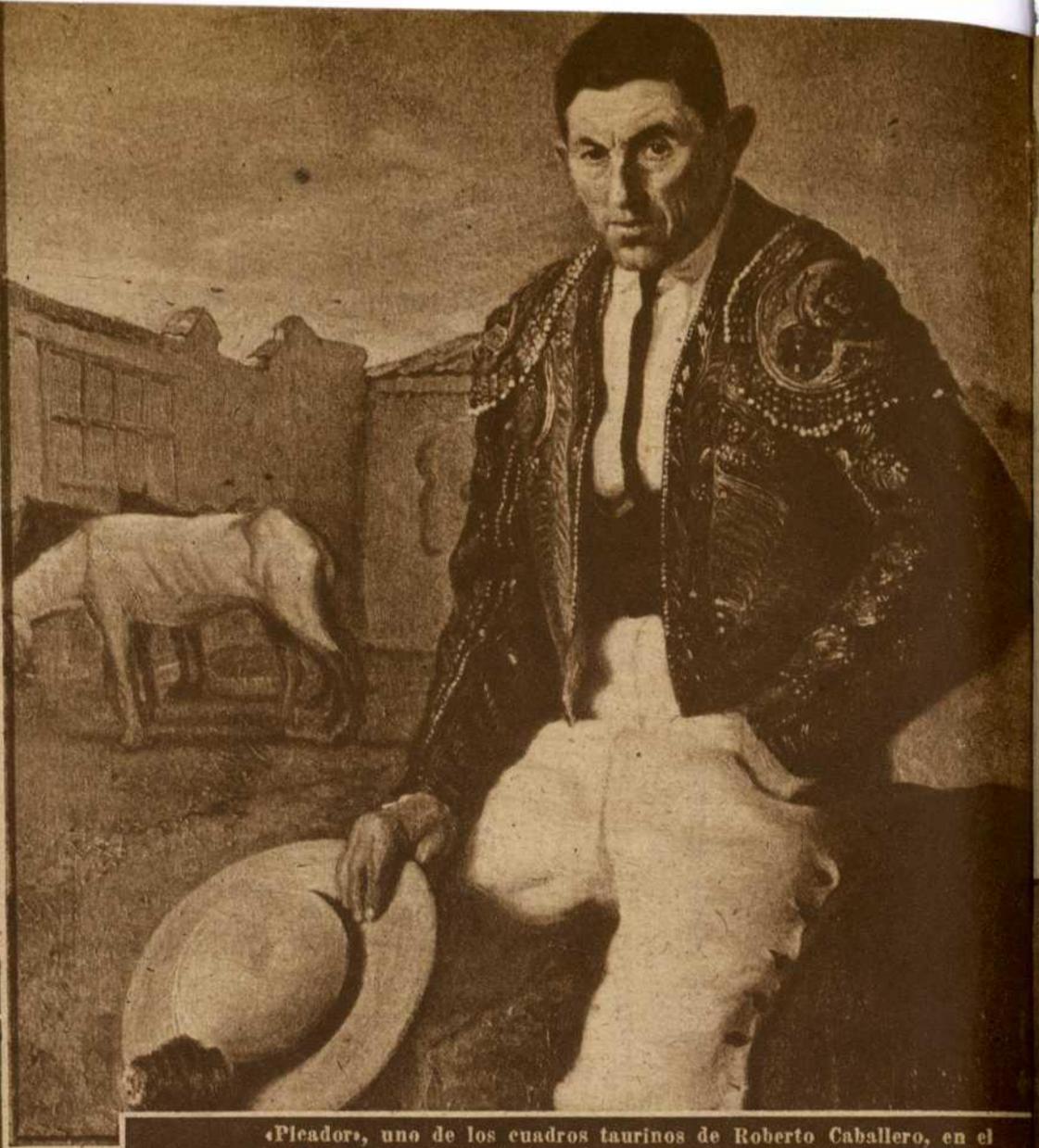
EL ARTE Y LOS TOROS

Los cuadros de picadores y toreros de ROBERTO CABALLERO

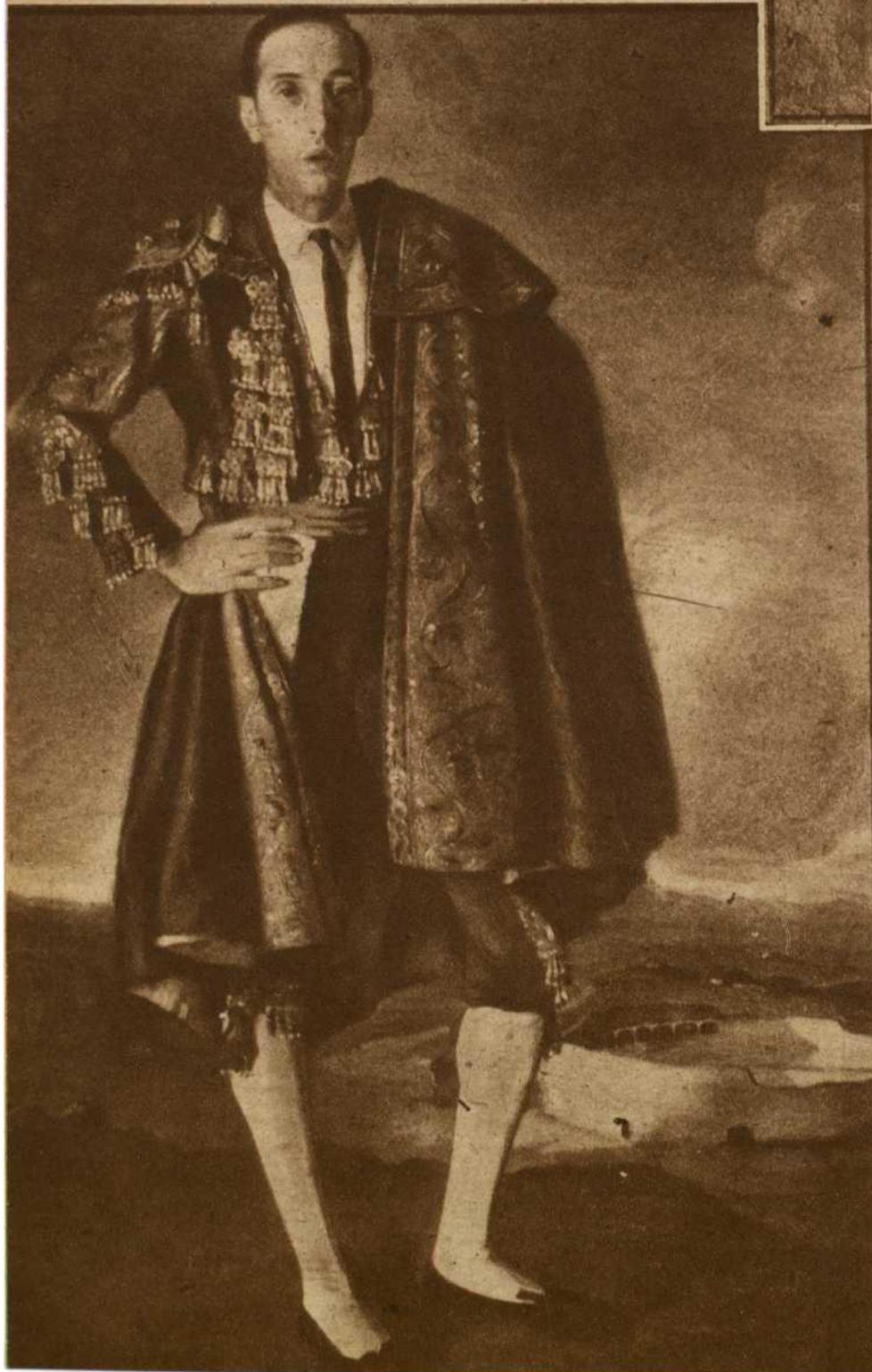
Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CONFORME avanzamos en la cita de artistas, pintores casi siempre, que llevaron al lienzo el reflejo más o menos indirecto de la fiesta nacional, cuando no de la fiesta misma, nos encontramos con que el número aumenta, se multiplica y van surgiendo nombres y más nombres que abordaron abiertamente el tema, unos en esta época y otros de tiempos anteriores, principalmente de nuestro injustamente combatido siglo XIX en lo que atañe a la pintura. Artistas de nombradía, de fama universal y pintores que pasaron por la vida alcanzando una notoriedad que el tiempo, acaecida su muerte, se encargó de debilitar, acaso porque su prestigio no estaba sólidamente cimentado o porque la humanidad ingrata consigo misma, sale ovidar demasiado pronto. Y entre estos pintores de ayer y de hoy, del pasado y del presente, toda una obra pictórica dedicada al tema taurino que muchos habrán considerado y consideran reducida y que es amplísima, tan amplia que más de un tomo pudiera escribirse de esta labor artística que ha recogido y ensalzado, todos y cada uno de los aspectos del viejo, inextinguible y siempre bellissimo espectáculo de las corridas de toros.

Unos buscaron la nota impresionista, emotiva y cortera; otros, lo popular y lo castizo, el ambiente que rodea a la vistosa fiesta; los más aficionados, los momentos más interesantes de la lidia y no pocos el retrato de éste



«Torero», es el título de este cuadro, debido al pincel de Roberto Caballero



«Picador», uno de los cuadros taurinos de Roberto Caballero, en el que se asoma el acierto logrado por el artista al captar la psicología del viejo mantenedor de la suerte de varas

o aquel torero, ídolo de la afición, maestro en el arte de trear y arriesgar valerosa y artísticamente la vida, o el reflejo de determinado tipo que el artista captó con toda la atracción de una estampa de época.

Roberto Caballero, para el que las costumbres españolas estaban bien arraigadas en su acusado y sensible temperamento, dióse un día en buscar tipos para sus cuadros. Y la suerte le deparó ese viejo y curtido picador, que es todo un ejemplo o modelo de ese importantísimo auxiliar del diestro. Porque por lo general, el pintor desató como modelo al matador, al hombre popular, al que lucía más vistoso y llamativo traje, mezcla de las irrisaciones resplandecientes del bordado o el color siempre bello e impresionante de la seda. Caballero, como Ferrant, como Villegas y tantos otros, percibió que la fiesta de toros no es el espada sólo, sino que alrededor suyo viven y se mueven tantas y tantas figuras interesantes artísticamente como puede serlo un picador, un banderillero o hasta el mismo inquieto y gracioso monscabío. Ilustrando esta plana está este picador que nos ofrece el arte de Roberto Caballero. Tiene un fondo del patio de caballos y ante él, el viejo mantenedor de la suerte de varas llama con simpatía nuestra atención por lo acertadamente que se captó, no ya la imagen, sino hasta la psicología de este resignado y valeroso colaborador del espada, al que nunca se le ensalzó debidamente o llegó a obtener una justa y difundida fama. Dijérase que Roberto Caballero, al pintarlo, le rendía el homenaje artístico que su espíritu generoso le dictaba.

Y al lado de este picador, que pudiera ser la revelación de un artista, ese «Torero» presidiendo un árido y seco paisaje de Castilla, en el que una Plaza taurina pone la nota de luz y de alegría, que se nos hacía precisa en el cuadro.

Acaso aquí falló Caballero en el tipo. El cuadro baja de calidad en relación con el anterior; mas aun así y todo, enamorados del tema y reconocidos a la aportación que su autor quiso dar a la historia de la pintura taurina, hemos de celebrar detalles y colores del lienzo, hemos de dar nuestra visto bueno a una obra, que ni mejor ni peor que otras muchas, tiene ya su ficha y está catalogada por nosotros dentro de esa serie importantísima y numerosa de cuadros que han venido a formar la galería más interesante y vistosa de toda la pintura que pudiéramos decir netamente española. Porque nos parece que cuando el artista, con los pinceles en la mano y en busca de tema, encontró el taurino y a su modo y manera lo llevó al lienzo, es que en aquel momento y sucesivos se sentía tan español, tan prendido en las costumbres de nuestro pueblo, que tuvo a no poder menos que hermanar con el arte esta popularidad, porque todo lo castizo y racial, todo lo que es autilización del espíritu nacional, tiene indudablemente la simpatía de las gentes. Díjase, si no, los nombres indudables e inmortales de cuantos pulsaron la nota popular en cualquiera de las diferentes ramas de las bellas artes.

Lo cierto es que, poco a poco, con un fin e con otro, nosotros vamos alegremente ampliar esa colección de obras artísticas que pudieran formar parte en su día de ese amplio y gran museo taurino, del que en breve nos ocuparemos y que cada día que pasa vamos sintiendo como más preciso y necesario. Pero un museo que recoja y exalte, eleve y dignifique como merece nuestra gran fiesta nacional, presentando desde un principio, y a través de cada una de las fases y épocas, la historia toda del más sugestivo y maravilloso de los espectáculos públicos.

FRANCISCO CASARES

creo que si los espectadores de hoy pudieran ver a Pepe-Hillo, se aburrirían mucho

El público actual es mucho menos técnico que el de antes, pero más apasionado



EL secretario de la Asociación de la Prensa acaba de escribir su quinto y último artículo de esta mañana. Cinco artículos al día es el término medio de la producción de este brillante periodista, cuya capacidad de trabajo nos tiene asombrados a todos. A pesar de ello, sólo dedica a sus numerosas colaboraciones la mañana. Se trata de un prodigio de organización, y también de unas condiciones envidiables de escritor rápido, preparado para comentar los temas más diversos. Las cuartillas se suceden rápidamente en la máquina, y cada veinte minutos queda terminada una crónica de actualidad, un fino artículo literario, la glosa de un libro... El secreto consiste, según Casares, en la con-

tinuidad, en no desmayar ni un solo día en la tarea, porque entonces se acumula labor retrasada, y es cuando está uno perdido. Así, para él, el mediodía no llega sino cuando el quinto artículo ha sido terminado. Hasta ese momento no tiene tiempo para nada. Después, le queda su tarea de todos los días en la Asociación. Una tarea que para otro sería abrumadora, pero que él resuelve con sus probadas prontitud y competencia. Y aun le queda tiempo para asistir a actos oficiales, a los estrenos, a los toros... A los toros es a donde Francisco Casares le gusta más ir. Su profesión periodística fué causa de su afición por la fiesta. Una afición que se remonta al año 1917, según él mismo va a explicarnos:

—Yo empecé a ir a los toros por obligación, y alcancé de lleno los tiempos de la competencia de Joselito y Belmonte. Sin dejar de admirar a Juan y de reconocer la revolución y la innovación que significó su toreo, yo era más partidario de Joselito. Como espectador, yo no voy a ver la tragedia, sino el arte. Y aunque en este caso se diera la paradoja de que muriera Joselito de una cornada y, en cambio, Belmonte viva, y ojalá sea por muchísimos años, Belmonte era la tragedia y Joselito, con su estilismo, con sus conocimientos, con su sabiduría, era la seguridad, era el que nos daba la sensación de que con él no podía haber cogida...

—Esa obligación a que se ha referido usted...

—Entonces empezaba yo mi carrera periodística, y tendría unos dieciocho años. Entré en el diario conservador «La Epoca». A las corridas no se les dedicaba más que veinticinco líneas, y eso para que no faltara una información que era de actualidad. Ninguno de los redactores quería encargarse de la sección,

y por ello ya comprenderá usted que en aquella casa no había aficionados. En realidad, me encargué yo porque no había otro, y así, fui crítico sin saber una palabra de toros. Y por mi profesión, como le decía antes, me entró la afición a ir a la Plaza; de modo que, cuando dejé de ser revisero, seguí yendo a la Plaza asiduamente, hasta... que murió Joselito. Luego, asistiendo a muchas corridas, perdí esta asiduidad. Durante veinte años el toreo, a mi juicio, cayó en una atonía. Y no fui sino a ver a aquellos toreros que me inspiraban interés, y a los cuales seguí a lo largo de su carrera. Por ejemplo, he observado la trayectoria de Marcial, su fácil dominio, su maestría en las suertes que practicaba. Granero hubiera podido ser el continuador de Joselito. Y Ortega me ha parecido siempre extraordinario. Ahora he vuelto a mi asiduidad de antaño y no me pierdo una corrida.

—¿Qué es lo que le ha hecho volver?

—Desde la muerte de Joselito, el toreo no se revaloriza totalmente hasta hoy, en que alcanza esta altura y esta pasión que todos conocemos, y que no son sino la consecuencia de la calidad de los hombres que intervienen en las Plazas. Creo sinceramente que es Manolete quien ha conseguido subir el ambiente a tantos grados y, desde luego, me proclamo uno más en el ejército de sus entusiastas. Ya sé que este toreo de ahora se quiere rebajar en importancia a costa del toro pequeño. Pero nadie puede negar que el espectáculo, como arte, es mucho más bello, depurado e interesante. Los que se quejan se aburrirían solemnemente si vieran ahora en los ruedos a Pepe-Hillo o Carancha. El toro en cada época corresponde a un modo de torear. Por eso hay que aceptar el toro de hoy, que no es tan pequeño, quizá como afirman los intransigentes, sino que es distinto: es el que corresponde a la evolución del toreo, y, por tanto, hay que aceptarlo.

—En esta evolución también habrá que incluir al espectador...

—El espectador de esta hora ha perdido la técnica. Es más apasionado, pero sabe menos. El que un torero se enmiende, lo que llaman dar el pasito atrás, se considera una falla. No lo acabo de entender, sobre todo cuando no se le consiente a un torero y sí a otros. El enmendarse es un recurso, una defensa ante la cogida, que no puede des-



merecer la totalidad artística de una faena.

—¿Volvió usted a actuar como cronista taurino después de aquellos tiempos de «La Epoca»?

—No. He escrito alguna crónica taurina, algún artículo, cuando lo taurino se me ha brindado como tema de comentario de actualidad. Como espectador tengo entre los recuerdos trágicos de la muerte de Granero y de Gavira, y también presencié la cogida en el Ca-

lleón de Regino Velasco, que era jefe del personal subalterno de la Plaza, y que murió a consecuencia de la cornada. Como faenas cumbres, asistí aquella tarde apoteósica de Chicuelo, en San Isidro, en 1925, cuando dió veintitantos naturales seguidos, y más recientemente la faena de Manolete el año pasado en la corrida de la Prensa, a la que añadí mi satisfacción de espectador, a la que, como organizador, me correspondía.

—Ahora se impone que me hable de la corrida de la Prensa de este año.

—Esperamos poder celebrarla en septiembre y con el mismo cartel que la suspendida; tenemos la confianza puesta en Ortega, Manolete y Arruza, cuya palabra tenemos y en cuyo ánimo está el corresponder a la expectación tan enorme que la combinación de los tres había producido.

—¿Se ha sentido usted torero en alguna ocasión?

—Una vez, en la finca que poseía don Argimiro Pérez Tabernero.

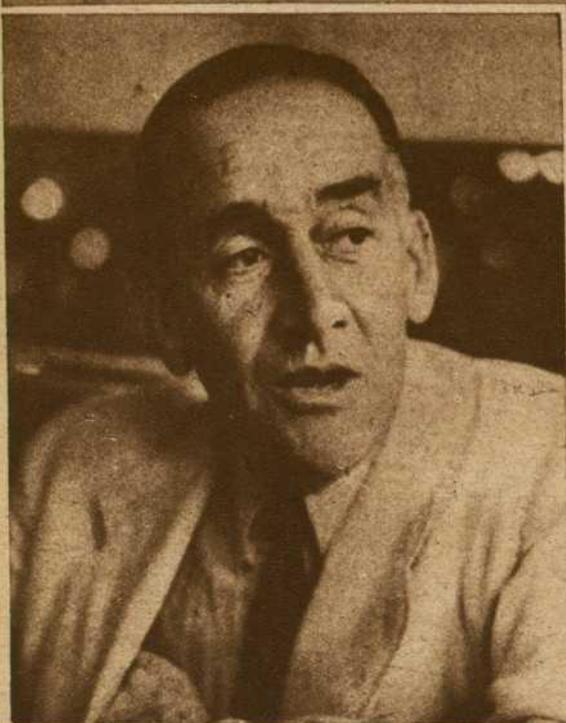
—¿A qué antiguo diestro le hubiera gustado ver?

—Lagartijo. Debí ser una gran figura del toreo, como lo atestiguan sus veintiséis temporadas seguidas, sin altibajos, sin disminución en su prestigio.

—¿Qué le añadiría o le quitaría a la fiesta?

—Nada. Lo que sí restablecería en todo su valor es los quites adornados, cuya vistosidad espléndida, tan frecuentemente, se escamotea al espectador actual. Lo que sí pediría es más honestidad en la suerte de varas, que ha llegado a ser fea en su ejecución, porque se ha sacrificado su belleza y su arte a la eficacia y a la pura conveniencia del matador...

Los toreros españoles que van a Méjico



«Será EL RUEDO el primero que conozca la campaña taurina de Méjico, en la temporada próxima»

Manolete, El Estudiante, Pepe Luis Vázquez, Gitanillo de Triana, Manolo Escudero y Pepe Martín Vázquez han sido ya contratados

Pero las cosas se torcieron en la charla y el tema quedó pendiente.

—Ya le avisaré..., ya le avisaré a su tiempo. Y así esperando, llegó esta tarde...

Apróximadamente, a las cinco de la tarde del lunes me llamó por teléfono Antonio Algara

—¿Puede usted verme luego? —me preguntó.

—Ahora mismo, si quiere.

—Pues venga entonces a buscarme.

Media hora más tarde nos encontramos en el hall del hotel.

—¿Muchas novedades, amigo Algara?

El estrechó mi mano y se limitó a decirme:

—¿Quiere que demos un paseo?... Así charlaremos más tranquilamente.

Estábamos en el Retiro, de cara al estanque, cuando Algara empezó a decirme...



«Pero solamente he podido contratar a seis toreros para ir a Méjico»
«El año que viene estaré de nuevo con ustedes»

ANTONIO Algara ha cumplido su promesa. Cuando en el mes de junio llegó a Madrid me dijo:

—Será el periódico de ustedes, EL RUEDO, el primero que conozca la campaña taurina de Méjico en la temporada próxima.

Recuerda el periodista que por aquel entonces Antonio Algara, recién llegado a España, estaba desorientado. El empresario de la Plaza de El Toreo traía sus ilusiones y sus proyectos

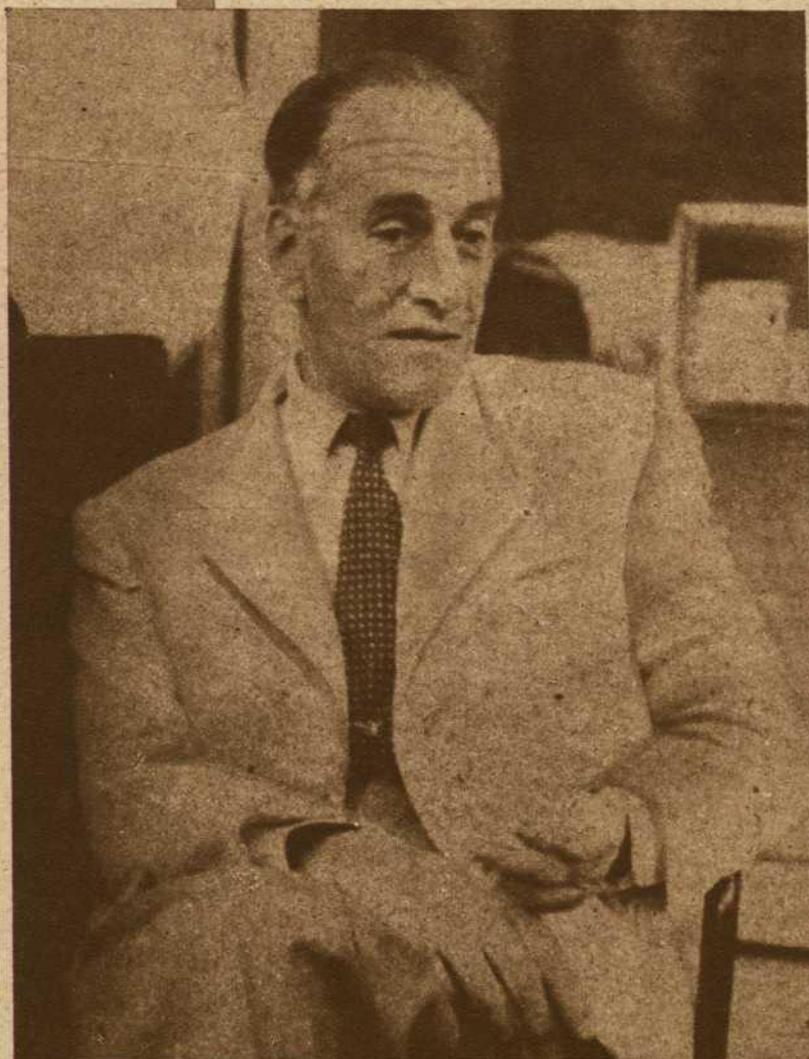
—El caso —me dijo entonces— es que no sé por dónde empezar. Todos me hablan a la vez, y esto para mí tiene un peligro: que puede desorientarme.

Y un buen día, Algara desapareció de Madrid. Durante algún tiempo se le vió en largo peregrinaje por todas las Plazas de la Península. Mejor que oír, el empresario mejicano prefería ver. Y así, hoy aquí y mañana allá, Tono Algara fué viendo uno a uno a nuestros matadores de toros.

Hace días me encontré con él. Bien creía el periodista que Algara tenía ya perfilados sus proyectos. Y me equivoqué.

—Aun es pronto para hablar —me dijo—, no es fácil el decidirse, cuando sólo son cuatro o cinco los toreros que puedo contratar.

No insistí. Podía haber intentado saber algo más, porque yo sabía que Algara lo tenía decidido ya todo. Además, la ocasión era propicia, porque entonces el empresario mejicano atravesaba por el triunfo de haber logrado el contrato de Manolete y este triunfo le llenaba de alegría.



«... Considero a todos los toreros españoles con condiciones suficientes para presentarse en la Plaza de El Toreo...»

—Ya sabe usted que en el tiempo que llevo en España, he procurado ver todas las corridas de toros posible. De esta forma, he podido formar un criterio de todos los toreros y principalmente de los que llevo contratados para Méjico.

—¿Quiere decirme quiénes son esos toreros?

Algara hizo un ademán con su mano derecha, rogándome silencio.

—Espere... eso ya se lo diré más tarde. Ahora quiero advertir que considero a todos los toreros españoles con condiciones suficientes para presentarse en la Plaza de El Toreo. Es más; yo les admiro a todos y lamento vivamente que nuestra temporada taurina sea tan corta y nos imposibilite de admirar el arte de todos ellos. Pero en los toros, como en la vida, hay que ajustarse a la realidad y esta realidad, para mí, es que sólo he podido contratar a seis toreros para ir a Méjico.

Y, sin embargo, me consuela el pensar que en años venideros podrán ir todos los que hoy no puedo llevar, no por falta de méritos, sino por el escaso número de festejos que se dan en la Plaza de El Toreo.

Hizo Algara una ligera pausa y continuó: —El año que viene estaré de nuevo con ustedes. El arreglo taurino, entre los toreros españoles y mejicanos, ha sido tan efectivo y real que yo no puedo decirles a ustedes adiós... sino ¡hasta pronto!

—¿Y ahora, quiere decirme quiénes son esos toreros contratados por usted?

—No tengo el menor inconveniente. Los toreros que he contratado son Manolete, El Estudiante, Pepe Luis Vázquez, Gitanillo de Triana, Pepín Martín Vázquez y Manolo Escudero.

—¿Qué número de corridas toreará cada uno? —El que menos lleva, para torear en la Plaza de El Toreo, son tres corridas de toros. Naturalmente que luego toreará por las Plazas de los Estados.

—¿Puede usted, Algara, adelantarme sus proyectos de la temporada mejicana?

—Faltan aún algunas cosas por solucionar. La confección de los carteles, que es lo que a ustedes pudiera interesarles, aun no está completa. Desde luego que para alternar con los seis matadores españoles he de-

El empresario de la Plaza El Toreo habla para El Ruedo

Es muy posible que la presentación del famoso diestro de Córdoba sea un mano a mano con Silverio Pérez

—Ya firmados los contratos de Armillita, Silverio Pérez, Fermín Rivera y Cañitas, que juntamente con Luis Porcuna y otros diestros mejicanos, formarán los carteles de la temporada de El Toreo.

—¿Cómo se presentará Manolete en Méjico?

—Algara quiere rehuir la pregunta.

—Precisamente yo me voy tan pronto para mi Patria porque quiero terminar urgentemente lo que será la campaña taurina de nuestra Plaza.

—Pero en definitiva, Algara, ¿quiere usted decirme cuáles son sus proyectos respecto a la presentación de Manolete?

—Esta vez no lo pensé mucho.

—Un cartel maravilloso sería el formado por un mano a mano Silverio Pérez-Manolete... y otro...

—¿El otro cuál sería?

—Podía ser el formado por Manolete, Silverio y Porcuna.

—¿Con qué ganado se presentará Manolete?

—Puede ser con una corrida de doña Carmen de Federico, que he embarcado ya, o con toros de la ganadería de San Mateo, de don Antonio Llaguno, cuyos toros tiene Manolete gran interés en lidiar.

—¿Y Arruza, no va a Méjico?

—Antes de marchar Carlos a Valencia, me dijo que no pensaba ir a Méjico, ya que tenía el propósito de quedarse a descansar en el invierno entre ustedes.

—Y de los toreros españoles contratados, ¿cuál cree que, por su estilo, gustará más en Méjico?

—Exceptuando a Manolete, yo creo que el torero que más puede gustar es Pepín Martín Vázquez, aunque considero para mí que los demás están en las mismas condiciones para gustar.

—¿Y a usted, cuál fué el torero que más le impresionó?

—Manolete.

—¿Se marcha usted contento?

—Me voy muy satisfecho de España. Quizá con bastante pena, porque he encontrado tantas satisfacciones a mi alrededor y tanta hidalguía, que ya me creo muy cerca de ustedes.

—¿Cómo ve usted la fiesta actualmente?

—Creo que ahora hay más afición que nunca y que el toreo actual es muy superior al de otras temporadas. Hoy, la afición es mayor y se torea mejor...

—¿Cuándo marcha usted para Méjico?

—Embarco el día 28 de este mes en Vigo.

—¿Entonces hasta pronto?

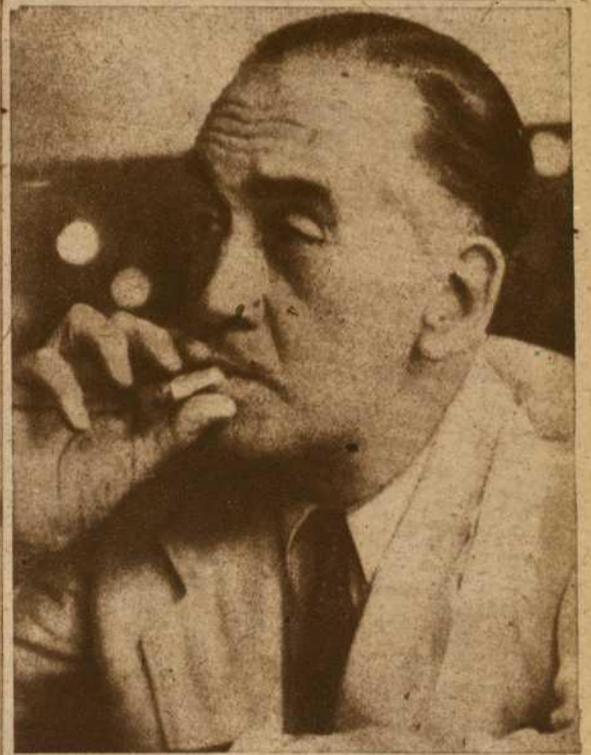
—¡Hasta el mes de junio del año próximo! A la hora justa de salir del hotel regresábamos...

Un abrazo fuerte cerraba nuestra última charla con Antonio Algara.

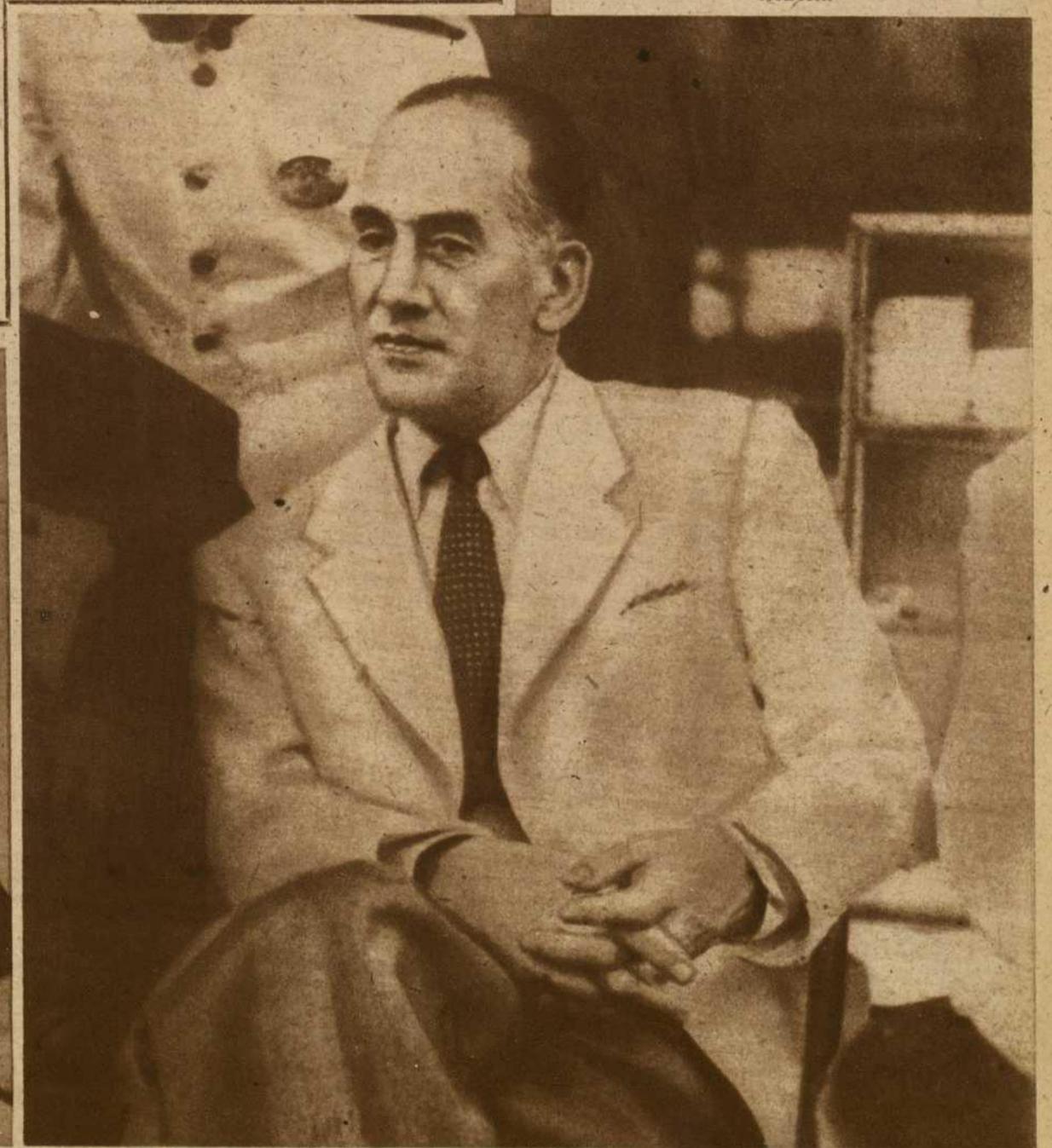
—¡Hasta pronto!—me dijo él.

Por el tono de su voz, casi podríamos pensar que Antonio Algara no nos dejaba...

CRUZ ERNESTO FRANQUET



«Me voy satisfecho de España. Quizá con bastante pena, porque he encontrado tantas satisfacciones...»

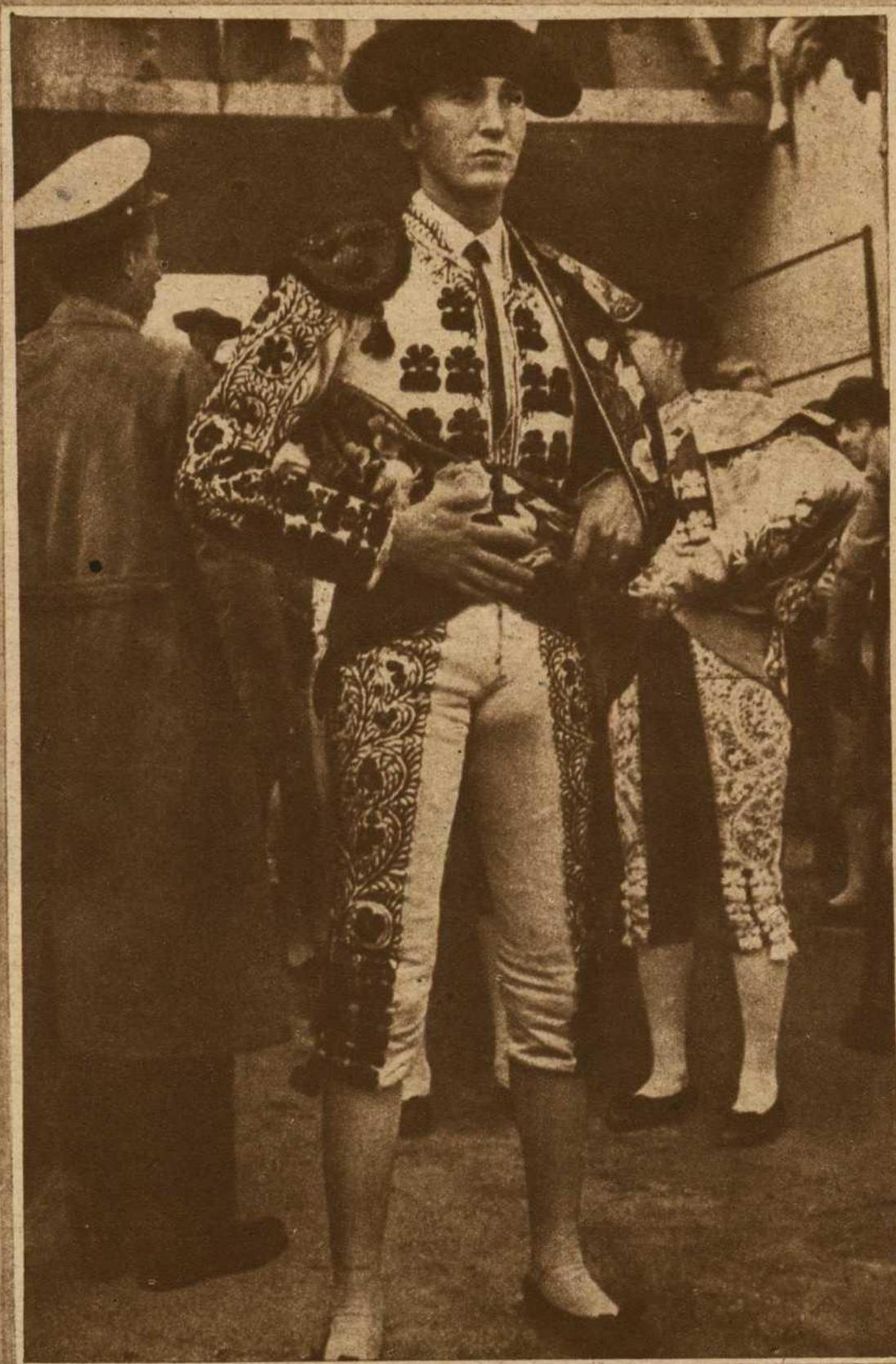


«El que menos corridas lleva para torear en aquel ruedo son tres»

«El año que viene estaré de nuevo con ustedes»

Luis Miguel DOMINGUÍN

figura que marcará
una época en el toreo



Algeciras, Bilbao, Pamplona, La Línea... trayectoria de máximos triunfos de la más juvenil figura del Toreo, anuncian entre fragor de ovaciones y clamoreo de entusiasmo que Luis Miguel, firme y seguro, amplio de vuelo y extenso de arte, encauza la fiesta de los toros hacia una época nueva en la que será mantenedor y paladín este artista de auténtica excepción en su definida personalidad



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

SEIS ACADEMICOS EN TAUROMAQUIA

MUCHOS y muy buenos nombres se han reunido en torno a una mesa que suponemos ha estado bien servida. El motivo —alguno hay que buscar, aunque da lo mismo— es un banquete que la Asociación de la Prensa ha ofrecido a Berthure, Nataho Rivas, Mazzantini y Guerrita. Los hermanos Gallo han querido estar presentes en el ágape, uniendo así sus nombres —enormemente ilustros en la historia de la tauromaquia— a los no menores de los homenajeados.

Están en ese momento de euforia que produce el bien comer, cuando ya la espalda de los comensales se ciñe al respaldo de la silla en un ansia de comodidad satisfecha. Se encienden los vegueros, largos y olorosos, y las caras, plóticas de satisfacción, se vuelven hacia la mirada inquisitiva de la máquina fotográfica. Es el momento del magnesio, de la humareda del fogonazo, que se mezcla con el de los habanes. Y a pesar de la alegría de este instante, la cosa es extraordinariamente seria, porque el fotógrafo, en ese segundo que pulsa el disparador, abre a los fotografiados un hueco en la posteridad. Es ese el motivo por el que hoy llega a nuestras manos el recuerdo de aquella

reunión. Un cartel de corrida extraordinaria, de Beneficencia —El Guerra, Mazzantini, El Gallo y Joselito—, un gran escritor —pezo irsondable de conocimientos taurinos— y un escultor que sentía, y aún siente, la necesidad imperiosa de verter su alma de torero al bronce y al mármol, se han reunido, junto a blancos manteles, arropados por las firmas más salientes de la localidad. Y en esta solremesa el tema taurino habrá prendido su larga hebra, hilvanando uno por uno a los comensales hasta lograr un buen zurcido sobre la Fiesta. Y entre las sabias

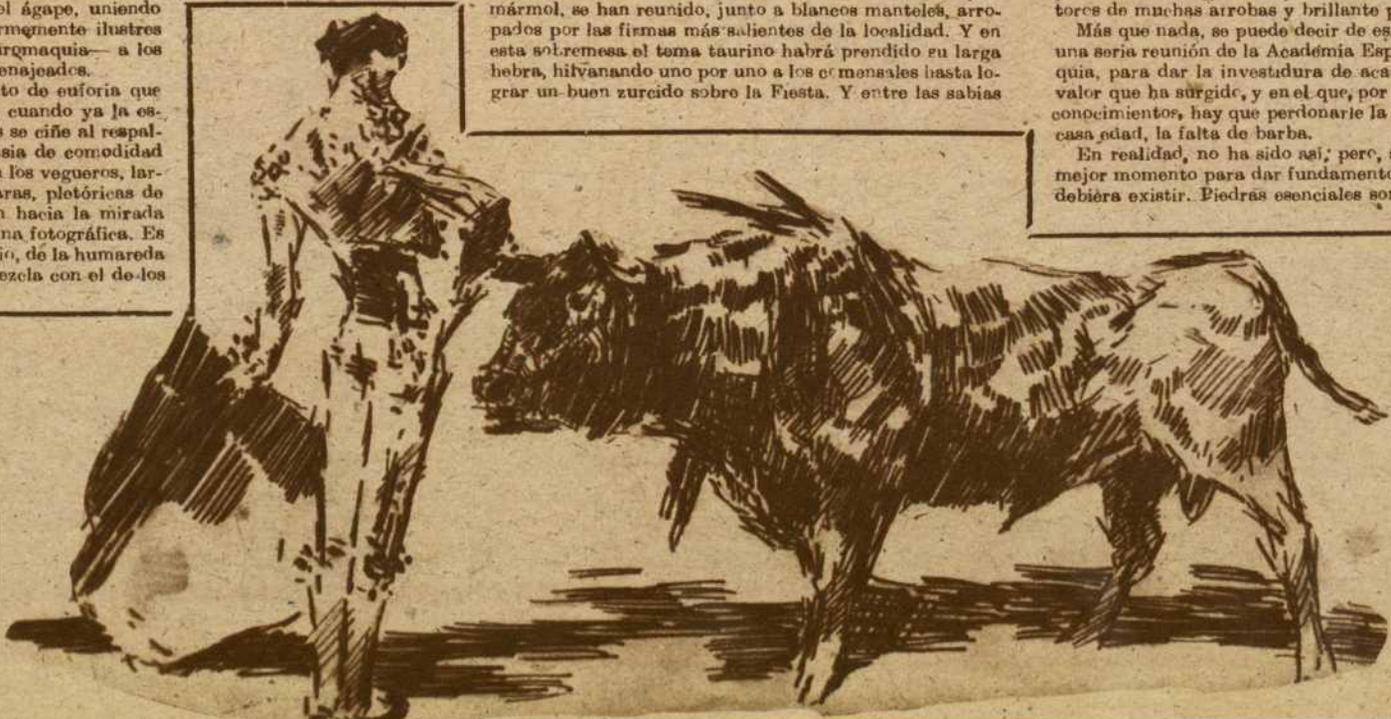
opiniones —antiguas pareceros enraizados en lo más profundo del toreo—, la savia joven del que ya empezaba a ser el mejor torero de todos los tiempos, el asombro y pasmo del enterado y aun de aquel que se solía enterar por casualidad que un espada mataba aquella tarde dos toros de muchas arrobas y brillante pelo.

Más que nada, se puede decir de esta fotografía que es una seria reunión de la Academia Española de Tauromaquia, para dar la investidura de académico a un nuevo valor que ha surgido, y en el que, por sus extraordinarios conocimientos, hay que perdonarle la cara de niño, la escasa edad, la falta de barba.

En realidad, no ha sido así; pero, sin embargo, nunca mejor momento para dar fundamento a una entidad que debiera existir. Piedras esenciales son seis de los concu-

rrentes, y sobre esa base bien se pudiera haber edificado un sólido edificio.

Y si interesante hubiera sido la tesis a desarrollar por El Guerra o Joselito—largos y hondos—, no creo que hubiera de ad que desear la del incomparable Rafael.



Don EDUARDO PAGES, el popular y antiguo

MAS DE TREINTA AÑOS DEDICADO A NEGOCIOS TAURINOS

CON frecuencia, en todos los periódicos aparece en la sección taurina un parte facultativo donde los términos científicos —un verdadero curso de Anatomía— acerca de la herida sufrida por un torero hacen más alarmante la gravedad del percance.

EL PARTE

El domingo, en San Sebastián, el doctor don José María Gastaminza suscribió un parte en el que decía:

"Don Eduardo Pagés ha sufrido unas intensas hemorragias intestinales, cuyo origen y localización no han sido aún determinados. Pronóstico gravísimo."

La enfermedad del señor Pagés no era otra cosa que un verdadero accidente profesional, sufrido en su calidad de empresario taurino.

LAS PREOCUPACIONES

Las preocupaciones, cuya magnitud desconoce el público, que ocasiona la confección de un cartel de toros, se multiplican en este revuelto mundo taurino, donde tantas cosas es necesario tocar desde el momento en que sólo dos figuras, Manolete y Arruza, pueden ser cabeceras de cartel.

LA SALUD, QUEBRANTADA

Los muchos disgustos sufridos últimamente habían quebrantado bastante su salud. Pero, mejorado ya, el viernes, día 20, el señor Pagés salió de Madrid para San Sebastián, donde tenía la ilusión de dar, por vez primera, cuatro corridas de toros en los días de la Semana Grande.

LOS MOTIVOS

Fué un día de calor extremo. El popular empresario taurino consumió durante el viaje gran cantidad de helados y cerveza, llegando bastante debilitado. A pesar de eso, comenzó sus trabajos, hasta que por la noche hubo de retirarse indispuerto.

ENFERMO GRAVE

El sábado por la tarde le sobrevinieron unas hemorragias intestinales, para, cortar las cuales los auxilios de la ciencia parecían resultar inúti-



Una fotografía del popular empresario de toros don Eduardo Pagés, obtenida recientemente en San Sebastián

EL NUMERO DE CORRIDAS CONTRATADAS CON SU FIRMA PASABA DE OCHOCIENTAS

aceptación tuvo en el público. Ganó dinero, mucho dinero, que le sirvió de base para futuros negocios de toros.

Volvió a América en dos ocasiones, como empresario de Ortega, y en todas las Repúblicas hispanoamericanas donde hay Plaza de toros montó, con éxito extraordinario, corridas de toros.

EMPRESARIO EN FRANCIA

Ha sido empresario en todas las Plazas francesas y portuguesas. Lo fué de Madrid, Vitoria, Santander, Mérida, Burgos, La Coruña, Jerez, Córdoba, Barcelona, Pontevedra, Logroño y Bilbao.

Actualmente era empresario de Sevilla, San Sebastián, Málaga, Cáceres, Valladolid, Salamanca y Gijón.

TOROS EN CINCO PLAZAS EL MISMO DIA

No hace mucho tiempo, nos refería que el número de corridas de toros de que había sido empresario pasaba de

ochocientas. Ha habido años en que en un mismo día tenía toros en cinco Plazas. De Valladolid o era, hace casi treinta años, De San Sebastián, hace más de veinte.

En este tiempo, a pesar de la fama de que llueve tanto en la capital donostiarra, sólo una vez hubo que suspender una corrida por lluvia. Hombre supersticioso como pocos, atribuía esta buena suerte al hecho de salir los días de corrida con un bastón que era un minúsculo junquillo, al que atribuía cualidades taumaturgicas.

SU TRASLADO A BARCELONA

El cadáver del señor Pagés fué embalsamado para su traslado a Barcelona a su ciudad natal, donde descansará eternamente en el panteón de familia. Gijón.

La noticia de la muerte del señor Pagés, que en San Sebastián ha producido verdadero dolor, será, indudablemente, muy sentida en toda España.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD



Con nuestro redactor Alfredo R. Antigüedad, don Eduardo Pagés habla, en el centro de la Plaza de Toros de San Sebastián, sobre sus proyectos

LES. TAL ERA LA GRAVEDAD, QUE LE FUERON ADMINISTRADOS EL VIÁTICO Y LA EXTREMAUNCIÓN. SE LE HACEN TRANSFUSIONES

Practicadas unas transfusiones de sangre, pareció disminuir un poco la gravedad; pero el lunes por la mañana un ataque de uremia acabó con la fortaleza del señor Pagés, quien dejó de existir a las diez y media de la mañana, a los cincuenta y cuatro años de edad.

LA PERSONALIDAD DEL SEÑOR PAGES

La personalidad del señor Pagés como empresario de toros es bien conocida en toda España.

Más de treinta años dedicado a asuntos taurinos, en los que puso siempre honradez, seriedad e inteligencia, le granjearon la estimación de todos.

SU MARCHA A AMERICA

Hace muchos años, marchó a América, como empresario de Charlot, dando a conocer el toro cómico, que tanta



Don Eduardo Pagés, que ha fallecido el día 23 en la capital donostiarra, víctima de una rápida enfermedad

empresario de toros, falleció el lunes en San Sebastián

SU ULTIMA CHARLA PARA "EL RUEDO" TRES DIAS ANTES DE SU MUERTE

"Antes de que aparezca en la Revista, mándenme las cuartillas para que yo las corrija y las vea"

Por DIEGO MARTIN DEL CAMPO



El señor Pagés, en su despacho de la Plaza de Toros de la Maestranza. Una de las más recientes fotos del popular empresario

AL concebir la idea de este reportaje expusimos a Pagés nuestro deseo de que fuera él el protagonista. «Antes de que me vaya a San Sebastián —nos dijo— lo haremos.» Y efectivamente, tres días antes de marchar a la capital de Donostia, donde pensaba dar los últimos perfiles a las corridas que organizaba en aquella Plaza — ¡tan ajeno de que allí le esperaba la muerte! —, tuvo lugar nuestra última entrevista.

Nos encontramos en uno de los cafés céntricos que el popular empresario frecuentaba todas las mañanas. Llegó como siempre, optimista y sonriente, y en nuestro diálogo hizo gala de aquel humorismo, que daba a su conversación un singular atractivo.

—Esa pregunta —empezó— de si «cuesta mucho trabajo montar (como se dice ahora) una corrida de toros», no puede contestarse de una manera concreta. Combinaciones que yo imaginaba difíciles, las he logrado a veces con facilidad que a mí mismo me sorprendería y, en cambio, otras fáciles para mi criterio, me ha costado mucho trabajo realizarlas. Esto es cuestión de momento y de conveniencia del torero, y... de conveniencia del empresario también, naturalmente.

—Pero a usted parece que le es fácil organizar sus corridas?

—Eso cree la gente, para la cual, es sencillísimo este oficio de empresario. A nadie que no sea de su profesión se le ocurre aconsejar a un comerciante o industrial lo que tiene que hacer para ganar dinero. A no otros, cualquiera nos dice: «Si organizar un cartel para llenar las Plazas es muy fácil. Contrate usted a Ortega, Manclote y Arruza, y ya está.» Y el que lo dice, se queda tan tranquilo, sin saber las cosas que hay que tocar, hasta ver un cartel de esa envergadura colgado de las paredes. Cierto, yo lo comprendo, que a mí la organización me cuesta menos trabajo del que yo veo que les cuesta a compañeros míos. La razón de esto, es que yo tengo unas Plazas, en las cuales les interesa mucho torear a los toreros. Y ¡claro!, esto hace que pongan de su parte todo lo que pueden en colaborar conmigo; pero no crea que es mucho. Por eso, el argumento de mis enemigos, que me lo niegan todo, es la suerte que tengo de tener las mejores

Plazas. Serán hoy las mejores, pero algunas, no lo eran cuando vinieron a mis manos. Algo más que la suerte — aunque yo no la niego — habré puesto yo de mi parte, ¿no le parece? Por ejemplo: que los públicos saben que, en mis combinaciones procuro reunir siempre los mejores elementos y hacer las combinaciones más de su gusto.

—Desde luego. Y ¿qué asegura usted primero para organizar una corrida, los toros o los toreros?

—Los toros, principalmente. Es lo primero que aseguro para mis ferias, porque entiendo que, sin la garantía de las mejores divisas, no hay éxito posible. Después, procedo al contrato de los toreros, y luego a barajarlos entre sí para lograr las combinaciones más atractivas y acoplar éstas con las ganaderías, porque usted sabe que no todas son del agrado de los toreros, y hay que estudiar las compensaciones a ofrecerles, a fin de que toreen las que les disgustan, imprescindibles en el cartel de toda feria de categoría. ¡Y aquí sí que vienen las dificultades, amigo! ¿Qué de quebraderos de cabeza y de noches sin dormir, hasta lograr esos carteles que presento tan fáciles de hacer, según algunos! Ahora, que mis verdaderos trabajos los pasé en mis comienzos de empresario. Sin medios, ageniándomelas como podía. Aquello sí era lucha. Aún viven algunos que pueden contarlo.

—¿Su auge como empresario, comenzó al fundar la cuadrilla de «Charlot, Llapiseta y su betones»?

—Exactamente. Y es una de mis organizaciones de la que estoy más satisfecho. Cree una cosa, y en ese género nadie ha inventado nada después. Todo gira alrededor de aquello.

—Y ¿ya hechos los carteles?

—Entonces, empiezan los peores ratos del

empresario, al menos para mí. La angustia hasta que suena el teléfono y nos dicen que han salido sin novedad los toreros que torearán el día antes de nuestra corrida y son base del cartel.

—Además de los Charlots, de que otra organización de su vida está usted más orgulloso?

—De la reaparición de Belmonte. Cuando le firmé la exclusiva, me creyeron loco. Decían que no se podía dar el dinero que yo le pagaba a Juan. En contra de los agoreros, el negocio fué magnífico y el éxito artístico, rotundo.

—¿Cómo ve usted el negocio de toros en la actualidad?

—Pues estoy muy asustado, de verdad, no por ficción, como dicen que yo me asusto. Las cosas han llegado a un extremo, que, o mucho me equivoco, o esto va a dar de un momento a otro un estallido. Las localidades han alcanzado precios inasequibles a la mayoría del público.

—¿Dicen que piensa usted retirarse de los negocios taurinos?

—No lo crea usted. Yo también lo digo algunas veces, procurando convencerme a mí mismo, porque un poco cansado si estoy. Pero no me llevo a convencer. Le tengo mucha afición a esto. Si, lo que no quiera Dios, me arruinara, yo terminaría mi vida por esos pueblos, de empresario de plazas de carros.

Ponemos punto a la charla, porque Pagés tiene otras cosas que hacer. Nos hace un par de chistes y nos despedimos con un cordial apretón de manos. Pagés insistió en que le enviemos estas cuartillas a San Sebastián. Quería leerlas antes de que se publicaran. Ha pasado apenas una semana... y ya no las puede leer.



Don Eduardo Pagés, el padre de Pepe Luis Vázquez y Rafael El Gallo, en la Plaza de San Sebastián la temporada anterior

FEMINISMO TAURINO

POR
ANTONIO DIAZ - CAÑABATE



Conchita Cintrón, pie a tierra

En los ruedos dando besos en el hocico a los toritos sin puntas. Ya estoy leyendo una crítica que diga: "Y Asunción la Marchosilla, el nuevo fenómeno del barrio de San Bernardo, después de tres molinetes de rodillas, dados con una gracia y un salero que hasta el toro babeaba de gusto, saca un espejito, le coloca en el testuz del animal y con un peine se acicala sus cabellos, negros como la endrina, algo alborotados por mor de un par de faroles, anteriormente ejecutados con su inimitable estilo. Esta nueva suerte, ya llamada la "espejina", marca fecha en la historia del toro."

En la ruidosa tertulia se hace un silencio. Estas irónicas palabras han producido efecto en aquellos viejos aficionados, alguno de los cuales alcanzó a El Espartaco y a Reverté. Al fin, uno dice en voz baja:

—¡Hombre, yo no creo que será tanto!

—Hay algo, indudable. La fiesta de los toros, en opinión de la crítica consciente del verdadero aficionado, va perdiendo su emoción, majestuosidad, trágico; se va convirtiendo lenta pero continuamente en festejo colorado y riante en donde precisamente las que más se divierten son las mujeres que no interrumpen por las faenas toreras con alaridos de pánico, sino que las emaltan de sonrisas; comentario tranquilo, al ver que el torero, mientras pasa por su lado el toro, está mirando al bandido a ver si distingue una de esas sonrisas femeninas para corresponder a ellas. Hoy ya no se lucha en los ruedos, se juega. Quizá la mujer no esté hecha para la lucha, pero es indudable que nació para el juego gracioso; y si de jugar al torito se trata, yo, y conmigo millares de personas, preferimos la gracia femenina adornándose ante un juguete con los menos cuernos posibles, y la fuerza indispensable para tenerse en pie veinte minutos seguidos. Y que ante un cartel de tres bellas señoritas, aireando su belleza en una Plaza, y otro de tres bigardos, muy toreros ellos, ejecutando las mismas monerías, no lo dudo, yo me voy al feminismo taurino de manera decidida. Y cuando vuelva a salir el toro hablaremos.

—Oye, y las cuadrillas ¿también estarían formadas por mujeres?

—Naturalmente. ¡Ahí es nada, las banderilleras! Si la suerte de banderillas parece pensada para una mujer, Figuroas lo que sería una chavala con diecinueve años andándole a un torito, los brazos en alto, el paso lento y el juego de la cintura airosa, alegrando al animal, que, pastado, como todo el público, asistiría a aquel espectáculo, atónito y maravillado.

—Vaya por las banderillas; pero ¿y los picadores? El que pudieran existir picadoras me parece un poco fuerte.

—Sí, tal vez. Pero no olvides que por ahí vemos buenas matronas, fuertes, rollizas y carnosas, algunas hasta con su asomo de bigote y todo, que resistirían, sin grandes esfuerzos, los escasos batacazo que hoy proporcionan los toros. Pero, en fin; no habría inconveniente en que la suerte de picar, ya tan poquita cosa la pobre, la realizaran los hombres.

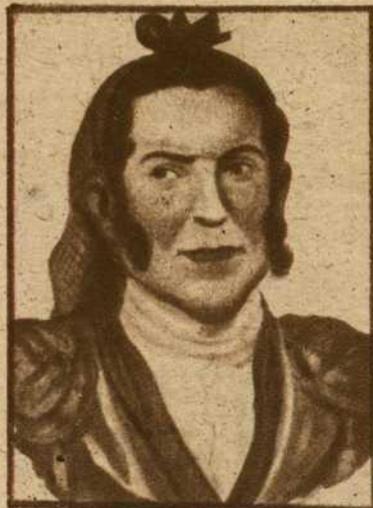
—¿De modo que resucitadamente, tú no ves traba ninguna que impida a la mujer torear?

—Con toritos, ninguna. Con los toros, la cosa estaría por ver. Lo mismo que en los toreros, y nadie les dice nada.

EN esta tertulia de aficionados se habla, o más bien se vocifera, que es la manera normal de entenderse en todas las tertulias del problema del feminismo taurino. Y dice uno:

—Aparte de dos o tres mujeres toreras aparecidas fugazmente en los ruedos a fines del XIX y principios de este siglo, no ha habido propiamente mujeres toreras, y no las ha habido, porque hasta hace poco, eso de que las mujeres trabajaran era sólo un deseo de los maridos que no se atrevían a decirlo en voz alta. Pero ahora, que ya la mujer trabaja, y en cualquier oficina hay más mujeres que hombres, y hacen sus oposiciones, y son abogados y notarios, en cuanto surja una que se decida y tenga suerte con el ganado, éste que ahora, en plena regeneración del toreo se lidia por esas Plazas yo no digo que los toreros pierdan el sueño, pero que algunos se quedarán en quince corridas, no te quepa duda, como el público siga tolerando eso de que el toreo moderno, éste que tanto se ensalza y jalea hasta por plumas lustres, no puede hacerse, sino a toritos con veinte arcosos y los pitones afetados; ya verás la que se arma en Triana cuando una moicita, en lugar de ponerse flores en el pelo, se ponga un traje de luces como sea y salga

Francisco González, PANCHÓN



NACIO Panchón en Córdoba el 4 de octubre de 1784.

Por recomendación del vizconde de Sancho-Miranda fué, cuando tenía doce años, a torear a Ronda con Pedro Romero. Luego fué banderillero con José Romero, hasta 1803. Torea más tarde a las órdenes de varios matadores, y figura como medio espada en la cuadrilla del matador sevillano José María Inclán, hasta que éste le concede la alternativa en Córdoba, el 22 de mayo de 1815. Fué el primer torero cordobés de renombre.

Desde que tomó la alternativa toreó en muchas Plazas andaluzas y portuguesas, y el

29 de mayo de 1820 hizo su presentación en Madrid como segundo espada de Antonio Ruiz, el Sombrerero. Su trabajo no gustó, y volvió a torear en la capital de España en 1826.

En 1829 recibió en Cádiz un puntazo en una rodilla, que le imposibilitó para actuar, y solicitó y obtuvo un empleo de administrador de sales y conductor del correo. En 1836 cesó en su cargo, y se vió obligado, para ganar su sustento y el de los suyos, a volver a los ruedos. El 28 de agosto de 1842 sufrió en Hinojosa una gravísima cogida en el vientre, con salida de intestino. No llegó a curar de la herida, y, muy quebrantada su salud, murió en Córdoba el 8 de marzo de 1843.

El hecho más sobresaliente de la vida taurina de Panchón lo relató Recortes como sigue: "El lunes, 14 de julio de 1828, se dió en Madrid la segunda mitad de la novena corrida, lidiándose tres toros de don Manuel Gaviria, de Madrid, y tres de don Juan Domínguez Ortiz, de Utrera, que habían de ser estoqueados por Francisco González (Panchón) y Manuel Parra. Salió en tercer lugar un toro de Domínguez, al que dieron veinte puyazos Juan Marchena (Clavellino) y Cristóbal Ortiz, a los que derribó seis veces y mató tres caballos; sólo le pusieron un par de banderillas, y Panchón le pasó poco, recibiendo y quedando algo baja la estocada. La mucha vida que tenía el toro dió lugar a que corriese mucho con el estoque en el cuerpo, en términos que los banderilleros trataron de hacerle doblar, dándole vueltas y capotazos; en uno de éstos salió el toro de estampía y se halló con Manuel Parra, que se libró de ser cogido con un medio recorte; siguiendo el toro su carrera, encontróse con Panchón, que trató de burlarle con la muleta por el lado izquierdo para correr por el derecho a la barrera, lo que no logró, viéndose ya casi cogido y enfrontilado, cuando, haciendo uso de sus fuerzas de brazos y piernas, y tomando un punto de apoyo en el pitón derecho, dió media vuelta, saltando de la cabeza del toro y del gran riesgo, que hizo ilusorio prodigiosamente. Panchón, efecto del esfuerzo, se resintió del tobillo derecho, continuó la corrida cojeando y no pudo trabajar en la siguiente. El Rey, que presenciaba la corrida, le felicitó y concedió una pensión de cien ducados."

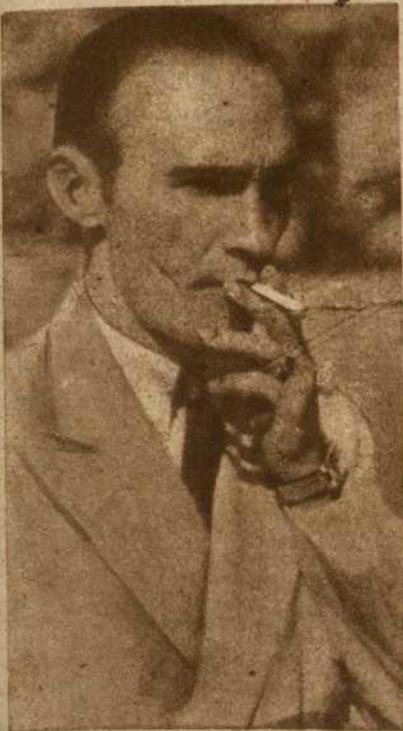
XEREZ-QUINA

EL APERTIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

OTRA VEZ EN ESPAÑA

RAFAELILLO ha sido el último torero que ha regresado de tierras americanas



Rafael Ponce, Rafaelillo

El próximo día 29 reaparecerá en la Monumental de Barcelona

Además, a Rafael Ponce no le gusta hablar de sus triunfos. Rehuye el tema y cuando lo aborda lo hace tan ligeramente que el periodista tiene que insistir una y otra vez.

Y así, sólo explica que al filo de las dos horas de la charla, Rafaelillo aun no me había contado su campaña taurina por América. De anécdota en anécdota, se fué consumiendo el tiempo.

Hasta qué...
—¿Cuántas corridas has torreado por América?

Rafaelillo consultó un pequeño cuaderno de notas y después de dejar un tiempo prudencial, para apuntar algunos datos, me dijo:

—En tierras americanas he torreado quince corridas y una en Méjico.

—¿Quieres reseñarme las Plazas y tus éxitos?

Esta vez Rafaelillo no tuvo necesidad de consultar sus notas, porque de memoria fué dándome nombres y cifras...

—Toréé dos corridas en Lima, al-

—¿Cuándo piensas reaparecer aquí?

—Estoy contratado para torear en Barcelona el día 29 de este mes y creo que muy pronto toréaré en Madrid... ¡con las ganas que tengo de torear en Madrid!

La exclamación de Rafaelillo encierra todo un mundo de nostalgias, que el valiente torero valenciano vivió con largueza por tierras americanas.

Una pausa larga puntea de silencio nuestra charla. Al rato ha sido Rafael Ponce el que toma la palabra para decirnos:

—Pero ahora ya estoy con vosotros para empezar de nuevo... Quisiera tener suerte.

He girado sobre el tema.

—¿Preponderancia taurina mejicana o española en los ruedos americanos?

Sin duda alguna, hay una mayor influencia taurina favorable para España. Puede calcularse que un ochenta por ciento de los aficionados de aquellas tierras son más admiradores nuestros que de ellos. Esto conduce a que todos nosotros actuemos bajo un clima de simpatía muy alentador.

—¿Y la afición por la fiesta es tan extraordinaria como han contado otros?

—Puedes tener la seguridad de que nadie exageró en este aspecto. Hay por aquellas tierras una afición desmedida por los toros. Casi todas las Plazas son muy similares a las nuestras. Una prueba de la gran afición que existe es que no hay fiesta patronal en la que no se celebre un festejo taurino como base de las fiestas.

Y en los pueblos exis-



El torero valenciano, a su vuelta de tierras americanas (Fots. Marl)

RAFaelillo ha sido el último de los toreros españoles que regresa a la Patria, después de haber recorrido largamente, de una latitud a otra, todos los ruedos americanos.

Ha sido el último...

Hace tan poco tiempo que está con nosotros, que aun conserva su vitola americana. Esa vitola tan singular, y que tanto hemos podido advertir en todos los toreros españoles que han regresado por las rutas del mar...

Es cuestión de meridianos y nada puede sorprendernos. Y tampoco —es justicia reconocer— hay nada que pueda llevarnos a la sorpresa. Ni ese acento dulzón, con el que se acredita la estancia prolongada por tierras de Moctezuma.

Pero Rafaelillo es sencillo y es modesto. Dos valores fundamentales para poder charlar dos horas largas con un torero y de un terrá tan espeso como es el de los toros, y el que más y el que menos, toda se creen un poco doctores...



Rafaelillo y su apoderado Manfredi

ternando con Belmonte, Gitanillo de Triana y el diestro del país, El Nene.

Entre Columbia y Medellín toréé diez corridas; dos en Cáliz y una en Méjico; alternando con El Soldado y Luis Briones esta última.

—¿Cómo toréaste una sola corrida en Méjico?

—Sencillamente, porque llegué a Méjico cuando la temporada terminaba. Podía haber torreado por los Estados, pero no quise y preferí regresar a España.

—¿Contento de tu campaña taurina?

—Estoy de verdad satisfecho. El mejor recuerdo que conservo fué el de la noche de mi presentación, en Bogotá, en la que corté cuatro orejas y un rabo. Este triunfo me sirvió para contratarme en la misma noche para nueve corridas más.

—¿Vuelves la temporada próxima a las Plazas americanas?

—En efecto, pienso volver y antes de regresar a España fué contratado por la empresa de Columbia.

te la costumbre de nuestras encerronas y de esas novilladas que se celebran en un ruedo improvisado en la plaza del pueblo.

—¿Tú regresarás, Rafaelillo...?

—Embarcaré en el mes de noviembre o diciembre... pero aun es pronto para hablar de volver máxime cuando se acaba de llegar. Lo que yo quiero ahora es torrear pronto... ¡y tener suerte!

...
Durante un buen rato hemos seguido hablando de toros. Rafaelillo prende en la charla la nota alegre de unas anécdotas. Y de vez en cuando queda pensativo. He creído adivinar en él una nostalgia... o bien pudiera ser que Rafael Ponce está pidiendo que en su reaparición de Barcelona se repita aquella noche de Bogotá, en la que corté cuatro orejas...

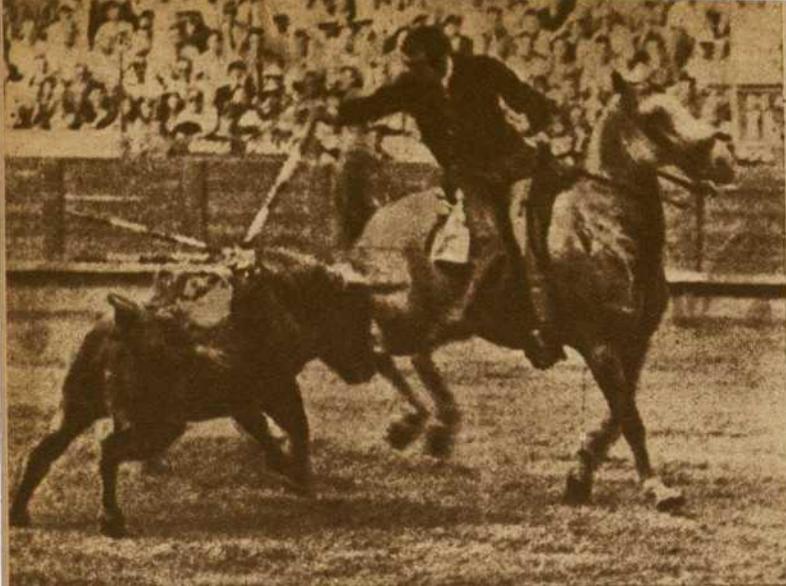
Nos hemos despedido. Rafaelillo, con su vitola americana, no puede negar que hace muy poco llegó a la Patria por las rutas del mar...—C. E. F.

GANADERIAS PRESTIGIOSAS



BALSAMO HAZUL
Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

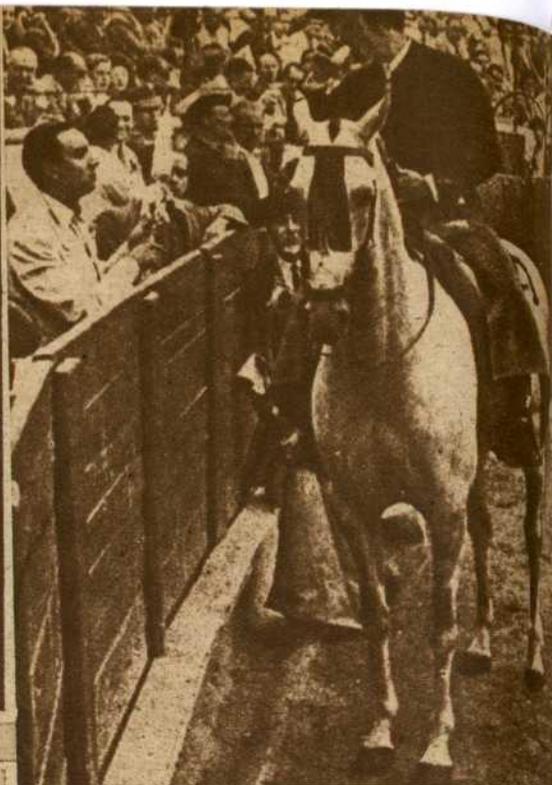
VENTA EN FARMACIAS
(Autorizado por la Censura Sanitaria)



Alvaro Domecq, colorando un gran par de banderillas

CARTEL DE BARCELONA

Seis de Domecq y uno de Cobaleda, para
ALVARO DOMEQ
ANDALUZ
JULIAN MARIN
PEPE MARTIN VAZQUEZ



Domecq hace un alto en su labor, para refrescar y coger nuevo rejón



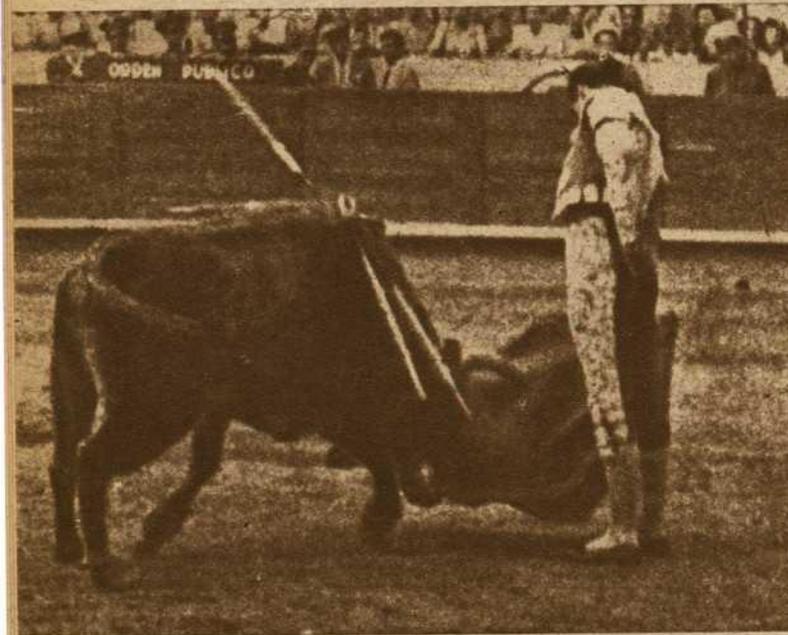
El rejoneador jerezano, que echó ple a tierra, pasa de muleta por alto a su toro



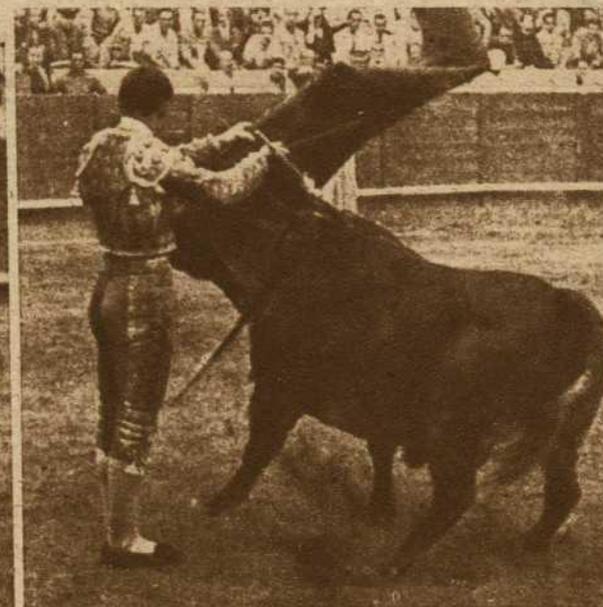
Andaluz, al empezar la faena con un estatuario



El caballero jerezano, en el momento de clavar un rejón



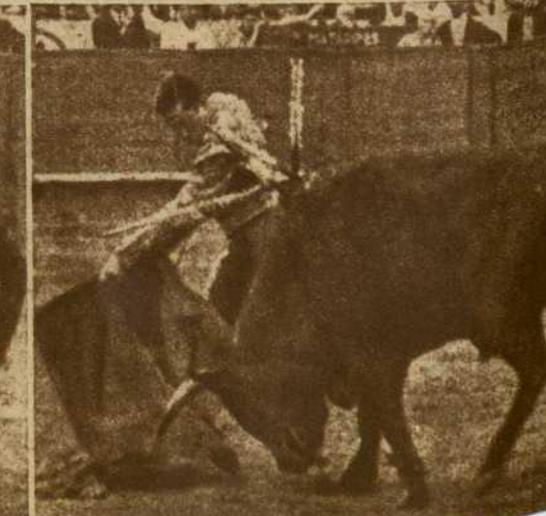
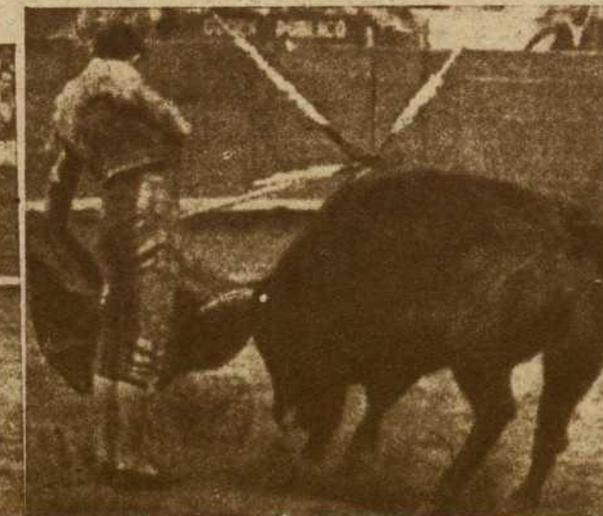
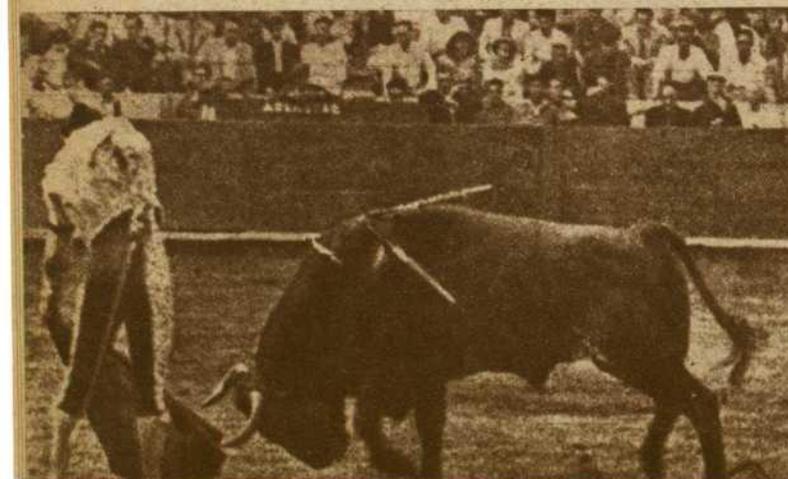
Julián Marín, en un derechazo en redondo a su primero
 El torero navarro torea de muleta, por naturales, a su primer toro

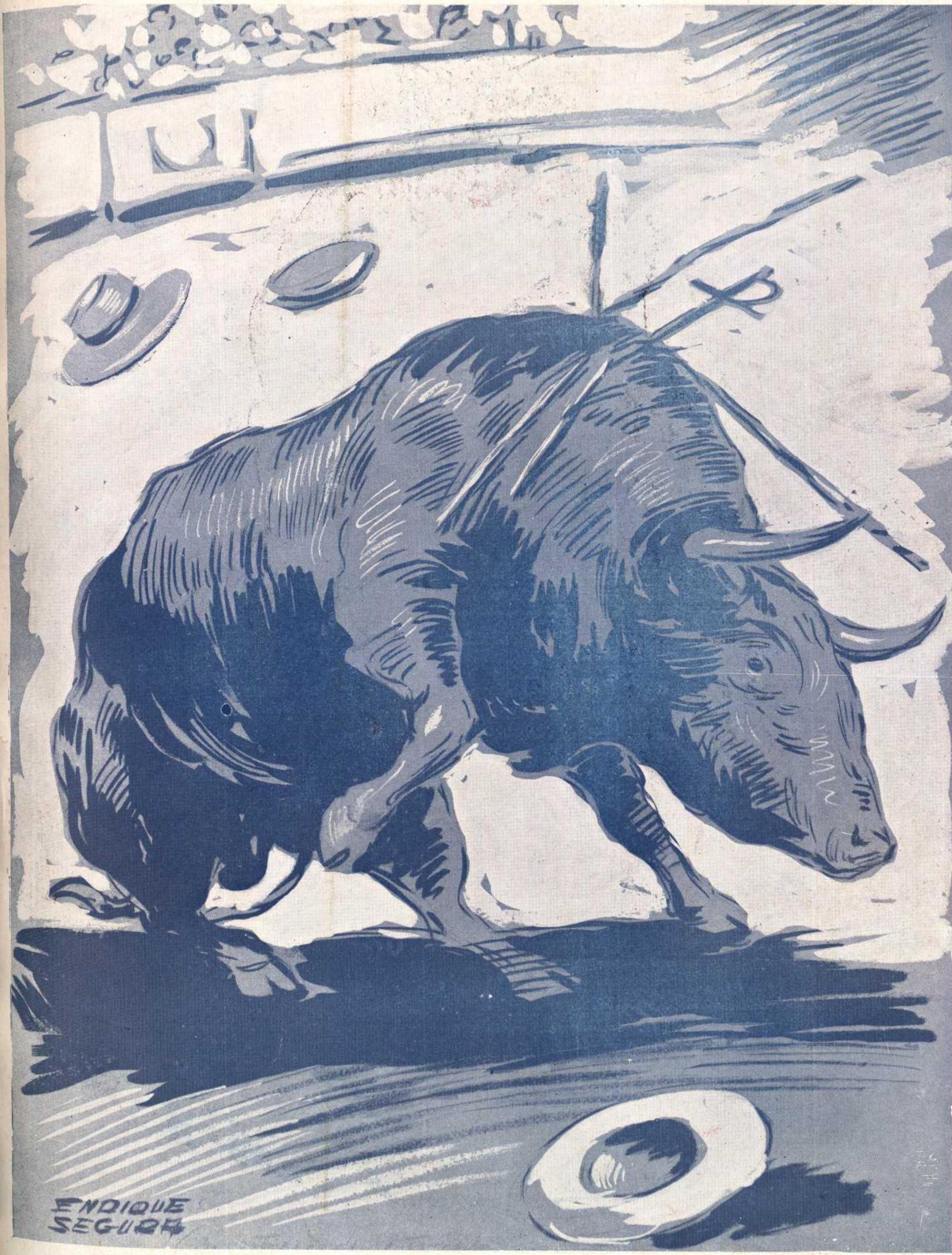


Un par por alto de Andalus, en su segundo toro



Un pase por alto de Pepín. Abajo: El mismo torero iniciando un pase de pecho (Fot. Valls)





ENRIQUE
SEGURA

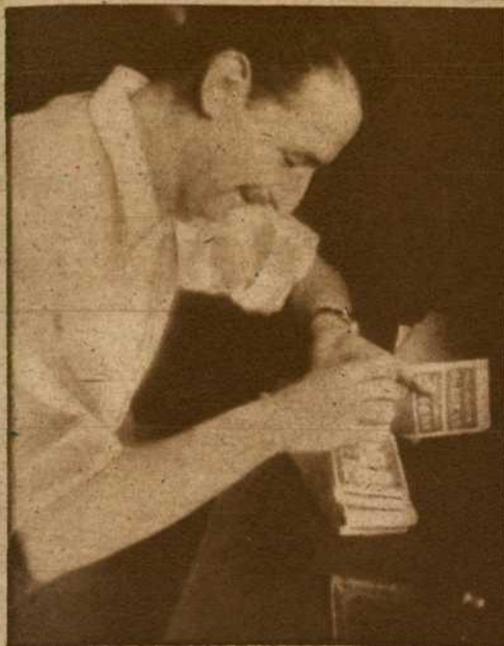
La estocada de la tarde
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: Francisco González, Panchón
(Dibujo de Enrique Segura.)

LAS LOCALIDADES

Por JAIME DE FOXA



El empleado dedica largas horas al sellado de las localidades

rejones. Total: diez toros... ¡diez toros!... ¿Qué les parece?... ¡Va a ser atrocidad!...
 ... Nuestro futuro espectador bulía inquieto en su asiento del bar: «¿Qué corrida?... ¡No hay más remedio que ir!»
 ... Y de ahí nació el calvario inevitable: el sábado... las primeras gestiones.
 — Yo quiero un trocito de lo que sea; me es igual cualquiera que así y sombro y fila uno que fila quince...
 — Descuide usted — le decían — cuando así es fácil... Mañana se lo podremos prometer con toda seguridad...
 El lunes le adelantaron que la cosa no era tan sencilla como parecía. El cartel se había reducido a sus verdaderos términos: no había rejoneador y eran sólo seis toros; pero, en cambio, Mengano llevaba mucha gente a la Plaza. Era preciso pagar tres veces el importe oficial de la localidad, y aun así, el asunto no podía garantizarse, ni mucho menos...
 ... La duda sólo duró un minuto, ya que la decisión de asistir al espectáculo lo dominaba todo:
 — ¡No importa! siga usted gestionándolo. Al fin y al cabo... ¡un día es un día!...
 Pero el martes, el aficionado fue asaltado por una luminosa idea: «Quizá X, que es amigo de Y, pueda hacer algo...»
 Y allá fué nuestro hombre, de despacho en despacho y de oficina en oficina, escuchando de todos los labios frases parecidas e idénticos desconsuelos:
 — ¡Hay!... ¿Para el jueves?... ¡No hablar!... Eso está del todo... ¡Si hubiéramos venido usted antes!...
 En la noche del propio martes, su primer encuentro con el amigo ya fríos, aunque con relativo provecho práctico: se había encontrado — por las apariencias, como objeto perdido — un tendido de sombra de la fila diecisiete; valía sólo sesenta pesetas, y en las circunstancias aquellas era casi una ganga.

Toda Plaza de Toros tiene algo de fortaleza árabe cuyas puertas custodian extraños vigilantes con gorra autoritaria. El caso es exteriormente circular y hermético como un almenado cubo de muralla, pero hay una hora — al filo de la media tarde — en que bajo el calor, la luz y el vocerío, una asaltante muchedumbre recorre las torres moras, hormigueando junto a los ladrillos y los azulejos. Es entonces cuando acontece el milagro de un papelillo — verde o anaranjado, gris o rosa — sobre la combatividad de los invasores el misterio interior de la ciudadela.

Los guardianes, celosos, arrancan del billete una tira, que, sumada a las mil ya despreciables, contribuye a alambicar el tenebroso acceso; más adelante, tras breves pasos por galerías en penumbra, otro fiel concarbero separa por segunda vez del papel prodigioso otro trozo alargado que arroja al suelo con gesto displicente.

El portador de la coloreada contraseña avanza entre empujones hacia donde le guían y conducen y los números grabados en el pequeño fragmento que conserva con cuidadoso mimo. Sus ojos, que pasaron de la claridad exterior a la sombra de los corredores, se desorientan de nuevo ante la luz y el reflejo del circo, aturden los gritos, huelen a puros, se oyen risas y saludos de fila a fila...

Una mano exigente le arranca de improviso el billete tan amorosamente sostenido: «¡Por aquí, señores! — ordena imperiosa la voz entre el tumulto.

Y tras un bello instante de ejercicios gimnásticos, saltos, empujones y paradas; tras subir doce escalones y decir doce veces «perdón» y «usted perdona»; después de pisar seis pares de zapatos y apoyarse en seis hombros diferentes para defenderse de los riesgos de seis zancadillas, alevosas, el luchador encuentra — perdido entre la masa que alborota las gradas — un estrecho rectángulo de incómodo cemento, en el que — ¡at fin! — ampliando su área de alternativos movimientos de cadera, encuentra escasa y dura compensación a tanta sufrimiento y tanto esfuerzo.

Y es entonces, mientras una mano entrega al lejano guía el precio de la empolvada almohadilla, cuando la otra, en un gesto mitad despectivo, mitad rencoroso, arruga, estroña y desgarrá en las profundidades del bolsillo ese papel, hasta entonces sagrado, que ya — próximo el primer clarín y cercano el lute de los alguaciles — ha perdido, no se sabe por qué, un poco del prestigio primitivo.

Hoy puede asegurarse que no es vano ni injusto ese subconsciente además con que los dedos que abonaron su importe olvidan y machacan el billete que tales sacrificios expió días atrás; la prueba es, en efecto, demasiado violenta para no recordarla de iracunda manera.

Allá, en las postrimerías de la anterior semana, se habló de que el jueves, por ejemplo, habría una corrida memorable. Hasta ocho nombres de figuras máximas cuchichearon los sentados al oído del pobre y tranquilo interlocutor.

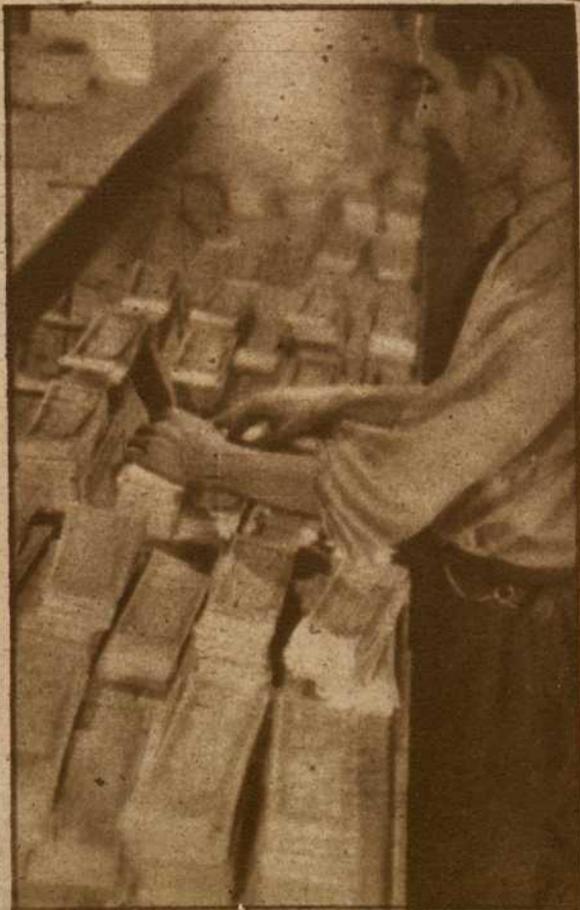
«¡Figúrate!... ¡Zutanito Chico, Fulanote Grande y Mengajito, con toros de los hermanos Perengáñez!»

Antes de enlazar el necesario gesto, impuesto por la solemnidad del anuncio, terciaba otra voz en la tertulia:

«¡Quial... ¡Por Dios!... ¡Usted no está enterado!... Son los tres que usted dice y además Refulanete; pero primero hay dos novillos de



Unos billetes, y a cambio un tendido u otra clase de entrada



Localidades y localidades. ¿Qué tendido quiere usted?

... Pero el prudente aficionado dilató el compromiso y prefirió esperar. Estaba seguro de que su amigo Z lo arreglaría todo; claro está que él no pensaba molestarle por tan poco, pero... ¡qué diablo!... ¡Entre pedirle aquello del ascenso y esto de la corrida, no existía diferencia vital!

«¡Hay que ir a ver a Z!» El podrá resolverlo, y los amigos son para las ocasiones.

... Pero el miércoles, Z no estaba en su despacho; Z no iría hasta el día siguiente... el secretario de Z sólo exhibía esos desalentadores para el afán delirante del aficionado: «No creo que pueda proporcionarle nada; ¡es tan difícil!

... Y el jueves — fecha memorable en la historia del torero, según los entendidos — le había sorprendido en plena duda ignorante; la prometida localidad de sombra de la fila diecisiete había — por milagrosas artes — aumentado en veinte pesetas su valor y ahora costaba ochenta.

Por fin — mediodía, pasado — una frase, arrancó en decisión heroica. En la mesa de al lado, entre «Ma toro» y «Martín», una voz se raba con tonos de torero a irrepresible: «Vengo del apartado... ¡Qué barbaridad!... ¡Eso son toros y no las lecorrias de todas las tardes!... Uno de ellos ha cruzado la puerta del corral y la ha hecho así; ¡otro ha derribado a un caballo con concorro y todo...»

El buen aficionado no pudo más. Aquello era excesivo para su dolorosa esperanza, y sin pararse a meditar en que el leonés narador llevaba sentado en el bar desde el día del apartado, se levantó veloz y en silencio.

El telero cortó sus flusiores; el tendido de sombra de la fila diecisiete había sido vendido un minuto antes en noventa pesetas...

«¡Qué primor!... ¡Qué idiota!...» — pensó con una sonrisita de disculpa.

... Y en seguida comenzó nuevas y más desesperadas gestiones; la cosa urgía, y gracias al portero de un restaurante céntrico, al botones del café de enfrente, a dos gánganos de sucias greñas y a un limpiabotas medio tiznado, consiguió al fin que sobre las cuatro de la tarde cayera, doblado con amor, el billete — verde o anaranjado, gris o rosa — que iba a abrirle las puertas de la Plaza.

Era de sol y sombra, fila diecinueve; entre propinas, taxis, imitaciones y aperitivos de espera, le había venido a costar ciento diez pesetas; pero — caminando ya de la Monumental — sólo pensaba en aquel imbécil ciudadano incapaz de ser insolvente que por un miserable asiento de la fila diecisiete, de sombra, había pagado veinte pesetas menos que él...

«¡Qué barbaridad!... ¡Cada día hay más afición!...» Se consoló mirando al graderío, repleto de gente. «¿De dónde sacarán el dinero todos estos?»

... Y al hacer la pregunta sintió de nuevo la rencorosa necesidad de estrujar con rabia contenida, en el bolsillo, el papel — verde o anaranjado, gris o rosa — de su codiciada localidad.

... En el ruedo, dos jinetes de negro, con plumas rojigualdas en la testa, precedían al desfile de otros mozos vestidos de oro vivo, y él se puso a aplaudir.

Angelote



Angelote, el torero de Extremadura, ocupaba el primer puesto de la novillería, cuando, por derecho propio, tomó la investidura de matador de toros. Brusco el cambio, por esa fuerza imponderable que hemos dado en llamar ambiente, la nueva trayectoria a seguir constituía una incógnita para el joven artista.

De ella ha salido triunfante Angelote, quien, con la misma firmeza de voluntad que puso en ser el «caso» de la novillería, ha encontrado su sitio, desde el que trata de conquistar uno de los primeros puestos entre las figuras del toreo.

La temporada de 1945 marcará la fecha triunfal en que Angelote ha de conseguir su propósito.

Pablito Lalanda



Con decir que hace honor a su apellido, quedará hecho el mejor elogio de este muchacho, que ya camina sin andadores y pisa con firmeza los ruedos de las Plazas de toros.

Bien prendido en su espíritu el fuego de una alición intensa, y día a día más seguro de su arte, en el que se funden los estilos de la lidia y del toreo moderno, en su expresión más pura, Pablito Lalanda está llamado a llevar su nombre a la altura de aquel a quien se cantaba con absoluta justicia: "¡Marcial, eres el más grande!"



"NIÑO de la PALMA



Se llama Cayetano, pero no es de Ronda. Es de Sevilla, que en los gastos taurinos supera a Ronda.

Y conservando los matices de la escuela rondalla, la entierece y aroma con las vaharadas del estilo sevillano, armonioso y alegre.

El Niño de la Palma, desmintiendo el dicho de que nadie es profeta en su tierra, triunfó plenamente, clamorosamente, en su presentación en Sevilla. Y de entonces acá, avanza decisiva y firmemente con la vista puesta en la cumbre de su profesión, a la que llegará indiscutiblemente, porque valor y arte le sobran para ello.

VIDA, ESPLENDOR Y MUERTE DEL ABONO

Por F. Serrano Anguita

DURANTE mucho tiempo conservé dos curiosas tarjetas que siento haber extraviado, sin duda en el trasiego de alguna mudanza o en la confusión de cualquier pieza de papeles. Una de ellas proclamaba como don Fulano de Tal era socio cinco mil no sé cuántos de «Los Previsores del Porvenir». Y la otra nos decía que don Meñano de Cual se hallaba abonado a la fila J, del tendido X, de la Plaza de Toros de Madrid.

Si la primera tarjeta no podía juzgarse sino como pintoresca demostración de hasta dónde llega la ingenua vanidad de algunos ciudadanos, que se derriban por blasonar de perejiles, sean los que fueren, incurrimos en injusticia catalogando en el mismo grupo al titular de la segunda cartulina. Ser abonado a los toros en el antiguo circo madrileño era, hace treinta o cuarenta años, una cosa más seria de lo que parece a primera vista. El ciudadano que pagaba por adelantado los doce o quince duros que entonces costaban los billetes «de sombra» para las cinco corridas de abono y el solemne festejo inaugural; que se apresuraba después a renovar por tres o cuatro funciones más el compromiso establecido entre la Empresa y él, y que volvía a anticipar su dinero para los domingos oñales, ya en las agonías de la temporada, ese intrépido ciudadano, ese intrépido ciudadano, digo, no era un simple señor con afición al espectáculo, que quería tener su localidad fija y soportaba suspensiones, trastornos de fechas y cambios en los carteles, con tal de evitarse aperturas ante las taquillas o asaltos y saqueos en la Sierra Morena de la reventa: No. El abonado, al adquirir su talón, adquiría una especie de patrimonio permanente —que iba de padres a hijos, a nietos y biznietos— sobre el número H, de la fila J, del tendido X de la Plaza. Podía considerarse una pequeña propiedad inmobiliaria, lo mismo que el hotelito veraniego de Guadarrama o el cortijillo modesto de Utrera o de El Arahal. Y también constituía como una ejecución de nobleza taurina, no menos envidiable y digna de respeto que la nobleza de sangre que ostenta con legítima ufania el descendiente de un héroe de las Cruzadas.

—¿Qué va usted a contarme a mí de linajes ni de estirpes, si uno de mis antepasados acompañaba a Hernán Pérez del Pulgar cuando clavó en la puerta de la mezquita granadina el pergamino con el Ave María!—, oíamos decir en el café a una personilla insignificante, con aspecto de oficial segundo de cualquier escalafón burocrático.

Pues con el mismo ímpetu y análogo orgullo vociferaba otro pelagatos en la tertulia próxima.

—Pero... ¿quiere discutir eso conmigo, que tengo en el tendido ocho el mismo abono que sacó mi tatarabuelo en la Plaza de la Puerta de Alcalá, donde él vió torear a Pepe-Hillo y a Costillares como yo he visto a Joselito y a Belmonte?

Los abonados —los señores abonados— formaban, en el núcleo espeso y anónimo del público de toros, un grupo de selección, una casta especial a la que se le guardaban todas las consideraciones. Pera ellos eran las mejores almohadillas, las sonrisas más amables de los acomodadores, los saludos cordialísimos de los alguacillos y hasta las frases que solían lanzar los peones cuando se veían apertados por un «flamenco» de cinco años y treinta arrobas, y tenían que saltar la barrera y arrojarse de cabeza al callejón.

—¡Camará! ¡Esto es la guerra!

—¿Ha visto usted qué clase de guasa la de este «malage», don Mariano?

Los abonados tenían sus fueros y no había Empresa ni autoridad que se atreviese a atentar contra ellos. Si se proyectaba una reforma del Reglamento, los sabidillos del «abono» —generalmente, los de más antigüedad— figuraban en la Comisión que había de estudiar y proponer las

Plaza de Toros de Madrid

Luis Mazzantini, Antonio Fuentes, Emilio Torres (Bombita), José García (Algabeño)

Gran corrida extraordinaria de toros de la ganadería de Utrera, con toros de la ganadería de Utrera, en la Plaza de Toros de Madrid, el día 15 de Abril de 1925.

ESPADAS	CONDETES	CORRIDAS	ESPADAS
Luis Mazzantini	Antonio Fuentes	Emilio Torres (Bombita)	José García (Algabeño)

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES PARA LA CORRIDA

LOCALIDADES	BOL. MILITARES	SEÑORES	BOL. MILITARES	SEÑORES
Plaza	1.50	2.50	1.50	2.50
...

EL CARTEL DE ESTE AÑO

Una clásica fotografía del cartel de abono de la Plaza de Madrid. Sobre los nombres de los espadas, los rostros de las figuras más destacadas.

Una clásica fotografía del cartel de abono de la Plaza de Madrid. Sobre los nombres de los espadas, los rostros de las figuras más destacadas.

modificaciones oportunas. Si se pretendía adoptar un nuevo modelo de puya, cambiándole el limoncillo por la barra giratoria o por la arandela, había de oírse la opinión de los conspicuos. Si a un ministro se le ocurriera que, para respetar el descanso dominical, las corridas se celebraran los lunes, allá iban los caballeros del talón y del asiento fijo a figurar por derecho propio en la Junta de Defensa de la fiesta y a discursar en mítines, y a presidir manifestaciones, hasta que se desistía del absurdo intento. Y lo mismo cuando se pensaba variar el tamaño de las monteras, o las cucardas de los castoreños, o los borlones y alamares de las casaquillas. El «abono», la «cátedra», tenía que emitir su opinión, y sólo si ésta era favorable se acometía la obra.

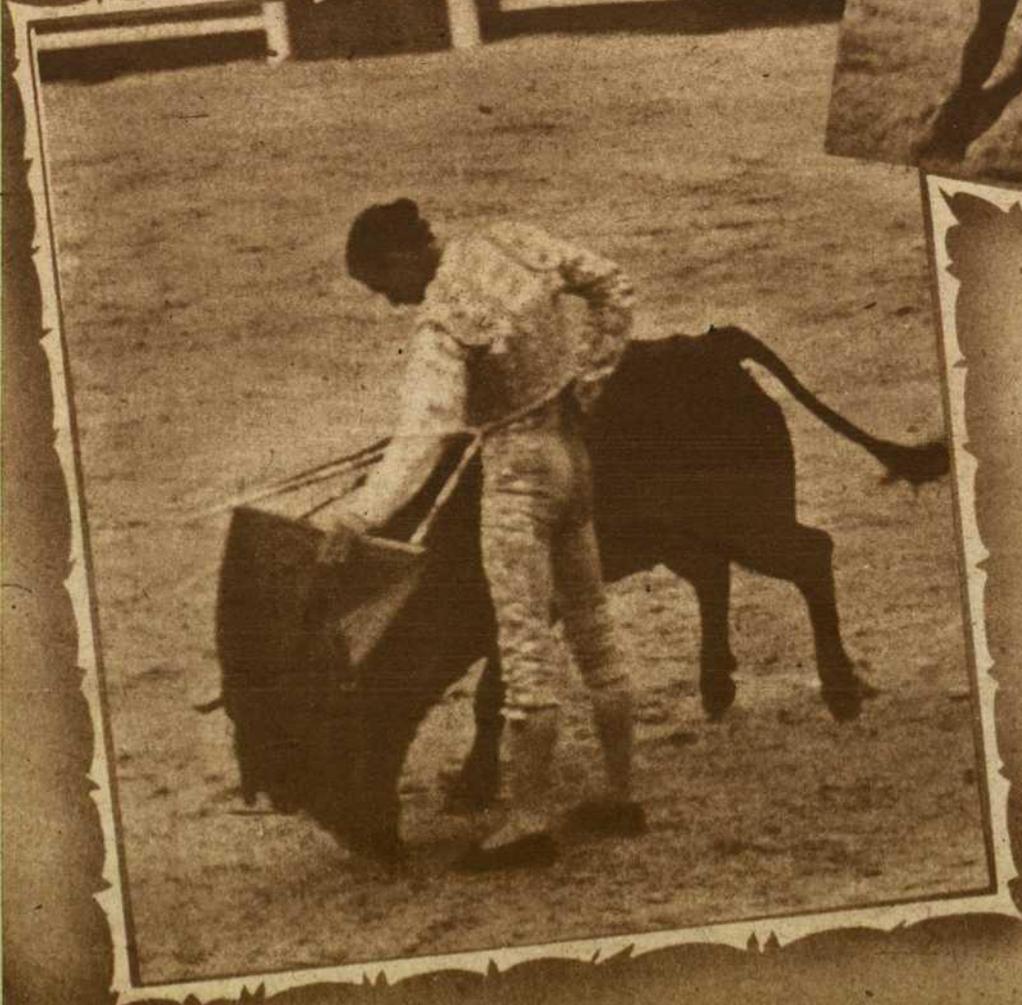
Yo no olvidaré nunca una tarde de poca fortuna de Pepe el Algabeño, en que, como por arte de magia, los tendidos se llenaron de hojas arrancadas de un número de «Nuevo Mundo», en una de cuyas páginas aparecía el torero en su cuarto del hotel, luciendo una elegante bata de seda; la bata que ahora es obligado que se pongan todos los diestros —desde el «monstruo» al último novillerito principiante— para que los retraten la mañana de la corrida, y que entonces parecían osadía inconcebible, gravísima falta de respeto al público e intolerable ofensa a la varonil tradición de los lidiadores de pelo en pecho, que no podían alfeñarse ni presumir con fillettes de tonadillera.

¿Quién distribuyó por la Plaza aquellos ejemplares de la revista? ¡Ah! Yo no lo sé; pero tened por cierto que la iniciativa partió de alguien del «abono», del grave y solemne «abono», celoso guardador de las más puras esencias faunomáquicas y de cuanto contribuyese a mantener su carácter bizarro y bravío, con olores agrios y fuertes y sin afecciones de ningún género. «Fiesta de machos, señor. ¿Qué se entiende por fiesta de machos?»

Al pobre Algabeño lo persiguieron durante los dos días los gritos de: «¡Ponte la bata!», hasta que demostró ante un toro «de aquellos que... aunque el valiente se vista de seda, valiente se queda». El «abono» acabó transigiendo con la prenda íntima que hoy ningún mozo de espadas olvida meter en la maleta del matador, como «ampoco olvida las gafas negras... y el «esmoquin», por si hace falta. Ya habían transigido antes los «catedráticos» con que los fenómenos, en vez de beber a chorro en el panzudo botijo andujareño, se enjugasen la boca con sorbitos de agua —¿quién sabe si perfumada?— servida en finos cristales, que, a lo mejor, eran de Bohemia o de Bacarat. Y con que, para secarse los rostros sudorosos, utilizara pulquitrinas toallas, y no el propio capote manchado de sangre y de estiércol. Y con que suprimiesen la coleta, y con ella los hierrecillos para encogerse el añadido y la moña. Y con que las cuadrillas hicieran el paseo con menos garbo y menos alegría que la que tienen al salir al campo los jugadores de fútbol, y al compás de un melancólico pasodoble que no se oye... y mejor es que no se oiga.

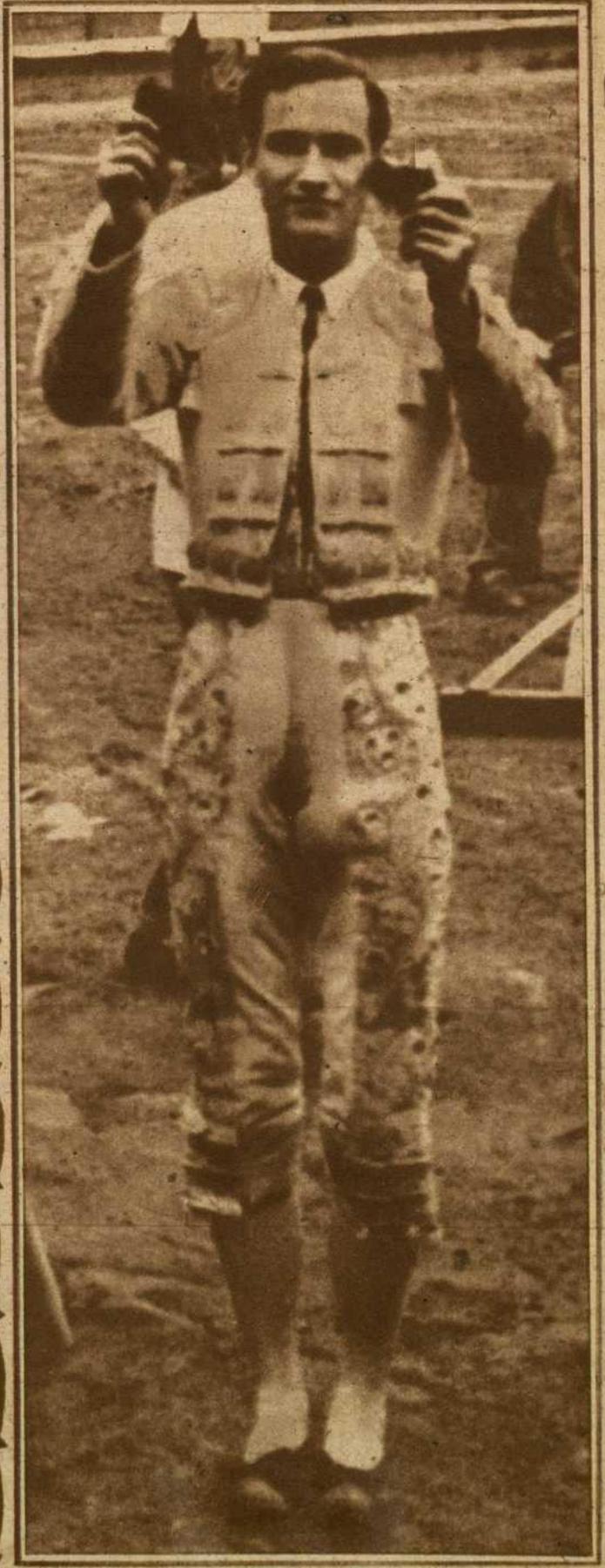
Así, de transigencia en transigencia, abandonando todas sus trincheras, el «abono» perdió mando, prestigio y categoría. Hasta que se murió. ¿Pues no había de morir? ¿Qué razones tenía el pobre para seguir viviendo? Hay quien dice que lo mató la elevación de los precios, porque no es lo mismo anticipar doce o catorce duros que pagar de antemano dos o tres mil reales. No hagan ustedes caso. También pagamos hoy tres pesetas por el vermut que antes nos costaba veinte céntimos —y hasta daban aceitunas con anchoas!—, y doscientas por el par de zapatos que valía treinta y cinco hace diez años. Y no ocurre nada... La verdad es que el «abono» fracasó cuando los toreros dieron en pensar por cuenta propia y en organizarse ellos mismos la propaganda, y cuando los toros empezaron a encogerse y las Plazas a agrandarse, para que cupiesen en ella cuatro mil profesores de la «cátedra»... y quince mil alumnos analfabetos que, como están en mayoría, pueden imponer su ignorancia caprichosa. El «abono» tenía que morir. Y se murió. Que en paz descanse.

¡ARRRUZZA!



SU UNICO RIVAL
ES EL DE LA PAGINA
QUE SIGUE

¡ARRRUZZA!



NO TIENE MAS RIVAL QUE
EL DE LA PAGINA ANTERIOR

LA REVENTA

Por JOSE PATON GARRIDO



Isaac Fernández Rincón. El Chatillo o Niño de la Teatral. El mejor taquillero de la reventa de toros

LA reventa es un gran negocio. La reventa no tiene importancia.

En época no lejana, las corridas de toros eran esperadas con verdadera ansiedad, sentida por todas las clases sociales.

Ahora no se esperan así. Se esperan con una lánguida curiosidad. Curiosidad maliciosa, porque la nota viva que se destaca en ella es un afán colosal especulativo que de cuando en cuando vence la indiferencia de Empresas, diestros y ganaderos.

No hace muchos años el pueblo se enardecía en las plazas; los maestros electrizaron el ánimo de las multitudes. La corrida de toros discurría por el cauce real que debe discurrir: la emulación entre la noble e inagotable fiereza de los toros y la destreza valiente y artística de los maestros.

Los toros han significado siempre un exponente magistral de nuestras tradiciones. A los toros han ido los que han podido ir. Y ya digo: no hace muchos años, los públicos salían más contentos de las Plazas. Las emociones que sentían eran más profundas.

Quizá menos «artísticas». (Eso habría que discutirlo, pues el arte tiene muchas interpretaciones.) Y lo que nadie se atreve a negar hoy es el asombro que sentían los públicos de no hace muchos años ante el poder imponente de los toros de lidia.

Claro es que aquellos públicos admiraban al toro más que al torero. Aquellos toros cuyo poderío no se agotaba nunca. Con

treinta arrobas, cinco años cumplidos, gordos, dura la pezuña, pelo como el jaspe, astas de dos metros, que tanto se crecían al castigo. Y enseñaban a toreros y públicos el estímulo que forzosamente ha de regir la lucha sin cuartel entre enemigos duros.

Ahora se habla de puyas salientes, de petos protectores, de mayores castigos. Lo cierto es que las sensaciones producidas por toros y toreros en el espectador de otras épocas y en el de la actual son muy diferentes.

Y tan diferentes. Como que parece que ahora se revende todo.

La reventa será un gran negocio, pero tiene muy poca importancia.

Ya no se ve ni se oye lo que se oía y se veía en las Plazas.

Van desapareciendo los partidarios absolutos de este o del otro diestro. Probablemente, porque ninguno lo merece. Aquel grado de pasión que nos hacía tirarnos a la Plaza, empeñar una prenda para ir a los toros, discutir hasta llegar a las manos, cri-

ticarlo todo de buena fe, «pisando todos los terrenos», va desapareciendo.

«El público de toros se nutre de multitudes. Tiene todas las características de las muchedumbres. Y tiene la especial de entender sus asuntos. Esta inteligencia es garantía de acierto. A la Plaza, desde el presidente al aguador, todos van con entusiasmo. Incluso el monosabio, que también tiene que torear.»

Así tué. Y así debe ser.

Cuando fué así, la reventa vivió su época más esplendorosa. La reventa entonces no estaba reglada. Ni autorizada siquiera. El Código de Comercio de don Raimundo Fernández Villaverde concretaba los beneficios mercantiles fluctuantes a un quince por ciento. Era la ley. Los menestrales que se atrevían a comprar tres o cuatro entradas para que la suya les resultara gratis, se exponían a caer en manos de la «poli». Revendedor que caía, no sólo perdía su dinero, sino que comía rancho gratuito una temporada.

Pero se daba el caso de que Joselito paseaba su orgullo inmenso por el Café Inglés. Belmonte también paseaba su inmensa indolencia por Triana. Gaona, el indio azteca, desafiaba a los toros con

una elegancia original.

Banderilleaba mejor que ninguno. Se echaba el capote a la espalda, creando una suerte nueva: la gaonera. Ese lance que la distracción ha dado en llamar «de frente por detrás». La alegría del Bomba desaparecía. Los públicos aplaudían con frenesí el carácter desigual de Rafael: la escuela sevillana, matizada con la chulinería graciosa de Madrid, que le vió nacer.

Las estocadas

de Mazzantini habían pasado a Machaquito. También desaparecían. Pero quedaban las de Vicente Pastor. Y después las de Fortuna. Y cuando la grandiosa soberbia de Joselito no podía vencer la ingenuidad sublime de Belmonte, el pueblo llegaba al paroxismo en sus exaltaciones. La vanidad profesional de Joselito pretendía imponerse no sólo a los toros y toreros, sino a los públicos. Pero la pureza prístina de Belmonte... Su naturalidad sencilla, clasificada perfectamente en la escuela rondeña, no pudo ser vencida nunca por la inmensidad física de Joselito. Los dos torearon toros de verdad. Y el preciosismo dominador e inexplicable de Joselito fué casi siempre oscurecido por la puridad severa de Belmonte.

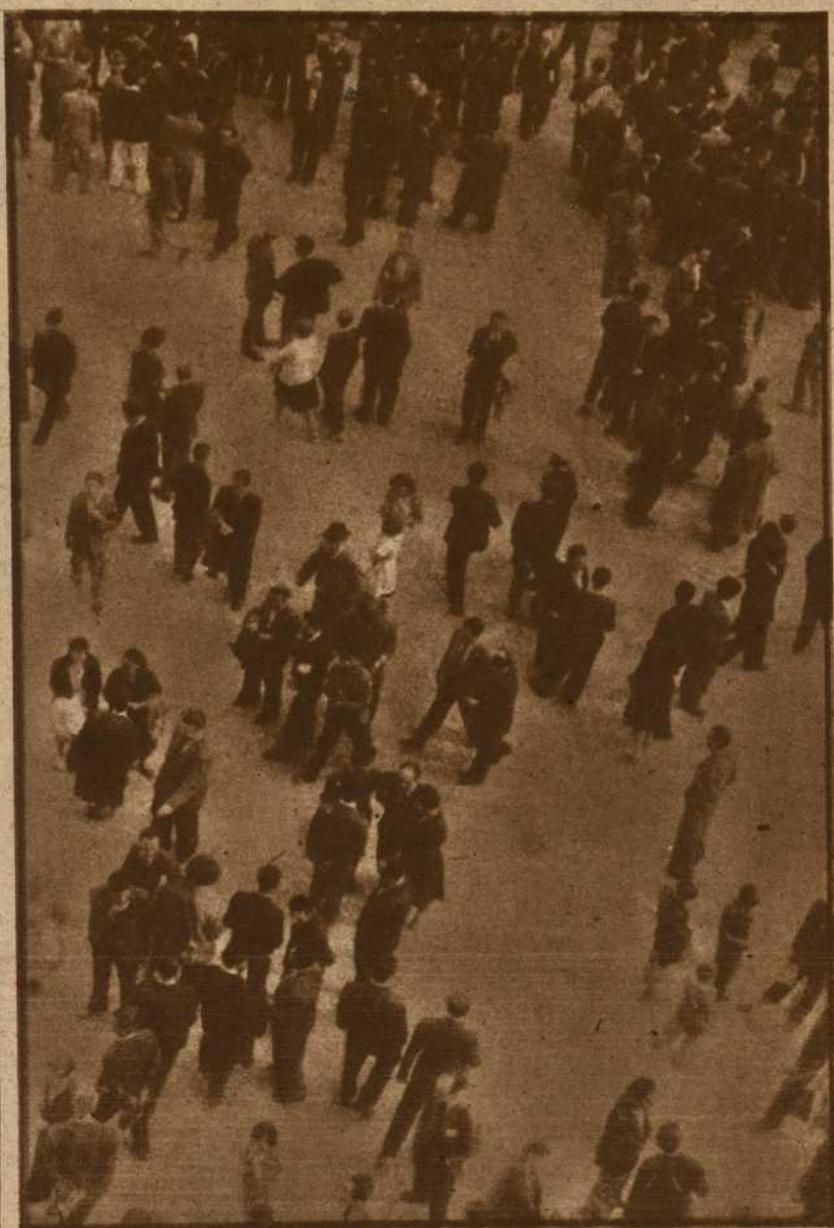
Ahora, si algún día sale por casualidad un toro como aquellos, ustedes dirán quién lo pica, quién lo banderillea, quién lo torea, quién lo mata, como ellos. Tan bien como dicen que se torea hoy... a los becerros.

Y ninguno de los dos cobraron cien mil pesetas por corrida.



LA MAÑANA DEL AFICIONADO

Por JOSE CARRASCO



Las aglomeraciones se suceden en cualquier momento. Basta el que los fenómenos figuren en el cartel, para comentar lo de esa tarde...

La mañana del aficionado es muy compleja, y el que crea que existe un tipo único de aficionado, "apañado" está. No hay dos iguales, por temperamento y gusto. Hay fenómenos curiosísimos. Porque no todo el aficionado va a los toros, ni tampoco todo aquel que siente pasión por nuestro arte tiene la mañana que nosotros opinamos debía saborear el "aficionado" de prestigio.

Porque no incluyamos entre éstos al "distruido", que va a los toros por matar la tarde; el que al llegar la lidia del cuarto toro ya está cansado. El que goza cuando foguean un toro y cuantas veces salta el animalito al callejón.

Y como antesala de este bello, alegre y sin par espectáculo de toros, está la mañana de quien irá esa tarde a ver al torero y al toro. En la feria y el matador tiene fija la mirada, sin perder detalle.

—¿Cómo es la mañana del aficionado?

Esta es la misión que me han asignado, y que trataré de describirles sobre esos dos grupos que hoy están divididos. Unos, los que empiezan a vivir la corrida desde que se fija el cartel, que para él no precisa de figuras de gran renombre para ser espectador en cada organización que monte la Empresa. El billete, la cola...

El otro está al margen. Porque ni se preocupa de ser un paciente en la larga espera y tiene quien le lleve el billete a domicilio. Este corresponde al grupo de los nuevos aficionados, sin una formación taurina.

Preferimos al "viejo". Lo que él dice tiene un sabor especial. Junto a él se siente uno más dentro de la fiesta, se aumenta la afición por los toros, pero igualmente surge el "parón", cuando profundiza en el toro actual, la lidia de las "chotas" y la falta de interés que proporciona lo presente, sin mérito. El toro chico, tema diario alrededor de los toros de hoy, es una de las cosas que desprecia el "veterano" aficionado.

Principia la jornada mañanera por acudir a la calle de Alcalá. Mezclado entre futuras estrellas, esos aspirantes que empiezan por asistir a los grupos taurinos que se forman todavía a las puertas de Riesgo, la Mesón... Es el momento propicio para dialogar, poner reparos al cartel y esperar la cita del amigo para marchar a la Plaza.

Esa es la misión principal en la mañana del aficionado. El apartado de las reses, espectáculo poco conocido en quien no es un espectador fijo, consecuente, y que saborea todas las suertes del toreo.

Una más de las muchas que debe servir de aliente para los que desconocen esta mañana luminosa, esperanza de triunfos y tragedias.

Tres puntos básicos tiene la mañana del aficionado. El apartado, donde los toros son llevados a los corrales, en espera de darles salida.

—¡Bonito jabonero!—dice al varlo.

—Eso es una rata —aclara el vecino con rapidez—. (Para toros, los de antes, que tenían presencia y calidades. Hoy falta peso, casta...

Y así ya empieza el comentario.

Con este aficionado no se puede, porque, como está dispuesto siempre a replicar con una cantidad de argumentos reales, debe callar quien no puede observar defectos, para él desconocidos con su arribada a los toros.

El sorteo. Otro punto de los tres de esa mañana.

En el apartado, los seis bichos han tenido sus admiradores. Y las manedumbres han sido captadas.

—Es muy poco toro. El diestro precisa, a mi entender —dice el otro—, toros grandes, broncos, lidiables.

—Así me gusta verlo a mí—tercia uno silencioso.

El sombrero, y dentro las papeletas con los números de los bichos. Rodean al encargado de efectuar el sorteo, y ya está aclarado el enigma.

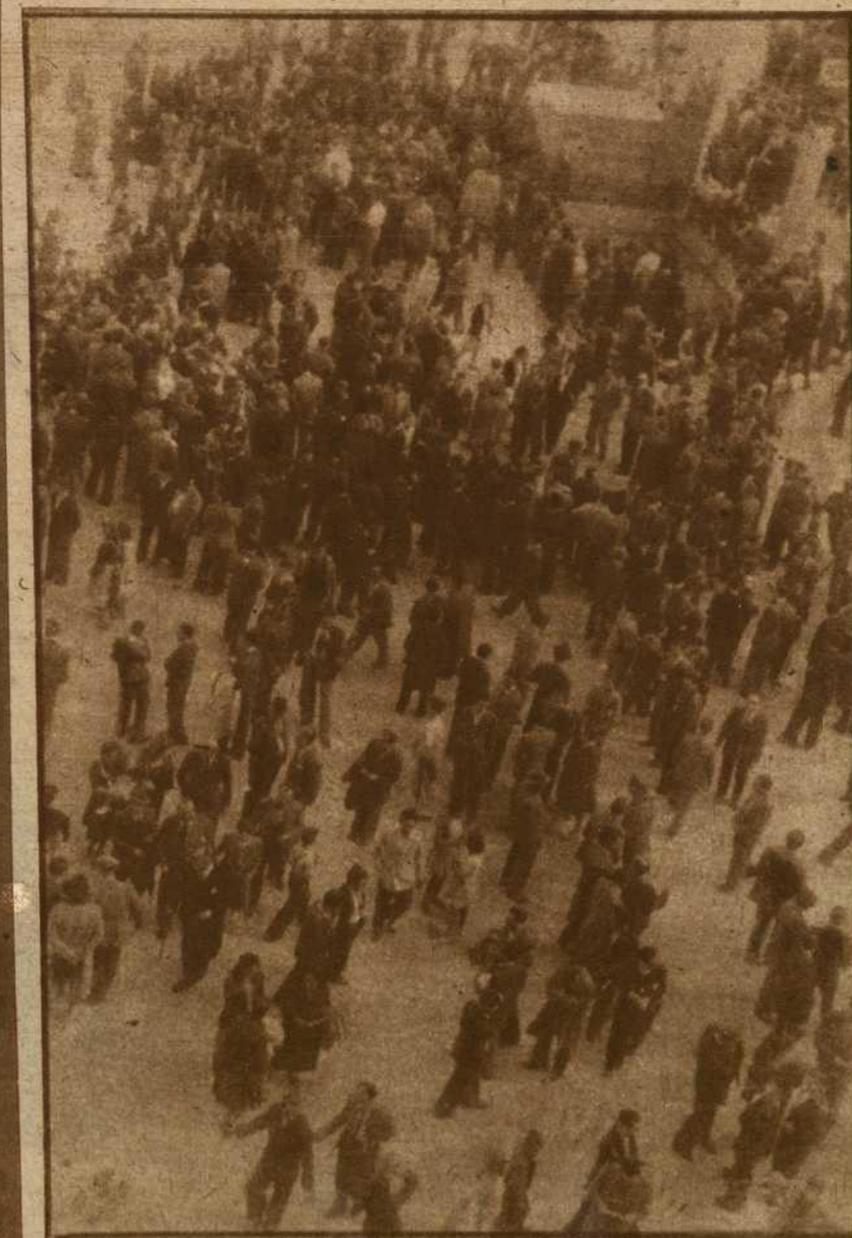
Y en la calle de Alcalá, más poblada de aficionados y paseantes, llega el verdadero, el único, con sus notas en el bolsillo. Allí sienta cátedra, rodeado de aficionados, y da pelos y señales de los bichos.

—Buena corrida —les dice—. Gorda, bien puesta de cuerna, preciosa de lámina. He visto uno, el quinto, que dará muchos disgustos.

Y así va deslizándose la mañana de los entendidos. En el reloj del Español de Crédito ha sonado la una y media. La comida pone fin a esta mañana, que para otros, los que no ven en los toros más que el matar un par de horas, han paseado su aburrimiento por la calle de la Victoria.

El billeteaje, agotado desde el día anterior, ha llevado muchos curiosos hasta allí. Esos han pasado dos horas viendo cómo se realizaba la reventa, uno de nuestros fenómenos actuales, por la desproporcionada expectación del cartel. Aunque éste no responda en calidad...

Y culmina la mañana con el aficionado que hoy no va a los toros. Porque es de opinión que los anteriores eran mejores toreros. En su afición, no tienen cabida más que los Guerrita, Machaquito, Joselito, Belmonte...



El sufrido aficionado habla. Espera ese momento de penetrar en el caso taurino. La mañana tiene para ellos su momento. (Fotos Manzano)

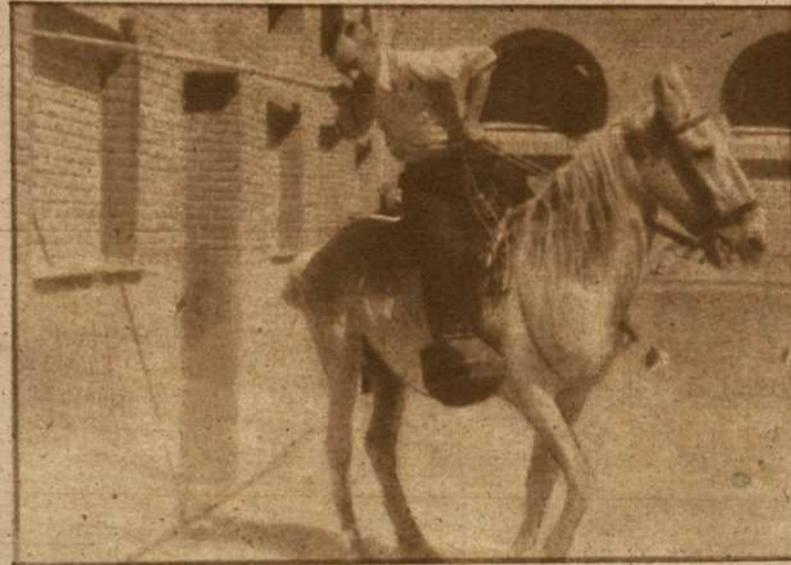
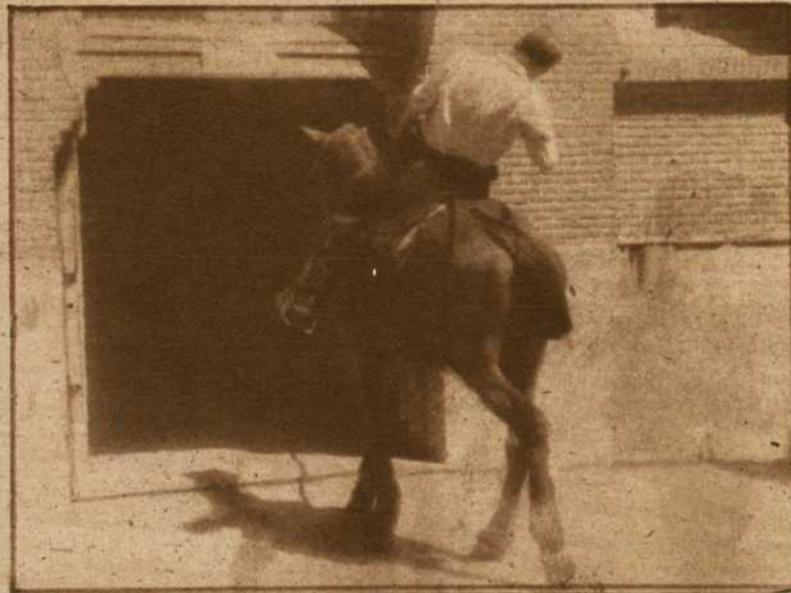
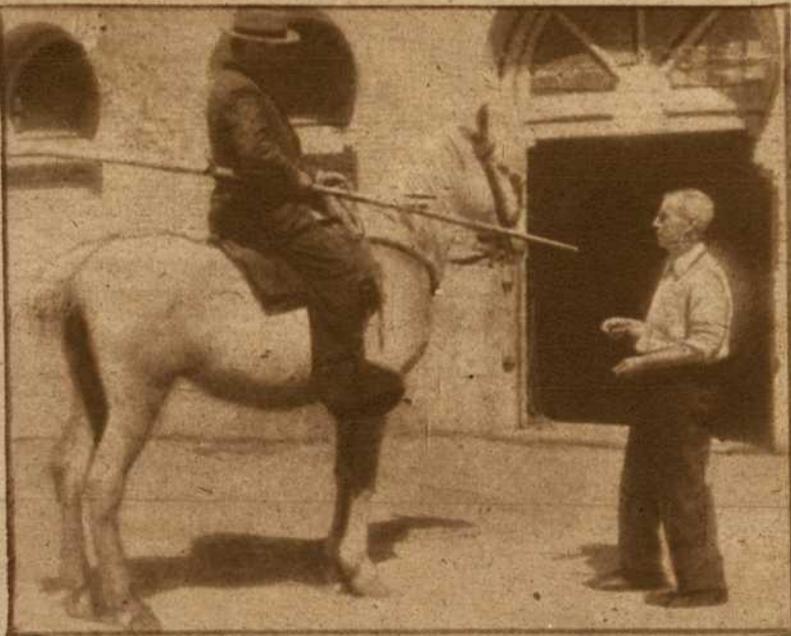
AGUADO *de* CASTRO

Matador de toros



Con el mismo ímpetu victorioso que triunfó en su breve carrera de novillero, triunfará Aguado de Castro en la de matador de toros, tan brillante como majestuosamente iniciada por esta auténtica figura del toreo.

LA PRUEBA DE LOS CABALLOS



Cuatro momentos de la prueba de los caballos que han de utilizarse en la corrida



Después del reconocimiento de los veterinarios, el caballo está dispuesto para la prueba definitiva

NO estaba Basilio Barajas cuando fuimos a la Plaza en su busca con objeto de que nos diera detalles de la prueba de esos jacos escuálidos que salen a picar. Era antevísperas de corrida, y en el patio de caballos bullía gente del toro alrededor del mayoral de la ganadería que se había de lidiar el domingo.

Como no queríamos perder el viaje —ese desierto que hay que atravesar hasta llegar allí!—, nos acercamos al grupo. Con ellos estaba el encargado de las cuadras, y con ellos prendimos nuestra charla.

Hombre muchos años en el oficio, podía, como el mismo Barajas, contestar a nuestras preguntas a plena satisfacción.

—Dígame usted entonces en qué consiste esta parte, apenas conocida, de la fiesta.

—Pues, verá. Dos días antes de la corrida se preparan doce caballos para que los veterinarios hagan su reconocimiento. Esta es la primera parte. Si salen aprobados de este examen, quedan apartados en las cuadras para el día siguiente, en el que vienen los picadores que han de actuar en la corrida, a hacer la elección y prueba definitiva.

—¿Que consiste...?

—Primero, el dueño les da un paseo, montándolos él, para que se vea su paso. Después, montan los picadores y eligen los que mejor les parece de los doce, previa la prueba de la vara contra la pared. De aquí quedan, pues, los caballos dispuestos que han de salir a picar, y que deben estar preparados la tarde de la corrida, con su peto colocado.

—¿Y si muere alguno durante la lidia?

—Pues, como ya le he dicho que hay doce preparados, se le sustituye por otro de los que aguardan.

—¿Cuáles son las características que debe reunir esta clase de caballos?

—Han de tener buena alzada, serán duros, resistentes, y, claro está, no tendrán ningún mal contagioso.

—A lo largo de la temporada, ¿cuántos caballos mueren en la Plaza?

—Pues el promedio por corrida viene a ser de caballo y medio. Aunque hay meses de mala racha. En mayo, por ejemplo, en diez corridas murieron dieciocho caballos.

—Entonces, cada caballo viene a durar...

—Pues unas dos corridas, por término medio.

—Sin embargo, habrá excepciones. Alguno quizá tenga suerte y acabe la temporada.

—Es raro, pero alguna vez se da. Ahora tenemos uno, que se llama Venugoso, que lleva cuatro años en las cuadras. Claro está que en esto influye las veces que son elegidos para picar. Pero, en general, todos van cayendo, más tarde o más temprano.

—Dice usted en general. Luego es que hay alguno que se salva y acaba sus días empleado para otros menesteres.

—Sí, se da la excepción. Por ejemplo, ahí tiene usted a uno que llamáramos El Pipi. Este llegó a picar treinta y siete toros, que, aunque es de la época del peto, es una cifra notable, y después de curado de las heridas que sufrió, Barajas se lo regaló a un hospital de Hermanitas de los Pobres, que lo utilizan con un carro para llevar las provisiones. De vez en cuando lo vemos, y está gordo y reluciente. Pero, como ya le digo, esto es poco corriente.

Dice estas últimas palabras con cierto aire fatalista. Ante él han desfilar generaciones y generaciones de caballos; ha visto corridas y más corridas, pruebas y más pruebas, y, por ello, sabe bien lo que se dice.

—Y dígame, ya como última pregunta, ¿qué precio tiene un caballo?

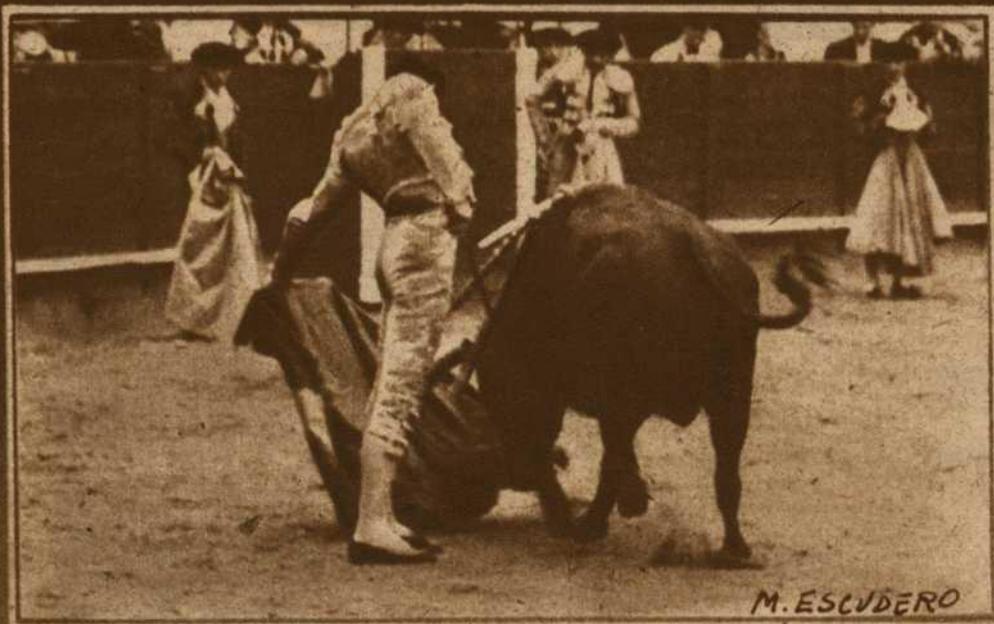
—En la actualidad, alrededor de los once o doce mil reales.

Hombre del siglo pasado y acostumbrado a las transacciones de feriantes y chalanés, aun mantiene el real como unidad monetaria.

Llega un mozo a solicitar su presencia en las cuadras. Hay algo que tiene que arreglar, y se va.

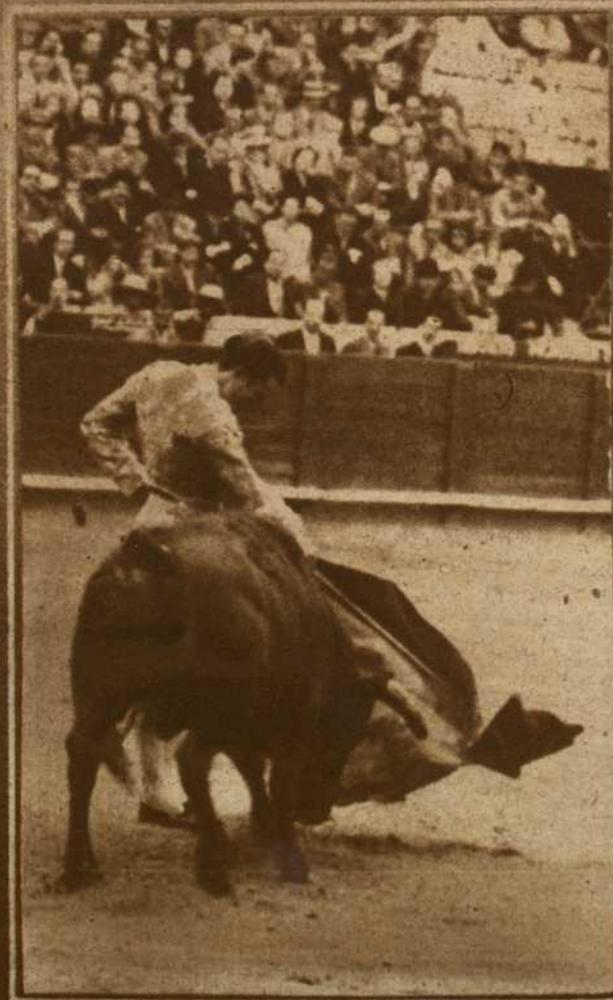
Le vemos entrar por el ancho portón que deja entrever los pesebres y salir un ruido de cascos contra el suelo. Son los caballos que han sido elegidos para el domingo, y a los que mañana darán el visto bueno los picadores. En el gusto de un varilarguero está la suerte de uno de estos animales. Si no le agrada, tiene siete días más de vida asegurada. Pero si anda bien, es de buena alzada y duro...

MANOLO ESCUDERO



Después de una cornada de las que quitan el «tipo», reapareció Manolo Escudero, el gran artista de Embajadores, derrochando tanto arte, tanta majestad y tanto VALOR, que los aficionados testigos de sus hazañas se hacen cruces del gas que el diestro se trae.

Aquí van cuatro pruebas gráficas, cuatro monumentos del arte de bien torear, para que sirvan de modelo a los que aspiren a ver la máxima perfección en el arte del toreo. En Manolo Escudero está la figura madrileña de la época, y después de la prueba a que la fatalidad le sometió y de la que ha sabido salir triunfante, nadie ha de ponerlo en duda.





Camará, el apoderado de Manolete, antes de ir a la Plaza, y en la Plaza durante la corrida

EL APODERADO

Yo no puedo negarme a lo que EL RUEDO me pide tan amablemente: que hable del apoderado. Sin embargo, hubiera preferido mantener en el silencio aquellas opiniones que tengo de mi profesión, porque realmente siempre es difícil hablar de uno mismo... para los demás.

Nadie vea en estas líneas mayores pretensiones. Más de una vez he dicho el inmenso valor que tiene el trabajo silencioso. Y el poco valor que siempre he concedido a las palabras.

Peño lo pide EL RUEDO...

He de empezar diciendo que considero para mí al apoderado como al hombre taurino que tiene encomendada la misión más difícil, más ardua. Se exigen en el apoderado tantas virtudes, que quizá para el profano parezcan excesivas. Y no; no hay exageración alguna. Hay siempre en la vida de un apoderado un momento difícil... ese momento en que se debe sacrificar todo —hasta el dinero— en beneficio de la dirección artística del torero. Por no haber podido mantenerse en este momento, muchos toreros habrán

visto sacrificada su carrera, obedeciendo este fracaso tan sólo al egoísmo de sus apoderados.

va bien a su terejo, y procurar, como es natural, el seleccionar el ganado, para que el matador tenga las máximas facilidades en encontrar el éxito en el ruedo. Muchas, muchas más cosas rodean la misión espinosa del apoderado. Resulta todo muy complejo, y casi siempre hay que resolverlo todo sobre la marcha. Otras cosas confunden un poco, como esas tardes o esas corridas que no se aceptan un día... y que, sin embargo, alcanzan el mayor interés para el diestro quince días después, aceptándose con gusto lo que antes no interesó.

Verán ustedes que nada hay fácil en los toros. Por dentro y por fuera. Al torero hay que llevarlo dirigido con sumo cuidado. No presentarlo en Plazas de importancia cuando no está en condiciones de triunfar; entonces hay que salvar los baches del matador, que no está en su momento, haciéndole torear por Plazas de menor categoría... para luego llevarlo a las grandes. Este párrafo entra de lleno en lo que pudiéramos llamar los defectos más peligrosos en que puede caer el apoderado en relación con su matador. Como también es un grave defecto el no comprender las conveniencias del torero. No cefir las de uno a las exigencias de las de él. Olvidar siempre que uno está enfadado con los demás. Al matador no le interesan los enfados de su apoderado con las Empresas o los ganaderos, porque esto le perjudica profundamente. Muchas veces, el orgullo hay que sacrificarlo. Las cuestiones personales de uno no pueden rozar los negocios de toreros y apoderados. Los partidismos se deben abandonar cuando en principio lo único que interesa defender es al torero. Lo demás hay que verlo bajo una razón de conciencia. Sólo de esta manera puede llevarse la dirección de un torero con éxito. Casi siempre el apoderado debe ser un poco padre del torero... más padre aún en ese momento —que es el más difícil— en el que el torero se encuentra en la cumbre. (Este momento es el más peligroso y el más difícil para el apoderado, porque el torero que triunfa sólo ve a través de los éxitos, y se cree un poco rey, donde no admite consejos, porque él se cree que está en condiciones de darlos.

Yo tengo un ejemplo que no quiero que nadie lo tome como excesivamente personal. Me pasó a mí y pienso que también pudo pasarles a otros. Les contaré esta anécdota profesional. Fué en Barcelona, y, si mal no recuerdo, este sucedido ocurría en la temporada de 1943. Un día, el empresario se acercó a mí para decirme: "Tengo en los corrales una corrida de Villamarta, que quiero que la toree Manolete... y como quiero que la mate Manolo, yo, a usted, Camará, si me firma el contrato, le daré el veinticinco por ciento..."

Viendo el empresario que yo no soltaba prenda, me apremió aún más: "Bien, Camará; le daré para usted cincuenta mil pesetas."

Quedó muy sorprendido el empresario catalán cuando yo, al fin, pude convencerle rotundamente que no aceptaba su proposición. Que no admitía su dinero. Yo, en aquel momento, había sacrificado a ese egoísmo de que hago referencia, porque consideraba que Manolete —hago la salvedad de que el motivo de que no torcase no obedecía a la prestigiosa ganadería de los Villamarta, cuyos toros debía matar— no debía torear en aquella corrida. Este era mi criterio, y lo sostuve. Manolete no toreo aquella corrida.

Hay muchas más cosas alrededor del apoderado. De la misión que le corresponde en la fiesta se podían decir muchas cosas y se podrían citar muchos ejemplos también. Casi interesaría hacer un pequeño volumen para revelar la vida del apoderado, que no es tan brillante ni tan risueña como muchos creen. Pero yo, por muchas razones, no puedo hacerlo. Antes hice la advertencia, ya que no quiero que nadie vea en estas líneas nada que pudiera resultar personal para otros ni como para mí mismo. Es, simplemente, corresponder con la mejor voluntad —cuando menos— al Director de la primera revista taurina del mundo: EL RUEDO.

Lo demás, todo lo que pueda escribirse aún sobre el apoderado, no es misión que corresponde a mí. Ni me encuentro con facultades para hacerlo, y quizá tampoco mis manifestaciones interesarán a nadie. Como he dicho, estas líneas que firmo no tienen una pretensión ni literaria ni tampoco son como para tomarlas voto de fe. Cada uno piensa a su manera, y lo que yo digo es un poco de lo que, modestamente, creo que he aprendido en largos años de apoderado. Y nada más, señores.

Yo, J. Flores
Camará

Este aspecto del sacrificio, que señalo con tanta insistencia, es el que considero como el más importante en un apoderado. Luego, hay otras muchas virtudes, que se necesitan poseer. Pero si yo las fuera diciendo, muchos pensarían que sólo pienso elogiarme, ya que hablo directamente sobre mis propias experiencias taurinas. Pero ya que hay que decirlo todo, señalo como una gran virtud en el apoderado que éste, sobre todas las cosas, conozca profundamente a su torero, y que también sepa hasta dónde puede dar de sí su poderdante. Seguidamente, saber qué toro le



Paquito CASADO

Toreo por alegrías.

En su muleta, se cuajan las soleares y los fandanguillos. Y mata con toda la emoción de las "Siguiriyas gitanas". Arte de Sevilla el de Paquito Casado.

La alegría y la emoción se cuajan en el suave temple de su capotillo y de su muleta. Y el infatigable motor de su corazón, que se hace volcán en la pelea, mantiene vivo y en progresión creciente el impulso que ha situado a este gran torero sevillano en uno de los puestos reservados a los elegidos.



WICENTE BARRERA

Toda figura del toreo ha llegado a tan alto puesto por imperativo de su personalidad, que en este arte, difícil y excepcional en su trayectoria, si no lo es todo, lo es casi todo.

Toreo sin personalidad, toreo del montón.

He aquí el secreto que, desde el primer momento, impuso en los ruedos españoles el claro y alto nombre del gran torero valenciano Vicente Barrera.

En la más difícil época del toreo, con toda clase de toros y alternando con las más altas figuras de la torería, Barrera mantuvo la firmeza de su rango.

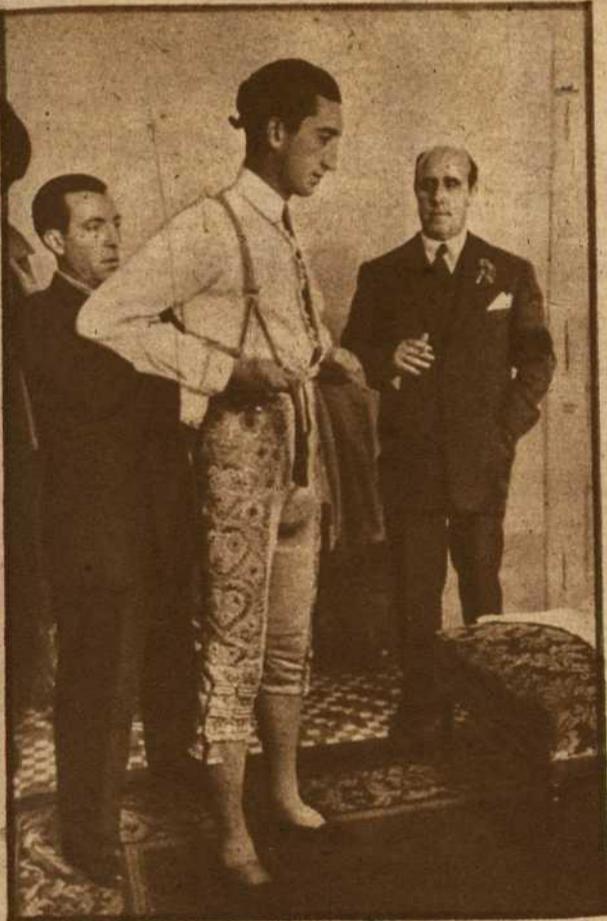
Hizo como que se iba... y volvió. Volvió sin necesidad personal de volver, en cuanto al aspecto social y económico del artista.

Volvió a impulso de su afición.

Y encendido en igual entusiasmo que cuando, por primera vez, vistió el traje de luces, Vicente Barrera sostiene la gallardía de su nombre en la primera fila que conquistó desde sus comienzos.

En plena adolescencia fué maestro y sostiene idéntico prestigio en plena juventud.





El amigo está presente mientras el torero se viste. En este caso, Manolo Morán presencia el acto de vestir a Manolete

DENTRO Y FUERA DE LA PLAZA

EL AMIGO DEL "ESPADA"

Por FELIX CENTENO

nes, a dar él las suyas, de tal modo identificado con la suerte de su espada, que pluraliza cuando le alude y dice:

—Esta tarde «toreamos».

—¡Bien, hombre, bien! le pregunta un amigo, dándole la palmadita en el hombro—: ¿Y qué, hay ánimo?

—¡«Haremos» todo lo que se pueda!—contesta el «amigo», muy convencido de su colaboración.

Luego, sale de prisa para la Plaza. Allí está él antes que el espada, para recibirle, acompañarle, decirle mil cosas, aconsejarle cuando el diestro ya no oye, absorto en sus propios pensamientos; y en el instante en que suena la hora —¡la única cosa puntual en España!—, el amigo se despide con un abrazo muy fuerte y se va a ocupar la localidad del tendido donde lanza sus ¡olé!

Después... el comentario a la faena. En pocas horas se le ve en todas partes. En la

cervecería, en el café, en todas las tertulias, contando una y mil veces cómo fueron «aquellos siete naturales». Cuando la tarde ha sido aciaga, el «amigo» habla de los toros, de los bichos indecorosos, ilidiables, sin casta:

—¡Es una vergüenza cómo está el ganado! —dice—. Así no hay modo de torear.

El «amigo» toma café en la tertulia del matador y le guarda el mejor asiento —para eso llega el primero—. Lee todos los periódicos el día de la reseña y recorta todas las críticas y las guarda. Tiene una colección de fotografías de que carece el propio protagonista, más ocupado en torear que en esos detalles. En vez de un permiso veraniego, en la oficina, pide pequeñas licencias para ir a ver la feria de Bilbao o la de Valencia, sin que le preocupen las noches de tren en el pasillo del vagón. En nuestros días es famoso el primer admirador de Manolete, don Ramón Herrera, quien de mayo a octubre no tiene más afán que verle en todas las corridas, según el «maestro» va ganando una fortuna de faena en faena, el amigo se va dejando otra en las taquillas del ferrocarril y en los hoteles.



Chicoite también es un gran amigo del cordobés

OLE! —grita una voz desde el tendido.

«¡Olé!» —repite más fuerte.

«¡Y olé!» —insiste a grito pelado.

«¡Que se calle ese!» —protesta uno.

Pero «ese» no se calla. No calla en toda la tarde. Porque «ese», digámoslo de una vez, es «el amigo» del espada. Está dispuesto a todo. A seguir chillando, a liarse a puñetazos con todo el tendido, a lo que sea.

Ni los grandes bienhechores, ni los sabios, ni los políticos tamosos, nadie, nadie, tiene un amigo como el torero. Ustedes saben que un señor doctor ha descubierto una droga maravillosa que se llama «penicilina» y que, según parece, le falta poco para resucitar a los muertos. Pues bien: el más-agradecido a ese doctor no es su amigo como pueda serlo el del más modesto de los novilleros de la totería.

Esé que grita en el tendido se ha levantado muy temprano a leer la Prensa, para curiosarse lo que se dice de su ídolo. Luego, se ha dado una vuelta por la calle de la Victoria, donde están las taquillas de la reventa, a ver «cómo marcha la cosa», y, de paso, a comentar. De allí ha ido a la Plaza a presenciar el apartado de las reses para sacar la consecuencia de que a su matador le han tocado los dos marrajos más difíciles del lote; pero que a pesar de todo... A la una ya está por la calle de Sevilla y dándose una vuelta por Arlabán y por Echegaray y adyacentes, o sea, el barrio de los «colmaos», donde están los aficionados «chipén» haciendo pronósticos. De las tertulias, en vez de irse a comer, se va a visitar al torero, a contárselo todo; a decirle lo que se comentaba en la cola y cómo son los toros que le han tocado en el sorteo, y a preguntarle cómo se encuentra de ánimo, y a animarle para «que dé una tarde a la afición», y al mismo tiempo, a aconsejarle que sea prudente...

Cuando el «mataor» se dispone a que le vistan, el «amigo», con un abrazo muy fuerte, se despide y se echa a la calle otra vez. Acaso no va a comer a casa, porque ya no queda tiempo, y toma un refrigerio en cualquier mostrador. Luego, al café, a recoger las últimas impresio-



Un grupo de amigos que despiden a Manolete en su viaje por el aire. Entre ellos, don Ramón Herrera, símbolo de buena amistad y devoción por un torero

Armillita



El benjamín de su casta, Fermín Espinosa ondea y tremola con mano firme el pabellón glorioso del toreo mejicano. Años atrás era ya figura altísima entre las más altas de nuestra tierra. Y ha bastado su presencia en España para situarle nuevamente en su altísimo puesto

CAFÉ, COPA Y PURO

Por DON LOPE



El señor Agustín ha madrugado como de costumbre. Es un artesano activo, trabajador, madrileño cien por cien —que equivale a ser español dos veces—, afable, alegre, comunicativo, generoso de su corazón y de su dinero y buen maestro de ebanistería. Su taller de la calle del Bonetillo —que debe su nombre a una leyenda ejemplar y aleccionadora— es una verdadera academia para quienes, deseosos de aprender o cultivar el oficio, sienten el orgullo de ser discípulos de tan buen maestro.

El señor Agustín —que tocó la guitarra en su juventud— ha conocido a El Mochuelo y a Juan Breva y entiende de canto como el que más. De toros no hay que decir: de toros sabe más que nadie. Es el aficionado inteligente y entusiasta, a veces apasionado, para quien la fiesta taurina no tiene secretos.

Los días de corrida, ya se sabe, se levanta pensando en aquella Madruga, como hemos dicho, y va al taller, pero no puede trabajar; la emoción es superior a su voluntad y a su costumbre. Ya recuperará el tiempo perdido. ¡Y si los toreros quedan bien y el ganado es bravo!

Constantemente se asoma a la puerta con objeto de mirar al cielo y ver si la nubecilla que contempló al levantarse y viene por la parte de Toledo se ha extendido y cubre el cielo para saquear las fiestas. Pero no hay cuidado: aquella pequeña mancha blanca se ha diluido en aquel cielo tan azul, tan limpio y tan puro. No queda nada de ella, pero, ¿y el viento? ¿No saltará a última hora para que la corrida no sea perfecta?

Jamás hubo labrador que escrutara el cielo con más atención, con más frecuencia y más ansiedad que el señor Agustín, quien todos los días de corrida teme algo que puede empequeñecer, estropear o deslucir la gran fiesta de los toros.

Y como ya no puede más y la impaciencia le devora, llama a su oficial de confianza y le dice:

—Mira. Quédate aquí y haz mis veces.
—¿Es que se va usted?

Demasiado sabe el honrado menestral que se va el maestro. Y también sabe adónde va el señor Agustín. Sin embargo, se lo pregunta.

—¿Adónde vamos?

—Por ahí, a dar una vuelta a casa Pacos, para ver qué pasa y oír lo que dicen.

—Y después a la Plaza, ¿no?

—Sí, a la Plaza ¡ya ves qué temprano! Aun faltan seis horas para la corrida, pero la bandera... Si no la veo me parece que van a suspender o que han suspendido la corrida por alguna causa —¿vaya usted a saber por qué?— y yo me quedo sin toros en un día tan señalado. Y no me fio de ninguno. Pudiera mandar a un chico —ya lo sé—, pero quiero ser yo mismo el que la vea ondear en la Plaza, que un poco lejos está, pero... pero... Antes de comer volveré y ya te diré lo que haya visto.

Y se va con paso presuroso y rápido y se asoma a «Casa Pacos, toma un poco de cazalla, habla con el tabernero de la corrida y los matadores, hace pronósticos y, animado y jubiloso, vuelve a marchar para detenerse a poco. ¿Dónde? ¡Vaya una pregunta! Pues en el estanco. ¿A qué? A comprarse un puro.

La estancuera le saca varias cajas, y el señor Agustín elige y compra uno de los más caros: ¡de los de peseta! Hay que solemnizar debidamente el gran día. Sin él, ¿cómo va a ir a la Plaza un aficionado como el señor Agustín para lucirse en el tendido del tres —¡es de los castizos!— y saborearlo mientras se desarrolla la corrida? Algunas veces se le apaga el puro, cuando la grandiosidad y la magnitud de una faena le dejan sin aliento ni para respirar.

Satisfecha su curiosidad y vista la bandera, ya no tiene duda el señor Agustín de que no hay ningún impedimento, y vuelve sobre sus pasos, se entretiene en el taller y va a su casa, donde le espera una comida suculenta y apetitosa.

Acabado el yantar, que ha sido abundante y fué rociado con buen vino, tinto y de la tierra, y completado con un par de picos, el señor Agustín se dirige lentamente hacia el café, que se halla concurridísimo. Y cuando se asienta junto a unos amigos, abonados casi todos ellos al clásico tendido del tres.

El señor Agustín llama al camarero:

—Dame café y copa —le dice—, y que el ron sea bueno y el marrasquino de lo mejorcito que haya en la casa.

—¡Buen día de toros, maestro! —comenta el camarero, que se pone a hablar con los aficionados y... se olvida de servir al señor Agustín, que tiene que recordarle y reiterarle su petición. El camarero —también amigo de todos— se disculpa, lamentándose de que no puede asistir a la corrida de aquella tarde y ha tenido que vender su entrada a un señor que a lo mejor no entiende de toros.

Pone un gran vaso para el café y una airosa copa —grande también— para el refresco —más café que mucha agua—, deposita un paquete con cinco o seis terrones, que parecen bloques, de riquí-



Una animada tertulia en la terraza de un café madrileño. El tema de toros es cuestión principalísima en la charla.

sima y blanca azúcar y llama al sechador», que sirve al señor Agustín «durmiéndose en la suertes».

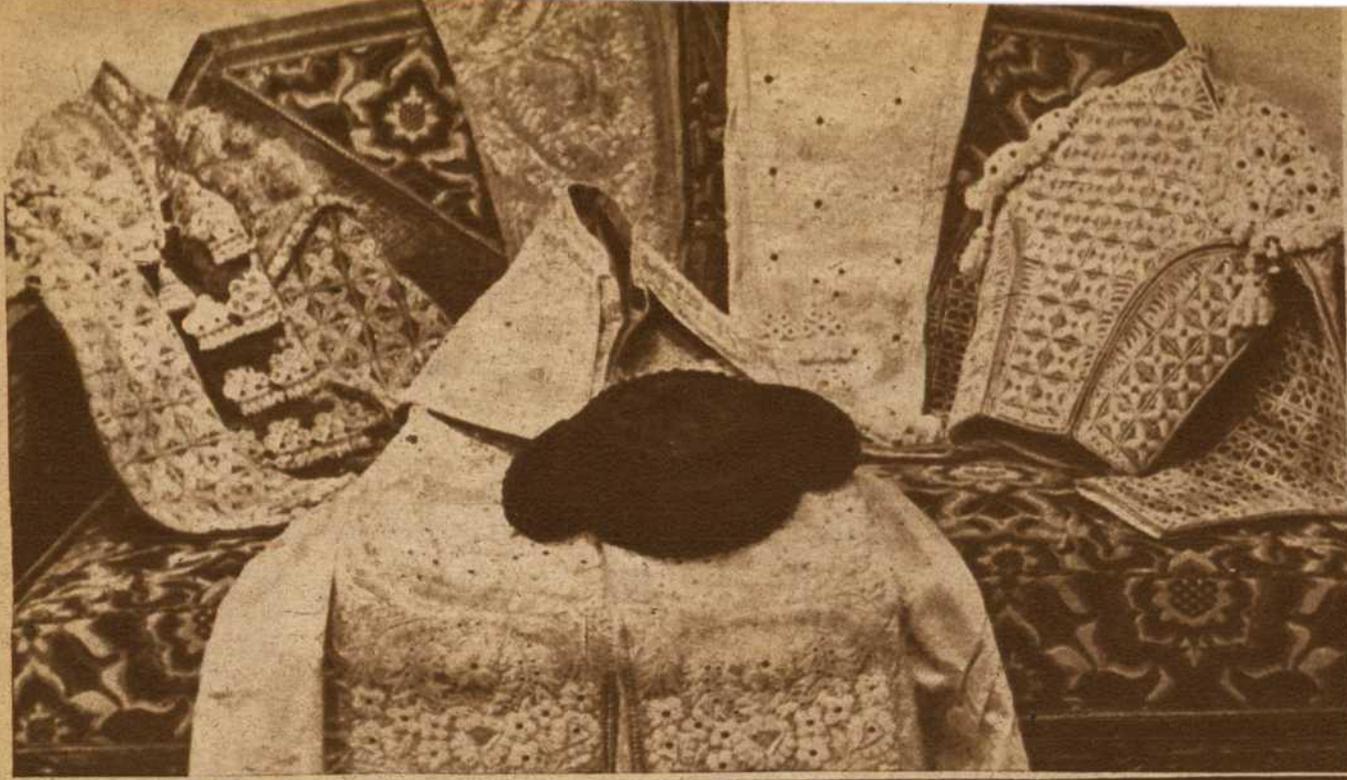
Y llega la hora de ir a la Plaza. Paga al camarero lo que ha tomado —con propina y todo una peseta— y se encarama a un gran ómnibus, que parte veloz con sus ruidosos caballos.

En la calle de Alcalá sale un perro que corre delante del carruaje. (Acaso sea un descendiente del famoso «perro Pacos».)

El entonces inmenso coso taurino ofrece un deslumbrador aspecto. Suena la música y se oye un airoso pasodoble. El señor Agustín enciende entonces su puro, y con toda la atención de su alma ve salir a la cuadrilla y después al primer toro. La corrida es buena, el ganado bravo y los toreros han estado a gusto de los aficionados, entre quienes se cuenta el señor Agustín, que todavía conserva restos de su puro cuando sale de la Plaza y se dirige, más alegre que unas castañuelas, a casa Pacos, para hablar de lo que ha visto y enterarse del cartel de la próxima corrida.

¡Café, copa y puro!... ¡Qué cosas tan pintorescas y características de la vieja afición madrileña y dos veces española!





Montera, capote, chaquetillas y teleruillas

EL VESTIDO DE TOREAR

ner Joaquín Rodríguez, Costillares, con el que vemos retratados por Goya a los toreros de fines de aquel siglo.

En las corridas organizadas por la Maestranza Sevillana ocurrían las cosas de otra manera. Tenía la Maestranza su uniforme para los toreros, y en la *Regla* de tal

Real Institución de 1732 se lee: "Los que han de estoquear en la Plaza se vestirán uniformemente de encarnado y blanco." No pecaba, según informe de don José Daza, de espléndida la Maestranza en esto de la indumentaria, pues protesta de que a hombres de bien se haga poner "aquel mal adorno de las chaquetillas, estragadas de servir muchos años, con el pretexto de ser uniforme de la Maestranza. Eran, en efecto, rojas, con galón de plata en los toreros de a caballo, y de hiladillo blanco en los de a pie. Tal diferencia fué denunciada y resuelta por Costillares en época en que el toreo de a pie había adquirido efectiva importancia: en 1793.

El traje de majo, más o menos adornado, seguía siendo el usual en las demás Plazas, y descripciones hay de trajes de este tiempo verdaderamente ricos y artísticos.

Se ha atribuido a Jerónimo José Cándido la introducción de materiales más ricos en el traje de torear; pero parece que tan

sólo debe computársele un mayor cuidado y atención en el adorno, pero no una variación radical en el estilo de vestirse los diestros. Tal revolución había de hacerla, ya bien entrado el siglo XIX, Francisco Montes, Paquiro. El hace ritual el fondo de seda en el vestido, y le ador-

UN ingenioso amigo mío, cuando trataba alguien de sustituir la suerte de varas por la de rejoneo, decía escépticamente: "El toreo es cosa tan tradicional, que en cien años no se ha conseguido sino rebajar unos, muy pocos, centímetros las borlas de la montera".

Es cierto; cuando suertes, o costumbres, ó indumentaria del toreo se han fijado, han venido perpetuándose sin interrupción y sin variación apenas. Por ello es interesante precisar, con respecto a la indumentaria de los toreros en la Plaza, el momento en que se fija y estabiliza, y por qué caminos se llega a tal situación.

Don Nicolás Fernández de Moratín nos informa, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, que los toreros de a pie tenían como una especie de ceremonia el usar "calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro, para asistir a las cornadas". Este es, en efecto, el traje que describen la *Cartilla de torcar*, de la Biblioteca de Osuna, y el tratadito de García Baragaña. El traje de majo, de seda, y ya con algún adorno, lo empiezan a usar, según un curioso manuscrito de la Colección de Ortiz Cañavate, "los frailes de Pinto y Rastro y el animoso Lorenzillo". Ello había de dar lugar al traje que, más recargado de adornos y pasamanería, había de impo-



En la vitrina se guardan los capotes de paseo, en espera de ser entregados al dueño



Más capotes y chaquetillas. Abajo: La bordadora da los últimos toques

Bordando las hombreras

Sobre el bastidor se va bordando el dibujo



SINTESIS DE LA EVOLUCION DEL TRAJE DE LUCES

Por JOSE M.^a DE COSSIO



Un muestrario de trajes de alquiler y capotes

na y enriquece hasta punto muy próximo a como han de vestirse los toreros hasta nuestros días. [La variación de las modas había traído consigo el que, rezagado el traje de majo que usaban los toreros en la Plaza, acabara perdiendo del todo el contacto con el corriente de los chisperos. Los trajes de manolos y manolas, al gusto de fines del siglo XVIII, se consideraban como anacrónicos, y Montes, sobre el corte de un traje ya inactual, se atreve a complicarle en el adorno, introduce el uso de borlas y machos, de alamares con lentejuelas o "lucos", y acorta la chaquetilla, dando a las hombreras todo el valor decorativo que ya las reformas de Costillares aseguraban.

Lo mismo hace con la montera. Usaron primitivamente los diestros redecilla y gran coleta, que con ella se sujetaba, como para proteger de golpes la nuca. Luego usan sombrero de candelil o de dos picos, según la moda del momento, y al suprimirse la redecilla viene a dar en una pequeña montera, a la que Paquirri ha de adornar con borlas hacia 1830, que con variación no muy grande ha de ser la actual montera.

Desde entonces, las variaciones sufridas por el indumento del torero han sido de poca importancia y justifican el dicho de mi ingenioso amigo. El torero sigue recurriendo de oro y de seda. El calificativo de ídolo, con que a los favorecidos por el entusiasmo popular se conoce, tiene su justificación patente en el vestido, pesado y barroco, más propio de ícono bizantino que de ejercicio y profesión de agilidad y valentía.

¡Cuánto se podría escribir sobre el traje de luces!

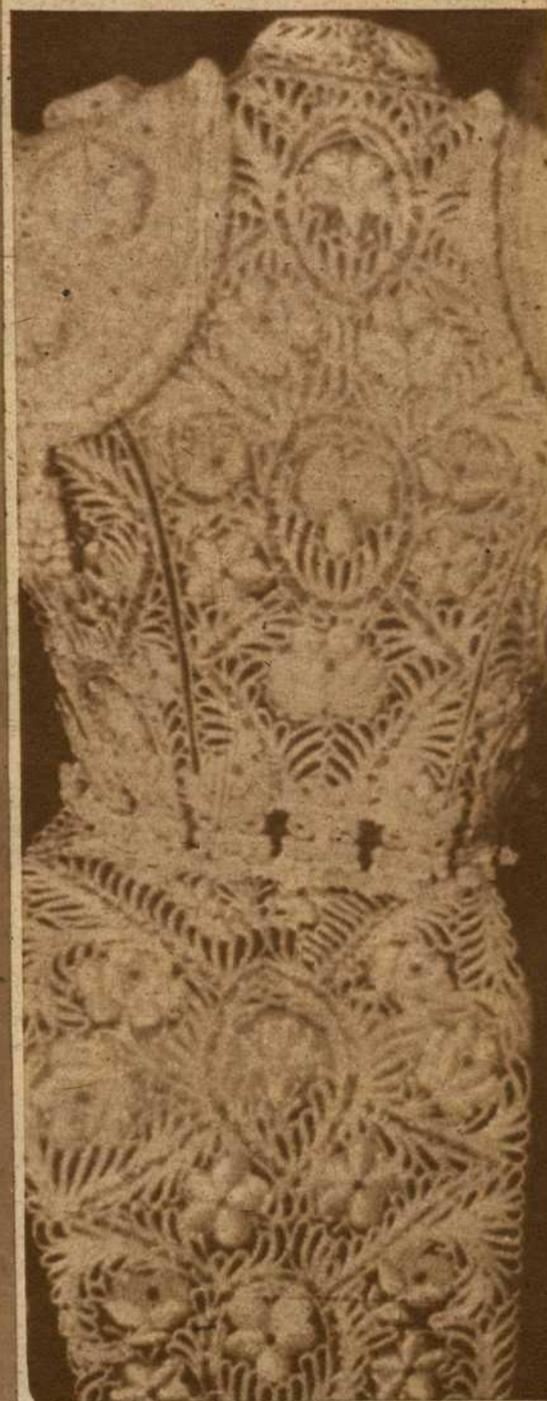
¡A cuántas reflexiones se presta el vestido de torear! Hago gracia de ellas, pero una me voy a permitir, porque creo que afecta a lo más hondo del significado de los toros. El hecho de vestirse alguien

de manera singular y extravagante, y recibirlo el que lo ve con perfecta naturalidad, indica que el así vestido se dispone a función ritual y extraordinaria. En el rito no se puede oficiar sino con vestiduras excepcionales y ricas. La librea del oficiante, que le convierte automáticamente en sujeto privilegiado, le obliga a acciones singulares. Significa por parte del que acepta tal vestido el reconocimiento de la responsabilidad de un oficio en el que se arriesga la vida. No de otra manera crea su conciencia el que viste uniforme militar o el que se reviste con vestiduras sacerdotales. Claro es que no trato de equiparar estas funciones con la frívola, aunque tremenda, del torear; pero la adopción de tal vestido es signo externo de vocación de una vida al ejercicio de una profesión, y por ello no debe verse sin emoción el acto

normal y cotidiano del torero poniéndose la ropa para ir a torear. Ni el torero debe dejar de pensar en la responsabilidad que con este acto contrae ante la afición y ante su propio valor.



El capote de paseo en manos del matador, que sale para la Plaza



Cosiendo la chaquetilla

El mozo ayuda al matador en la prueba

El taller de donde salen los trajes de luces. Abajo: Un traje completo sobre el maniquí



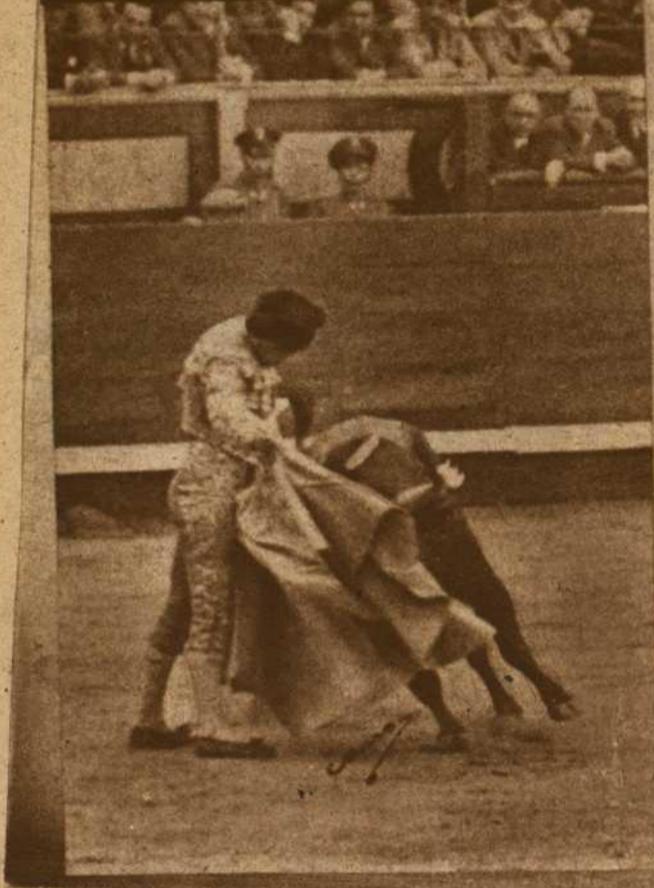
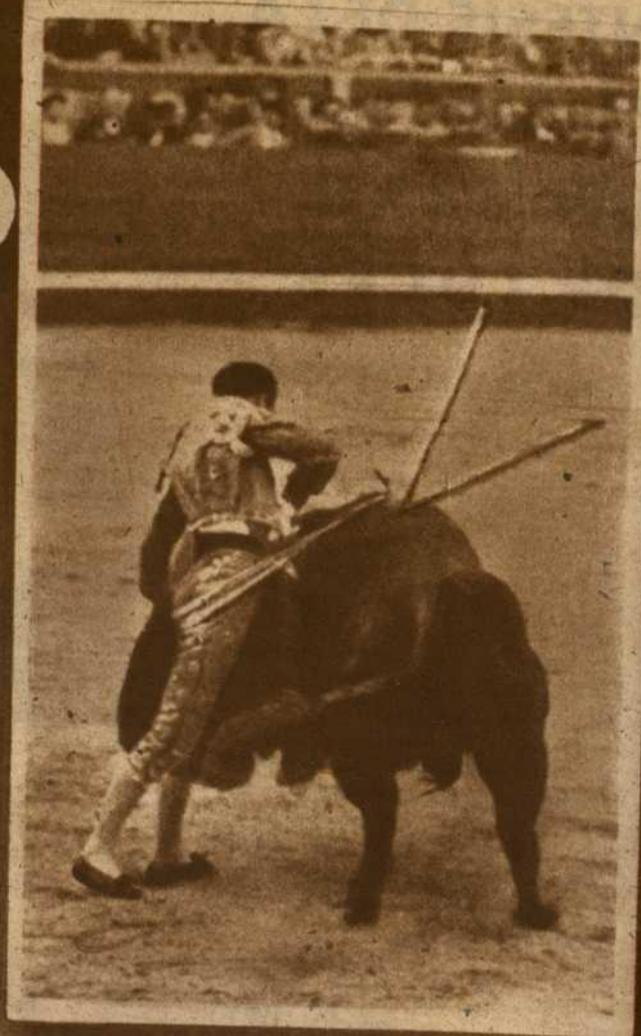
Alvarez Pelayo

Lo asombroso de este torero es la firmeza con que pisa en la Plaza todos los terrenos.

Ni para la suavidad templada y garbosa de su capotillo, ni para el majestuoso balanceo de la muleta que, en los pases naturales, se hace garra para prender al toro y llevarle a voluntad del torero, hay pausas ni dudas, ni momentos difíciles para la maestría de Alvarez Pelayo.

No es un torero alocado ni impetuoso. Es un torero fino, fácil y emocionante.

Esas tres cualidades, unidas a una afición creciente, justifican el prestigio logrado por Alvarez Pelayo y su conquista del alto puesto que ambiciona en la fiesta de los toros.



APODERADO:

D. CARLOS GOMEZ DE VELASCO

CRUZ, 11
Tel. 27008

Ricardo BALDERAS



Ricardo Balderas

Apellido de casta, porque su hermano Alberto fué uno de los toreros más grandes entre las primeras figuras de Méjico.

Llega a España Ricardo Balderas con todo el entusiasmo y toda la ilusión de sus años mozos. Viene a triunfar y a imponerse. La fama ha traído hasta nosotros los éxitos magníficos de este torero en los ruedos aztecas y la noticia de su clase excepcional, de su valor y de su arte.

Puesto en juego en España, el merecido premio a que Balderas aspira, con legítima aspiración, es el de llevarse a su Patria la alternativa lograda por sus propios méritos en la Plaza de Madrid.

Y a juzgar por lo que de Ricardo Balderas se nos dice, puede darse por seguro el triunfo de su propósito.



LAS SUPERSTICIONES

POR M. DIEZ CRESPO



La muerte ha engendrado todas las supersticiones. Y bajo el velo de la noche crecieron hadas y duendes: «Entre las doce y la una anda la mala fortuna», según reza un versillo andaluz.

Casi todas las artes han tenido supersticiones. No es la absoluta libertad de conciencia la que ha caracterizado a los artistas. Sin saber por qué, el artista ha sido presa de alguna bruja. Y en la orgía del aquellarre, en la noche clásica, las brujas han dejado caer sus escobas sobre corazones infortunados. Unas veces para barrer los recuerdos del corazón, otras; para pintar con sus púas o ramas nuevas sensaciones angustiosas en la mente.

De toda esa gran mitología ibérica queda, sobre todo en el toreo, el reflejo de mitos y supersticiones. Todavía suena la voz del duende, de la sirena, de la xana, del diablo; y todas estas figuras componen esa procesión de fantasmas a los que, sin darle mayor importancia, se le rinde culto. El toreo, al fin y al cabo, es fiesta de sangre y de muerte. Ante el toro se danza, y hay que burlar la muerte con gracia y conocimiento. Arte de burla y de maña, de pasión y de ceremonia, tiene que exigir tributos. Y, según esto, hay una astrología faurina que pesa sobre los diestros y sobre sus adláteres, como en la vieja edad hubo en ciertos días de la semana cultos a Saturno el fatídico y al malaventurado Marte. Días de espíritus malos y días en que los muertos dominaban. Por eso hoy

también suena un pandero, en el aquellarre del sábado, que deja caer sus ecos sobre el anillo de las Plazas de Toros.

Las supersticiones para el torero no tienen tradición severa. Si bien es cierto que aun en el más puro de los casos nunca se prescinde de ellas, la superstición, teniendo su origen en los mitos primitivos, ha cristalizado en lo moderno más seguramente en la fiesta que más arraigo tiene con la primitiva, elemental creencia de la muerte como dominadora de la vida. Del mal agüero y del fatalismo de ciertas horas, de ciertos amigos, de ciertas piedras que se interponen, o del «mal aire», que puede apoderarse de uno en cierto momento o en cierto lugar.

El toreo así nos llega todavía con creencia en buenos o malos aires. Aires de gracia, aires de «mal ángel» y aves de noche o de sol. ¡Cuántos capotes y cuántas muletas llevarán la esfinge de algún duende o de alguna hada, sin que ningún espectador lo haya advertido! Un buen día, un torero en quien veíamos un decidido interés por torear bien, ha cambiado en un segundo su suerte. Y seguramente la ha cambiado porque él ha querido. Seguramente ha visto en la flámula encarnada un diablillo saltarín que le ha puesto en guardia contra la muerte: seguramente ha visto tras de un burladero un duende haciendo guiños; o —¿quién sabe!— los ojos de una mujer...

Se cuenta que Rafael el Gallo —el torero de las supersticiones y mitos por excelencia— toreaba una tarde en Sevilla entre una apoteosis de aplausos y oles. La tarde era triunfal. Desde el comienzo de la lidia el divino calvo había realizado toda suerte de filigranas, y con su genial gracia había rematado en quites y en faena redonda. El toro llegó al momento de la muerte tranquilo y ya casi apagado. Rafael no dejó entrever en todas las suertes el menor detalle que hiciera pensar en el miedo. Se perfiló, y en el momento de hacer la cruz con el estoque y los brazos para tirarse a matar hizo un extraño, arrojó la espada al suelo y saltó la barrera angustiado. Nadie supo a qué atribuir semejante locura. Pasados algunos días, un íntimo de Rafael reveló el secreto:

—¿Qué fué aquello, Rafael?

—Na. Que al tirarme a matá me fijé en los ojos del toro y eran los de Pastora.

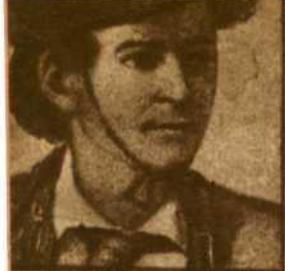
Joselito el Gallo, torero libre y seguro, estrenaba todos los días que toreaba unas zapatillas. Joselito, que llevaba alas en los pies, quería ver renovadas las fases de sus plumones. Las alas de su fortuna eran nuevas siempre. Como la creación de su arte y de su vida, como la gracia y la luz de sus figuraciones y magias.

Y así, el toreo, hecho de mitos y de sueños, tiene que saber de estrellas y de astrología. Como de vida y de muerte, como de razones y de sinrazones. El que no heredó la superstición, la inventa. Todo es invención para salvar la muerte y para ganar la vida y la gloria. Lo que «entra» y lo que «no entra». Que todo es vista, suerte y al toro. Y la vista, y la suerte y el



La corrida va a empezar. Los toreros, en [el patio de caballos, buscan su amuleto y rechazan en su imaginación cualquier recuerdo que les pueda traer maleficio

toro, son mezcla de ilusión, de creación inmediata y de realidad eterna. Nadie sabe de dónde nace un mal aire, y por eso mismo hay que prevenirse contra él. Los duendecillos traen el soplo para triunfar o para morir. Y no se puede espantar el mal agüero más que con la gracia, con la poesía de la gracia, que a lo mejor es una enorme seriedad. Una seriedad con ojos muy abiertos que ven más allá del «mal ángel», al revuelo de una capa o al través de ese telescopio de mil reflejos que es el estoque. Que unas veces sirve para matar toros, otras para matar duendes, otras para matar brujas, ya que cuando una puerta se abre no siempre tiene benevolencia o caridad. Valga todo esto como previsión contra la marimorena desmelenada. Pero... ¡Dios sobre todo!



Juan Yust (1845)



José Gómez G. Hito (1875)



Luis Regatero Regaterillo (1885)



José García Algabeño (1895)



Nicanor Villa Vilita (1900)



Ricardo Torres Bombita (1910)

Domingo Ortega (1935)



LA MONTERA

Por GIRALDILLO

La redecilla se fué recogiendo poco a poco. Paquiro la convirtió en una especie de cofia. A esa cofia —que todavía no era la montera— le dió Cúchares una forma graciosa y picaresca; una punta coquetona cosquilleaba el entrecejo. Ya va apareciendo la montera que es toda una complicación de pasamanería montada sobre una de aquellas esportillas de pliete en las que se guardaban cien reales en calderina para simplificar las cuentas. Así, el volumen de cien reales venía a dar la capacidad craneana de los toreros.

Amalia Manfredi, esposa del picador José Román, famosa sastra de toreros, se especializó en la confección de monteras. Durante más de medio siglo fueron famosas sus monteras. De aquellas monteras firmes, enormes, de apretados machos cosidos a la esportilla, se fué evolucionando hacia una más graciosa montera, de menos gravead sobre las testas. La pasamanería se apretaba tanto que desaparecía en el bloque macizo la gracia de la labor femenina. No obstante, Amalia Manfredi influyó con su arte personal —del que es heredero su hijo Antonito, el que viste de lucés a los toreros bajo la luz de Sevilla—, y la montera fué perdiendo volumen y solemnidad.

Y tanto es así, que las actuales recuerdan las líneas graciosas de las primitivas monteras que llevaron Paquiro, Cúchares y Cayetano Sanz. Ya parece que hemos alcanzado un modelo permanente, aceptable, sin que la testa del torero aparezca como bajo el peso de un enorme martillo.

Y era un problema hallar el tocado conveniente para el hombre vestido de lucés. Se afinaban las líneas y los aditamentos barrocos de los trajes toreros. Sobre la seda, el oro y la plata en bordados, goipes y caretes: se recogía el cabello pasando la melena presa en la redecilla en una simple coleta, y la coleta terminaba en la simulación del añadido y la minúscula castañeta. Bien. Pero, ¿cómo debería cubrirse el torero a pie? La montera acompañó felizmente la evolución del vestido; pero en esa evolución representó lo más tradicional y permanente. Y tanto es esto así, que el revolucionario Rafael Albarrán, que sueña con lo pintoresco y es capaz de vestir con un diseño de Pablo Picasso, más allá de su padrino Zuloaga, no se ha atrevido a tocarse con una montera blanca. Los toreros miran a la montera con cautela y respeto. Es prenda de cortesía. Quitarse la montera es la máxima ambición de los toreros. Allá va, desmayada, en vuelo corto, en el brindis ritual al presidente. Allá queda en la arena, en el brindis en redondo, punto negro con que inicia en la redondez de la Plaza los puntos suspensivos que al cabo ligan con el final incógnito, rematándose la frase torera que comenzó en rojo de muleta. ¡Qué penoso y desairado el momento en que el espada vuelve por su montera, manchada de arena pegajosa, abandonada en el ruedo sin que nadie cuide de ella! Entonces la montera olvidada rubrica el fracaso, es el punto negro de la tarde.

Pero cuando la montera alcanza su gloria máxima es cuando se acuna en el pecho de una a la que se brindó la muerte, la muerte que llegó fulminante y bella para el toro en un oleaje de exclamaciones, en un estallar de rotundos ¡oles! Las manos finas se crisparon sobre la negra pasamanería de terciopelo; diez gotas de sangre espejeaban su laca de manicura sobre la montera del matador; resonaban los latidos en la concavidad de seda blanca, con caprichos de estrellas bordadas y una rosa de los vientos al fondo. Donde latía frío de sienes —andar irremediable y frecuente del miedo, en que se empapa la seda interior de las monteras cuando se inicia el paseo hacia lo incierto— hay ahora el calor de un pecho conmovido. Es, sin embargo, el momento feliz de la montera. Breve y trágico sueño lleno de complejos sexuales. Sobre el pecho de la mujer brindada, los minúsculos rizos de la pasamanería cobran humana calidad y las manos se hunden en ellos y aprietan un daseo, una caricia, que acaso quede allí, que acaso para siempre tenga una memoria renanal, pesada, negra, insidiosa, grata como el terciopelo, como la seda.



Un grabado de Bayot que representa a Francisco Montes

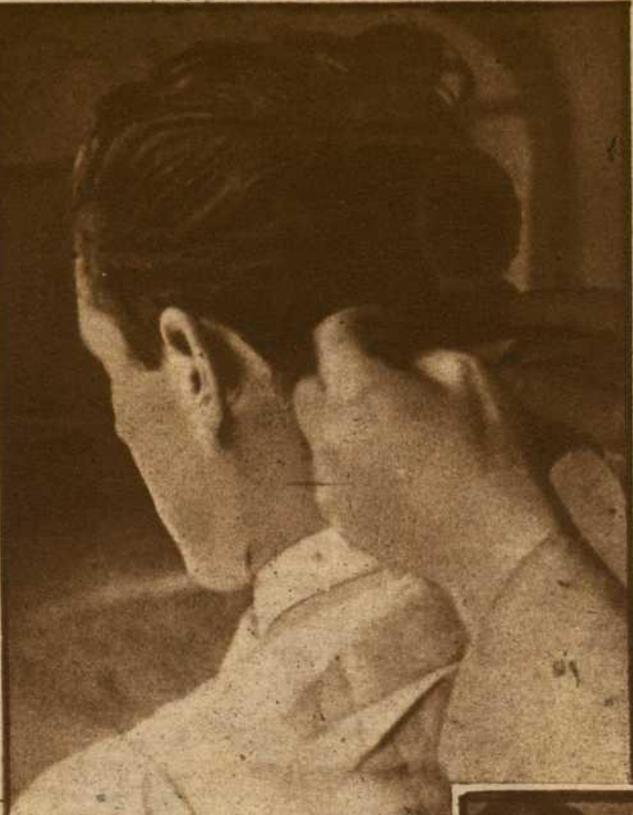


Cayetano Sanz y Cúchares que, junto con Montes, empezaron a usar la montera



LA COLETA

Por CLARITO



para, el torero pierde uno de sus antiguos valores morales: la prestancia callejera. Con su flexible, su gabardina entallada, sus zapatos bajos y su pelo planchado, la gente dirá al verlo: «Ahí va un cuentacorrentista». No dirá: «Ahí va un torero». Mucho menos señalará: «Ese es el que huyó ayer por la tarde...»

Desde la caída de la coleta para acá, sin que dependa de ella, pero siendo ello uno de esos signos reveladores del cambio de ambiente y de sentido de la fiesta, comienza a invertirse en la crítica —hablada y escrita— el orden estimativo del valor. Data de esas fechas la sustitución del concepto: «Fulanito torea muy bien; pero, ¡ay!, es muy cobarde», por el de «Fulanito es muy zobarde; pero ¡ay!, torea muy bien». De no mucho después son también —y ya mi pluma lo ha satirizado en algún otro trabajo sobre la seriedad e importancia de la coleta— esos juegos y rejuergos mercantiles de las retiradas: El ir y volver y decir adiós y desdecirse de los toreros. Las retiradas, madres de las reparaciones —escribía yo—, no hubiesen encontrado vía libre en tiempos de la coleta. Pertenecen al acervo de los cálculos y frivolidades del toreo moderno. Coinciden en la Plaza con el trueque del toro por el becerro, de la chicuelina por el lance de frepte, de la suerte de varas por la mojiganga del peto, del volapié por el paso de banderilla; y también del sombrero ancho por la «mascotas»; de la camisa rizada por la corriente; de la coleta por el pasador. Los toreros antiguos no se retiraban. Se cortaban la coleta. Le daban un tijerazo sensacional y definitivo a la profesión. Retornar sin coleta hubiese constituido una afrenta, o más: un imposible. Hay un torero que va y vuelve: El Gallo. Pero... es calvo. Otro que incurre en la debilidad de un tornaviaje: Fuentes. Pero lo disimula en la cabellera...

La coleta, lector —gran destino de las pequeñas cosas—, representaba un a época viril y seria del toreo. Todo el actual flujo y reflujo de «fenómenos», todo ese juego del escondite del «ahora me voy y ahora me quedo», y aun del «no me voy nunca», puede ser porque ya no se lleva la auténtica trenza. Porque no se llevan las suertes ni los toros de su época. Porque a los toros —a ellos también— se les ha cortado bastante la coleta...



Al principio fué el sombrero. Los toreros de a pie eran en el ruedo, como suele decirse de los que no se destocan, «caballeros cubiertos». Después surge la redcecilla de malla. Envueltos en ella los cabellos, trenzados y sujetos con una especie de peineta sobre la nuca, como protegiéndola, saltan del siglo XVIII al XIX los dos toreros más famosos, más pagados del atavío profesional: Costillares y Pepe-Hillo. Algunos, precavidos contra el viento, que ya entra a los circos taurinos sin esperar la erección del ventilado coso de las Ventas, reaseguran la red atándola con un pañuelo. Otros, con un lazo de seda, precursor de la futura moña. Hay, sin embargo, un huracán al que ninguna ligadura se resiste: el de la moda. Y un día vuelan las redcecillas, los pañuelos y los lazos. Y otro día, allá por el 1830, un nuevo Petronio del torero —pinturero en la calle y en la Plaza—, el gran Montes, se encaja el primer buen modelo de moñera. Por detrás y por debajo de ella, la moña recubre ampliamente su ancha trenza. Poco más, y no tardan trenza y moña en estrecharse y reducirse. Y cuando apenas si el siglo llega a su mitad, ya del antiguo tocado sólo queda un vestigio: un mechoncito de pelo que crece en el cogote del torero: la coleta.



El mozo de estoques coloca la coleta al torero cordobés

Por el momento, las pretensiones del apéndice capilar son bien modestas. Sobrevive a las cruentas talas de la moda simplemente para entrelazarse con otra trencita de pelo —postizo— que pende del breve disco de cartón, o castañeta, a que se ha contraído la moña. Pero... ¡los grandes destinos coquetean así, a veces, con las pequeñas cosas! — la coleta se convierte en seguida en el símbolo profesional; cédula y distintivo de los dedicados al arte. Coleta se hace sinónimo de torero. «Soy —dice el orgulloso José Redondo— la primera coleta del mundo». Con el nacer de la coleta, nacen las primeras ilusiones y caen, en su caída, las últimas. Tiene el valor simbólico del principio y el fin. Marca el orto de la carrera del artista. Y la ceremonia del ocaso, a raíz de la última jornada, cuando allegados e íntimos presencian el corte de la coleta —corte de la vida artística; pausa definitiva en los azares, pero también en las glorias—, hace gemir las Prensas y se celebra en un sentimental ambiente de «psicosis del jubilado», y hasta se rocía con lágrimas. Para los aficionados que, sorprendidos en las faltas ajenas al aprendizaje —tirarse al redondel, viajar sin billete, robar un pollo, fracasar en una capea—, caen bajo la férula de un alcalde o de un funcionario de la autoridad, no hay suplicio más duro que el del ruidillo de la máquina destruyéndola el tesoro incipiente de su pelo. «Cortarse la coleta» entra a formar, con los modismos más expresivos del Diccionario, como frase rotunda de renunciación o alto en muchas aficiones y actividades de la vida.

Mas... «sic transit gloria mundi»: también a la coleta le llega su término. Una tarde de este siglo nuestro, Girona, que ha puesto en boga los colores claros para el raso del calzón —de que ya había un intento en los famosos toreros capela de Fuentes y Bombita—, suprime su trenza y se ingenia para prenderse la castañeta y su postizo con un pasador. La innovación cunde. Y en nada de años, desaparecen todas. (Todas las importantes, por lo menos). A simple vista, el hecho parece baladí. Pero, con el andar del tiempo, ¡cuántas otras supresiones suceden a la en apariencia inocente supresión de la coleta...!

Por de pronto, confinado el uso del traje corto a las fiestas y faenas camperas —tan sólo lo viste, con terca añoranza, el ex diestro Guerrita, trocándose de típico en extraño—; anticuada la camisa de cuatro botones, e ido de la circulación el sombrero ancho, con el quebrar de la coleta se quiebra y rompe el único hilo que unía para el torero la Plaza con la calle. La coleta era ya su única insignia, la única pieza de su uniforme de diario. Y desde que el atuendo paisano lo confunde y am-



Antes de salir, al ruedo Maravilla se hace sujetar la castañeta

*En el brindis...
su presencia
siempre agrada*



ANIS DE LA ASTURIANA

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1895

Pam P 12



EL ABONADO

Por Curro Meloja

Diálogo cogido al vuelo
entre un «pollo» y un «abuelo».

—¿A qué no sabe usted por qué se hizo célebre el toro Viajero—pregunta don Homobono, con aire de suficiencia, mientras ramuse lentamente el camarero de su exprés "cortito", que acaba de servirle el camarero.

—¿Viajero? Recuerdo ese nombre, y vi la corrida en que se lidió; pero tengo tan mala memoria...

—No me saque usted de mis casillas! —replica don Homobono, iracundo—. Usted no puede recordar al toro Viajero, porque no vió aquella corrida, ni por soñación.

—¿Que no la vi? Yo llevo viendo corridas hace seis años, y aquella la recuerdo.

—¿Ya le pesqué! Antes se cogía a un embustero que a un cojo. Viajero se lidió hace muchísimo más de seis años; nada menos que el 10 de julio de 1910.

—¿Us.ed cree?

—¿Cómo si creo? Pero usted ¿con quién se figura que está hablando? Sepa que yo soy abonado a la Plaza de Madrid desde 1904, y que antes llevaba muchos años sin perder corrida, porque mi padre tenía ya el abono, que yo heredé en tiempos de Lagartijo y Frascuelo, y me llevaba con él a la Plaza desde que aprendí a andar. Soy abonado a los toros desde antes de nacer; con que a ver quién puede discutirme una fecha!

—Y que tienen que ver las fechas con el abono?

—¿Cómo que no? Pero ¿es que se puede entender de toros y saber historia taurina sin llevar muchísimos años de abonado? ¡Vamos, hombre! Así está la afición, que ahora cualquiera que se ido a veinte corridas se cree que ha visto algo; pero luego se asombra como un papanatas cuando Arruza banderillea.

—¿Es que Arruza no banderillea bien?

—No es eso, señor. Arruza es Arruza; pero ¿dónde me deja usted a Gurría, a Quinto, a Fuentes, a Joselito, a Sánchez Mejía, a Manolito Bienvenida por no citar más que a los muertos?

—¿Dónde los voy a dejar? En su sitio.

—¡Eso! En su sitio, y que nadie los mueva.

—Pues por allá nos esperen muchos años. Pero, desengañese usted, don Homobono: se puede ser buen aficionado y entender de toros sin haber estado abonado nunca.

—¡No me críspelo! ¡No me críspelo! El ser abonado es el único título de capacidad que existe en la afición. Yo podré no llevar encima la cédula, pero jamás he salido de mi casa sin llevar conmigo el talón de abono. ¡Mírele, mírele!

—Pero eso no es un talón de abono. Eso es un carnet de reserva de localidades.

—¡Claro! Lo que hay en estos tiempos de sucedáneos y sustitutos. Pero este carnet es la prolongación de aquel talón que heredé de mi padre y que con el tiempo será otra vez talón, porque el abono tiene que volver en Madrid.

—No sé por qué.

—¿Qué se apuesta? Esta época de barullo taurino, en que cada uno hace lo que quiere y lo que quiere cada uno no es más que abusar y enriquecerse como sea, tiene que acabar alguna vez. Y cuando pase esta ola de mercantilismo burdo y mercachifles sin escrúpulo, lo primero que se restablecerá será el abono, que es la única garantía que tiene el público de Madrid.

—No veo garantía en tener que pagar adelantadas ocho corridas, que, además, representan, a los precios actuales, una cantidad de dinero que no todos tienen.

—Ya bajarán los precios también. Y en cuanto a lo que garantiza el carnet de reserva, ¿sabe usted lo que es? El bonito negocio de pagarle a la Empresa, por su linda cara, el importe de una corrida que no da.

—Y el derecho a tener siempre reservado un billete, sin obligación de sacarlo más que cuando la corrida le interesa a uno.

—¡Otra te pegó! Pero, ¿es que hay alguna corrida que no le interese al buen aficionado? Al que no le interesa una, no le interesa ninguna, porque no tiene afición, y si le gusta ir a las de "postín" es por aquello de ir "donde va Vicente", por lucirse y por presumir luego en la oficina; pero lo mismo pasaría la tarde en un cine de moda si hubiera función de gala, y no tiene derecho a quitarse ese día su billete al aficionado de verdad que lo está pagando todo el año.

—Pero vamos a cuentas. Si usted mismo dice que no siendo abonado no se tiene título, el que no consigue su abono, ¿ya no es nadie? Porque yo estoy recibiendo Roma con Santiago hace tres años para lograr un carnet de reserva, y no hay manera.

—Ese es otro cantar. Ahora quiere carnet de reserva todo el mundo, porque prefiere pasar por la primada de pagar, como ha dicho, una corrida sin verla ante la comodidad de contar con un billete el día que torse Manolito. Pero los demás días ni se acuerda de que hay toros. Y eso es egoísta y perjudicial para la fiesta.

—No lo entiendo.



Momento de barullo. La aglomeración llega a su punto culminante... falta muy poco para empezar la corrida y el sufrido espectador acude presuroso a la Puerta Grande.



El abonado a la quinta fila de un tendido bajo se detiene a la puerta de la Monumental. El programa de mano es hojearlo detenidamente...

—Pues muy sencillo. ¡Abono, abono! Que aun que se paguen por adelantado las corridas, no se pagan más que las que se celebran, y, en cambio, por adelantado, se sabe también cuál va a ser cada una, porque hay que publicar los carteles al anunciar el abono, diciendo concretamente: "Día 3 de abril: Fulanito, Mengano y Zutano, con coros de don Tal. Día 10: Mengano, Zutano y Fulanito, con bichos de don Cual", y así sucesivamente. De ese modo, los toreros tienen que comprometerse con anticipación a torear fecha fija en Madrid; los ganaderos, a enviar sus toros para tal día, y la Empresa a dar la corrida anunciada. No como ahora, que las figuras dan largas a venir a Madrid, para lo que nunca tienen prisa, porque les es más cómodo el becerrito provinciano, y la falta de abono no les obliga a firmar aquí contratos con anticipación; los ganaderos pueden decir que no saben cuándo sus toros estarán "puestos en tipo", como si se tratara de cómicos a los que hubiera que caracterizar; y la Empresa, como no puede obligar a nadie con un contrato firmado, está a merced de todos y va a la deriva; por lo cual esto es una merienda de negros, pero una merienda suficiente para muchos y con un solo pagano, que es el público.

—Puede que tenga usted razón. Al público de Madrid se le trata por toreros, ganaderos y Empresa sin pizca de consideración ni respeto; pero, ¿quién cree usted que podría arreglar esto y hacer entrar a todos en vereda?

—El abono, en primer lugar. Y luego, quien yo me sé y me callo... porque no quiero meterme en líos. Con que volvamos a lo que decíamos. Usted no vió lidiar al toro Viajero, que fue el que dió la cornada "que le quitó el tipo" al Papa Negro cuando iba camino de hacerse el amo del toro, y para conseguirlo del todo se encerró en Madrid el solito con seis toros de Trespalacios.

—¿Un solo matador para seis toros?

—Lo ve? Si tuviera usted, como yo, en el bolsillo un talón de abono tan antiguo, sabría que las primeras figuras de todas las épocas han matado varias corridas de seis toros. Pero, claro, como ustedes creen que el toro ha empezado en

Manolito y él no lo ha hecho...

—Ahora se va usted a meter con Manolito?

—Eso ya, no! Hasta la vista, don Homobono.

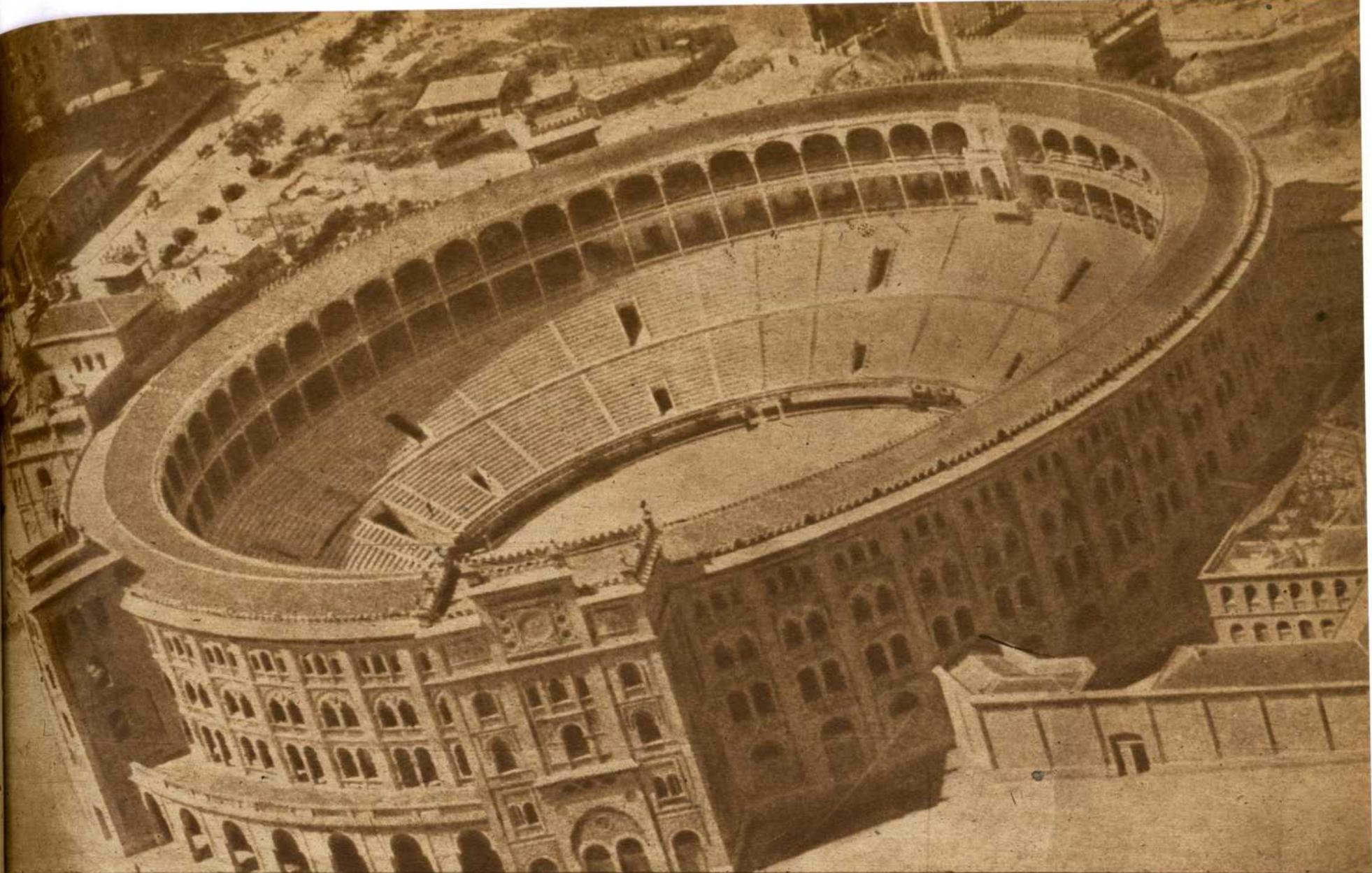
—¡Vaya usted al cuerno, don Mamarracho!

Manolo Navarro

Con la mirada puesta en la cumbre, lleno de afición, de valor y de arte, con personalidad, aspira Manolo Navarro a terminar la presente temporada ocupando uno de los primeros puestos de la novillería.

La cantidad y la calidad de las condiciones de este torero, justifican el ambicioso propósito de su corazón de artista.





LA PLAZA

Por DON JUSTO

Son los cosos, circos o palenques —que de todas estas maneras vienen así llamándose desde hace muchos años— teatro donde el arte del torero se desarrolla en sus diversos y variados aspectos.

Marco circular por los espectadores, constituido de un lienzo de amarillo fondo sobre el que se destacan unos hombres vestidos de seda y oro en singular lucha con las fieras astadas.

Nada hay comparable con el deslumbrante aspecto que ofrece una Plaza de Toros en día de corrida.

En el exterior del inmueble se debaten los aficionados en pugna para penetrar en él con la alegría dibujada en sus semblantes.

Ya en sus respectivos asientos, esperan ávidos de emoción que el sorde tableteo de los timbales y las estridentes notas del clarín anuncien el principio del espectáculo.

Los que ocupan las localidades de sol, provistos de abanigos de papel con vivos colores, procuran con ellos ponerse al margen de los rayos solares, y los de la sombra, sin perder de vista la almohadilla por unas horas alquilada, puestas en pie hasta que salen las cuadrillas, buscan con ojos escrutadores el lugar donde una bella mujer, tocada con nivea mantilla; simboliza en aquellos momentos toda la grandeza de la fiesta.

Vendedores unos del «Programa Oficial» con el nombre y señas de los toros que van a lidiarse, y otros de cerveza y caramelos, se filtran por entre los espectadores voceando a grito pelado sus mercancías.

Todo es júbilo y entusiasmo. Cuadro maravilloso lleno de luz y de color en el que una multitud expectante en completa tensión de nervios espera con impaciencia la presencia del primer toro dispuesto a vender cara su vida.

Dosel de todo aquello es el astro rey, que, satisfecho y sonriente, también asiste al bello e incomparable espectáculo.

La corrida ha terminado.

El público, la mayoría de las veces cariacontécido, abandona lentamente el coso comentando las faenas que acababa de presenciar.

Un aluvión de chiquillos se hace dueños de la Plaza recogiendo papeles y colillas, y el palenque, cuan-



do ya el sol empieza a ocultarse por el horizonte, recobra su aspecto triste y sombrío.

Porque estos escenarios del torero, fuera del momento anteriormente descrito, mudos testigos de triunfos y de fracasos, son, repetimos, tristes, muy tristes, como pueden ustedes comprobar si sedan una vueltecita por ellos.

Ardua tarea sería hacer historia de todas las Plazas de Toros. Fueron las primeras de madera y situadas en lugares apartados de las poblaciones. Hasta el siglo XVII no empezaron a construirse de mampostería, siendo del peculio particular del rey don Fernando VI la erigida en Madrid a extramuros de la puerta de Alcalá, de la que fué arquitecto el célebre don Ventura Rodríguez.

Años más tarde, el año 1874, los también arquitectos señores Ayuso y Alvarez Capra dieron cima a la últimamente derribada, de estilo árabe mudéjar, que tantos recuerdos nos ha dejado a los que ya peinamos canas.

La actual Monumental, existente, como las anteriores, en las inmediaciones de la carretera de Aragón, no fué terminada hasta el año 1929, siendo su coste aproximado de doce millones de pesetas.

La Plaza se construyó por inspiración del gran torero Joselito, íntimo amigo del arquitecto don José Espeliús, y no es preciso cansar la atención de los lectores con su descripción, por ser de ellos ya conocida.

Es la mejor de todas las existentes en el mundo, y debe servir de modelo para las que pudieren construirse en otras capitales.

No sé cuándo se colocará en ella el busto del famoso lidiador sevillano, en recuerdo de su trágica muerte en Talavera de la Reina.

Cuando aquello tenga lugar, sería conveniente hacer constar al pie de dicho busto que el expresado diestro fué el inspirador de la construcción de tan hermoso circo taurino, porque sin los entusiasmos que en ello puso el gran torero seguramente que tal Plaza no se hubiera construido en aquella época.

Arriba: La Plaza de las Ventas vista desde un avión.—Abajo: La entrada de la Plaza Vieja en un día de corrida



Andrés Blando



Matador de toros mexicano, que llega a España precedido de merecido renombre, bien conquistado en las plazas de su tierra, por derroche de arte y de valor, fundidos en una destacada personalidad de figura del Toreo.

APODERADO
D. JOSÉ BERNAL
DUQUE DE SEXTO, 43. — MADRID

¡Ni el éxito ni el fracaso!... ¡Qué vuelva!

LAS MADRES DE LOS TOREROS

Por DIEGO MARTIN DEL CAMPO



La imagen de Jesús del Gran Poder, que se venera en el oratorio de la casa de los Bienvenida

SEDUCE tanto la aureola de popularidad que rodea al torero triunfador, que aunque parezca mentira, habrá muchas madres que envidian a las de los toreros. Les envidian el verlas rodeadas del halago y la adulación, fruto del reflejo de la gloria del hijo, que se proyecta sobre ellas. El verlo todos los días tan guapo —¿quién no resulta atraído en la vistosidad del traje de luces?—, retratado en los periódicos con el atavío de colorines y áureos bordados del vestido de torear. Y les envidian las comodidades y la holgura de su vivir. Como se envidia todo lo que no tenemos, sin pararnos a pensar en los trabajos, o los sufrimientos, o las contrariedades que pueda costar conseguirlo. Todo lo que nos parecen felicidades en la vida tiene dos caras, como los deco-

radós de los teatros. Una, la deslumbrante de vivos colores iluminada por los reflectores, que es la sugestiva. Otra, el reverso, feo, con los parches de papel sucio que pegan los tramoyistas, a fin de que no se vean desde la sala deterioros y roturas.

Las madres de los toreros no son ni mucho menos, para envidiadas por los demás. Son las únicas a las cuales está vedado disfrutar plenamente la gloria triunfal de los hijos. Las madres de los comediantes pueden asistir a sus estrenos; las de los actores, a verlos representar; las de los

cantantes y músicos, a oír sus conciertos, y las de los intelectuales y hombres de ciencia, deleitarse siendo oyentes de sus conferencias. Las madres, en fin, de hijos que se elevan sobre el nivel intelectual de la mayoría, pueden gustar a su lado el placer inenarrable del triunfo y compartir con ellos la gloria del aplauso, ya que les es dado estar junto a ellos, porque en el lance no pelagra su vida.

La madre del torero no puede gozar de ese indefinido placer. El éxito le llega muy de lejos. Para ella, sólo están reservados el sufrimiento y el dolor de los momentos amargos. En las tardes de triunfo, cuando el torero llega a su casa, ya lo rodean centenares de amigos o admiradores, que lo llevan en volandas. Al entrar, apenas puede la madre darle un beso, tal que si lo robara, porque a empujones lo meten en su habitación los que lo rodean, que le obligan a desnudarse y volverse a vestir rápidamente, para llevarse solo a la calle y exhibirse con él, celebrando el triunfo. Del cual no puede disfrutar la madre como quisiera, teniendo para ella sola en sus brazos, acariciándolo como cuando era niño.

En cambio, en las tardes de fracaso, si puede decirse que el hijo torero es plenamente de su madre. Vuelve de la Plaza, la cabeza baja y el mirar sombrío, acompañado nada más que del mozo de espadas. Los admiradores no vienen tan numerosos como en los días triunfales, porque huyen del fracaso que es una cosa triste. Llegan algunos amigos, pocos, los más íntimos, que balbucean unas torpes frases alentadoras y se van en seguida con las caras muy largas, porque, para ellos, el torero ha de estar siempre bien, para no dejarlos en ridículo en las tertulias.

Entonces la madre se queda sola con el ídolo roto, en esa angustiosa soledad de los silencios inacabables, en la cual el hijo piensa en lo que pueda suponer de perjudicial para su carrera el fracaso, y la madre, por no amargarlo más, contiene a duras penas las lágrimas que agolpa a sus ojos al dolor de verlo vencido.

Otro momento —tampoco alegre— en el cual la madre puede sentirse dueña del hijo torero, es el de las cornadas. Cuando el pitón rasga la carne que se formó en la suya, es la madre quien lo tiene para ella sola. En los días angustiosos de peligro, siguientes a los de la cogida, cuando los médicos hacen poner en la puerta de la habitación del sanatorio ese cartel alarmante que dice: "Prohibido visitar al enfermo", la única que está a la cabecera de la cama del herido es la madre, con el alma atravesada por los punzantes de la Dolorosa, agobiada por una desolación infinita, muriéndose más que el hijo en trance de muerte.

¿Y la de esperancia inquietante de las tardes de corrida? La madre, las pasa de veladas ante la imagen de su devoción, rogándole que salve la vida tan preciosa para ella, que en esos momentos alida en juego con la muerte. El timbre de la puerta o el del teléfono, que suenan inesperadamente antes de la hora de terminar la corrida, y cuyo sonido puede traer detrás de él el anuncio de la tragedia, es un sobresalto más en el corazón torturado por la angustiosa espera.

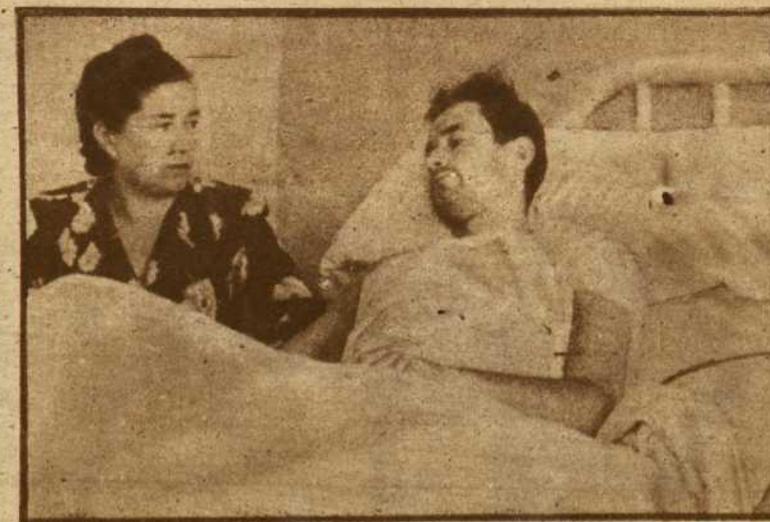
Por todos estos dolores, cuando las madres de los toreros van por la calle, si las descubre la popularidad que refleja sobre ellas la gloria de los hijos y alguien dice: "¡Ahí va la madre de fulano!", en vez de una sonrisa de júbilo, contrae sus labios un rictus de amargura que acentúa las arrugas del rostro envejecido prematuramente. Porque esa popularidad no le recuerda, aparte de las satisfacciones que le produzca al hijo, más que los muchos ratos de intenso sufrimiento que le cuesta a ella.



La madre de Manuel Martín Vázquez mira fijamente a su hijo, pensando que quizá aquel día pudo no haber vuelto más.



Juanito Belmonte sonríe mientras su madre quiere buscar en la sonrisa una alegría para su dolor.



Manolo Escudero, en el lecho, sintiendo muy cerca de él la angustia de su madre, que quizá piensa en una tarde...

Jaime NOAIN

Este gran matador de toros vizcaíno, sembrador de emoción en todos los ruedos, triunfador por su valor y por su arte, mantiene el prestigio de su nombre, como queda plasmado en ese asombroso natural a un auténtico toro, de los que no han asustado jamás a este magnífico torero y estoqueador excepcional y clásico.



Miguel del PINO

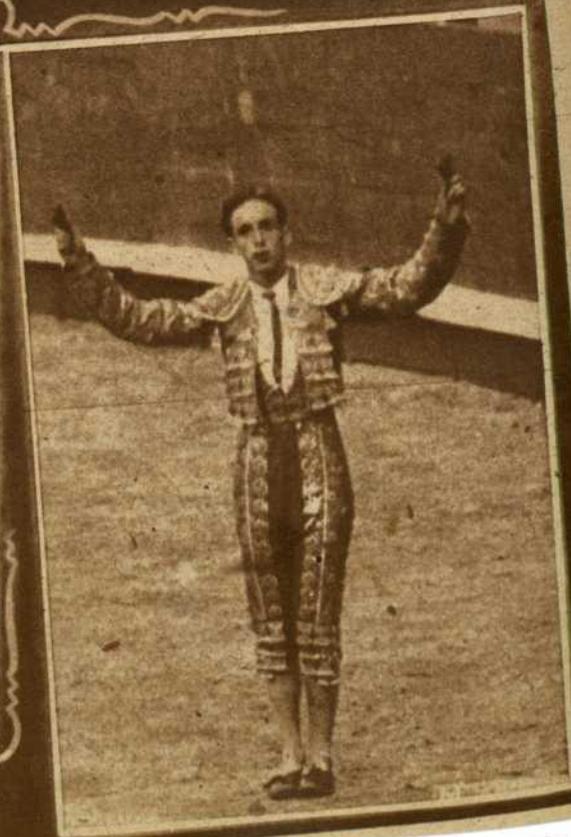
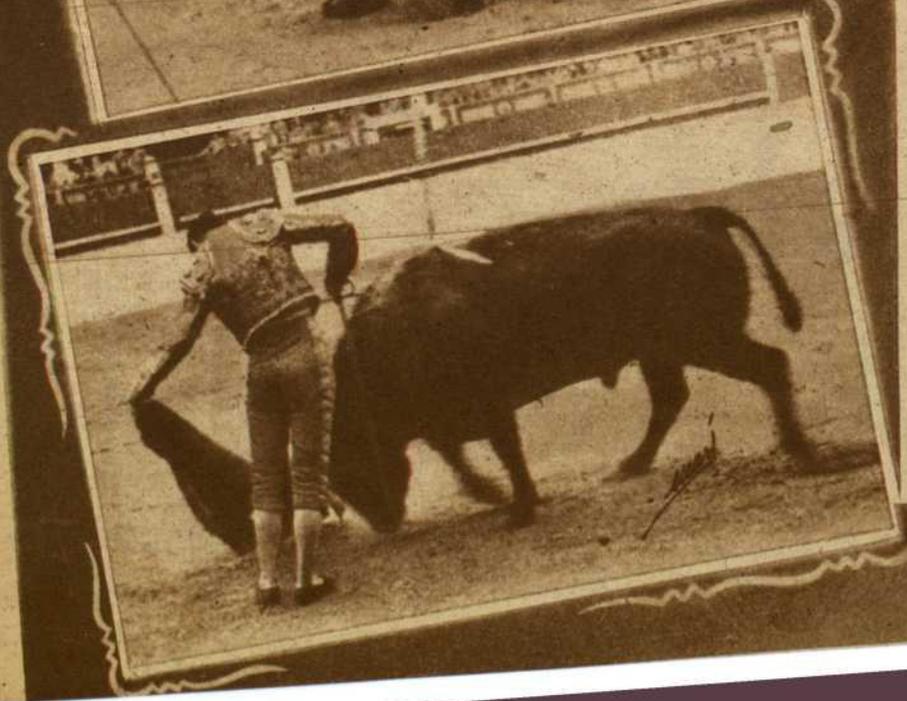
Toda la alegría del torero andaluz en la magia de su capotillo, que parece de seda en el lento revuêio y en el temple de sus giros.

Toda la recia expresión de la escuela rondeña en las faenas de muleta que Miguel del Pino impregna del clasicismo más puro.

Desde su aparición en las Plazas, adivinó la afición que la menuda figura de este torero llegaba saturada de calidad y con rumbo a un alto puesto en la fiesta.

Y a lo largo de su trayectoria triunfal, ha venido demostrando Miguel del Pino que la afición no estaba equivocada.

En Madrid, donde tantas tardes victoriosas tuvo, se le espera con verdadero interés.





Ricardo Torres, Bombita iba a la plaza en jardinera con sus banderilleros y el mozo de estoques

Este es el hombre, protagonista trágico en potencia del enigma de una tarde en la que nada se sabe *a priori*. Por modo invisible, le hemos espiado en el sueño mientras la vispera dormía. La carroza chiquitita de la reina Mab, tirada por gorgojos, según la expresión sespriana, se paseaba por las narices dormidas del héroe. Y gracias a ella nos hemos apeado en el limbo fantasmal del sueño de un torero... Y hemos asistido, lector, a una fantasía. Y fantasía, porque el que no la tiene será, todo lo más, un estoqueador, más o menos temerario, pero nunca un artista en curva armoniosa con su contrapunto, el toro. En el sueño, y aun en el duermevela, el torero artista torca envolviéndose en el cornúpeto astilino, fino, que le dibuja literalmente la silueta. El artista torero se supera, estiliza y sublima con el goce indescriptible en el acierto, que es pincelada feliz en el pintor, verbo joyante en el poeta y frase milagrosa en el músico. Belmonte, según el mismo ha declarado, toreaba, a veces, como si soñara, con olvido de sí mismo y del público.

Ahora vemos al torero, llámese como se llame, camino de la plaza, por la calle de Alcalá. Empaquetado en el traje de luces, corresponde al saludo explosivo de la gente con cara fotogénica, cuajada en una sonrisa que la costumbre ha convertido en mueca. Pero la sonrisa es falsa y la cara antifaz. Otra lleva dentro. Y como va solo

en el coche, podemos escrutarle a placer, porque, en su abstracción meditativa, tanto se desconoce él en este momento como nos ignora a nosotros en nuestra presencia invisible. Una lucecita nos guía... ¿Qué lucecita es ésta que parpadea en el pensamiento de un torero?

Es una mariposa. En mi tierra llamamos con ese bello nombre a esas candelillas que sobrenadan en el aceite de una taca colocada al pie de las imágenes. Si alzamos la mirada, la tenue claridad perfila y sombrea un rostro sagrado, que lo mismo puede ser el de la Virgen de las Angustias, que el de la Paloma, que el de la Esperanza... Si, por el contrario, bajamos los ojos, siguiendo el resplandor ya embebido en la sombra, advertimos un rostro de mujer vuelto a la imagen con un rictus de afición suplicante. Este rostro humano, lo mismo puede ser el de la novia, que el de la madre, que el de la compañera del torero... Ese rostro querido está como clavado en la memoria plástica del torero. Y cree verlo. Y tocarlo. Y se estremece de pronto, porque ve titilar en las largas pestañas una lágrima transparente, como aquella que él ha visto en la sacra mejilla de la Virgen de la Esperanza... Y siente el roce leve de la medalla materna o del escapulario de la novia en la raíz de la carne...

¡Única emoción que relampaguea en su alma, restándole bríos, es el miedo humanísimo de tener miedo!

Y, sin embargo, todo cambia, y se olvida y desvanece no más que con apearse del coche ante la x del peligro. Y acude a la cita de la gloria o de la muerte, reaccionando como todo un hombre...

Cómo va el torero a la Plaza

Por FEDERICO OLIVER



NO quiero evocar la estampa, tan conocida de la calle de Alcalá en tarde de toros. La calle más drileñísima, tan luminosa y alta de techo, ha sido pintada y descrita por los pinceles y plumas más ilustres de España en aquellos momentos, únicos y entrañables, de euforia, dominio y olvido de todo pro-

blema nacional y privado. Desde la calesa manola a la berlina cascabelera, el torero iba a los toros como un objeto de curiosidad resplandiente para las multitudes bulliciosas. Ahora, con el imperio del motor, el torero no va a los toros; le lleva, que no es lo mismo, sumergido en el incógnito de los bocinazos disonantes, la gris barabanda de las carrocerías despersonalizadas. La vieja Plaza de Toros de Madrid, la de las 13.013 localidades, tan típica y tan tónica, es hoy el vacío a ras del suelo de una glorietta sin carácter. La calle de Alcalá en tarde de toros ya no merece el pincel de Perea. La silueta ecuestre de don Baldomero ya no saluda la charanga precedida por el perro Paco, ni la berlina de Frasuelo o Lagartijo, ni el coche de Guerrita o Mazzantini, ni el landó de la serenísima infanta doña Isabel...

Toda aquella bazarria, como un sueño se pasó

Canta Lope en las célebres décimas de *La moza del cántaro*. Pero hay algo que no pasa ni pasará, porque lo llevamos tatuado en la piel del espíritu: el torero. Y ése va a la Plaza cada tarde de toros. Y hemos de seguirle, lector, para saber cómo va.

...

El pueblo humilde del arroyo —no el público, que es otra cosa— lo ve pasar con arrobada simpatía y hasta con ternura. ¿Por qué? Porque se ve reflejado en la deslumbradora silueta que pasa. Porque el torero, en síntesis, no es otra cosa que cogollo de pueblo vestido con traje de luces. Por eso, el torero es el único vencedor en la lucha por la vida que a su origen vuelve. Cuando se va de los toros con cicatrices en el cuerpo, y quizá en el alma, se enquista en una coronela, como Fuentes, o en un colmado, como el pobre Minuto, sin perder jamás, idéntico a sí mismo, el habla sencilla de los años mozos ni la franca cordialidad callejera de sus mejores apoteosis.



Manoleta viaja en avión y se traslada a la plaza en automóvil

Los picadores son los únicos toreros aferrados al medio de locomoción tradicional





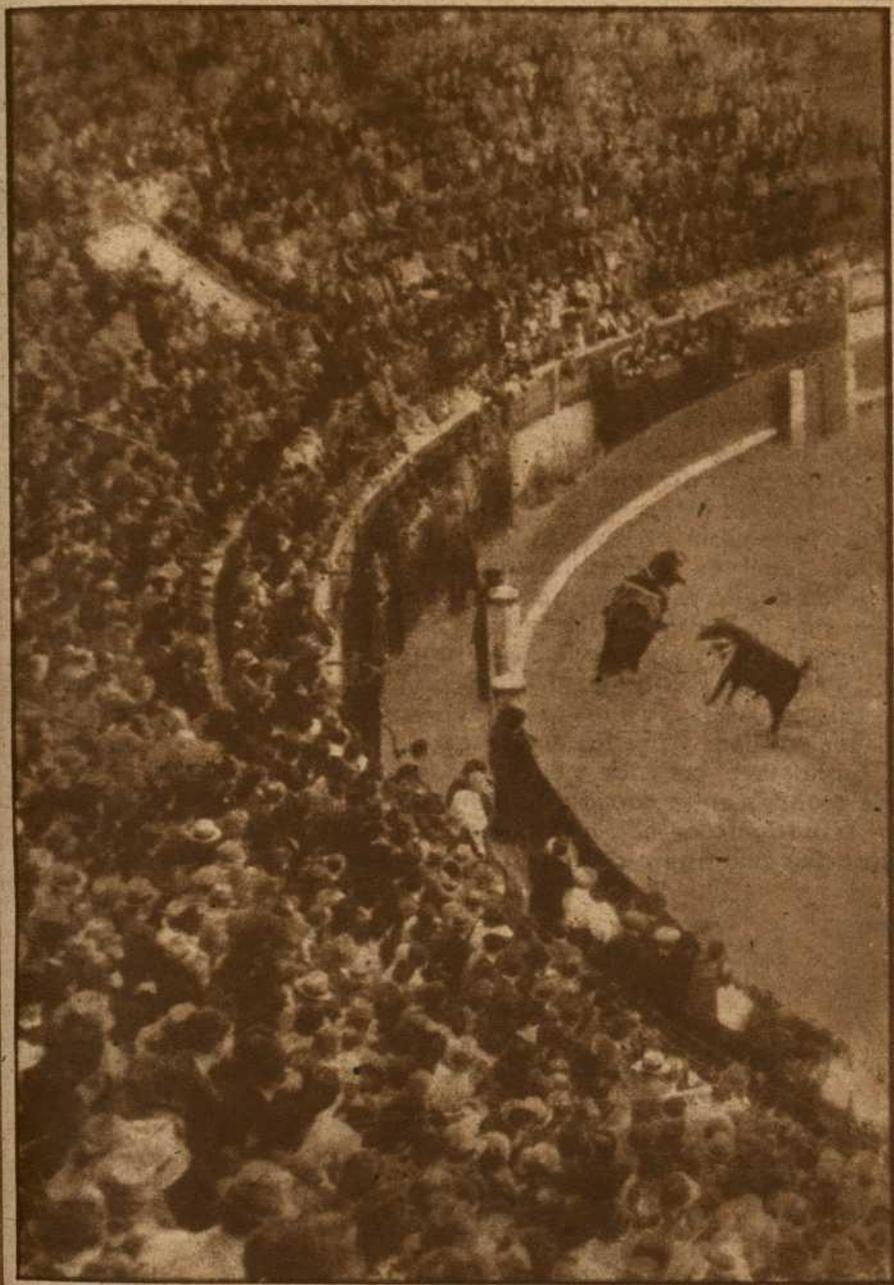
PEPE DOMINGUIN

Ya, ya vemos que la muleta, suave y mandona, está cogida con la derecha pero en la tranquila posición de la izquierda, pasmosamente caída en normal y natural posición, se revelan el valor, la clase y la casta de Pepe Doming

EL MAYOR RESPONSABLE

EL PUBLICO Y LA AFICION

Por DON SINCERO



El público en la Plaza, ocupando sus respectivos asientos. El festejo taurino es la máxima atracción como espectáculo y a él acuden los incondicionales. Siempre en espera de la memorable faena

QUE la Fiesta Nacional no es hoy lo que era ayer, que han cambiado en ella muchas cosas de un modo radical, es verdad inconcusa. Ni el toro es, en las corridas de nuestro tiempo, lo que era hace un cuarto de siglo —y no hablémos de épocas más remotas, porque entonces...— ni se toreaba hoy como se toreaba antes —no afirmamos si se hace mejor o peor, sino de manera y con arreglo a los cánones artísticos, muy distintos—, ni, desde luego, el público es el mismo: ni manifiesta idénticos gustos y aficiones al aplaudir lo que antaño se estimaba como crimen de "lesa" fiesta.

Es ese factor "público", a mi entender, el mayor responsable del estado actual de la "Fiesta de Toros". Las empresas, los ganaderos, los artistas, "hacen lo que hacen" hoy en la fiesta de toros sencillamente porque el público lo tolera, y casi nos atreveríamos a decir que por servir los manifiestos gustos del público. ¿Ejemplos?... Vámonos a ver: ¿Qué ocurriría hoy si la Empresa de Madrid diese en anunciar corridas con toros como aquellos de Palha, Uncola, Carriquiri, Ripamillán, Villagodio, Miura y tanta y tanta vacada famosa como existía en principios del siglo que corre y se caracterizaron por el peso, respeto y dureza de las reses que lanzaban a los ruedos?... Pues ocurriría que la gente no iría a la Plaza, sencillamente, porque los toreros de hoy se negarían rotundamente a torearlos—me refiero a los ases—, y porque si alguno de ellos, picado en su "umor propio", hacía la "hombrada" de encerrarse con una o varias de esas corridas, pues fracasaría ruidosa y fatalmente, por valiente y diestro que estuviese, ya que lo que no podría lograr nunca, o casi nunca, sería el dar "gusto al público" de hoy, porque los toros de aquellas condiciones no están "de carril", ni con ellos cabía intentar todo ese "estilismo", esos "parones", esos lances de la "Indiferencia", volviendo la cara y espaldas al toro en plena acometida, o acortando las distancias inverosímilmente con el toro de frente por detrás, que ahora se le llama "manoleteo"... ¡Qué! ¡Qué

habían de hacer eso con un toro de patas duras, de nervio, bronco y con un metro de anchura entre pitón y pitón! ¡Qué habrían de arro- dillarse a cada dos por tres, y "molinetear" a cada tres por cuatro, y "naturalizar" desde el primer pase! En cuanto que los toros no se ve- yeran desde la salida del toril, y no resultasen derrumbados con los puyazos al "relenti" y con el ácoso del piquero, que en un ojo envite mete cuatro o cinco lanzazos y destroza a las reses, obligándolas a re- cargar a favor de su escasísimo poder y de la defensa que, para el picador más que para el caballo, representan los petos, la Fiesta cam- biaría radicalmente; pero... el público de hoy ¿se aburriría!

Sencillamente, por esta razón suprema y poderosa: hoy el público no es "aficionado a toros". Es no más que "aficionado a toreros". Al toro no se le concede la menor importancia. ¿Creer ustedes que exage- ro? Pues pregunten en la próxima corrida al vecino de localidad—al de delante, al de detrás, a los de los lados—de qué ganadería son los toros que se están lidiando y, me juego lo que ustedes quieran, a que, ni por curiosidad, se van enterado al sacar su billete, al ir a la Plaza, del nombre del ganadero, ¡Qué más da! La cuestión es que los toros se presten al "estilo" de los toreros. Lo demás: su tipo, presencia, fortaleza, el historial de su casta, el peligro que pueden ofrecer por su edad, su temperamento o sus condiciones físicas no tiene para el público trascendencia alguna. ¡El toro no importa! Sea como sea, con tal de que el torero esté "a gusto" con él y pueda "tirar" de su peculiar repertorio, basta y sobra para esta "afición" de hoy.

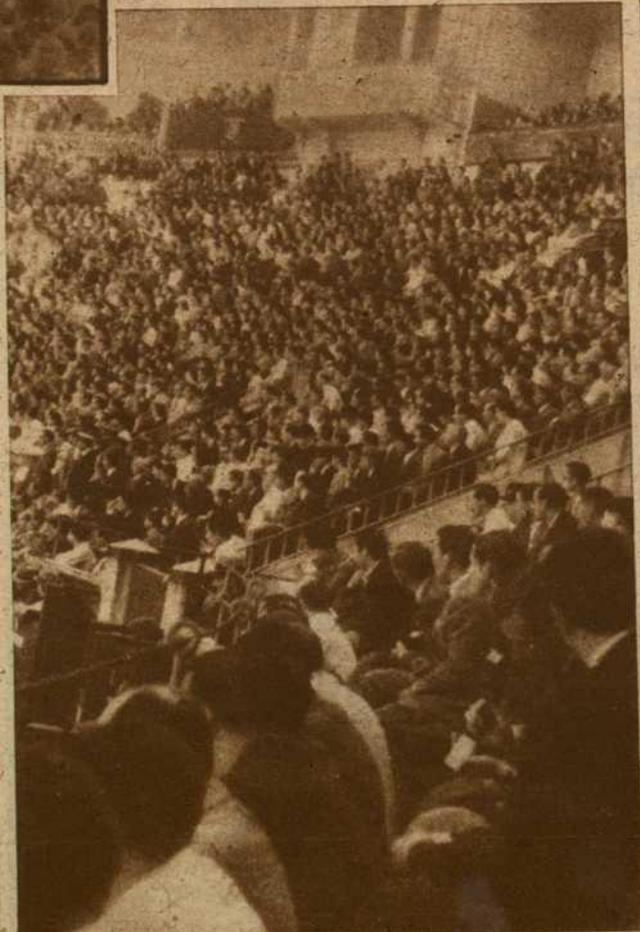
Pero, ¿es que existe "afición"? Afirmo que no. Antes se conocía con ese vocablo al bloque de ciudadanos que iba a los toros con una pre- paración, con un criterio, con unas preferencias marcadas y apasiona- des, pero siempre dentro de los cánones incommovibles de la Fiesta: toros: arte y valor, no en un solo momento o suerte, sino en todos los trances de la lidia. Porque, en cuanto un diestro tenía bien marcado un fall... ¡nunca se le perdonaba! Torero muy personal, muy "largo", ex- traordinariamente divertido para la afición de entonces, era Ricardo To- rres (Bombita). Había días, los de sus mayores fracasos, en que se lle- vaba a su casa más plumas que el torero más triunfante en aquella misma tarde de su desastre. Le habían aplaudido en sus cambios de rodillas, en sus quites alegres, varios y precisos, en sus faenas como banderillero, en su dominio con la muleta... Pero ¡ay!, había toros que pinchaban dos o tres veces en cada toro. O había "cuarteado" al en- trar a herir. O se había puesto pesado en el descabello. Esto sólo bastaba para que el público "se le echase encima" y le "abrochase" en "pu- dosamente... sin perjuicio de volverle a ovacionar al toro siguiente, al meter su capote providencial en un quite en que Ricardo se jugaba la vida por salvar la de un compañero, que no por busear un torrente de palmas. Pero la afición no le perdonaba su torpeza como matador. Un toro de don Vicente Martínez le cogió en el último tercio siete ve- ces—¡todas las que entró a matar!—; y, cuando por fin dobló la fiere- —después de haber oído el diestro un aviso—, Ricardo se retiró a la enfermería con el traje hecho unos zorros y entre una gritería infernal y tal cual almohadillazo!

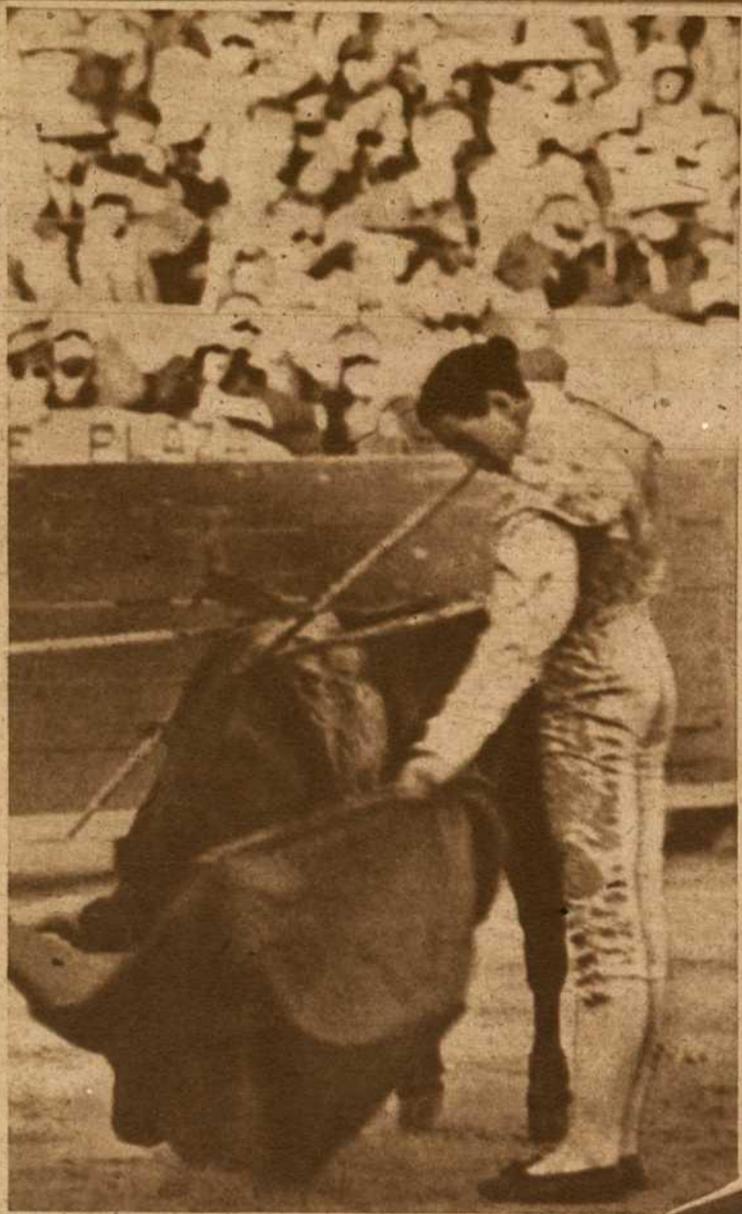
Comparen ustedes. Mejor dicho, no comparen. ¡Para qué! ¡Si no hay ni término de comparación!

No hay afición. Yo tenía un amigo que aseguraba que la Fiesta de toros acabaría por falta de aficionados, que no por falta de toros ni de toreros. (Tenía otro, excesivamente "cibero", que proclamaba que el día en que empezaron a

construirse las Plazas de Toros de piedra, sustituyendo a las de ladrillo, la Fiesta había firmado su sentencia de muerte. Es una barbaridad; pero crea ustedes que algunas veces...)

Desde luego, lo que ha perjudicado a la Fiesta es la caída de las Plazas y la caestía de los billetes. Desde que las Plazas Monumentales, admitten enorme cantidad de público ignaro, que va a los toros "por ir", como va al fútbol o al cine; pero que no sólo no entien- de, ni quiere entender de toros, sino que asfixia la opinión de los aficionados, que, si antes en Plazas de diez o doce mil localida- des podían "hacerse oír" y dar pautas en aplausos o en censuras, hoy, ante el vocerío de quince o veinte mil señores que han ido "por casualidad" el aficionado modesto, el que iba a las corridas —en falta a una sola y año tras año—se ha visto desahogado de la Fiesta, quizá para siempre. Y precisamente, busca el es- pectáculo caro, para satis- facer la vanidosa necesi- en cambio va todo el que- dad de no faltar a las co- rridas para "ver quién hay" y para que "le vean a uno".





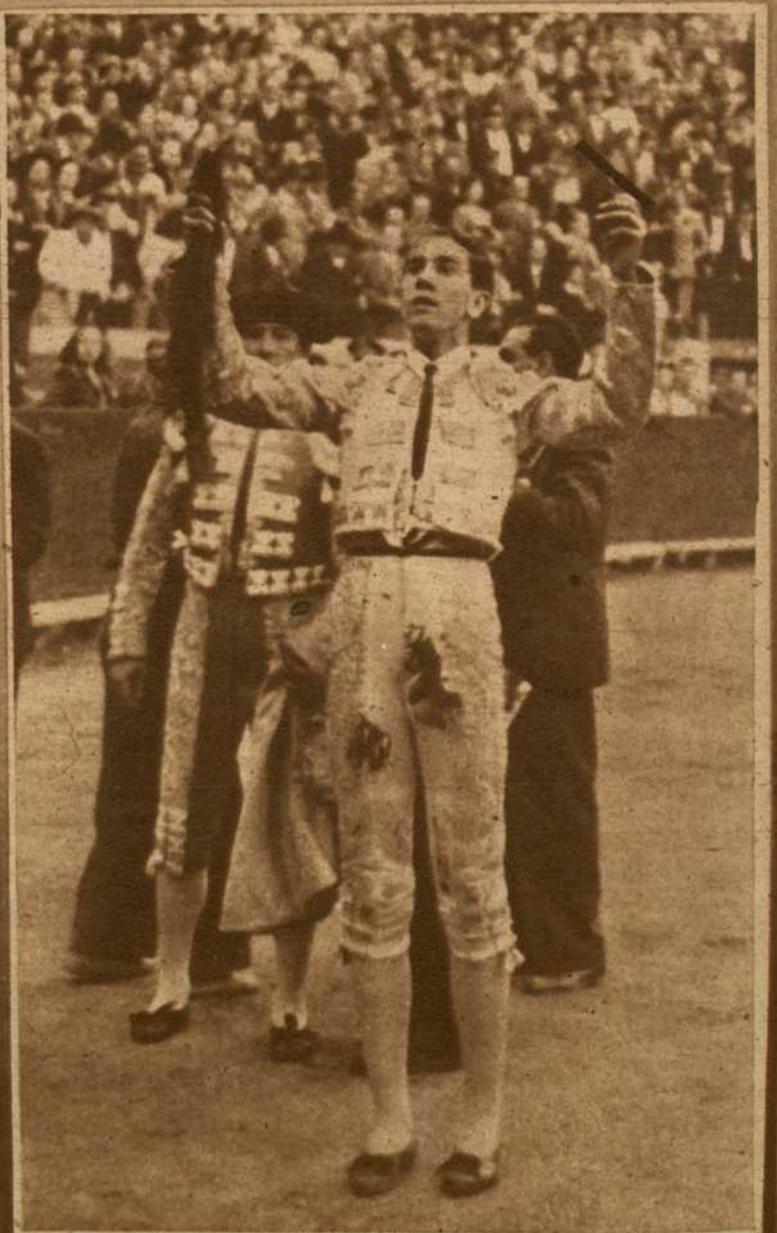
Traectoria firme y claramente definida de figura del tcreo la que lleva Parrita.

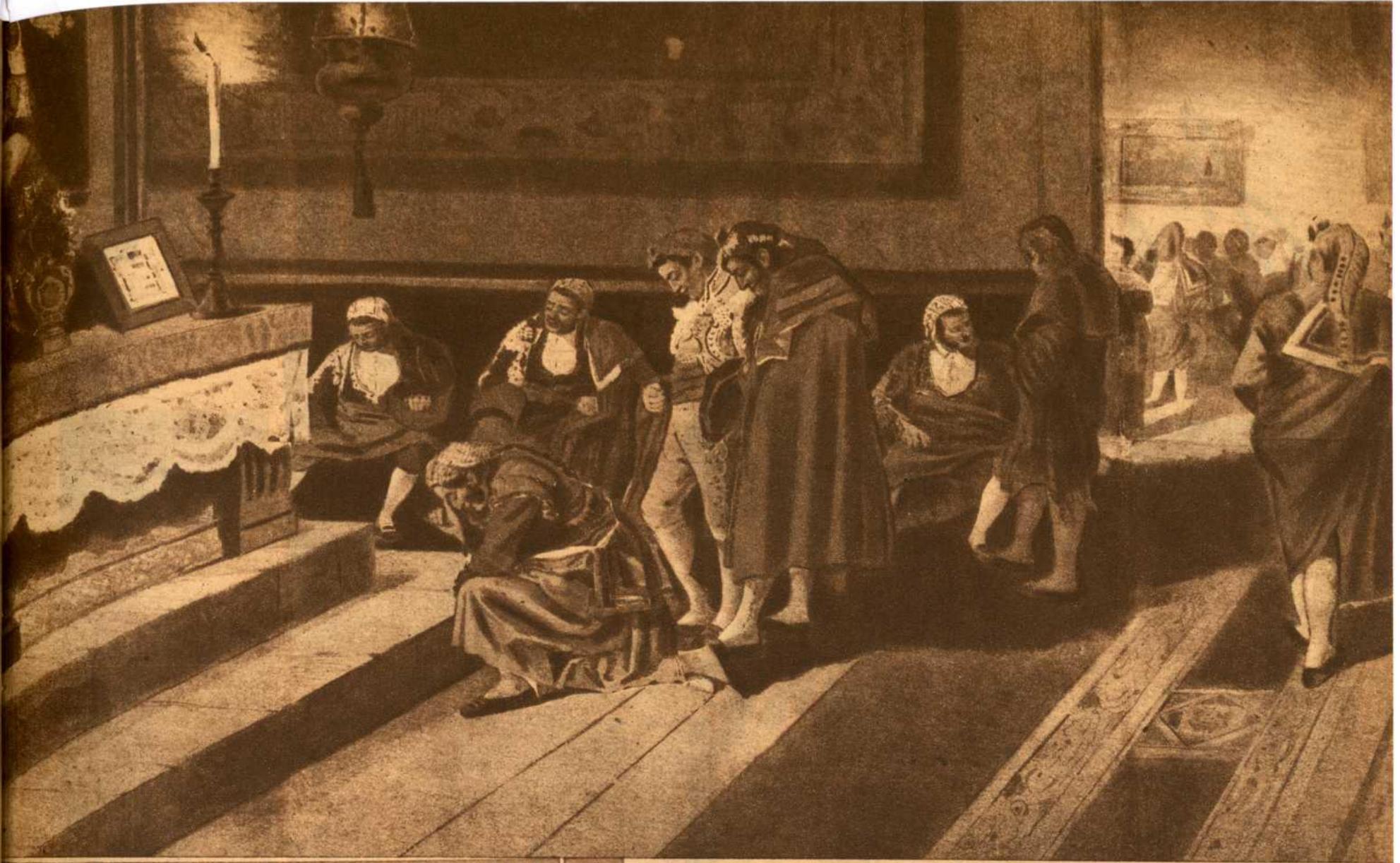
En su época de novillero, su ímpetu inicial, tan saturado de valor como de arte, rebasó todas las figuras de su categoría. Y llegó a la temible prueba de la alternativa bien acompañado de los más temibles y más altos nombres que hoy se cotizan en la fiesto. Y aquella fecha quedará grabado en triunfales letras en los anales de la Tauromaquia, porque difícilmente podrá encontrarse en ellos otras efemérides que, en tarde de gloria para padrinos y testigos, destaque el triunfo parejo y unánime del recién doctorado. Así llega Parrita a situarse al nivel de los elegidos por los públicos y por las Empresas.

Su nombre, cotizado y prestigiado, fué puesto al nivel de los más grandes en la corrida de Beneficencia de la capital de España. Y su triunfo en ella ha sido el firme espaldarazo que ha consagrado como figura del toreo al ya indiscutible Parrita.

PARRITA

EL TORERO QUE PISÓ LA CUMBRE





Arriba: «La capilla, según un dibujo de Lascano de 1806
Abajo: El altar de la capilla de la Plaza de Madrid en la actualidad



LA CAPILLA

Por ANTONIO CASAS BRICIO

No hay vuelo de campanas,
ni profusión de altares,
ni góticas columnas,
ni sagrados misales.
El incienso no busca
policromos mirajes
en las altas vidrieras
para, luego, ufanarse
de ser oro de nube
mecido por el aire.
Todo es sencillo y limpio,
humilde y agradable:
un altar chiquitito,
y, sobre él, una Imagen
que sonríe piadosa
con sonrisa de madre;
dos velas y unos ramos
de flores naturales.
Una paz ancha y dulce,
una paz honda y grave
en espera de rezos
y quietud de verdades.

El patio de caballos,
antesala y paisaje
de la fiesta de toros,
es como el primer trance
para el diestro. El peligro
comenzó con pisarle.
Le rodean los gritos,
los saludos, las frases:
«¡Que haya suerte!» Y la suerte
está fuera —él lo sabe—
en el loco revuelo
de la gracia de un lance,
prendida en su capote,
fundida con la tarde.

Los caballos se inquietan
impacientes y graves,
y hay un fondo de ruidos,
pegajoso y constante
como de mar furioso,
de caracola grande,
que se entra en la Capilla
para romper el suave
silencio de sus muros,
para mezclarse de aire,
reposado y sereno,
que, con su vuelo, hace
parpadear las velas
que alumbran a la Imagen.
Va el diestro a la Capilla
sin que nadie le llame;
le empujaron cien cosas,
cien recuerdos iguales
de cariños lejanos,
de personas distantes;
unos viejos que esperan,
un amor que le nace,
una cosa de hombría
levemente cobarde...
Cuando entró en la Capilla,
a los pies de la Imagen,
«¡Dame suerte!», suplica
con la fe de una salve,
y un rayo caprichoso
de sol, que nadie sabe
por dónde entró, ni cómo,
se recrea en pintarle
al torero, con juegos
de luz, los alamares.
¡Que es el sol, en los toros,
el tic-tac de la sangre!
¡Y la Virgen sonríe,
con sonrisa de madre!

Angel Luis

BIENVENIDA



Con certera visión calificó don Manuel Mejías de "peligro oculto" a su hijo Pepote. Y con orientación pareja estimamos nosotros que Angel Luis es otro peligro, pero no oculto, sino claro e impetuoso. Para demostrarlo no tiene que hacer, sino rehacer. Porque con lo hecho hay para dar vida a tres figuras del toreo.

Una pausa en su trayectoria triunfal. Un lujo que se permite su juventud. Y otra vez a la cumbre, porque ello no depende sino de su voluntad. Y la voluntad de Angel Luis Bienvenida es la de triunfar este año, renovando y acreciendo aquella gloriosa efemérides del toreo, que dejó imborrablemente grabada en el ruedo de la Plaza de Toros de Madrid.

LOS TOREROS ENTRE BARRERAS

Por F. CASTAN PALOMAR



que ha pasado por el ruedo un rejoneador, le sorprende, cuando ya la corrida va mediada, ver de pronto entre las americanas de nuestra época el atuendo de un hombre que parece que va a bailar el minué de «La Viejecita». El rejoneador entre barreras resulta detonante, si lleva esa ropilla de viejo cromó. Y los espectadores de barrera, en lugar de ofrecerle un cigarro, debían brindarle una de aquellas cajitas de rapé con incrustaciones de nácar.



CUANDO en el redondel sólo había burladeros las tardes que hacía el paseo un torero lesionado, el callejón era otra cosa. Refugio y observatorio. A los matadores, durante esas leves incidencias que algunas

tardes abren pequeños paréntesis en la lidia, se les veía entre barreras, con la montera puesta, el capote al brazo, el cigarrillo en la boca y el saludo presto a la voz que en el tendido les llamaba por su nombre de cartel. Pero desde que los burladeros quedaron fijos en la arena, los espadas apenas están entre barreras. Su refugio y su observatorio es el burladero. Y para saltar al callejón, es preciso que les ocurran cosas importantes. Un roto en la taleguilla, un vendaje que hay que apretar, un brinco obligado porque el toro está en las tablas y no hay modo de prepararse para brindar... Más sale el mozo de espadas al burladero que entra en el callejón el matador. Pero, en fin, también los matadores están alguna vez, aunque muy fugazmente, entre barreras. Mas ya no están con la montera puesta, que ésa es otra moda pasada y todos permanecen durante la corrida descubiertos. Esto da lugar a que los viejos aficionados recuerden que antes los matadores muletaban, en su segundo toro, con la montera calada y, al dar el volapié, la dejaban caer con mucha gallardía, echando la cabeza hacia atrás.

**

Digo que es entre barreras donde al torero le remiendan el traje, el rasgón que en la seda hizo el toro, como lo pudo hacer en la propia carne del lidiador.

Y ahí también es donde lee ese telegrama que le entregan en la propia Plaza, a media tarde, y cuyo recibo firma el mozo de espadas, que casi nunca lleva pluma para firmar y tiene que pedirla a un médico.

Entre barreras, al terminar la faena, si ésta ha sido muy fatigosa y no muy lucida, el espada se restaña lentamente el sudor con esa toallá que el mozo de estoques lleva colgada al brazo durante la corrida, como llevan los camareros la servilleta, esa servilleta que no desdoblan jamás. Pero si la faena ha sido buena, y el público aplaude, y el torero sabe que va a dar la vuelta al redondel, no salta al callejón, sino que se limpia el sudor en el propio anillo, deprisa y corriendo, mientras restallan los látigos de los mulilleros, y suena la charanga, y cunde el ruido impaciente de las palmas.

Entre barreras fuman los subalternos el cigarrillo nervioso de la espera, los ojos atentos a cada movimiento del toro que ellos no tienen que banderillar, pero al que puede parecerse mucho el que salga luego, el que les corresponda a ellos, un toro con la misma divisa y acaso con la misma intención. Y ahí es donde el rehiletero que está fuera de turno piensa lo que haría si él estuviera en ese instante en el ruedo, y que casi nunca es lo que hace después, cuando salta la barrera, porque en las corridas de toros, como en todo, lo que vale para el éxito es la improvisación.

Los picadores andan entre barreras anadeando mucho, con sus carnes exúberas y sus trajes pesados, el castoreño en la mano y el calzón sucio del amasijo de la sangre de caballo con la sangre de toro.

A veces, si en la corrida ha actuado un rejoneador a la antigua usanza, es muy gracioso verlo pasear luego entre barreras, con la casaca desabotonada y el tres picos ladeado como un sombrero sevillano. A la gente que, por lo general, se le olvida pronto



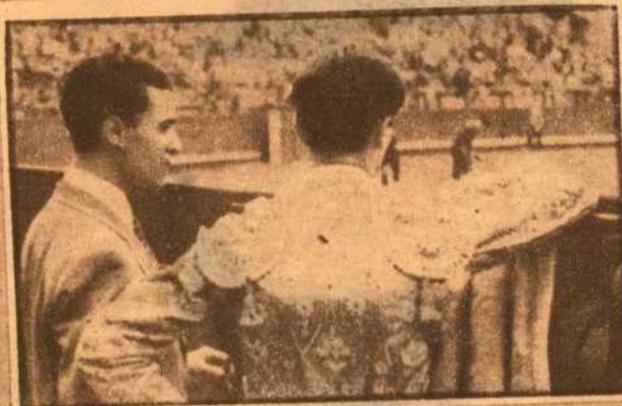
Entre barreras se han registrado, a veces, tragedias que han traído muchas lágrimas.

Y más frecuentemente, conatos que se han resuelto en risas. Cuando un toro salta al callejón y éste se despuebla, es cuando se echa de ver la agilidad del torero para brincar a la arena, al lado de los alguacillos, de los vendedores de gaseosas y de los mozos de espadas, que nunca lo hacen con tanta rapidez y tan limpiamente, porque no tienen tal ejercicio y sólo en casos apurados han de hacer esa pirueta, que el público contempla con la placidez de quien sabe que no va a tener que lanzarse a una acrobacia así.

De lo que se habla entre barreras, que es muy poco y siempre asordadamente, nadie sabe nada. Son recados rápidos, sin duda. Advertencias, quizá relacionadas con la calidad del ganado. Todo con prisa y nerviosamente. Menudos diálogos sin fronda de charla, sin humo de café, sin murria de colmado. Las bocas de los toreros están en la Plaza demasiado reseacas para largas conversaciones. Por eso, entre barreras, el gesto puede más que las palabras. Y la fotografía más que las crónicas.

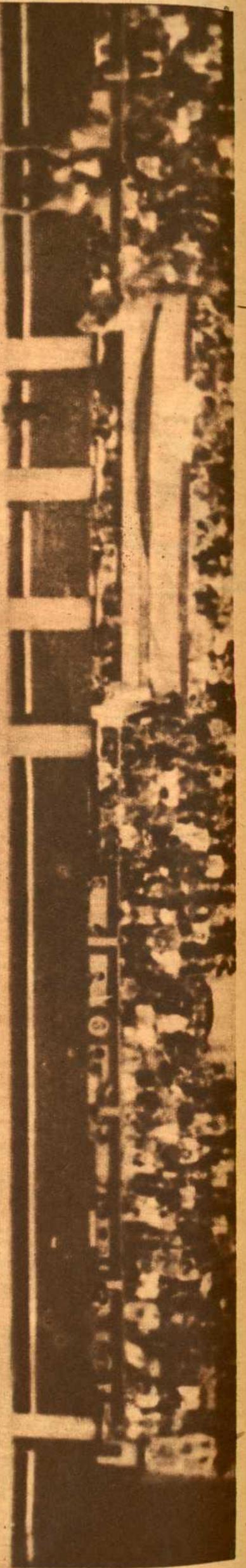
Todos los fotógrafos que obtienen retratos, por sorpresa, de los toreros que están en el callejón, han conseguido expresiones inefables que no pueden ser logradas más que ahí, entre barreras. Los ojos de cara a la inquietud de la lidia y el pensamiento en la casa donde está anhelante la impaciencia por el retorno del espada.

Y por encima de todo la angustia, de lo que va a ocurrir, de lo que pasará en el ruedo.



En las fotos, los diestros en la barrera. El Niño de la Palma, Manolete, Luis Miguel Domínguez, con su hermano Pepe; Morenito de Talavera, con su hermano, y Carlos Arruza, con su apoderado Gago





DOMINGO DOMINGUIN

"Pocker" de ases

Valor, afición y majeza en la apostura y en el gesto de un torero que ha venido a terminar con un tópico: el de que el AS DE ESPADAS no torrea. Torrea, banderillea, hace faena y mata. Entonces, ¿pocker? ¡Naturalmente!



LA MUJER EN LOS TOROS

Por PILAR MILLAN ASTRAY



La parte material de la Fiesta taurina la constituyen el torero y el toro.

La parte espiritual, el sol y la mujer.

Sin sol en los tendidos y sin los ojos de una mujer brillando en las barreras, ni hay diestro que se arrime, ni faena que entusiasme, ni brillo en los caireles, ni aplausos, ni cigarrillos, ni música.

El sol, en este ambiente, sirve para marco de luz; para dar vida al cuadro.

Marco de luz del diestro que se lo juega todo, y aureola luminosa de la cara angustiada de la mujer bonita que, envuelta en la nube de azahares de la mantilla blanca, o en la noche cuajada de la mantilla negra, va siguiendo uno por uno los pasos del torero, y los lances audaces, y las suertes magníficas, y el momento, en fin, en que la bestia rueda, y en que la ovación ruga en el graderío, a los acordes de un himno apoteósico de placer y de triunfo.

La Muerte y el Amor, siempre fueron unidos.

Muerte y Amor constituyen el eterno dúo de la vida.

La Muerte está en el ruedo y el Amor en la grada.

Y entre ambos, serpenteando en alas de la casualidad, y de la mano siempre de esa cosa tan española que se llama «Valor», el imaginario sendero por el que se llega, no sin grandes trabajos, a la Fortuna y a la Gloria.

Todas las grandes faenas de los toreros célebres han sido inspiradas, presenciadas, ¡gozadas!, por los ojos de una mujer bonita.

Primero una lágrima; después un tumulto de anhelantes suspiros; y, al final, el aplauso, y el sol de una sonrisa, saturada de orgullo, que ilumina a la par ojos y boca; y la flor o el brillante que caen a los pies del matador, y que acaso son promesa segura de algo que vale más que flores y que joyas. Promesa de un amor, ¡de un amor infinito!



En una corrida celebrada esta primavera en Málaga, El Choni, Pepín Martín Vázquez y Andaluza, con las señoritas que presidieron la fiesta

Por eso los toreros, cuando la lidia empieza, dejan sus capotes de lujo en manos de la mujer amada, y por eso se engalanan con ellos paños y delanteras. No hay juego sin su prenda, y esos capotes son la prenda de amor que el corazón valiente de un torero deja entre los dedos de nardo de la mujer querida... ¡o venerada!

Me diréis que en la Fiesta de toros, en esa fiesta tan garbosa y tan nuestra, son necesarias muchas cosas: sol brillante, cielo azul, música ale-

gre y público ruidoso. Todo eso es conveniente; pero no es esencial. Lo esencial son las caras de las mujeres, que convierten en jardín los tendidos.

¿Imagináis una corrida en que no se vean más que las caras cetrinas de los hombres?

La Plaza entera parecería un cuartel; o un estadio; o una academia de flamenquería, si queréis, pero una fiesta, nunca.

Los toros son España. Y España no se concibe sin flores; ó lo que es lo mismo, sin mujeres.

La mujer es la presidente indispensable de todas nuestras fiestas, y en la más típica, que es en la de los toros, aunque aparentemente parezca que presiden un diputado provincial, o un gobernador, o un edil, creedme, amigos míos, aunque no se le vea, un corazón de mujer es siempre el que preside; y los toques de los clarines son latidos de ese corazón, que llora o ríe; y ese corazón es la banda de música; y el flamear de las banderas; y el por qué y el para qué de la hazaña del diestro.

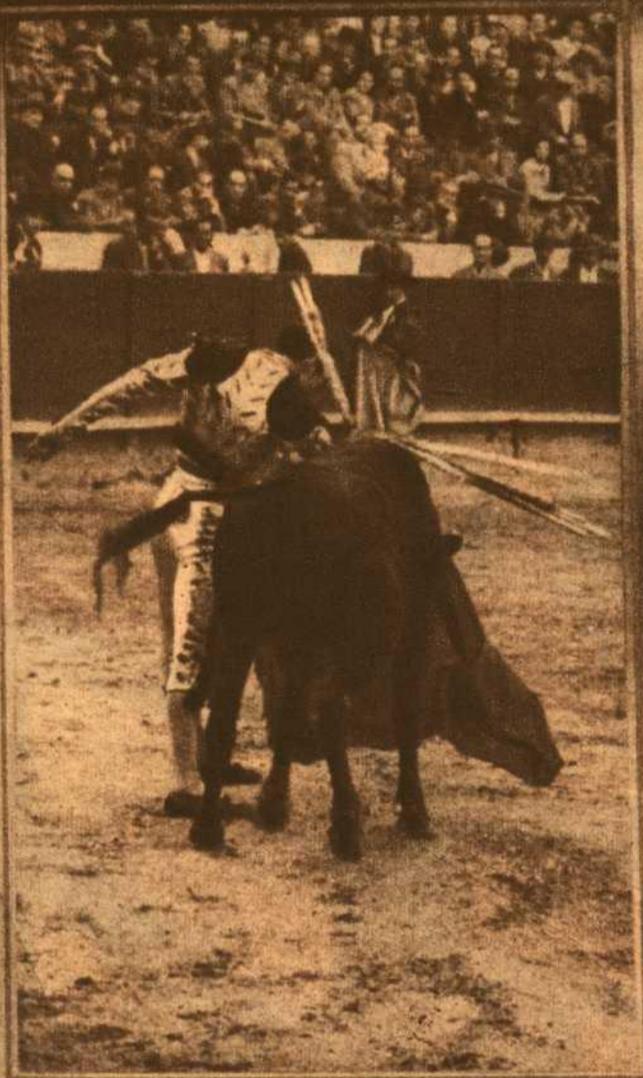
Porque, bien mirado, si no fuera el Amor, o, por lo menos la admiración de una mujer, el premio de su hazaña, en verdad que no merecería la pena de que, por un puñado de monedas, los arlequines de seda y oro se jugasen la vida.



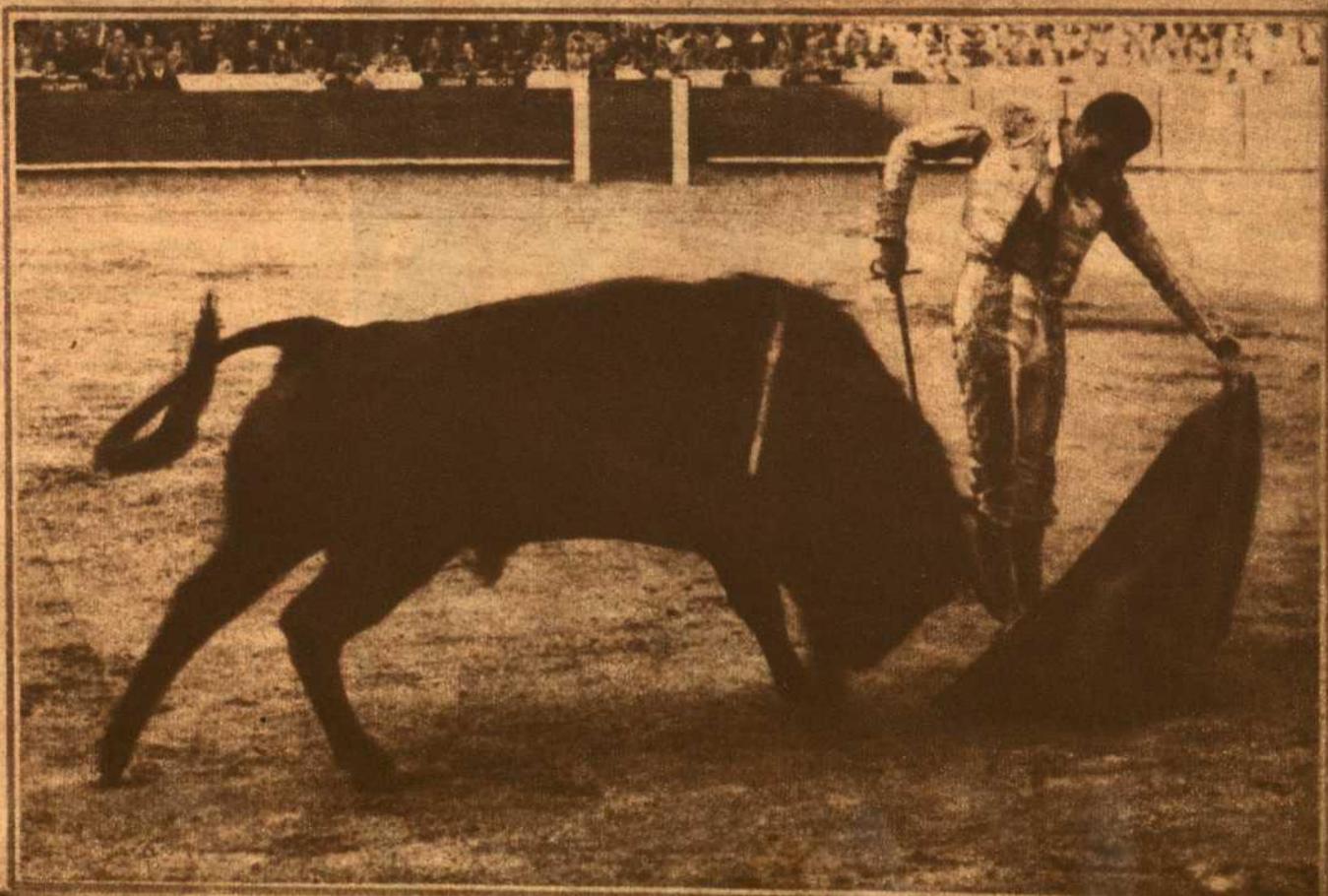
Silverio **PÉREZ**

Conceptuado en Méjico como la figura de máximo prestigio, Silverio Pérez está ratificando en los ruedos españoles la alta calidad de su clase de excepcional figura del toreo.

Su estilo REVOLUCIONARIO



Si
para muestra basta
un botón, queden ahí esos
dos botones de filigrana, en los
que el arte y el valor de Silverio Pérez
tiene su más emocionante expresión. Desde los tiempos de Juan Belmonte hay que detenerse en Silverio Pérez. En Méjico y en España. Por calidad y por cantidad. Por anchura y por extensión. Talla de figura excelsa del toreo, ha venido a cincelarla tarde a tarde en los ruedos españoles, donde se le esperaba con una ilusión de buenos aficionados que Silverio Pérez va superando en todas las corridas. Torero que como aquel otro revolucionario que fué Juan Belmonte, cuando la musa le sopla se remonta a la altura sólo accesible a los fenómenos, como Juan o como Silverio



EL PÚBLICO DE SOL

Por ALFREDO MARQUERIE



NO es una división ocasional y circunstancial la del público de las corridas de toros —el mejor y más expresivo y antiguo espectáculo español, el de más rancia solera— en esas dos grandes zonas de sol y sombra. Cuando los voceadores pregonan al borde de la gran circunferencia de ladrillo recocado: «¡De sol y sombra, billetes!», están, sin darse cuenta, subrayando la gran división que siempre separará a los estratos sociales, no en luchas y banderías como quiso proclamar una nefasta teoría, origen de todos los males de la Humanidad contemporánea, sino en una distinción popular y erudita, tan vieja como el mundo, que es el único límite y la sola frontera apreciable hasta en las utopías más ilusionadas.

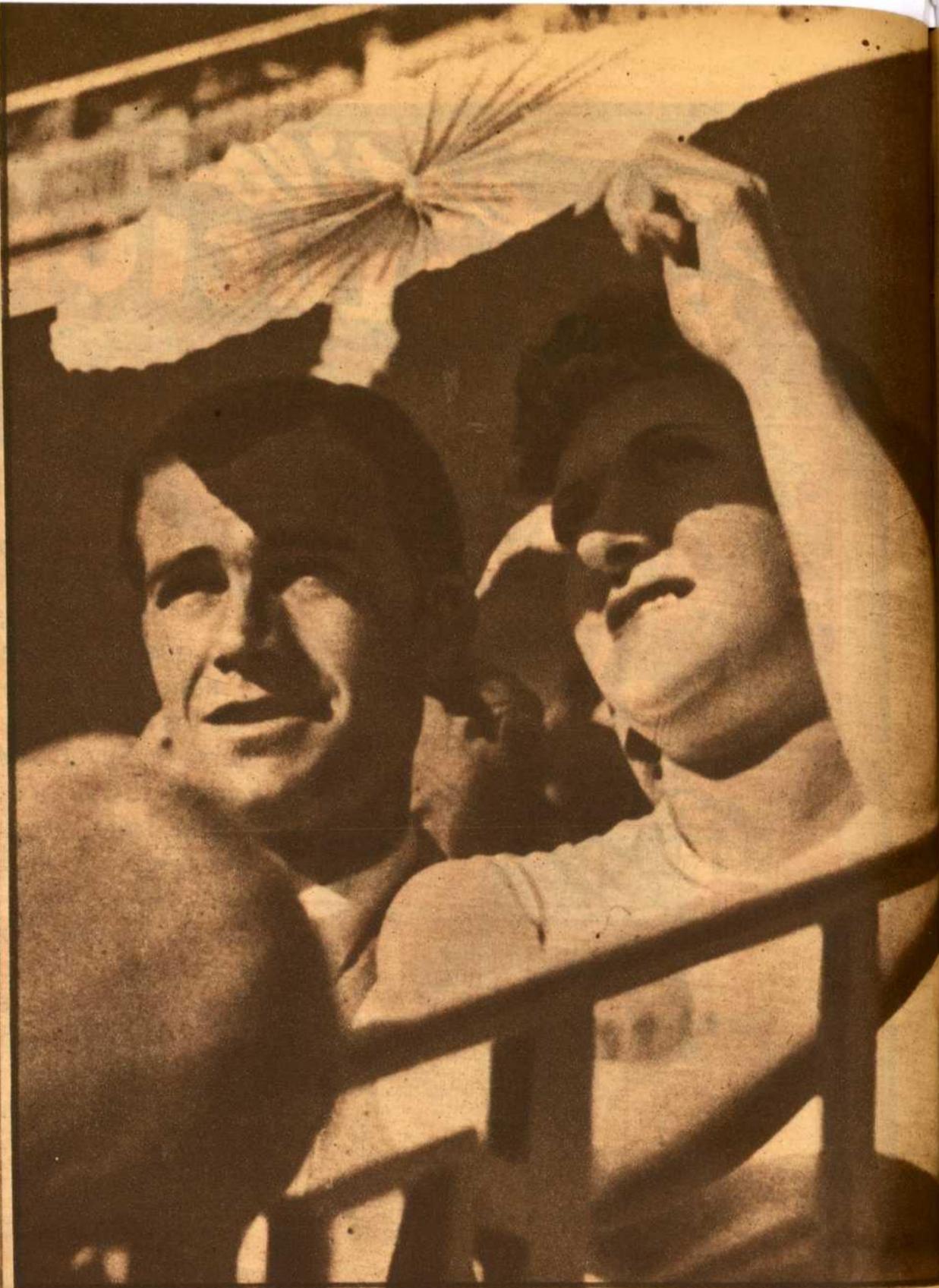
Dígase lo que se diga, escríbase lo que se escriba, hágase lo que se haga, siempre habrá sol y sombra en la congregación de las grandes masas, en lo gregario y multitudinario. ¿Qué es y quién es el público de sol, por contraste de lo que son y quiénes son los que componen el público de sombra?... Vámos a verlo.

A la sombra van los espectadores ricos y los espectadores de la clase media y profesiones que antes se llamaban liberales. A la sombra van, también, los que, sin tener medios de fortuna suficientes para pagar una localidad cara, anteponen la afición —en este caso no es posible hablar o escribir de vocaciones— a todas las disponibilidades económicas, aquellos que Federico Oliver, nuestro gran dramaturgo realista, a quien no se ha hecho la justicia debida a su gran talento y a sus excepcionales dotes de observación, supo reflejar y hacer sentir y hablar en sus admirables obras.

Y al tendido de sol va todo lo demás. ¡Ah!, pero este «todo lo demás» es muy importante. En primer lugar, «los que viven por sus manos» —como cantó Jorge Manrique, gran poeta, en cuyas estrofas la Muerte viene a llamar a la puerta del Gran Maestro de Calatrava y en donde los ríos sobre la dorada arena del verso, arena de oro, como la de un coso taurino «van a dar en la mar, que es morir»—. En segundo lugar acuden estudiantes sin cuartos, aprendices que no alcanzaron aún la madurez de maestros, cesantes sin cargo y fracasados sin éxito todos los que son «posibilidad» todavía no realizada, espera sin o con esperanza. Y el estado llano, aquel que tenía representación en nuestras organizaciones corporativas tradicionales como «tercer elemento» de toda buena construcción estatal. En suma: el público de sol, limado y pulido de sus excesos y apasionamientos, es el que puede equilibrar el fiel de la balanza —símbolo eterno de la justicia— en toda concepción exacta del arte y de la vida.

Quien mire sólo al tendido de sol cae fatalmente en lo que, con razón, se ha definido como «halago a la galería», al efectismo sobre el causismo, a la pasión pronta y fácil, a lo que Manolete llama, con genial intuición andalucista —y senequista— «lo social». Y, de la misma manera, el que atienda exclusivamente a la sombra incidirá en lo erudito, en lo minoritario, en el conceptismo sin difusión y sin onda, y por lo tanto, a la larga, como todo secreto, como toda hermenéutica excesiva, sin mérito de perennidad y eternidad.

Quedamos, pues, en que el tendido de sol, con su aguante impávido y a veces heroico del gran duchazo hirviente que manejan Febo o Helios, según el parecer interpretativo de los escoliadores —igual que si dijéramos «Joselito» o Gallito, Belmonte o «Don Juan»— es lo que da a la fiesta de toros su solidez totalitaria, su plebiscito indiscutible y unánime, para pasar a la historia con una incontestable razón de ser.



Todo esto en lo que afecta a la ética y etiología del tendido de sol. Porque en cuanto a lo morfológico y periférico hay mucho que hablar. Desde luego, sin ese tendido el coso carecería de su luz. La sombra, como todo claustro, aula o cátedra, tiene hondura y profundidad, pero está falta de valores multicolores e impresionistas. En el tendido de sol es donde brillan los abanicos y donde albean las camisas, donde los rostros se congestionan de veras y establecen el paralelo exacto con las grandes ocarinas encendidas de las rajadas de sandía en las que se hunden los labios ávidos, con una sed casi musical. Del tendido de sol parten los oles más agudos y las interrupciones más ardientes y dramáticas. Y cuando el lidiador da la vuelta al ruedo hasta que no rebasa la frontera difícil del tendido de sol, con sus descargas resonantes y recias de palmadas no puede decir que de verdad ha conseguido el triunfo.

El orden, rito y jerarquía que presiden ese espectáculo verdadero y perfecto que son las corridas de toros tienen muy en cuenta el tendido de sol. Para el cambio y situación de los tercios y de las suertes y para la gradación de los brindis. No es lo mismo levantar la montera y girar sobre los talones desde el centro del anillo que hacerlo en el segmento de la arena sombreada. Lo primero obliga a mucho más. Y, al final, para conceder o denegar la oreja un buen presidente debe compulsar el volumen y número de los pañuelos que se agitan como gaviotas encadenadas o como palomas que intentan, sin conseguirlo, levantar el vuelo. Puede estar todo el tendido de sombra cubierto y tapizado de ese ondeo blanco y, si en el sol falta o escasea, no se concederá el «peludo galardón». Señal expresiva y clara de lo que cuenta y pesa el asiento de menos pago, pero de tanta importancia para la decisión final como los escalones fríos y cubiertos con almohadillas, de los espectadores que han pagado más.



EL PÚBLICO DE SOMBRA

Por FELIPE SASSONE



Ni el tema ni el artículo de la quiscosa que me siento a escribir los he escogido yo. Una vez más me los comunican por teléfono: Usted escribe sobre esto, lo titula así y no pasa usted de tantas cuartillas. Son lentajas. Como obediencia es cortesía, y en este caso afecto hacia el director de EL RUIDO, ahí va la quiscosa.

Para hacer un juicio del público de sombra, tendría que proceder comparativamente refiriéndome al público de sol; pero a los espectadores de la solanera sólo los he visto de lejos, que jamás estuve entre ellos. No crea el lector que presumo, no presumo de nada; pero nunca, ni en las Plazas de Madrid, ni en la vieja ni en la nueva, ni en ninguna de las muchísimas Plazas de Toros donde he sido espectador, en España y en América, he ido al tendido de sol. He ido al teatro al paraíso; he viajado en tercera, por mar y tierra; he dormido, algunas veces, en los bancos de la calle; pero no he ido jamás al tendido de sol.

Cuando tenía poco dinero —y era en los tiempos de las localidades baratas— no faltaba algún torero amigo que me enviase un billete de sombra; hoy, como no tengo ningún dinero, voy siempre, pagando yo no sé cómo, a una barrera del uno. Cuesta muy caro; pero como no tengo nada que ahorrar, ni forma de arruinarme, porque ya lo estoy, pues... ¡Qué más me da! Que economicen los ricos y nunca mi pobreza se achicarse en un tendido de sol. Total: veo las corridas frente al vulgo municipal y abigarrado, y a ratos me ensordecen los gritos del Ronquillo, que se clavan como puñales en la sombra, y me deslumbran los peroles del timbalero, de cuyo viejo cobre arranca chispas de oro el sol de la media tarde. Pero no desprecio los tendidos ardientes; no creo que sean un infierno dantesco,

según las plataformas de los tranvías. El público de sombra, si no siempre espeso, si no siempre abigarrado, por lo menos, también es municipal. Se vuelve, a ratos, campesino cuando se hace partidario del toro. En la sombra también hay ronquillos de buena voz que le gritan, ¡idiota!, al Ronquillo auténtico, y las más de las veces cuando tiene más razón. En la sombra, si no hay timbales ni clarines, hay una banda con trompetas agrias de limón y unos músicos adormecidos que empiezan a tocar cuando ya los toreros llevan mediado el paseillo. En la sombra...

El público de los toros es, generalmente, numeroso. Los claros se advierten, a veces, en el sol. Es la única protesta seria, muja y pétrea contra la Empresa. En la sombra es casi siempre numeroso; por eso no puedo decir que es selecto. Selecto y numeroso —aunque lo escriban muchos cronistas— me parece a mí que son vocablos que no se compadecen. A ratos, en las grandes corridas de gala, cuando toraban los viejos de más tronío, el público de sombra parecía distinguido. Los tapices de barreras y palcos eran muy lujosos; las mujeres, bonitas y muy españolas, daban la nota pintoresca y característica con sus peinados historiados, sus mantones bordados, cada una un jardín con su perfume personal, y con las mantillas de nieve caliente o de ébano blando. Subían y bajaban el graderío unas floristas lozanas con su mercancía de clavetes. Volaban naranjas como vocablos luminosos en una charla de Federico García Sanchiz. Algún sombrerito femenino francés *dernier cri*, algún talle esbelto y ondulado de inglesita de Sargent, algunas antiparras de curiosa profesora y turista nortea, hacían con su breve nota exótica más intenso el españolismo del ambiente. Aparte algunos aficionados filosóficos, que ahogaban en amarga cerveza su taurómaca filosofía, otros disolvían en aguardiente o en claros vinos andaluces las grasas de los desperdicios del toro que habían mandado freír, y hendía el aire el pregón fresco de la mejor bebida del mundo: ¡Agua de la Fuente del Berro! ¡Quién la quiere? Al principiar y al acabar la corrida, era delicia de los ojos ver subir y bajar el graderío tanto pichiquitito y español. curvo y alto el empuine, con

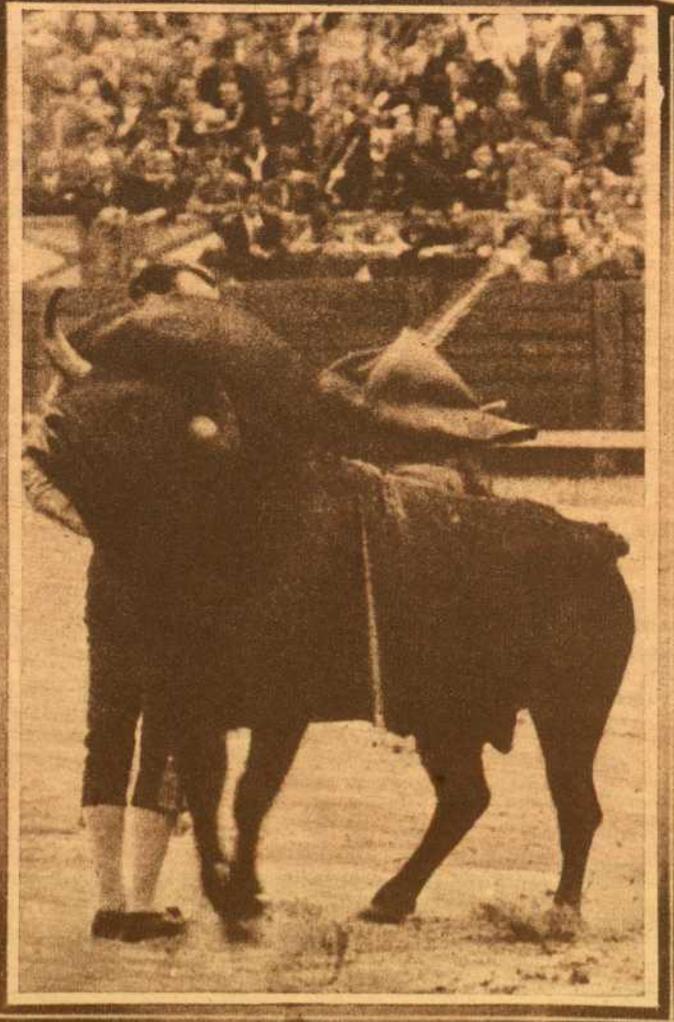
un arco de luz entre el tacón y la punta, calzados a maravilla. Ahora...

Muchos complicados sombreros de señora y muchas cabezas descubiertas —acaso porque saben que no van a misa, precisamente— han desterrado para siempre las blondas y los madroños de las mantillas. Las floristas son las mismas, han envejecido ya de tal suerte que mejor pudiesen vender cataplasmas. Las mujeres suben y bajan el graderío haciendo equilibrios sobre sus zapatones de siete suelas. El feísimo coturno de corch y madera nos lleva a pensar en un público de pseudo-tragedia griega sin versos clásicos. Unos vendedores ambulantes pregonan leche con cacao. En ciertas ocasiones, aquellos botellines de cartón, con un biberón en la punta, deberían ofrecérselos al toro.

En las corridas ordinarias —¡y tanto!—, en el tendido de sombra, nos encontramos los aficionados de todos los días. Nos saludamos desde lejos o desde cerca con más efusión que en parte alguna, contentos de decirnos unos a otros: "¡Hemos venido a los toros!" No solemos salir de la Plaza con la misma alegría. Se me antoja que el público de los tendidos de sol es más vario y se renueva con más frecuencia; como los de sombra somos casi siempre los mismos, los empedernidos, los recalcitrantes, los que hemos estado mucho tiempo en muchas Plazas de Toros, nos tenemos por los más entendidos e inteligentes. Yo, a veces, para curarme en modestia, pienso que mis baúles estuvieron ocho meses retenidos en Liverpool y, sin embargo, no saben inglés.

Si hay alguna diferencia entre el público del sol y el de sombra, ella estriba en que los *soleados* son más constantes en sus idolatrías a determinados toreros, mientras que los *sombrados*, más variables y más sentimentales, aplauden al torero de quien le han dicho que es muy buen padre de familia, que tiene siete hijos, que es muy caritativo o que estuvo unos meses en la cárcel. El aficionado de sombra piensa exclusivamente en los toros. Por lo demás, el circo es una sola unidad, una enorme pandereta con sonajas de abanicos de papel donde hay miles de espectadores, que cada uno, personalmente, es un sabio; pero cuando nos juntamos todos, como en una pandereta de sufragio universal, nadie entiende nada.

La más alta FIGURA *del* TOREO



Entre la clase de Domingo Ortega y las demás existe la misma diferencia que entre la arena de mitin y el libro.

Por fogoso e inspirado que sea el discurso, su impresión es fugaz. Enardece y excita unos momentos o unas horas, pero se olvida, y el libro, el buen libro, queda a lo largo de las generaciones.

Los más aparatosos discursos son los que más engañan, porque engañan hasta con la misma duración efímera de su hermosa inutilidad.

El libro es siempre el arca donde se guarda la flor de la verdad, de la belleza y de la inmortalidad.

Salgan oradores fogosos, surjan agitadores frenéticos, griten, vociferen, enardezcan a las multitudes. Pasarán como las golondrinas becquerianas.

Y el libro, el buen libro de Domingo Ortega, con su jugoso y firme contenido, permanecerá ofreciendo a los buenos aficionados las mejores y auténticas páginas de la historia del toreo de esta época.

BARRERA, TENDIDO, GRADA Y ANDANADA

Por CAMILO JOSÉ CELA

Por la calle de Alcalá abajo, por el camino de los tíndos, azarados muertos, tragando polvo, sudando bajo el rojo clavel de la sapa, baja la humanidad del puro, el oleaje de los toros, la cobra temblona y anchurosa de las tardes de fiesta, camino de la Plaza.

Una estampa de caja de pasas de Málaga, de dátiles de Las Palmas, de dulce de membrillo de Puente-Genil, se vislumbra desde los merenderos de higadillo y pajarito frito, desde los apacibles, encalmados, honestos merenderos de los alrededores. El orden de la urbanización es ya conocido: en toda la carrera, el merendero se deja ver entre los dos marmolistas del arte funerario, entre los dos proveedores de «La familia Fernández» y de «Tu marido, Isaac Méndez»; que, ¡ay!; grabó en un sincero y fugaz momento y en el mármol perdurable, su confesión: «No te olvida».

Alguna pareja de guardias, apoyada en sus mosquetones, mira vagamente para las mujeres tremendas de los toros; alguna gitana vieja ofrece la buenaventura; algún mocito coge colillas del suelo; algún randa se lleva, de donde puede, cualquier estilográfica.

El contemplador, el bebedor de vino blanco, el hombre a quien se le va la mano, el vendedor de luminosos, violentos, abanicos para el sol y la sombra; la aguadora, el gitanito del solitario; la del tabaco de estraperlo —¡mire usted, señorito, que a nosotras nos lo ponen muy caro!—, el revendedor por las buenas, y el revendedor vergonzante que ¡al pobre! se le pone su mujer mala todos los domingos. Niños, niñas, hombres, mujeres. La acción, ya sabemos, en Madrid; mes de junio de cualquier año.

El sol, inclemente, derrite las seseras de los personajes; el que más suda es el hombre que toca «El Relicario» y «De Méjico llegó el amor», al flautín.

Las voces —múltiples, variadísimas— llenan el quieto aire de invitaciones.

—¡Hay agua! ¡Fresca el agua!

—¡Hay tabaco de noventa! ¡Lo tengo rubio y lo tengo negro!

—¡Emblemas para no esperar cola!

—¡Al bonito abanico para el sol y la sombra!



El público de barrera no suele exteriorizar su entusiasmo o desagrado



Cuanto más se sube hacia el tejadillo, más estentóreos son los gritos

—¡Hay anís!

Los cojos, los mancos, los ciegos, los tullidos y los baldados, nos desean a gritos que jamás nos veamos en las mismas, y el músico de la calle prosigue, heroico, su melopea.

Es media tarde. Ya han pasado los gasógenos grandes de los matadores, los coches de mulillas de los picadores, los flacos caballos con un colorado monosabio encima.

La bandera cae, sin un soplo, a lo largo del mástil y el reloj de la Plaza señala las tantas menos diez.

Las puertas de los tendidos vomitan el gentío, y los altos miradores van ennegreciendo de multitud.

Es la hora.

Trabajan los rimbaleros y los aguacilillos, pasean las cuadrillas, sale el primer toro: Bocinero, negro entrepelao.

Pero esto no es lo nuestro. Lo nuestro está aquí alrededor, por los lados, por encima y por abajo de nosotros. Lo nuestro son estos hombres que rugen, aquellas hieráticas mujeres, aquel niño que ríe, aquella asustada muchachita. Lo nuestro está en nosotros mismos —que somos un treintamilavo de «lo nuestro»—, que tenemos un corazón que late al pulso acelerado del tendido, una garganta ronca que vocea al compás, una mano que se agita al tiempo de todas las manos

para pedir al presidente que cambie la suerte, un albo pañuelo de conceder el premio que huye de su bolsillo en la hora de la huida de todos los pañuelos de la Plaza.

El diálogo, dividido, roto en mil bolitas de cristal, rebota de localidad en localidad.

—¡Que se callen!

El matador, pegado a la barrera, tienta la suerte. Hay que ver mejor.

—¡Sentarse!

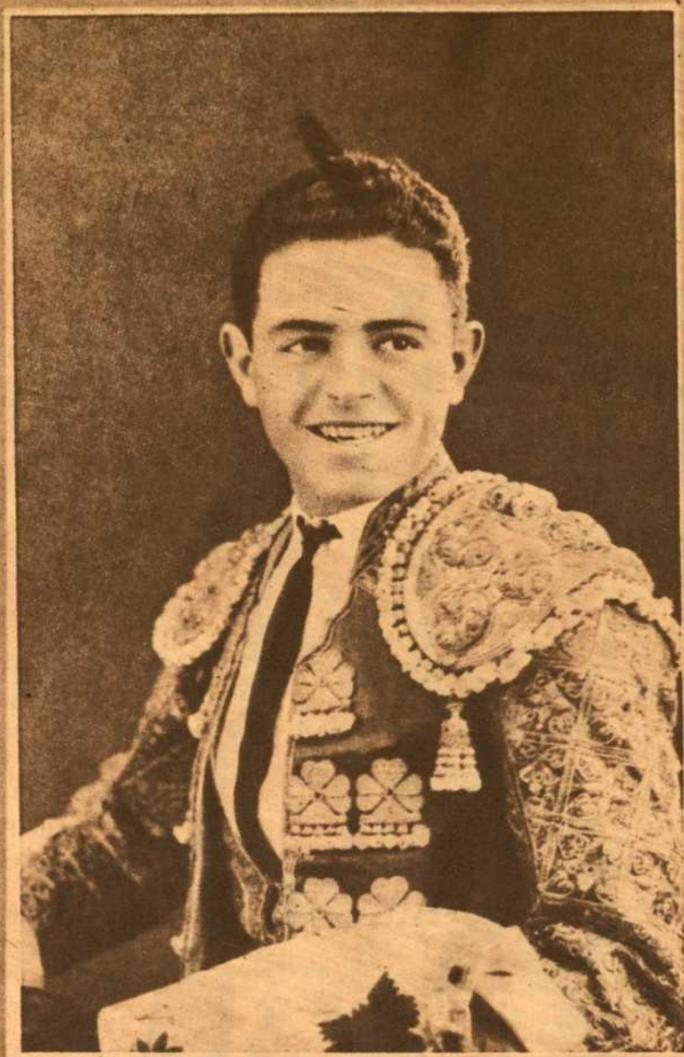
—¡Que se sienten!

Los de barrera, ni se inmutan. Son gente seria que no puede reír; acarician gravemente su vaso de coñac con seltz y fuman, en silencio, pitillo tras pitillo.

Los de los tendidos corean o rugen según la curiosa ley que rige la teoría de los antagonismos antípodas y que

quizá algún día, con más tiempo, intente explicar.

Los habitantes de las alturas, o callan o patean. ¡Esto de tener un suelo de tablas es una bendición!



Rafael
LLORENTE

**La máxima figura de
los novilleros punteros,
que cuenta sus éxitos
por actuaciones**



A ESE QUE GRITA SOLO...

LAS PLAZAS NO TIENEN VOZ, TIENEN CLAMOR

Por JOSE VICENTE PUENTE



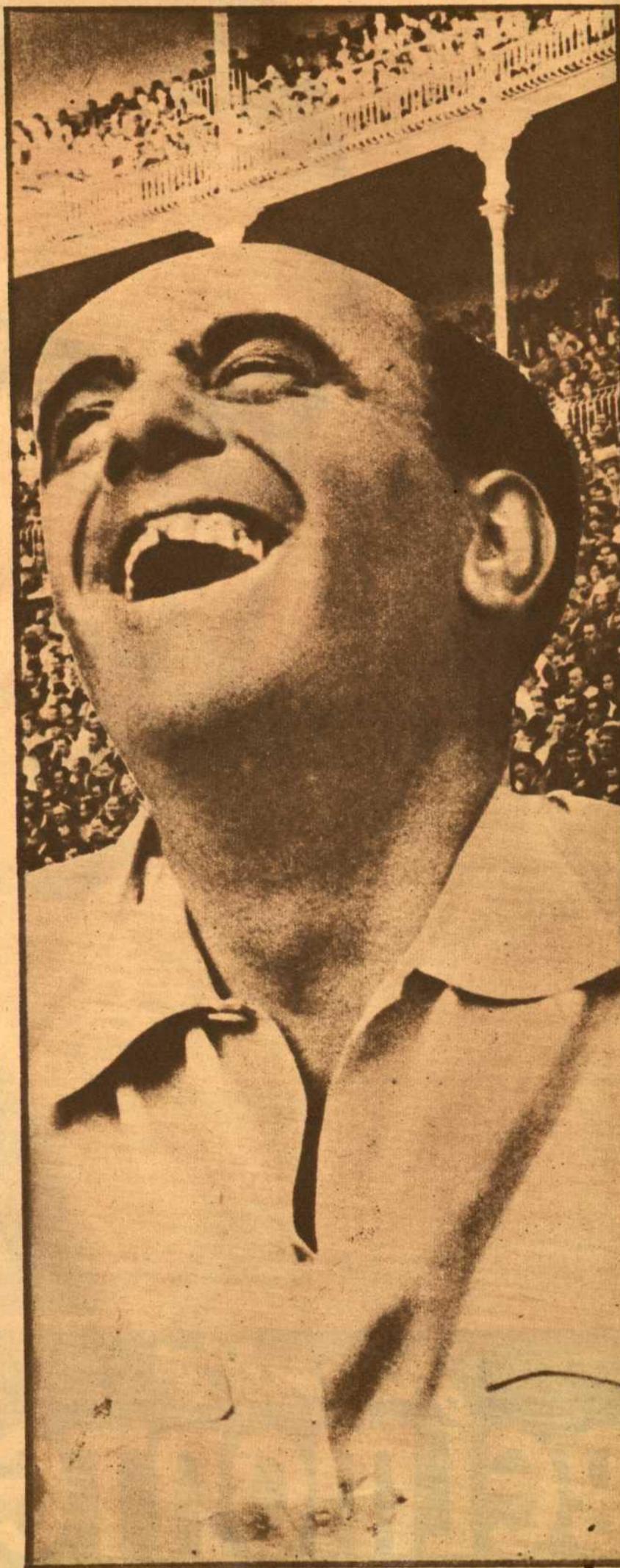
HABRIA que llegar a estudiar temas muy discutidos de Derecho penal para llegar a averiguar en qué consisten y cuáles son las características especiales de reacción, ataque y sentimiento de las multitudes. Por ejemplo: el señor X, en su casa y en su oficina, en su vida particular, es un ser tranquilo, apacible, bondadoso y fácilmente manejable. Pero si a este señor se le rodea de otros señores, que también pueden ser apacibles, bonachones, tranquilos, y se les sienta en la gradería de una Plaza de Toros, ya su calma se pierde y se exaspera. grita y hasta llega a insultar a los toreros. ¿Quiere decir que la masa es cobarde? ¿Que el hombre aislado siente el terror de la caverna que le hacía vivir en grupo, en tribu? Ya decía al principio que es tema casi de profesor y yo soy, modesta y honradamente, un espectador más.

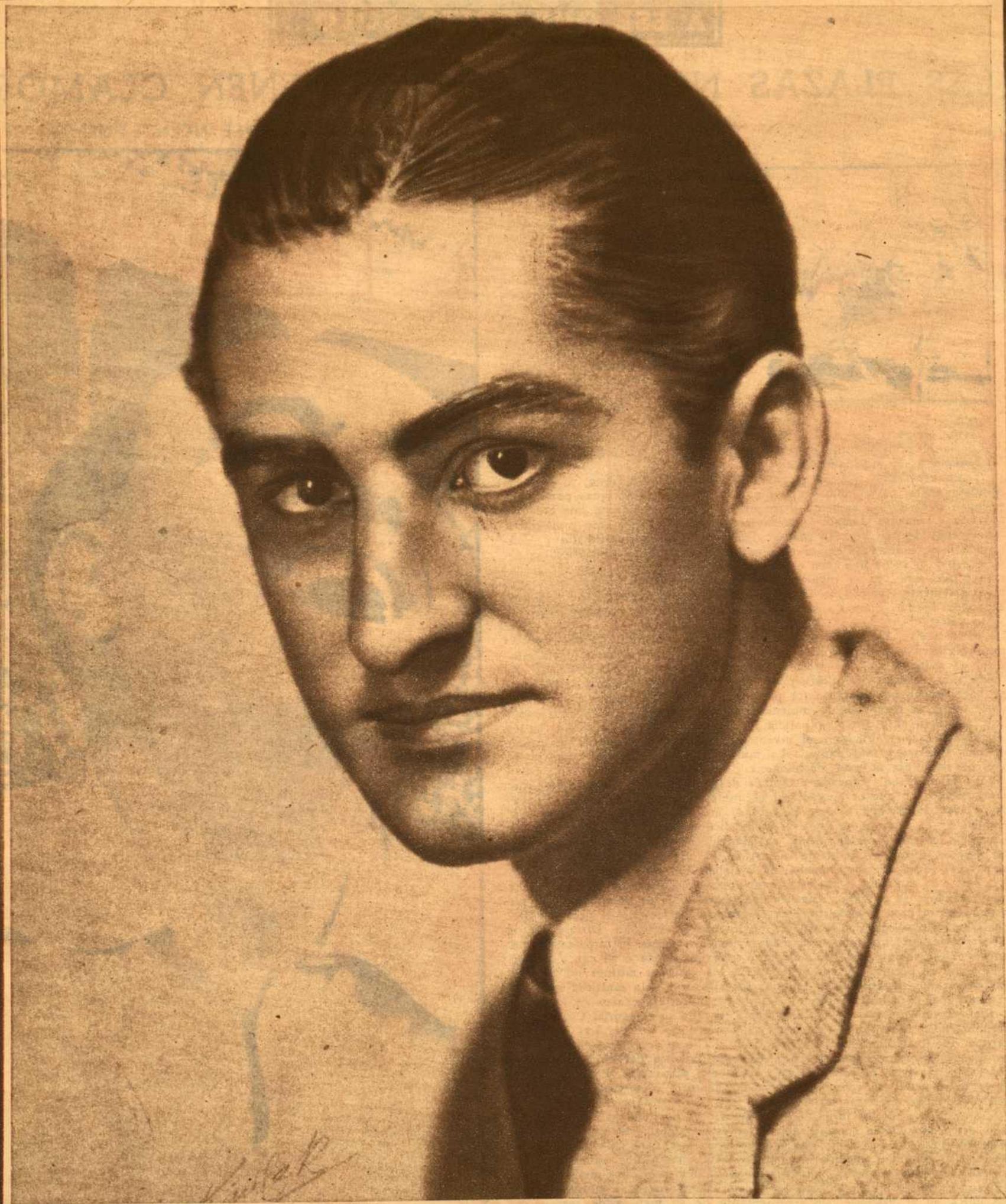
Y un espectador que de repente, en el calor de la fiesta, al sentirme apretado entre los vecinos —cada día más, porque las entradas parece que encogen o el «tifus» aumenta— me excito y grito y levanto mis brazos y aplaudo y comento. Luego, tranquilamente, en el café, si me proyectasen las escenas de que he sido protagonista, yo mismo me calificaría de exagerado o de exaltado. Pero la cosa es así. El espectador flemático que no se altera y es como una roca entre el vaivén del público es un ser excepcional que rara vez se encuentra. Si permanece mucho tiempo tranquilo, invariablemente, como agente pasivo será empujado o alzado, pero la Plaza ruge, discute, clama o se exaspera colectivamente, coreográficamente, si se quiere.

¿Por qué? ¡Ah!, ese es el misterio de la multitud. La multitud no tiene reglas fijas de reacción. Si, por ejemplo, cayese en manos de la multitud un aviador o el inventor de un arma de represalia, la policía o dos ciudadanos sensatos le librarían de las iras. Pero si esa madrastra que, no hace mucho nos contaron los periódicos, tenía encerrado a su hijo, cayese entre las manos de la multitud, muy difícilmente ni los ciudadanos que invocasen el orden o la policía la libraría de que le aplicasen la ley del «lynch». Y el aviador o el inventor del arma de represalia han causado más muertes y más daños... La multitud es así: Acéfala, como se decía con palabreja un poco décimonona.

Y esta multitud, enfocada y tomada desde su asiento taurino, tiene clamor, rugido. Lo que es muy difícil es que tenga voz, grito aislado. Todas las Plazas de España tienen, es verdad, una voz ronca, áspera, muy conocida de los conspicuos, que a veces dice cosas con gracia y otras se equivoca lamentablemente. Aquí, en Madrid, desde el siete se suele gritar muchas veces a lo largo de la corrida. El año pasado existió una reacción total que, apenas asomaba, la callaban con abucheos y con gritos. Era que a la multitud le molesta tener voz reconocida, le disgusta que una garganta lleve su opinión y diga lo que siente. Esto no se tolera, y el que se caracteriza pasa a convertirse en el gracioso de turno o el protestón impenitente. Sin solidaridad y sin eco en los que le escuchan. Diríase que ni las graderías, ni el ruedo, ni la madera tienen voz, que el circo taurino es un silencioso templo, de rito antiguo y pagano, donde o se canta al unísono o no se permite la voz aislada. En los antiguos mítines políticos la voz del orador llegaba hecha eco por los altavoces y la multitud aplaudía o escuchaba, pero nunca eran estos mítines un reflejo exacto de la Plaza. Porque esta no era tal. Era local y había perdido su categoría. Como la ha perdido en los intentos de funciones de canto o de música. Las nocturnas parecen que disimulan en las sombras de la noche su vergüenza de que aquello tan serio y tan trágico se haga un poco la pista del circo. Orquestas bufas o serias poco pesan en el gusto del buen aficionado. Para él la Plaza es lo clásico y lo convenido: corridas de toros o de novillos. Y nada más. Ni luchas de fieras, ni torneos a la antigua usanza, ni nada. Toros y toreros. Y a éstos los juzga con el clamor, que no tiene palabra, sino rugido, estruendo. Quien consiga interpretar este clamor, este eco, y entender hasta qué punto quiere decir bien, o muy bien, se llevará un chasco. No se puede averiguar por medida convenida hasta cuándo los aplausos dicen que dé la vuelta al ruedo o que se salga simplemente a los medios. Si la multitud taurina, si el público de nuestra fiesta nacional admitiese una voz única en el graderío, un representante de su manera de reaccionar, la fiesta habría perdido su encanto de soldadura entre lo que sucede en el ruedo y la emoción, que, como ola de fuego, va subiendo por el graderío. Por eso, nunca existirá ese único espectador que acierte cada corrida. Personaje célebre, curioso, «aninote» indultado cada tarde, los hay en todas las Plazas. En una, es el que bebe en la barrera; en otras, uno muy gordo en un tendido bajo; aquí, en Madrid, el grito del siete... Y así sería fácil enumerar a todos...

La realidad es que es personaje o personajillo destinado a desaparecer y a quitarle importancia. Cada uno de los que vamos a los toros, en un momento determinado, podríamos gritar algo, pero no queremos. Preferimos ver y alzarnos conjuntamente. En los toros se habla con el vecino y con los amigos. Pero de cara al ruedo, no se grita, se mira. Que ya es bastante, si se sabe mirar.





Juanito
BELMONTTE
CONQUISTADOR *de* AMÉRICA

Ya está entre nosotros el matador de toros Juanito Belmonte, que tan brillantísima temporada acaba de realizar en América.

Ha toreado Belmonte catorce corridas entre las plazas del Perú, Colombia y Venezuela, y regresa satisfechísimo del resultado obtenido por su labor.

El gran matador de toros fué agasajadísimo en cuantos países actuó, pero especialmente en Lima, donde nuestra Fiesta y nuestras costumbres tienen tan sonoro eco en el corazón de los peruanos.

¡Sombra! ¡Abanicos!

La sombra por poco dinero y al alcance de todas las fortunas

¡Gaseosa y cerveza fresca!

Por Idem

Con esplendor lujoso de luz y color, estalla la Plaza en fiesta.

A codazo limpio consigo mi sitio, y atormentado por el bullicio y el calor me siento en una localidad que no es la mía. Como ignoro el detalle, paseo arrogantemente mi vista por el amplio y hormigueante redondel. Una mirada asesina de mujer me atraviesa rectamente el corazón y me deja suspendido el diástole, como en un preludio angustioso de muerte. Mi oculto y dormido donjuanismillo salta a flor de labios dibujando una sonrisa y...

—¡Oiga usted! O se ha colao o nos han vendido dos billetes iguales.

La voz que me espeta la advertencia, tiene sonoridades irrebatibles. El que posee esa voz me mide un poco despectivamente y es ante mí una amenazadora interrogante. Afanosamente busco en mi chaqueta el billete. Cien ojos son testigos de mi azoramiento. El maldito billete debe estar embrujado, porque a pesar de mi afanosa búsqueda no doy con él. Sudo por cada pelo una gota. Como una burla sangrienta oigo la voz gangosa que repite:

—¡Cerveza y gaseosa fresca! ¡Gaseosa frescaaaa...

Por fin doy con el maldecido billete. Lo exhibo con cierta timidez y el interrogativo lo mira desde lejos y me dice:

—¡Caballero, su sitio está en aquellas filas de atrás!— Me da un empujón muy suave, pero muy cargado de intenciones, y juro que jamás me ha parecido más deprimente esa de caballero. Indago, busco, pregunto y al fin hallo mi sitio.

Un clarín hiede la tarde como un dardo sonoro y una voz ronca, grita a mi espalda:

—¡Sentarse. Sentarse, que no se ve.

Tras un breve silencio crece la alegría y con renovados ímpetus vuelve el vendedor a su fastidioso pregón:

—¡Cerveza y gaseosa frescaaaa!

Presumo que le voy a tomar hinchita al vendedor. No sé por qué me parece que hay cierta chunga en su grito, fastidiosamente lanzado a dos dedos de mis orejas.

Han salido las cuadrillas y ha sonado ya el primer toro. El rugido ha crecido de intensidad. Busco entre el tumulto a la asesina de los ojos glaucos y un ¡olé! estrepitoso me sobrecoge de temor.

—¡Vaya una verónica!— El espectador que ha lanzado la afirmación admirativa se ha puesto de pie. A su lado, un viejo se carrón le pregunta:

—Será Verónica Lake, ¿no?

—No conozco a ese diestro; pero le aseguro a usted que no las dará mejor que esa que ha...

—¡Callarse!— Un tercero en discordia ha lanzado la fulminante admonición y mira retador a los otros dos.

—¿Y usted, por qué aplaude?

—Porque me da la gana. ¡No faltaba más!

—Porque le dé a usted la gana está bien y está usted en su derecho; pero porque se lo merezca el torero...

—¡Callarse!— Otra vez es el mismo espectador el que lanza la admonición.

—¿Y usted por qué aplaude ahora!— Es el que indaga, el que fué primero interrogado.

—¡Porque soy de Cuenca! ¿Y qué pasa?— El denuquismo adquiere en esta arrogancia una forma enternecedora. Una carcajada del core general ha subrayado el éxito.

—¡Cerveza y gaseosa fresca!

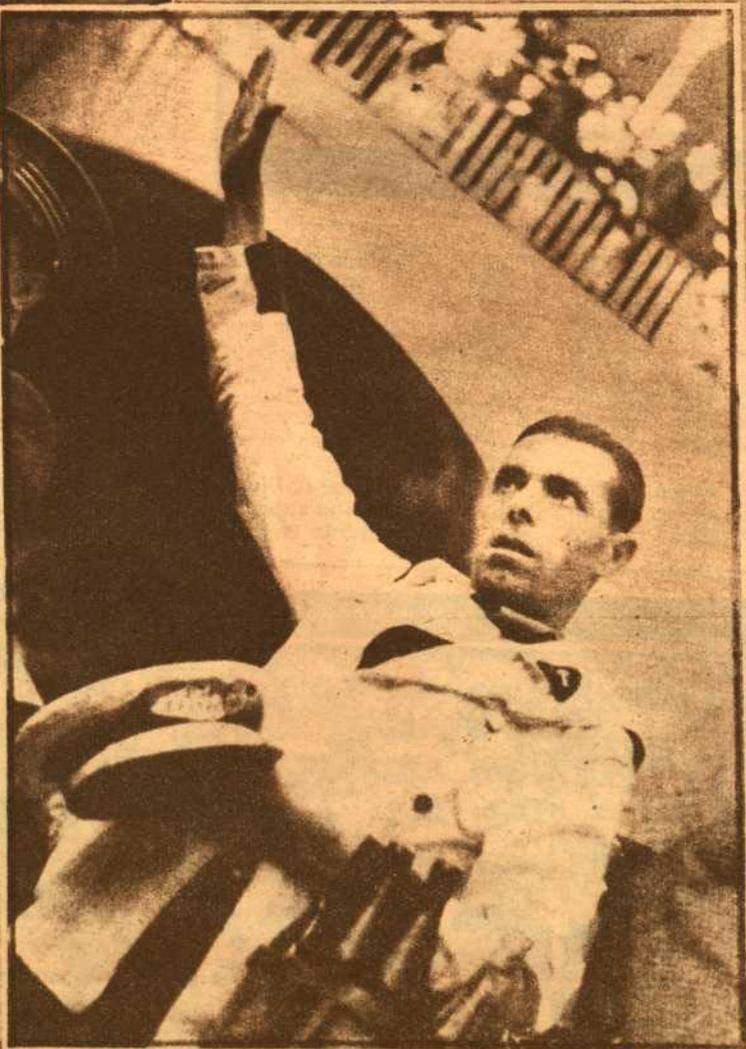
—¡Cerveza y gaseosa frescaaaa!

—¡Hay almendras tostadas. Almendras. Hay almendras tostadas.

—¡Cerveza y gaseosa fresca!

—¡Cerveza y gaseosa frescaaaa!

—¡Hay almendras tostadas. Almendras. Hay almendras tostadas.



El cervecero, verdadero protector de la garganta del aficionado

—Mire usted, mire usted eso. Eso es dominar a la fiere. Eso se llama embeberla en el trapo y dominarla. Dominarla. ¿Le parece a usted poco?

—¡No, señor! ¿A mí me parece un monumento! Perdón, lector, porque no pueda confesar a quien me refería al hacer aquella exclamación, que tanto tranquilizo a mi furioso vecino de asiento.

La corrida ha terminado. Han pasado muchas horas. Por mi ventana se veía indiferente una estrella resaca y titilante. En el silencio de la noche, como una pesadilla, resuena en mis oídos y puebla mis insomnios la voz aborrecida:

—Hay cerveza fresca. Hay gaseosa frescaaaa!

Para congraciarme con él le hago un gesto. Me mira y sigue con su grito. Creo que no me ha visto el guiño e insisto. Otra vez me mira y sigue gritando. ¿Ese que estará tanto ese vendedor?

—Hay cerveza fresquita. Hay gaseosa.

—¡Eh, vendedor!— ¡Eh, grita!

Como si nada. Se hace el sordo, me mira y sigue gritando más desaforadamente que antes:

—Hay cerveza y gaseosa. Hay gaseosa fresquita.

Pienso que tendré que promoverme un incidente. Yo no puedo tolerar ese desafío a presencia y paciencia de miles de espectadores. ¿Si es que me estará tomando el pelo? Insisto en la seña y enarbole, como una bandera de paz, un billete de peseta en la mano derecha.

—Vamos, que no va usted a perder el tren! No tiene usted prisa ni nada. Son dos pesetas caballero.

Paso por alto la insolencia; pero el caballero se me atraganta como una nuez en la garganta. Busco en mi bolsillo la otra pesetilla y zaa!

—¡Sentarse! ¡Si parece que es la primera vez que se viene a los toros!

En qué me lo habrá notado? ¡Dios mío, qué perspicacia la de esos aficionados! Me vuelvo, y con la más gentil de las sonrisas, le suplico:

—Usted perdona.

—¡Callarse!

—Cerveza y gaseosa fresca. Hay gaseosa frescaaaa.

Mire, mire usted. Eso se llama ¡gallear. Yo, humildemente, miro y veo a un euncentón muy acicalado presumiendo mucho junto a una jovencita encantadoramente vestida e insinuadamente coqueta.

—Ya lo comprendo. ¿Qué se le va a hacer!

—No sea usted tonto; si lo que se llama gallear es lo que está haciendo ese torero.

—¡Ah, sí, sí, claro! ¡Ya lo sabía!

—Pero, ¿usted viene a las corridas a ver a los toreros o a las mujeres?

A juzgar por estas palabras, mi vecino de asiento es un ortodoxo del torero, y además tiene un genio un poco ligerillo.

—Pues verá usted. Yo vengo a las corridas a ver toroar y no a ver a los toreros, y de paso es claro, a ver también a las mujeres.

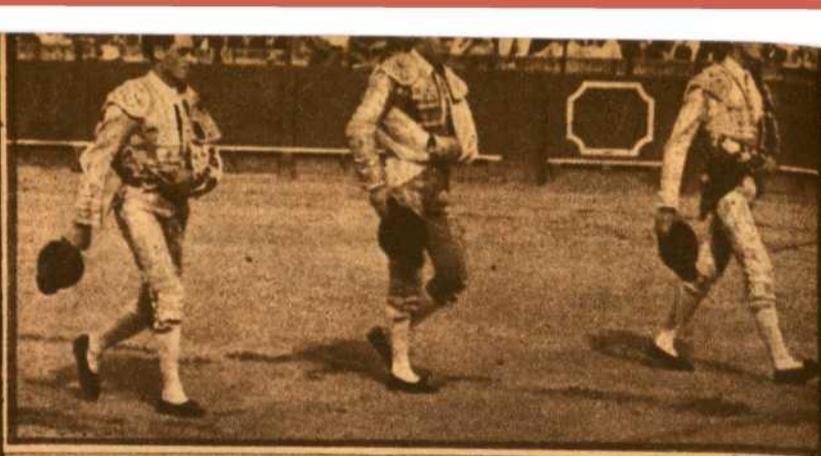
—Pa eso, quédate usted en la ca Alcala

—Hay almendras tostadas. Hay almendras tostadas.

—Hay almendras tostadas. Almendras. Hay almendras tostadas.



En la Maestranza, de Sevilla, las cuadrillas hacen el paseillo



AL SONAR EL CLARIN EN LA PLAZA

del bicorne del al-
guacilillo queda bajo
el albero de la presi-
dencia.

••

Los lidiadores, jun-
to al portón del patio
de cuadrillas, piensan
—en este minuto—
en ese misterioso sor-
tilugio que paralizó
el ritmo de sus cora-
zones. Hay un plie-
gue, entre adusto y
severo, en sus ros-
tros: las manos se
clavan con fuerza en
el capotillo de paseo
y los ojos se fijan en
esa paloma de plata
que quedó prendida
en el azul del cielo.

Es ese minuto en
que el torero, antes
de pisar la arena del
ruedo, no piensa, sino

medita. Aun no han sentido sobre sus hombros el peso
de ese mundo que se agita y vibra allá en el tendido...
y los aplausos no han corrido como fuente rumorosa,
acelerando el pulso de sus corazones.

La Plaza, toda, es un manchón gris, sin vida, para
los lidiadores. Y sin embargo sienten clavados en sus
ojos otros ojos que tienen un reflejo duro y hostil.
Es un alerta en un mar rizado en la calma chicha,
pero que no tardará en romperse en el estrépito del
oleaje.

Medita el lidiador. Piensa que en ese manchón gris
y sin vida hay una suprema exigencia. Es el público,
aun no estremeído en impacencias, y que espera con

COMO un rumor lejano, han llegado voces de bronce,
en el repique alegre de las campanas. En el cielo
azul quedó prendida una paloma que parece de
plata... Todo aparece inmóvil, en ésta de toros, con aro-
mas de claveles, suspiros de bellas mujeres y de capoti-
llos cargados de oro y pedrería. Es ese minuto en el
que todo quedó suspenso. Junto al portón del patio de
cuadrillas se adivina la figura negra, rigurosa, del al-
guacilillo, como un eterno reducto de la fiesta.

Un momento aun...

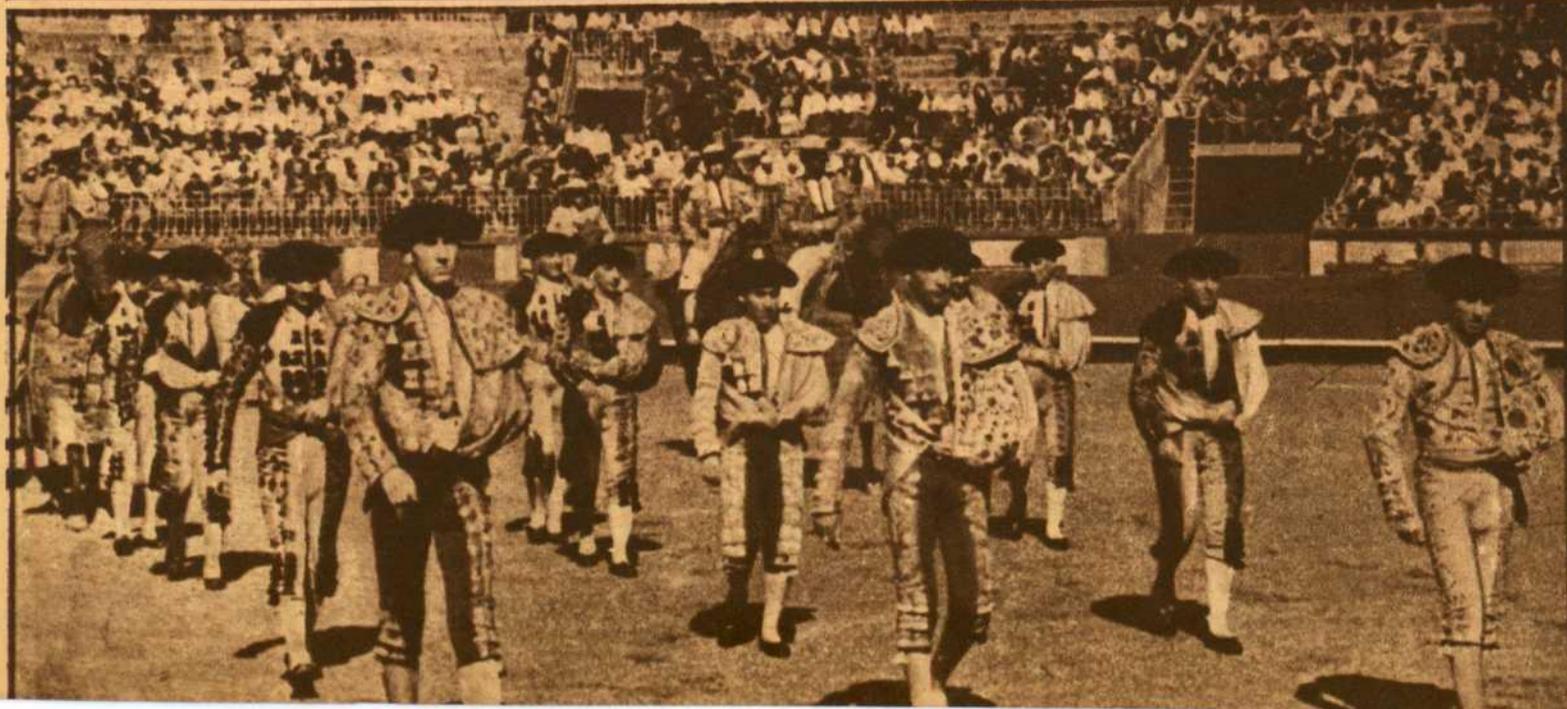
El portón se abrió como un gigantesco abanico, con
un ruido seco de goznes. El caballo caracolea impa-
cientemente... Luego el trote corto, hasta que el largo plumero

serena tranquilidad ese minuto del paseillo
para hacer florecer palmas en la arena para
el triunfador o punzantes espinas para el
ídolo caído.

Es un rito. El mas
augusto e incierto para
el torero. Porque el li-
diador aprisiona congias,
pretendiendo adivinar
el vuelo de otro mi-
nuto y en el que dejó
consumirse lentamente
todos sus sueños. Vive
en el torero un mundo
interior vibrante e in-
tenso... y que una as-
pereza o una sonrisa
puede hacer saltar con
violencias sobre ese par-
che tenso en el que están
prisioneros los nervios,
cuando aun está do-
minado el corazón por
el pensamiento.

Esperar en silencio...
¡Qué angustia lenta:
qué torturante pausal!
Unas cabezas se inclinan
sobre esa boca brillante
que es el patio de las
cuadrillas. Unos dedos
parecen que señalan rec-
tamente la frente del
diestro que aun es ídolo.

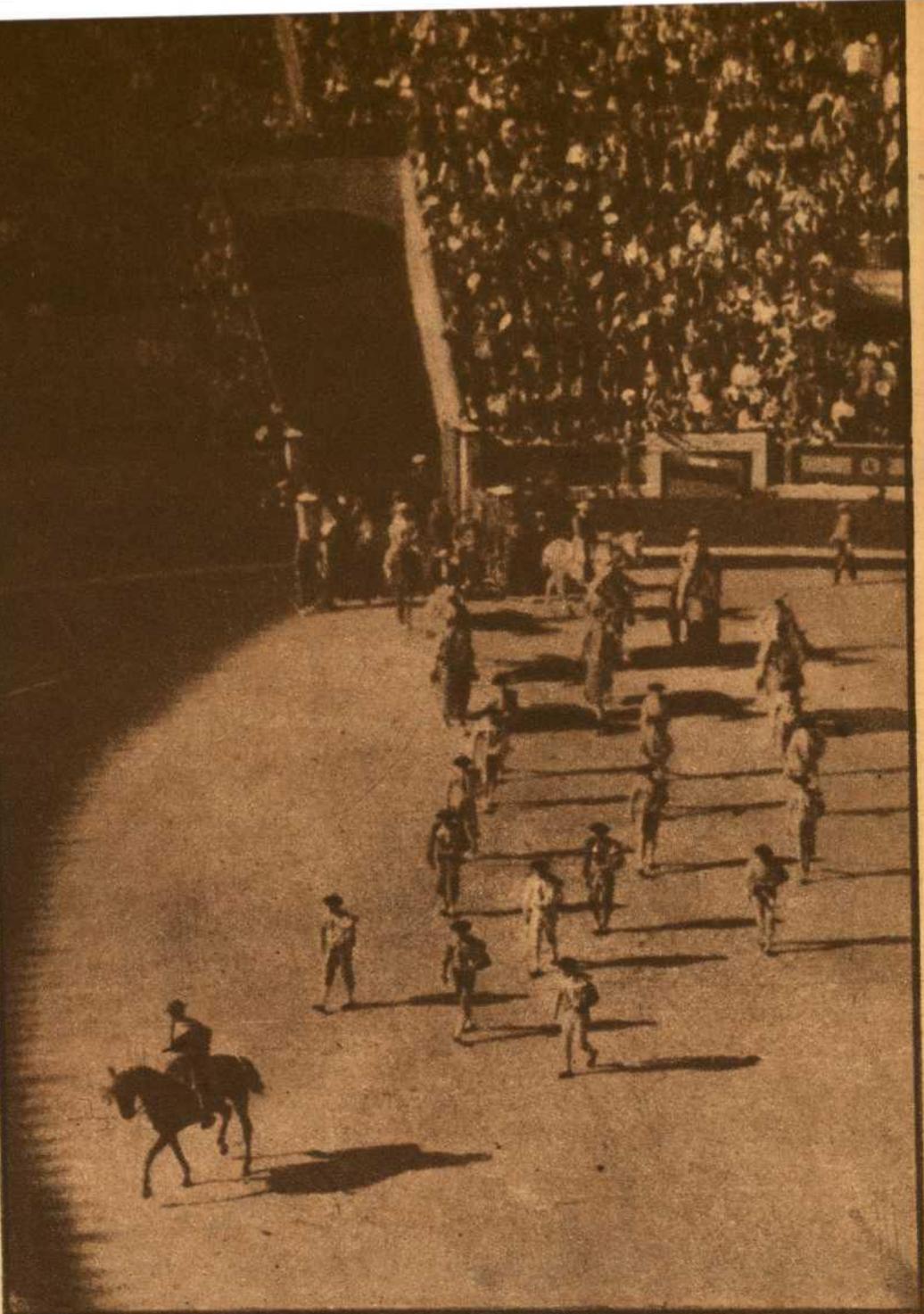
Los tres matadores, al frente, camino de la Presidencia y a los sonos del pasodoble torero





EL PASEO DE LAS CUADRILLAS

Por CRUZ ERNESTO FRANQUET



La bella estampa del despeje de cuadrillas, con su rejoneador abriendo calle

cerca ya de los medios, tenía ya una mancha rosada en las mejillas de su rostro pálido. Los ojos se clavaban en la arena como buscando el misterio de otro minuto ansiado. Las jacas blancas de los alguacilillos, marcaban con sus hierros unas sendas curvadas. Quizá se nos antojaran hitos en surcos de arena. Pero poco valor tenían, porque al buscar este sendero otros ojos, el viento se burlaba borrando en la arena el surco.

Meditaba el torero que tampoco de nada valían los triunfos de otras tardes. Que el viento del olvido había borrado un paso... para tener que empezar de nuevo.

Un momento...

El tallo de junco de los toreros se ha doblado, como en un vespero luminoso de espigas. El oro de sus trajes, en las sombras, es más ceniciento. La montera, como las plumas de un viejo chambergo, ha acariciado la arena.

Después...

Sobre las barreras han quedado clavados los capotes de paseo, como monstruosas mariposas. Hay voces que llaman a sus ídolos. Ellos nunca miran a los tendidos, porque están angustiados en la espera. Aprietan más sus labios...

En el albero de la presidencia se estremece un pañuelo blanco. El clarín rasga, temblorosamente, el silencio. La paloma es aun de plata en el azul del cielo.

... Como un rumor lejano, han llegado voces de bronce en el repique alegre de las campanas. Las jacas blancas de los alguacilillos, al trote, marchan en el retorno, sobre el mismo sendero.

Es la última cabalgada, en esta tarde de oros, de sangre, de flores y de labios granados. Más tarde...

—¡Mira! ¡Mira...! ¡Es él!

El torero volvió su cabeza. Sus labios prendieron con trabajo una sonrisa. La primera sonrisa del vencedor.

De pronto...

Se elevó un ruido que apagaba todos los ruidos. Era que aquel manchón gris y que nos pareció sin vida elevaba el clamor de su espera. El mar, que antes no tuvo ni un rizo de espumas, se agitó en violencias. Es que el mundo inmóvil tenía ya alma...

Un pasodoble como una visión espléndida de rosas y claveles...

Sobre las huellas de otras tardes, el caminar despacioso y lento de los toreros, como un largo peregrinaje de romeros.

Ya los aplausos quemaron sus tracas. Algo de su fuego prendió el oro de los trajes de luces, porque el torero,

Desacompañados, cada uno por su sitio, a pesar de todo, el paseillo tiene ritmo y sabor



La figura madrileña

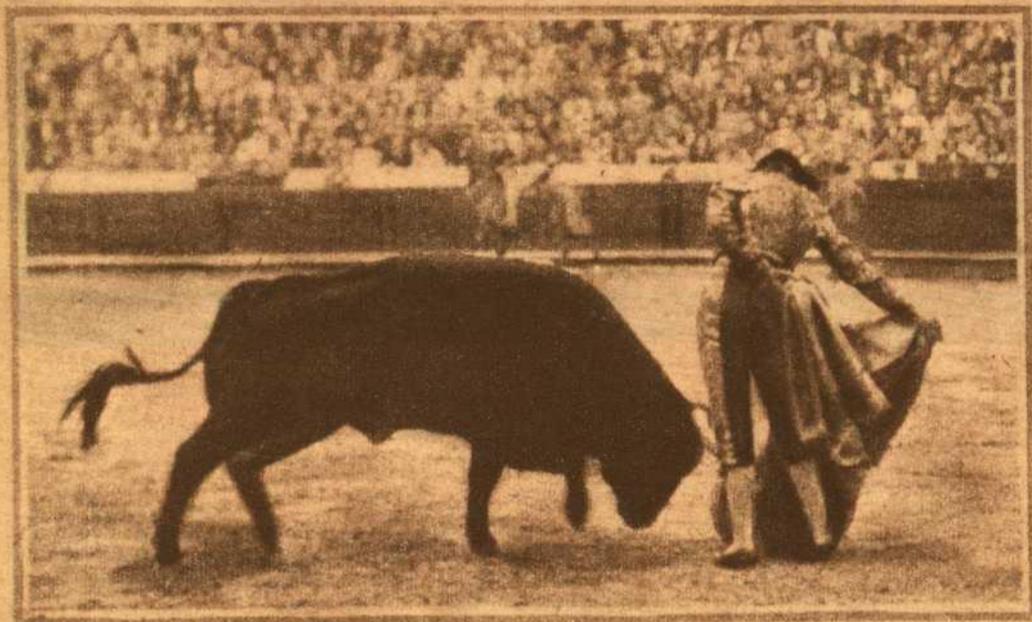
Madrid necesitaba un torero y ya le tiene. En la línea de las grandes figuras del toreo, nacidas en Madrid, Luis Miguel, Dominguín, es la que por méritos propios ha conseguido ocupar ese puesto en triunfante competición con las demás figuras de la fiesta. Ocho corridas lleva toreadas y cortadas catorce orejas, hazaña con la suficiente importancia para acreditarle en el puesto ya catalogado por la afición.

Su última actuación del domingo 20 en la Plaza de Valladolid, con dos toros que pesaron 298 y 315 Kgs., cuyas condiciones fueron notoriamente diferentes, como para poner a prueba la calidad



y la cantidad del torero que se enfrentase con ellos, a los que toreó Luis Miguel con las características del toreo moderno fundidas en un profundo conocimiento de la lidia, intuitivo, en esta juvenil y asombrosa figura, ratifican el altísimo puesto que en los anales del toreo corresponde a Luis Miguel, Dominguín.

Madrid le espera y le espera con la impaciencia de ver en su plaza la altísima representación a que tiene derecho, que será mantenida por Luis Miguel a la altura y con la constancia a que le autorizan los años de su mocedad, en los que ya ha cuajado su maestría.



LA AUTORIDAD ENTRE BARRERAS

LOS ALGUACILILLOS

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL



TIENEN los alguacilillos, dentro de la institución nacional de los toros, una personalidad de muchos fueros. Ellos son los primeros en romper la arena tersa y fina, color de maíz, de los redondeles, al lanzar los clarines, en las tardes morenas y de pasión, la desgarrada nota del tarari, que es la señal convenida para el comienzo de la liza. A su cargo está recibir y transmitir a los lidiadores, desde la barrera, las órdenes emanadas del presidente, dirigir el paseo y recoger y entregar la

llave de los toriles. Su origen se pierde en la noche oscura de los tiempos. Mas lo importante es que, con el tiempo, el alguacil taurómico, o alguacilillo, ha alcanzado la categoría de los símbolos heroicos. Esta significación de lo que parece insignificante tiene más trascendencia histórica de lo que se cree, porque el alguacilillo es el último vestigio de la época caballerescas del toro y es una de las pocas cosas que sobreviven a la manía de desfigurar y arrumbar costumbres.

¿Cómo podría concebirse una corrida de toros sin esa animada nota que los alguacilillos agregan al concierto del pintoresquismo tradicional, al preceder a las cuadrillas en la opulenta hermosura del paseillo? A Edmundo de Amicis, por ejemplo, le subyugaba intensamente este momento, y aseguraba que sólo por esto valía la pena aficionarse a los toros y se podía obviar la parte cruenta de la fiesta, que es precisamente donde radica su belleza.

La facha merovingia de nuestros alguacilillos es la misma de los gacillas de los tiempos del rey Felipe IV. Como todo el mundo sabe, cuando la hora solemne y grave de empezar el espectáculo está al caer, aparecen en el redondo y luminoso como montados en sendos corceles, no todo lo espléndidos que debieran ser, y hacen el despeje. Esto del despeje supongo que viene a decir despejar el redondo de espectadores, que es otra costumbre que ha desaparecido. Yo recuerdo perfectamente que así ocurría hasta muy pocos años antes de entrar en acción la piqueta demolidora de la vieja Plaza madrileña. Pero llegó un día en que las autoridades tuvieron a bien prohibir el típico deambular de curiosos sobre la arena amarillo ocre, y se acabó lo del despeje. No obstante, sigue llamándose despeje al paso. Como no es momento de meterse en honduras, bien está, y dejémoslo así.

Ocasiones ha habido en que, al ver que simon ni son los asistentes a las corridas acosar a denuestos e improperios a los alguacilillos, he dado en pensar si lo hacen exclusivamente por el mero hecho de encarnar el principio de autoridad. Y consultada la propia opinión de los alguacilillos, he hallado la confirmación de mis temores, porque uno de los preguntados me ha resultado todo un filósofo al expresarse así.

—Mire usted: el público de toros prefiere la justicia impulsiva a la reflexiva. Y buena prueba de ello es que jamás mantiene sus sanciones. De pronto, porque juzga que a un toro se le ha dado un puyazo de más o de menos o porque el número de pares de banderillas ha sido corto o excesivo, denigra con los improperios más atroces. Y, en cambio, a los pocos instantes, por un cierto cualquiera, olvida lo anterior y aplaude con rabioso entusiasmo. Dentro de la Plaza quiere ser el juez único e inexorable, y es, por sus diferencias de apreciación, poco justo. Si no fuera porque la autoridad tiene un concepto real y humano de las cosas, la pasión pública convertiría las Plazas de toros en un Averno, y ello sería la muerte de las corridas. De todos modos, el público de ahora sabe conducirse mejor, y ya no hay zulos que muestran su enojo llamándole burro al presidente, ni arrojan al redondel botellas, almohadillas ni otros objetos, como hacían en otro tiempo.



Si los miramos con detenimiento, tienen para nosotros la sensación de unas vidas extrañas que han logrado supervivir al contrarresto del tiempo, y se nos antojan ejemplares únicos de una especie desvanecida en la lejanía, como síntesis de un mundo que pensaba y sentía de manera bien opuesta al de nuestros días. El traje con que se atavian estos hombres lo encontramos tan extraño como carnavalesco. La tela de sus vestidos es negra, de terciopelo. Llevan una capa muy corta, volada hacia la espalda, a guisa de esclavina. Polainas de cuero negro, gorguera blanca y fúnebre sombrero de teja, que contrasta con unas grandes plumas de abigarrados colores.

Y lucen un retador y ensortijado mostacho, capaz de haber hecho la felicidad de muchas damas de épocas pasadas; de aquellas mujeres pálidas, de rostro de cera, que se pasaban la vida haciendo labores de bolillos y suspirando tras las celosías con flores en el pecho...

Elogio y exaltación de la llave del toril

Por PEDRO MAR OQUIN

MADRID o Sevilla o Córdoba. Tarde luminosa de toros, de esas de las que afirman los revisteros que el Sol, aficionado a la fiesta nacional, se asoma al ruedo, tras blanquecinas nubes, para contemplarla. Lujosos mantones de Manila con bordados de flores y de chinos cueigan, adornándolas, de las barandillas, de los palcos y las gradas, tras de las cuales lucen su garbo, juncas morenas de ojos de gloria, que agitan con gracia pintados abanicos. En barreras y tendidos, abigarrada multitud. Gritos, alegría, entusiasmo. En lo alto de la Plaza, dominándola, y acariciada por el viento de la tarde, la bandera roja y oro, nuestra bandera, que ondeó, heroica y gloriosa, en mil campos de batalla y sobre las aguas de todos los mares. Atruenan el espacio los alegres sonos de un pasodoble jacarandoso y jaranero. Han cruzado el redondel, precedidos de dos alguacillitos con arreos a usanza de los caballeros del tiempo del cuarto de los Felipes y cabalgando en negras jacas, apuestos lidiadores que, envueltos, unos en leves capotillos de seda, en cuyos bordados de plata y oro se quiebran y reflejan los rayos solares; y otros, caballeros en mansos corceles, se dirigen, marchosos y garridos, a saludar, montera y castoreño en mano, al presidente de la corrida, seguidos, en pintoresco desfile, de monosabios de blusillas rojas, y detrás, de mulillas, lujosamente enjaezadas.

Corren galopando al hilo de la carrera los caballos de los picadores; se une a los ruidos de la Plaza el chasquido de los látigos que azuzan a las mulillas, que cruzan a la carrera las puertas del arrastradero; truenan por los de brega sus capotes de pascuero, los espadas y los banderilleros, y uno de los alguacillitos se llega al pie de la Presidencia, y destocado, se apercibe—feliz reminiscencia de los brillantes torneos del medievo—a recibir en su sombrero, ornado con plumaje bicolor, la llave, que atada a una cinta, también de los brillantes colores de la enseña de la patria—sangre y oro—habrá de servir para abrir simbólicamente las puertas de los chiqueros, para que por ellos salgan al redondel los cornúpetas que hayan de lidiarse en la bizarra justa.

Vuelve grupas el alguacillito, y llevando en alto y en la mano, a guisa de preciado trofeo, la simbólica llave, galopa en dirección del toril, a tiempo que de él sale un chulo, que va recogiendo del alguacillito, mediante un rápido y gracioso escarceo de la jaca alguacillesca.

Hasta entonces, sólo hay en la fiesta color y luz, armonía y belleza. A partir de ese instante, a esa belleza y armonía, a ese lucido cuadro de luz y de color, se mezcla la tragedia, que se cierne amenazadora sobre la vida de los lidiadores. «Cuando suena el clarín, decía Curro Cuchares, ordenando que se abran las puertas del toril, es el señó Manacé quien toma asiento en la Presidencia.» Se extiende entonces por encima del redondel la sombra siniestra de la insaciable Atropos, ávida de cortar con su fatal tijera el hilo de la existencia de los modernos gladiadores.

La llave de los toriles es símbolo o atributo de la fiesta, menos ostensible que el estoque, las banderillas, la garrecha o la muleta, porque no está tan a la vista; pero así como las de la Iglesia son la potestad espiritual para el gobierno y la dirección de los fieles, así la de los chiqueros confiere potestad al torilero para tener bajo su autoridad el principal elemento de la fiesta: el toro, del que se hace cargo desde que se enchiqueran en el apartado hasta que le da franca salida al redondel. La llave, pues, a semejanza de la de entrada palatina, merced a la cual tenían los gentiles hombres de la Cámara sin ejercicio el derecho de entrar a ciertas salas de Palacio, permite a las veces enchiqueradas escapar de su pasajero encierro y saltar al palenque en que han de mostrar su bravura y pujanza en fiera lucha con la inteligencia y el valor de los grandes lidiadores.

La ceremonia gentil y cortés de pedir el alguacil la llave bajo el palco de la Presidencia y la de entregarla al torilero, no son sino eco o, quizá mejor, remembranza de majestades españolas de aquellos siglos galantes, en que los nobles lucían su destreza y bravura alanceando toros bravos en el coso o quebrando rejoncillos ante su Rey y en



El alguacillito ha recogido la llave de la Presidencia y hace entrega de ella al torilero.

honor de su dama. Aun el propio Emperador Carlos V, de felice memoria, gustaba, y en ello sobresalía con singular gallardía, de tan viriles y arriesgados ejercicios.

Ajustado a la tradición, aun sin darse de ello cuenta, brinda el espada la muerte del toro, bien así como en el circo romano ofrecían al Emperador los gladiadores el holocausto de su vida, diciéndole: «Ave, César, morituri te salutant.» Todo en la fiesta de toros tiene abolengo tradicional, y tan marcado sello de grandeza, poesía y arte que ante estos elementos se sobreponen lo que indiscutiblemente es artístico, grande y poético a la ferocidad que ella entraña, al drama, dentro del cual se desarrolla, y aun a la compasión que inspira a las almas sensibles las heridas y la muerte que alcanzan, en valerosa lid, a los caballos y a los toros.

Por esa su castiza tradición; por su atrayente belleza, y, singularmente, porque en ella está infiltrado el espíritu de España, la fiesta de toros, toda luz, alegría, esplendor, poesía, arte, braveza y gallardía, está tan arraigada en nuestras costumbres, en nuestra literatura, en nuestra poesía, en nuestras artes liberales, en nuestra vida toda. Bajo el cielo azul de España, la España peninsular o la España trasatlántica—¿qué más dá?, cielo español es el de acá y cielo español es el de allá—es donde mejor se conciben la emoción, el entusiasmo y el apasionamiento con que subyuga y fascina a quienes sentimos correr por las venas ardiente sangre, caldeada por un sol meridional, la lucha brava entre la brutal ferocidad y bárbara pujanza de la fiera astada y la inteligencia y bizarria del apuesto arriquin de seda y oro.

Netamente española—sabía árabe impregnada de poesía que nutrió plantas castellanas—el espectáculo más nacional, tiene aroma del oro líquido de los viñedos jerezanos; resuena en los oídos con repiqueo de castañuelas o de rasgueo de guitarra que acompaña el melancólico jipío de una copla andaluza, cantada con tarbo gitano y voz de ángel, por una mocita barbana, de carita de rosa. ¡Eso es nuestra hermosa fiesta de toros, incomparable, española, única!

Finalmente, la llave ornada con cintas de los colores de España que simbólicamente abre las puertas del toril evoca la figura simpática de un octogenario, Carlos Albarrán, el Buñolero, que desde antes que medlara el siglo anterior hasta la primera década del veinte, dio paso a los toros—18.000—que lidiaron en un largo tiempo, desde Cuchares y Paquero y José Redondo, hasta Bomba y Mechaquito y Vicente Pastor. Fue el Buñolero un capítulo vital de la historia del toro en sus noventa y cinco años, y tuvo el triste sino de echar al ruedo los toros Jocinero y Perdición, que mataron a Pepete y al Espartero. En los anales de la tauromaquia y con no menor razón figurará su nombre, a pesar de la modestia y humildad de su cargo, a la vez de los más excelsos lidiadores que

en el mundo han sido, a pesar de él mismo y de su modestia. Curruena y Millán cantó en ingeniosísima oda al casi nonagenario chulo de las plazas de toros de Madrid, escenarios de portentosas hazañas de los más insignes lidiadores de su tiempo, prestaciadas por aquel buen viejecito, que cobraba en las corridas tan sólo quince pesetas y la mitad en las novilladas.

Colofón de esta exaltación y elogio de la llave del toril ha de ser el traslado de los versos que dan fin a la oda que consagró aquel ilustre escritor taurino al anciano torilero, y que dicen así:

El abrir los portones del chiquero
y dar salida al toro,
nadie lo ha hecho ni hará con más salero
que Carlos Albarrán, el Buñolero.

EL USIA

LA PRESIDENCIA

Por CHAVITO

La presidencia de las corridas de toros no es solamente ese palco con la barandilla recubierta de una colgadura tras de la que toman asiento un grupo de señores, muy serios, que miran hacia los ámbitos de la Plaza con ojos escrutadores y dilatados por la emoción de lo que será el festejo cuando dé comienzo.

El presidente de las corridas de toros o novillos es la encarnación, la representación de la autoridad, y su misión, desde el alto sitial donde se acomoda, es la de cumplir y hacer cumplir el Reglamento taurino en todo aquello a que pueda ser aplicado, y me refiero a los artículos que tratan del ganado y de sus condiciones legales y reglamentadas.

El presidente, que tiene junto a sí a un asesor técnico y a un subdelegado de Veterinaria, después de las faenas de la mañana y de la vigilia (reconocimiento de las reses, sorteo, apartado, comprobación de las puyas, etc., etc.), por la tarde, a la hora en punto fijada para que el festejo dé principio, aparece en el palco presidencial y su primera mirada debe de ser, sin duda ninguna, para ese tenderete de pañuelos que, durante la lidia, tendrá que manejar sabia y oportunamente para los cambios de suerte, para la concesión de las orejas, para las banderillas de fuego o para que el toro o novillo pase a los corrales por... lo que sea.

De la labor del presidente se trata en el capítulo XI, artículo 60, del vigente Reglamento Oficial para la celebración de espectáculos taurinos y de cuanto se relaciona con los mismos; pero, ¡no se asuste nadie!, no copiaré íntegramente todo lo que en él se dice y sólo me contentaré con estas breves líneas: «A la hora en punto anunciada para dar principio al espectáculo, el presidente hará flamear un pañuelo blanco que será la orden de comenzar. A continuación entregará al delegado de la autoridad la llave del armario de las garrochas y de las banderillas, para que sean facilitadas a los lidiadores, y terminado el paseo de las cuadrillas, arrojará la llave de los toriles, que será recogida por un «aguacillillo» a caballo, debiendo dicho funcionario auxiliar, cruzando el ruedo, dejar aquélla en poder del encargado de abrir la puerta».

En la presidencia ayudarán al presidente el asesor y el veterinario, y por el callejón los delegados de la autoridad y los «aguacillillos», aunque justo es decir que de estos últimos, uno sobre todo, en muchas ocasiones actúa por su cuenta y no de muy buenos modos.

En los presente momentos, cuando ya ha tomado carta de naturaleza lo de la depauperación del ganado de lidia, no es fácil, ni mucho menos, el presidir una corrida.

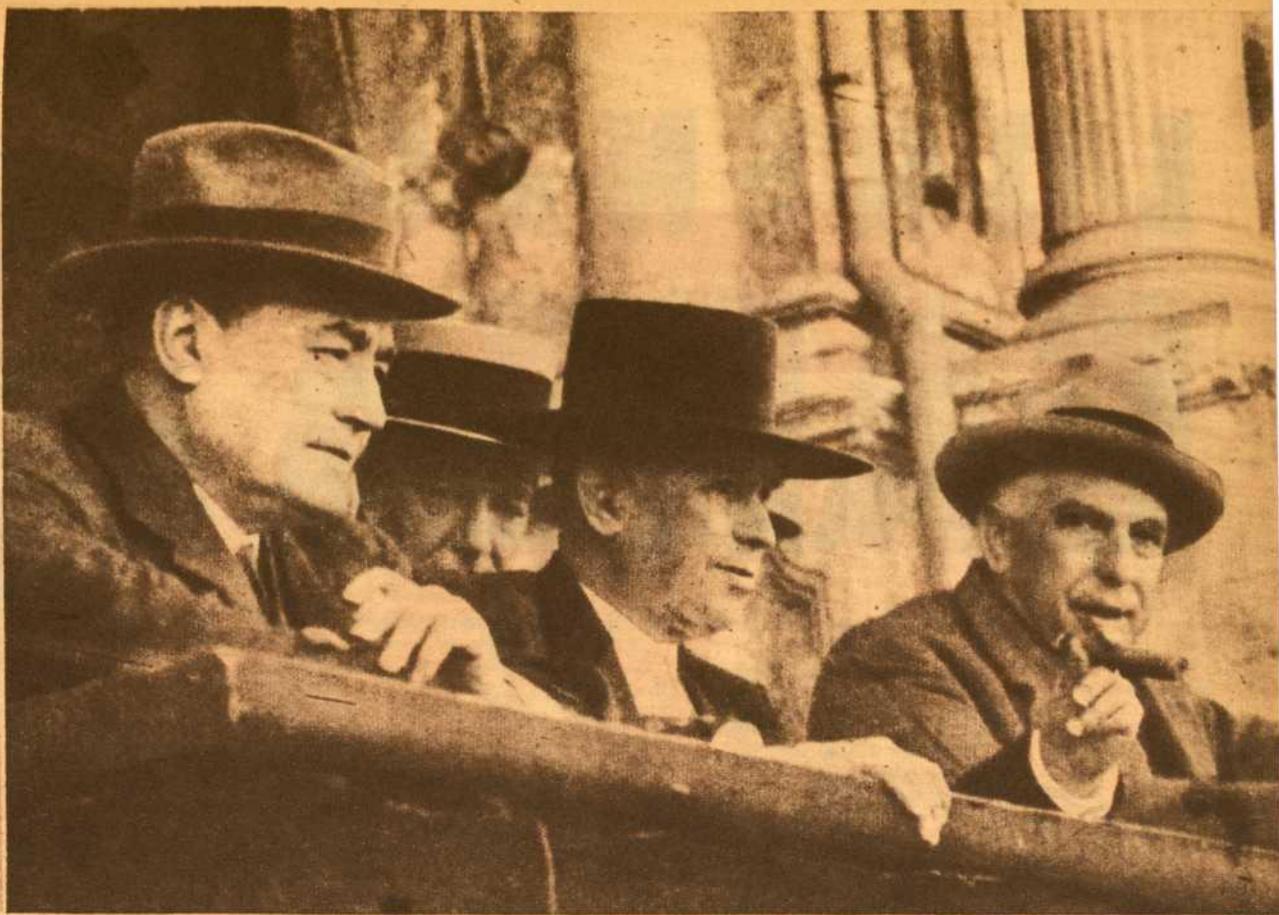
Declaro sinceramente que me agradaría mucho presenciar un festejo taurino desde el palco presidencial, lugar en el que las corridas no se deben ver igual que de un tendido, o de una escalera, que también es localidad nueva con la que cuenta la Plaza Monumental, aunque justo es decir que no es localidad que se venda, sino que se ocupa simplemente para desesperación de los que al lado de una escalera tenemos nuestro asiento.

Como yo soy asiduo espectador de las faenas del sorteo y apartado, he aprendido a averiguar con horas de anticipación lo que puede ser la corrida, y para ello sólo tengo que fijarme en la cara del presidente, y cómo mira y remira en el corral al ganado que se va a lidiar.

Juzgo que la preocupación más grande y más amarga de los presidentes será aquella de preguntarse para sus adentros: «¿Se equivocará el público? ¿Tendré que enfrentarme con él para que comprenda lo que se ha legislado en el Reglamento? ¿Tendré que enfrentarme con él para no darle gusto en alguna de sus exageraciones?»

Esta es, a mi manera de ver, la más horrible preocupación de los presidentes de las corridas de toros o novillos, de esos presidentes que ocupan el alto sitial, ese palco que no existe en las Plazas solamente para que ante ellos saluden las cuadrillas, bien destocándose o simplemente llevándose la mano derecha al borde de la montera, del castoreño o de las chulescas gorrillas de los monosabios, areneros y mulheros.

En esta corrida de EL RUEDO me ha tocado en suerte un tema y un papel: el del presidente. Presidencia ésta que ni me asusta ni me preocupa, porque sé positivamente que los demás actores de este festejo taurino de EL RUEDO saben su obligación y, por tanto, cumplirán la labor a ellos encomendada, con ciencia, arte y amor a la sin par Fiesta de los Toros.



Emilio Torres, Guerrita y el Algabeno presidiendo una corrida en Sevilla. Abajo: el Guerra, presidente del festival del Club que lleva su nombre



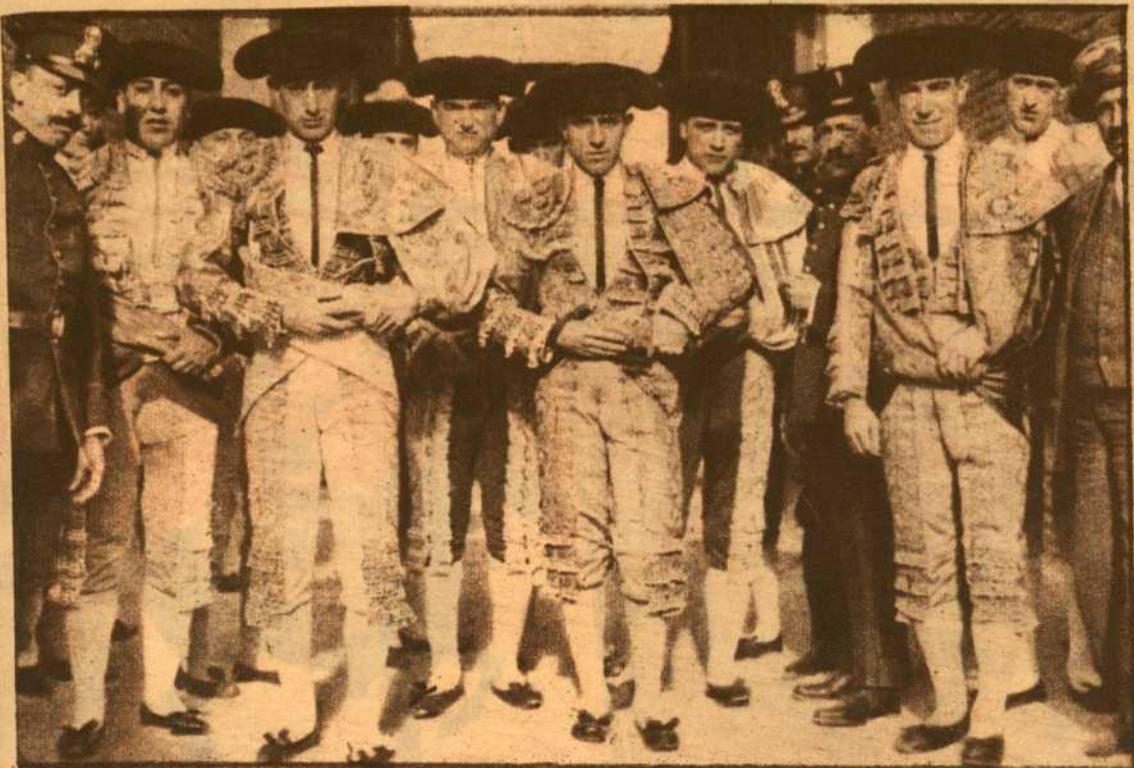
Rafael Guerra, en otro de los festivales del Club Guerrita, presidiendo con su indiscutible autoridad



LORENZO GARZA

En esa mano izquierda caída sin crispación; en la suavidad con que ondula esa muleta; en la indolencia armónica de la postura, todo ello, en asombroso contraste con el ímpetu de la fiera — un toro de "verdad" — radica la personalidad magnífica del arte de Lorenzo Garza





Estampas de otros tiempos. Josellito, Belmonte y Vicente Pastor, con sus cuadrillas



Manolote, El Choni y Fermín Rivera van a salir al ruedo seguidos de sus cuadrillas

LA CUADRILLA



Me piden unas líneas en las que yo hable de la cuadrilla.

Bien poco podré decir que no sea del dominio público. Por ejemplo, que la cuadrilla de un matador de toros se compone de dos picadores, tres banderilleros, un mozo de espadas y que, a veces, de los tres banderilleros uno tiene la obligación de ser puntillero.

Tampoco es nada nuevo afirmar que en los compañeros de cuadrilla el «maestro» encuentra siempre algo tan suyo que durante la convivencia por esas Plazas es tan solidario la forma de convivir, que el riesgo de todos se convierte en la preocupación de uno mismo.

Lo mismo cuando acatan respetuosamente las indicaciones del espada que cuando advierten a tiempo de peligrosidades, la cuadrilla y el matador apenas si se diferencia en otra cosa que en la responsabilidad ante el público.

En casi todas las cuadrillas existe un tipo de carácter que tiene un valor inapreciable. Es el optimista y ocurrente, dotado de esa gracia especial en el decir y en el contar que hace amena la jornada de ir y venir a torear las corridas.

En mi corta vida de torero tengo observado que es necesario, no diré imprescindible, pero le falta poco, llevar en la cuadrilla gente ocurrente y dicharachera, jovial y optimista que le haga olvidar a uno la preocupación del riesgo en que se vive.

Es admirable comprobar cómo en el mismo patio de caballos, cuando permanecemos esos diez minutos que parecen diez siglos, todos preocupados con nuestros íntimos pensamientos de lo que pueda ocurrir en el ruedo momentos después, una frase graciosa, una salida airosa de ese persona-



Pepe Luis, Andaluz, Arruza y Ortega, los cuatro matadores, seguidos de sus subalternos

je que con nosotros convive el mismo riesgo, nos hace reír y olvidarnos hasta del «paquete» que nos espera.

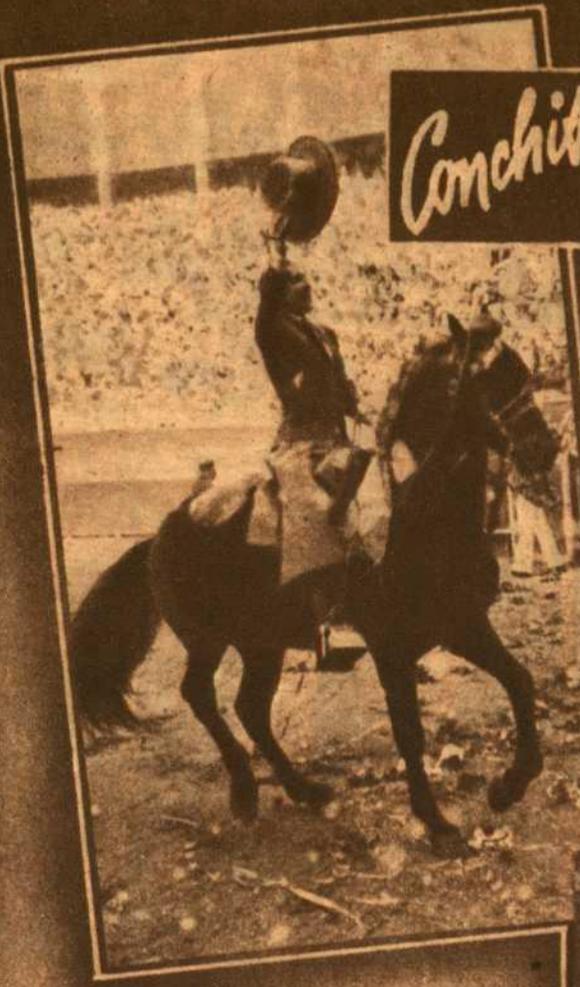
En esa camaradería que es la unidad ante el peligro, el «chistoso» —libreme Dios de llamarle gracioso en el sentido despectivo del vocablo— parecer atraernos más a nuestro afecto, y sin querer lo elegimos como compañero preferente disputándonoslo en la Plaza, en el hotel, en los viajes.

Otra observación que no sé si tendrá fundamento, de toda la cuadrilla, el que a mi juicio pasa más miedo es el único que no tiene que ponerse delante de los toros. Si vieran la cara de preocupado que observamos a veces en los mozos de espadas...

Y es que, como decía anteriormente, el riesgo de lo que pase a cualquiera de la cuadrilla se convierte en la obsesión de cada uno de sus componentes, y el mozo de estoques acaso porque no cuenta con el suyo propio, abarca el de todos los que nos vestimos el traje de luces en esos momentos indefinibles que tiene la profesión de torero.

Angel Luis Nuñez

Conchita CINTRÓN



Camino del Callao, por tierras del Perú, en una placita de tentadero se entrenaba Conchita Cintrón, bien dirigida por el prestigioso rejoneador portugués Raul da Cámara, allá por el año 1938. Y era tan emocionante ver a aquella mujercita rubia —quince años escasos— en sus prodigios de jinete y en sus maravillas de su toreo a caballo, como contemplarla toreando a pie firme aguantando la embestida —muchas veces mala embestida— de aquellos torazos que, algunos de ellos, pasaban de las veintidós arrobas.

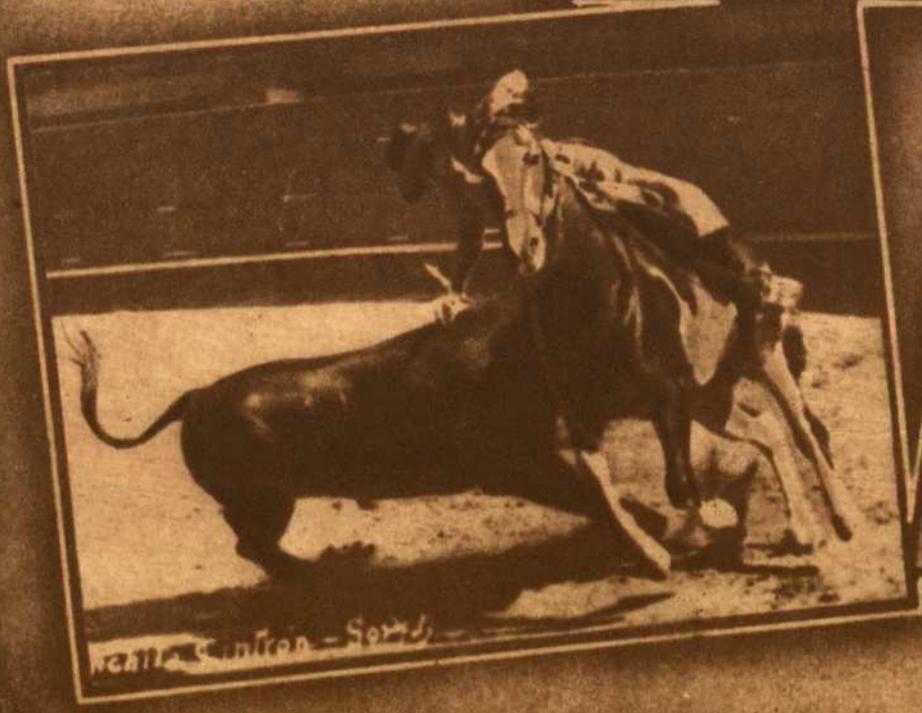
Y si como amazona ya mostraba su genio y la posibilidad magnífica de ser la gran figura en que ha cuajado, pie a tierra no tenía nada que



envidiar Conchita Cintrón a los ases de la torería, tales eran su temple, su dominio, su arte y el valor serenísimo en que apoyaba la ejecución de las suertes. En Sevilla, donde ha hecho su presentación con éxito impresionante; ha dejado bien afirmado su prestigio la joven y bellísima rejoneadora.

Llega a España Conchita Cintrón después de haber triunfado en Lima, en Méjico... en todo el mundo tau-rino.

Y podemos asegurar que el triunfo que la espera en todas sus actuaciones de España será el mayor de su vida, así como que nuestro público consagrará en ella la más alta figura en su arte.



EL PATIO DE CABALLOS

Por Luis Molero Massa

ANTESALA del ruedo, recinto que comunica la fiesta en la calle, con la lidia en la arena, el patio de caballos recoge entre sus muros, el espíritu de esas frases tan repetidas:
 ¿A dónde vas?
 ¿A los toros!...
 ¿De dónde vienes?
 ¡Psch! De los toros...

Diez minutos antes de empezar, el lugar bulle, se agita, se ilumina con la luz de los alambres; con la sonrisa forzada de los matadores; con la faz optimista de los que van con la ilusión de presenciar una buena corrida; con el trote corto de los caballos que montan los picadores; con sus trajes aún impecables y sus moñas airosas; con el tono chillón de las blusas de los monosabios; con el pisar alegre de los alazanes de los alguacillos... todos preparados para el momento de iniciar el pasillo, y entremezclados en pequeños grupos.

Antes llegaban hasta el recinto los coches de los matadores, poniendo una nota de estridencia cascabelera o ronca, según el vehículo. Con ellos entraban también el grupo siempre inspirador de curiosidad, que formaba el triplicado de aspecto indisoluble del picador, el mono a la grupa, y el jamelgo. Hoy —al menos en la Plaza de Madrid— los picadores acuden en un coche de la empresa, y los toreros dejan su coche fuera de la Plaza y entran a pie. Es el momento en que se tambalean por un movimiento de curiosidad los grupos de espectadores. Por entre los muros pardos, tranquilo y pausado, avanza el ídolo de la fiesta, con una sonrisa este-reotipada, que quiere ser de animosa despreocupación, y que a los segundos de conservarla se ha convertido en una mueca. El fenómeno, goza de la popularidad, esa cara sutil y halagadora, que consiste en ser conocido por personas de quienes no se conoce ni el rostro, ni el apellido. El matador estrecha manos que se le tienden, aguantando abrazos que le estrujan, como si procedieran de un familiar querido. Oye a distintas personas frases de diferentes matices e intenciones:

—«¡Mucha suerte, maestro!...» dice el de buena fe.
 —«A ver qué hacemos esta tarde...» apunta el que luego se a exige.

—«¡Míralo, que bonito viene!...» comenta el que se define a sí mismo como «más flamenco que la Torre del Oro».

Y otro que ha venido con los amigos de la Peña de Café, afirmando que es su amigo íntimo, se separa un momento para decirle:

—«Tú... el amo, el mejor. Ya sabes lo que te tengo dicho...»

Y tras un apretón de manos, al que el torero corresponde sin saber ni importarle lo que le ha dicho «¡ese señor, vuelve éste con sus amigos, feliz y sonriente, comentando:

—«¿Habéis visto cómo se ha alegrado de verme? Si faltó yo a la corrida se lleva un disgusto...»

Ya están completas las cuadrillas. Los peones charlan y se ríen de un piquero gordo que intenta subir al caballo empujando por dos ayudantes sin conseguirlo. Una chica topolino, del estilo de la protagonista de la magnífica «novelita» de José Vicente Puente, se acerca a un espada para pedirle un autógrafo, le ofrece un «rubio» y se olvida mientras charla de la cara de loato de su acompañante y de la de asombro de los que la oyen. Un extranjero saca fotografías de todos, y el redactor gráfico de EL RUEDO atisba para tirar sus plicas el momento en que los tres matadores estén al frente de sus cuadrillas. Se habla en voz alta, se ríe sin saber de qué, y por el ancho portón de salida, invaden el patio los rayos del Sol y el vocerío de las gradas. Envuelto en la luz y en el sonido, el toque agudo del clarín, entra también y se pasea por el empedrado. Los alguacillos salen; las cuadrillas forman; los curiosos desaparecen corriendo en busca de sus localidades. Unas manos se crisan inconscientemente al amparo de apretar el capotillo de lujo. Suenan en el fondo los cascabeles de las mulillas y durante unos segundos antes de salir, se hace un silencio entre los que van, que contrasta con el estrépito de los que esperan. Han vuelto del despeje los alguacillos... La pequeña formación echa a andar y el patio de caballos deposita en el ruedo el contenido de sus habitantes... Ha empezado la corrida.

El aspecto del patio ha cambiado por completo. Durante la lidia, su portón se abre y cierra muchas veces, para dejar salir y entrar después a los picadores con sus jacos. El recinto es ahora la clínica extraña de un veterinario mágico, encargado de resucitar animales



El ágil lápiz del caricaturista Tilo, ha sabido plasmar con gracia especial el ajetreo del patio de caballos, momentos antes de empezar la corrida. Ya los toreros han llegado y los amigos y aun aquellos que no lo fueron nunca, pugnan por estrechar la mano del diestro, que, muy ufano, contesta algo sonámbulamente a sus admiradores

medio muertos, mediante cosidos, operaciones rápidas e inyecciones misteriosas, que ponen en pie y lanzan de nuevo a la arena, caballos que volvieron de ella sin huesos sin piel y hasta su vida. Sólo cuando todo falla, queda alguno inservible, descabellado en un rincón y tapado con una arpillera. Se cruzan frases breves, interjecciones y comentarios entre piqueros y monosabios.

—No te quejes tanto, Rafael. Si total ha sido una caída de nada...

—Mira; no te cayeres tú desde el tejadillo —contesta el desmontado mientras camina cojeando hacia el burladero para presenciar la faena del matador.

Poco a poco, a medida que avanza la fiesta, el patio se va ensombreciendo. Ya no recibe la luz del Sol, que ha rebasado la altura del portón, trepando durante toda la tarde por el graderío. El último toro lo atraviesa arrastrado por las mulillas. Y desgraciadamente, demasiadas tardes, vuelven a cruzar el pardo recinto, los protagonistas de la fiesta, silenciosos, cansados, camino del coche que los trajo a la Plaza. La sombra de las últimas horas de la tarde, ha hecho desaparecer al curioso, al amigo, al fotógrafo, al grupo de espera optimista... Por entre las grietas de los muros, parece surgir la frase cansina:

—«¡Psch!... De los toros...»





Yo no puedo concebir una corrida de toros sin música. Es el espectáculo tan pintoresco, tan gallardo, tan garboso, que pienso que sin un flamenco pasodoble, no podrían hacer el paseillo las cuadrillas.

Desde el momento en que suena el timbal y los clarines, para que los alguacillos salgan a pedir las llaves, todo en la Plaza tiene alegría y emoción.

Los toreros salen cabizbajos y siempre sin marcar el paso al compás del pasodoble; ellos van más despacio que lo que el ritmo de la música señala.

Parece como si fueran pensando en la suerte o desgracia que tendrán en la tarde... Luego, a cada cambio de suerte, los clarines que rasgan el aire y el timbal que redobla con un sonido que yo diría dramático.

Por cierto que he notado en muchas Plazas la ausencia del timbalero, y es lástima; pues los clarines, sin timbal, no tienen igual emoción...

También se echa de menos en algunas Plazas una buena banda de música que amenice, como merece, el espectáculo. He oído por ahí algunas «bandejas» —no se les puede llamar bandas— con diez o doce músicos, que se saltan las lágrimas al oírlos. ¡Vamos, señores empresarios, que con lo que se paga hoy por ver una corrida ya puede haber una buena banda en la Plaza y obligar a los directores a que toquen pasodobles buenos, inspirados, españoles y bien instrumentados...!

Recuerdo, a propósito de esas modestas agrupaciones, que fuimos unos amigos a un pueblo de la Sierra a presenciar una «corrida» de toros, que se daba con motivo de las fiestas locales. La bandita tocaba un pasodoble mío. Bueno; no lo tocaba: lo golpeaba y lo hacía cisco. ¡Qué desafinación, qué clarinete, qué bombardino! Nuestras localidades estaban junto al sitio destinado a la banda.

Yo sufría de ver tan maltratado a aquel infeliz hijo de mi modesta inspiración, pero a uno de los amigos, guasón, se le ocurrió comprar en la feria polvos de estornudar y lanzarlos al lado de los músicos y aquello acabó de mala manera; fué un continuo estornudo el de los pobres músicos, que tenían que dejar de tocar para sacar el pañuelo.

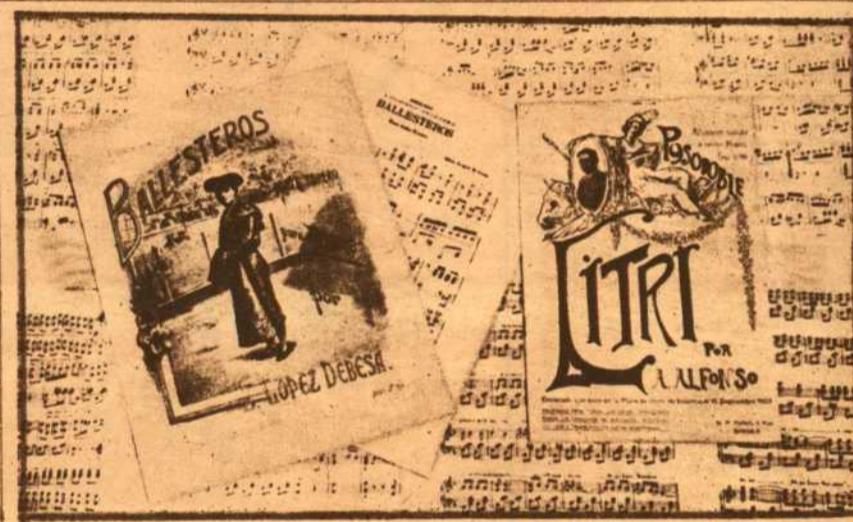
Al final sólo quedaron actuando el director, con su batuta, y el del bombo arreando mazazos, mientras estornudaban también. Todos los demás, con los pañuelos en la mano, que yo creo que el presidente suponía que estaban ya de antemano pidiendo la oreja para el diestro, flamean al aire cálido de la tarde de estío.

En fin, que sin música no puede haber una buena corrida de toros. Ya se ve que cuando un torero empieza a hacer faena, todo el público pide

LA MUSICA EN LA CORRIDA

CLARINES Y TIMBALES

Por el MAESTRO ALONSO



música, musical, y que siempre subraya como una ilustración los momentos más emocionantes o alegres de la fiesta sin par y única por la que los españoles nos sentimos aún más españoles...

A MITAD DE LA CORRIDA



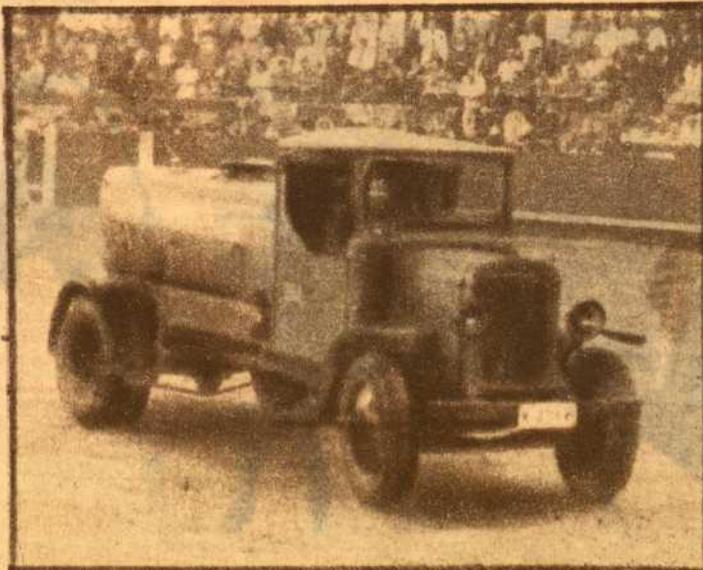
AGUA EN LA ARENA

Por UNO DEL UNO

YA han dado su media vuelta las mulillas, lanzadas en loca carrera hacia el portón, arrastrando el cadáver del tercer toro, cuyos ojos vi-

dmiosos se fijan en los tendidos. El aire polvoriento se llena de chasquidos de látigo, mezclados en la marea del comentario que baja desde la andanada hasta la barrera. Aun está el matador junto al burladero, con la toalla en la mano, secándose el sudor, en espera de las manifestaciones del público. Hace calor, mucho calor. En los tendidos, minutos antes en silencio, solamente interrumpido por los olés a que dió lugar la faena, o por aquel otro pito del disconforme o la voz del que siempre grita "aprovechando el clarito"; resueñan ya las voces de los vendedores de gaseosas, helados y cerveza. El público, enardecido por los chillidos que antes dió, tiene reseca la garganta y solicita, presuroso, líquido fresco para calmar la sed. Hay un revuelo, así como algo de ola humana que empuja una botella desde la blanca figura del voceador hasta las manos del peticionario. Los espadas ya están todos en el callejón, y alguno fuma el cigarrillo de la espera mientras charla con su mozo de estoques o con algún amigo que está acodado sobre la barrera, en cima de las flores de un capote de paseo.

Es en este momento cuando suena el trepidar de un motor, y por los portones que antes se tragaron la alegre estampa de las mulillas cascabeleras sale a la arena el tanque municipal encargado de regar el ruedo, reseco y sediento. Es este camión algo así como una nube bienhechora que sólo descargara su viento hidrópico en el lugar que se le señalase.



no conoce este importante momento de la corrida. Importante, sí. Por lo que tiene de benéfico para los lidiadores, y aun para el público; pero aun más por la gracia y habilidad con que esta función se desarrolla. El conductor, que no sabemos si siempre es el mismo, ha sabido dar a su labor tal aire de tecnicismo que, en una vuelta al redondeo y un recorte por el centro, deja enfilado el camión hacia la puerta por donde vino, y totalmente regado e rueda.

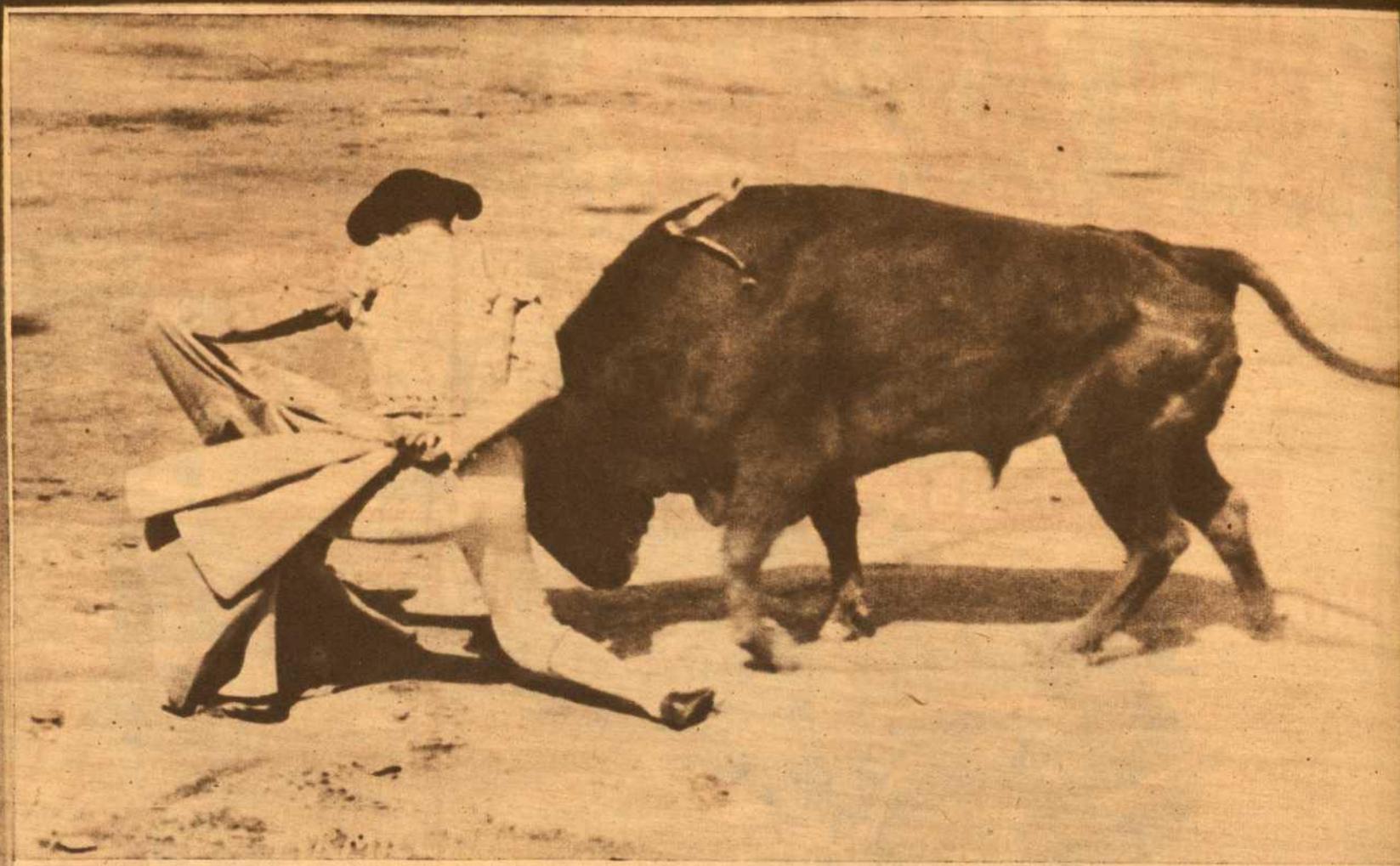
No veán ustedes nunca un lunar. Es la geometría aplicada al riego, y aun más el arte de este hombre que, en la cabina de su artefacto, maneja el volante con tal gracia que parece haberse contaminado del ambiente de la fiesta.

Es la faena de este hombre una faena que siempre se aplaude, y no todas las veces, con el calor que se merece.

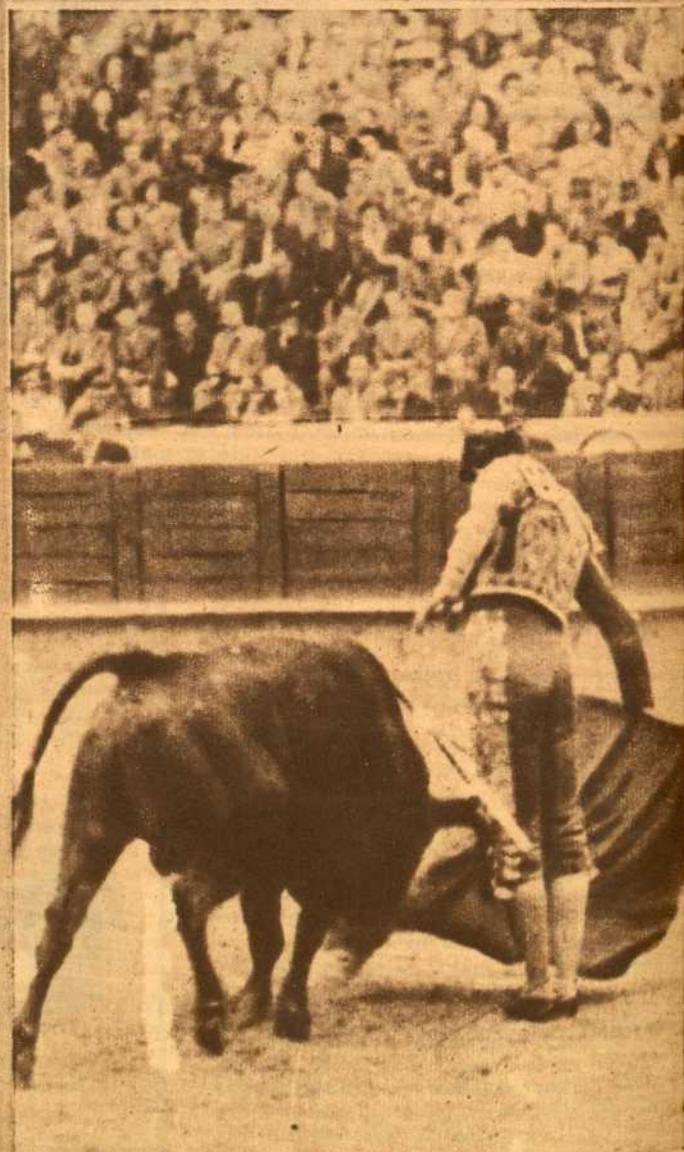
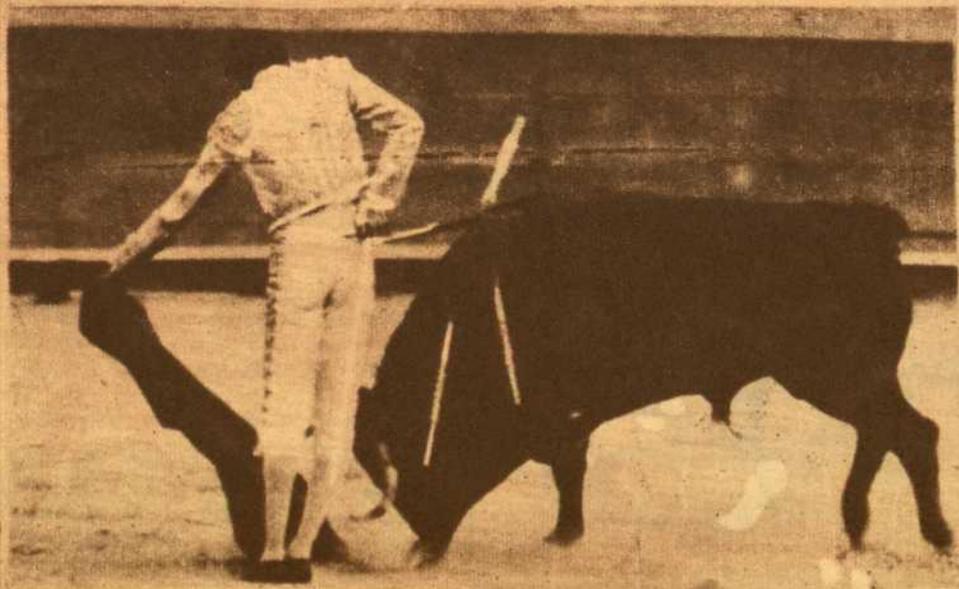
El agua que ha ido dejando caer sobre la arena ceñida a la barrera tiene algo de capa que se mueve lentamente. Y puede decirse que, en realidad, lo que sale a hacer el conductor al ruedo es una larga verónica pluvial, cerrando con un recorte en los medios. Hecho lo cual enfila el portón y desaparece tras ellos.

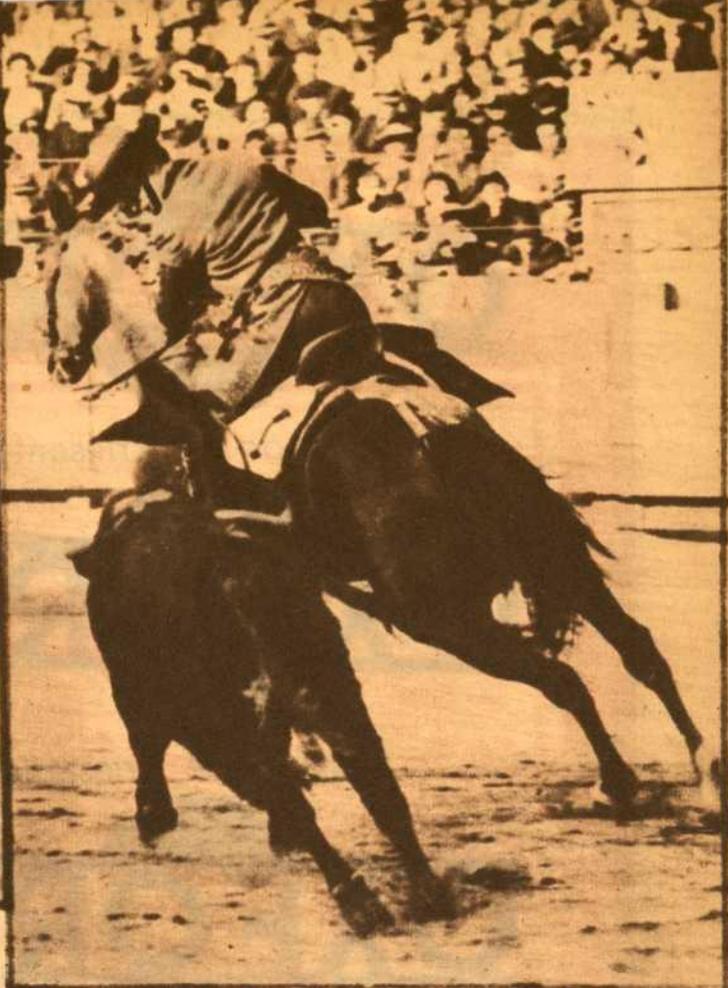
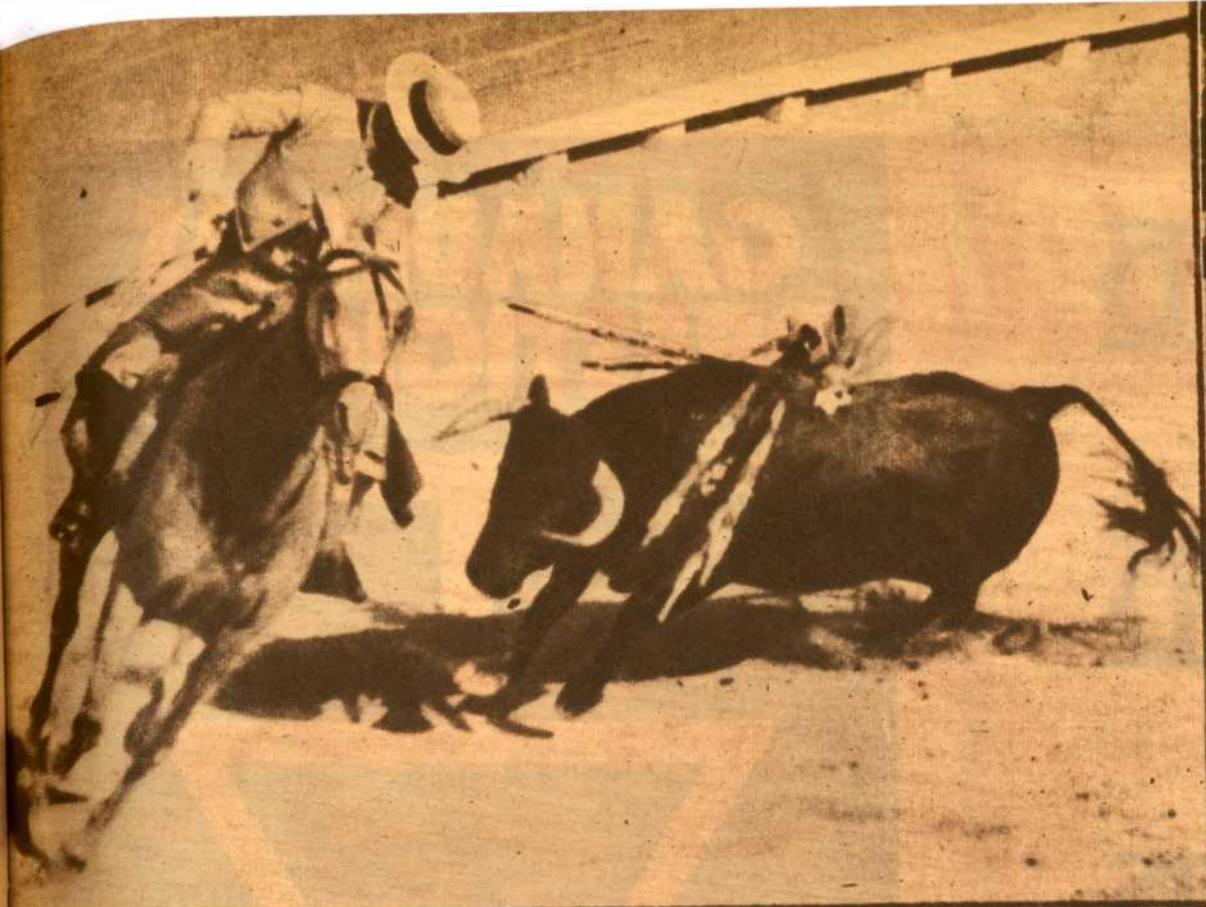
Algunos aplausos quedan prendidos en el aire, que empieza a ser rueno espeso. Y de los tendidos de sol sale el rueno tronar de los tímbrales y el alegre tararí del clarín que anuncia el cuarto toro.

El JOSELITO MEJICANO



Fermín Espinosa era maestro del toreo a los dieciséis años. La crítica española reconoció que Armillita no tuvo otro precedente que el de Joselito. En su edad y en lo extenso y completo de su arte. Y no sólo ha mantenido su prestigio en la brillantísima competencia con las mejores figuras que han ido apareciendo, sino que le acrecienta y ensalza con las actuales. Y con las que vengan. Porque si a los dieciséis años era maestro, hoy, todavía en plena juventud, lo sigue siendo.





SOBRE EL TOREO A CABALLO

Cómo lo vi y cómo lo entiendo

Por ALVARO DOMECC

LASÍMA ser yo el designado para escribir algo acerca del toreo a caballo en el extraordinario de esta gran revista. Pero no puedo negarme. La amabilidad y el desinterés con que EL RUEDO sigue mis pasos en el arte del toreo me obligan tanto que, en justa correspondencia, he de acceder al cariñoso requerimiento de su director para que sobre estas mismas páginas, que tantas veces alabaron mi nombre, opine, sin autoridad y sin aptitudes para la pluma desde luego, sobre tan interesante tema. Sin embargo, intentaré dar una rápida impresión de como concebí y concibo el toreo a caballo, por el que siento tan extraordinaria afición. Al hacerlo, por mi juventud y por lo poco que me gusta asesorarme en escritos ajenos, temo, como es natural, repetir o incluso faltar al orden de las cosas; pero todo quedará subsanado al declarar que sólo opino de lo que mis años me dejaron ver tal y cómo lo vi.

Siempre pensé, y sigo pensando, que los estilos de un diestro, a pie o a caballo, como en toda manifestación de arte, están íntimamente ligados a sus facultades físicas y mentales, y en la comparación de dos figuras distintas, grandiosas ambas, en el arte a que se dedicaron, encuentro la justificación de mi creencia.

Una es la del famoso Antonio Cañero, exponente claro de la valentía española; la otra, la de Juan Belmonte. Los que pretendíamos andar a caballo, en Cañero teníamos que ver y entender el valor mismo; los de a pie tenían también que admirar el valor, erguido en esa gran figura de caballero español. Su heroísmo y su poder vencían las mayores dificultades. Sólo necesitaba para rejonear una jaca, mejor o peor, en tal de que pudiera sostener sobre sí la estereza de un español de Córdoba, y luego unos rejones de lanza y castigo para vencer el poder del toro, que el diestro calculaba con precisión para después de banderillar, matarlo a rejón o metiéndole la espada, pie en tierra, por el morillo.

Entre tanto, la otra figura, la del famoso torero de Triana, que siempre dió sensación de escasas facultades, ajustaba con su grandioso arte, con la suavidad y con el temple a su capote y de su muleta, las violentas embestidas de las reses. Y un día Juan Belmonte se quitó de torear a pie y se dedicó, por amor al arte, a torear a caballo, de igual forma que a pie, sin duda para mantener su amor a los ruedos de España, en los que tantas veces se había cubierto de gloria y de fortuna. Y no recuerdo si fué en Sevilla o en Madrid donde pude comprender y ver por vez primera que Belmonte vencía la fortaleza de su enemigo con un procedimiento natural para su estilo y facultades; con el mismo que usó a pie, con el temple de su toreo.

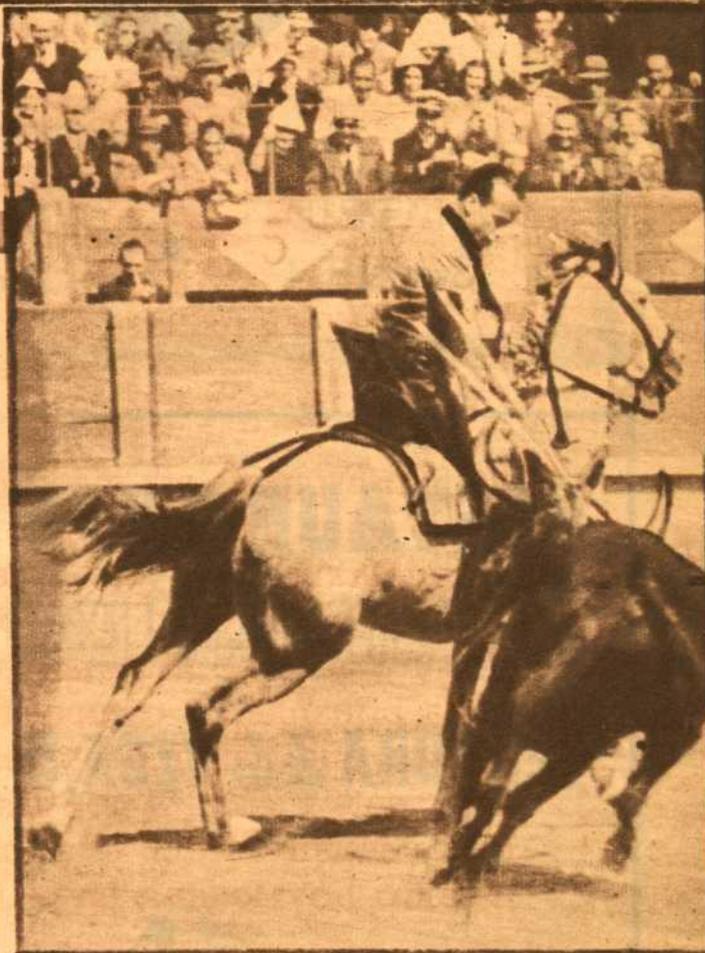
El toro perseguía a su caballo; y aunque, como es lógico, éste corría ante su cara, pude advertir fácilmente que no lo recortaba siempre, como se hace en los tentaderos, en el campo y en las plazas en general, sino que vendía la velocidad del toro y las cornadas que a la grupa o cola de su caballo tiraba, con pequeños recortes para no ser alcanzado. Después quedaba otra vez ante el toro. No se iba. Y así una y dos vueltas a la Plaza, o más, si necesario era, hasta conseguir que el toro no derrotara y fuera al mismo paso que la grupa de su caballo le marcara, obediente al mando de la mano del jinete, que imprimía a las riendas idéntico ritmo que un día imprimió a la muleta. El toro, entonces, como siempre sucedía con la muleta de este gran torero, aprendía a embestir sin cornear y con lentitud. La larga cola de aquel buen caballo que montó Juan templaba y mandaba, corriendo ante su cara, rompiendo los diestros, frenando hasta consentir y desengañar las ansias de prender del toro. Como en el toreo a pie corría al toro de su inclinación a prender por un lado determinado a caballo, igualaba las embestidas con vueltas al lado contrario y conseguía; al fin, con su grandiosa lidia, que todos los toros que rejoneaba llegaran a su muleta con la fuerza y el temple que necesitaban, para luego, como tantas otras veces, después de echar pie a tierra y realizar una gran faena, enseñar al público la oreja del animal que había rejoneado.

Y esta lección de toreo a caballo la vi no sé si en Sevilla o en Madrid; pero sí sé que aquel día, ante mis ojos, se plasmó la forma perfecta de lidiar a caballo, mi máxima aspiración como base y fundamento del rejoneo español según lo entiendo.

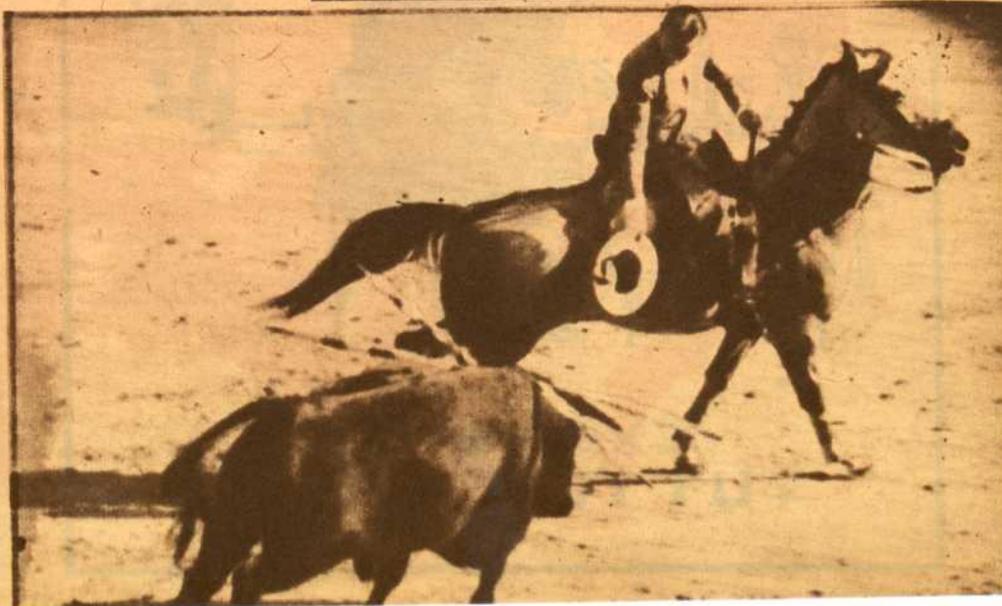
Después, en Portugal, de donde he venido hace poco, vi otras formas acimatadas a los toros de allí y al tamaño de las Plazas aquellas. Emoción en los pocos rejones que se ponen y lidia exclusiva para lograr ponerlos. El toro se rejonea muy entero; pero no es de la casta del de aquí. El torear a caballo se confunde con el campinar, como allí llaman a lo que en el campo se hace. No es usual el toreo a caballo con este estilo que aprendí de Juan Belmonte, el coloso de Triana, pero, al parecer, gusta muchísimo, según he podido advertir en la fuerza con que lo aplauden.

Así, pues, yo entiendo que entre Cañero y Belmonte se ha fraguado en España —cuna de todos los toreros— el toreo a caballo. A Portugal le pertenece, sin duda, el origen, la limpia tradición del rejoneo; pero conseguir a la jineta el dominio absoluto de la bestia indómita, está entroncado con el arte invisible de la lidia. Es patrimonio netamente español; pertenece a España.

Y termino ya estas líneas sincerísimas, que envío de todo corazón a esa gran revista de la que un día dije que la arena de su ruedo jamás se enfanga. En ella quedan grabadas por igual, con amorosa preocupación por la fiesta, las huellas de las zapatillas del inmenso Manolete, o las del más modesto novillero; las herraduras de la brava Espléndida, o las rotas y gastadas de un famélico caballo de picur.



Alvaro Domecq, en distintas fases del rejoneo español, tal y como lo ve y siente



OXFORD

Calzado de Artesanía

OXFORD

Calzado de Artesanía

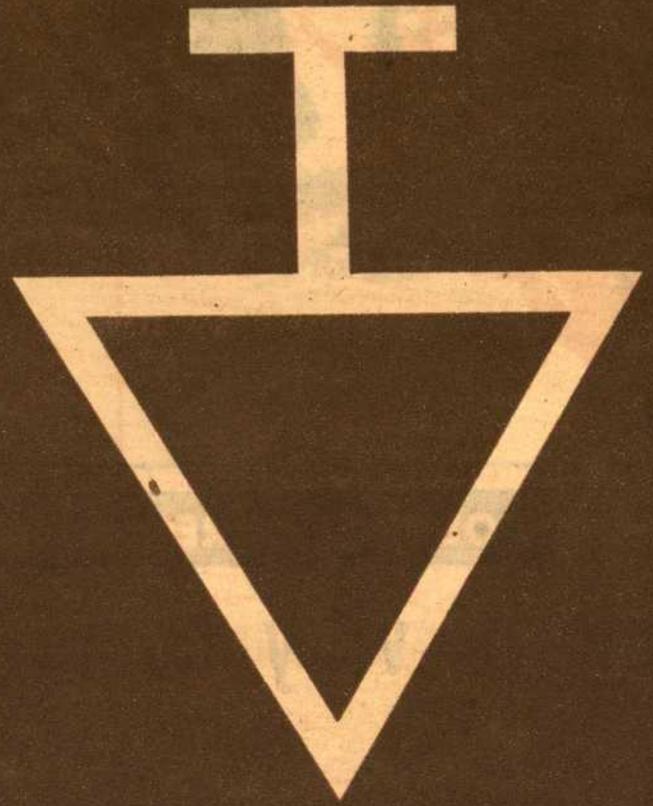
OXFORD

Calzados de Artesanía

MADRID
Sevilla, 4

BILBAO
Navarra, 1

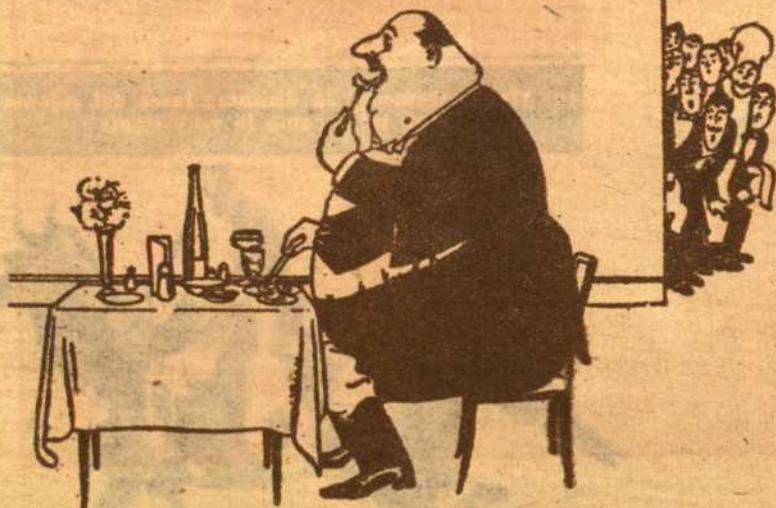
**GANADERIAS
PRESTIGIOSAS**



RESTAURANTE

JULIAN ROJO H^{NOS}

VENTURA de la VEGA, 5



**EXQUISITO
TUTTI - FRUTI**

Summum

Zapatería
de
lujo

Avenida de José Antonio, 30

MADRID

LA SALIDA DEL TORO



Se acabó el prólogo. La seda se refugió en los barandales de las barreras. El clarín agudo acaba de

haber calmado en el tendido; la expectación en las bellas, la inquietud en el espectador, el desasosiego en el torero. Todas las miradas quieren converger a la par en un solo punto. En el portón de los sustos. Como en esos escenarios donde al proyección de luz va recor-

tando la siuleta de la cantante, en el reducido plano —antes de lo imprevisto— de la puerta del toril, se acaban de dar cita todas las miradas. Va a salir el toro. Pero no sale de una manera vulgar y corriente. Le acompaña un rito. La ceremoniosa actitud del encargado de los toriles, quien, pausadamente, se adelanta unos pasos, como el guardamanta celoso, de su marco, mira a la derecha, luego a la izquierda, otea al fin en una mirada circular que barre todas las faldas de la roja barrera, y consciente de su responsabilidad, satisfecho por la previsión, descorre a una mano el grueso cerrojo.

Y... La salida del toro, fuente de inspiración de poetas y pintores, es ya motivo de honda preocupación para el torero de turno. Diríase que de su primera impresión, del choque primero con su negra mole —el color preciso del pelo del toro llega a nuestra retina más tarde— depende nuestra felicidad o nuestra desgracia.

Si es verdad que en la vida lo que manda es la simpatía; si es cierto que amistades profundas, amores eternos, fundamentaron sus cimientos en la teoría popular del flechazo, no es menos cierto que de la simpatía o antipatía que le produzca a un lidiador, este su primer encuentro visual, depende en gran parte el acierto o desacierto de sus faenas.

Aunque palabras veraces, consejos inteligentes, pronósticos técnicos, le hayan hecho creer a uno, en la mañana, terminado el sorteo, que el toro tal o cual es así o es asado, la verdad, lo único intangible, es que hasta que el toro no acaba de salir y se nos presenta tal cual nuestra ojeada lo estima, no se hace en nosotros esa materia de juicio que nos permite alentar o nos sume en el descontento. Un segundo —¡qué difícil es determinar este pedazo de tiempo!— después que el toro está en la Plaza, nuestra mirada, cierta ya en el tono de embestida, en su probable característica de pelea, se tropieza con la mirada del toro. ¿Qué dirán sus ojos?

No hay tiempo para traducir.

Ya está en el tercio, esperando, desafiante, nuestra decisión.

Y ya estamos delante de su furia.

Pero la luz de su mirada, en aquella primera salida al ruedo parece acompañarnos. Es como una invitación o una cadencia. "Miraba tan noblemente —nos queremos escuchar— que quizá nos tome el capote "inocentemente".

Y en ese "quizá" de la salida del toro está en juego todo nuestro porvenir.

Este trascendental momento de la lidia tiene para nosotros los toreros

por

ANTONIO BIENVENIDA



otra mayor estimación. Y es que es, sin duda, el momento en que el torero vive desligado del público, sin la opresión de su mirada vigilante. Durante la salida del toro no hay más objeto preferido que ese. Verle salir durante la salida del toro no hay más objeto preferido que ése: verlo salir impetuoso y esperar que nos tome el capote, porque quizá en ese segundo...

Plaza de Toros de la Real Maestranza SEVILLA

Organización: EDUARDO PAGES

FERIA DE ABRIL DE 1945



Primera Corrida
18 DE ABRIL



Segunda Corrida
19 DE ABRIL



Tercera Corrida
20 DE ABRIL



Cuarta Corrida
21 DE ABRIL

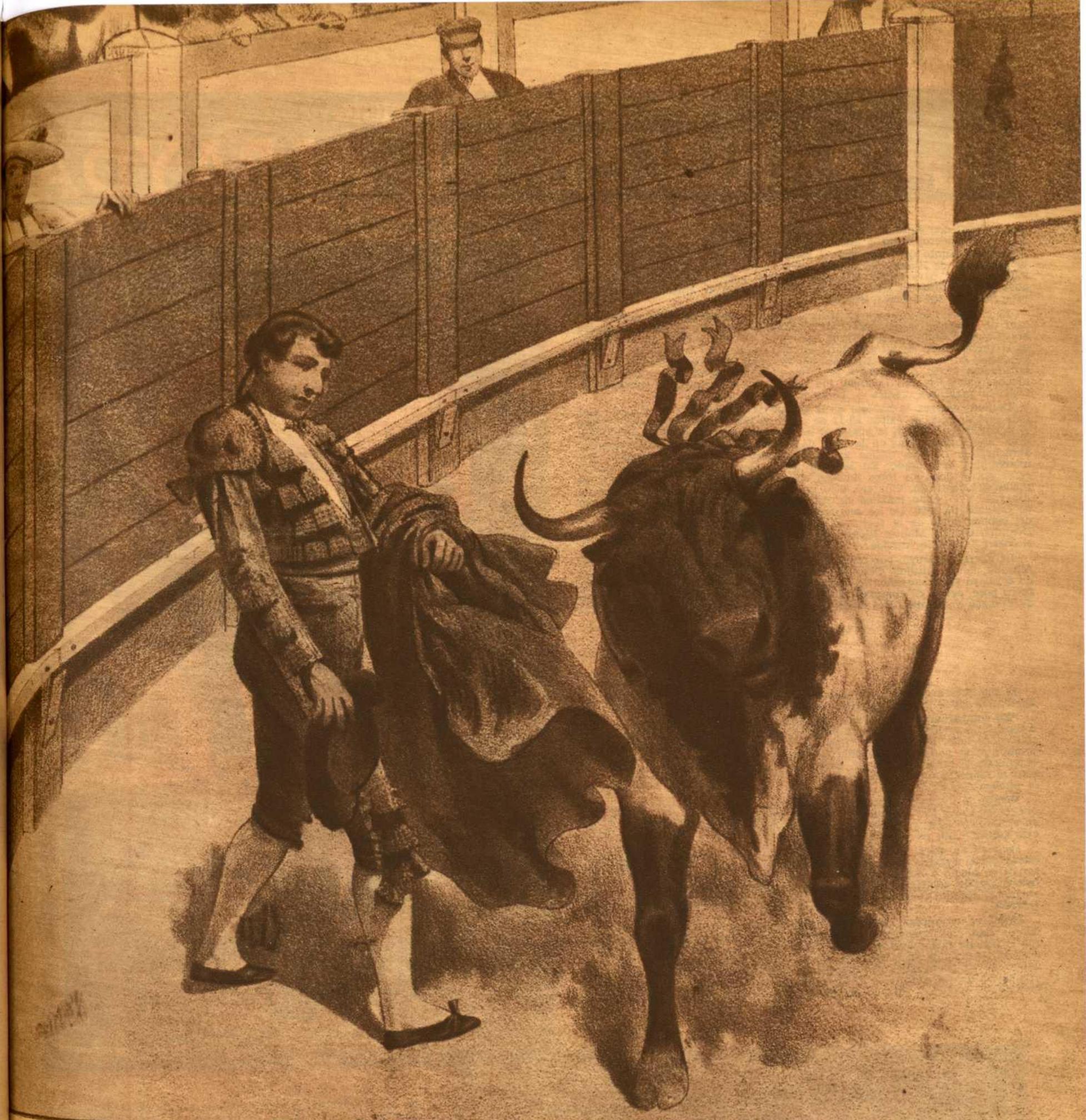


Quinta Corrida
22 DE ABRIL



Novillada de Feria
23 DE ABRIL

Como nota curiosa publicamos en esta página una fotografía de las taquillas de la Plaza de la Maestranza, de Sevilla, en los seis días de la Feria de Abril último. Las corridas de Sevilla, como las de San Sebastián, Valladolid, Salamanca, Gijón y tantas otras, pertenecen a la Organización de Eduardo Pagés, empresario español, que ha logrado, en cuantos países se celebran corridas de toros, una reputación verdaderamente única.



EL RECORTE CAPOTE AL BRAZO

El recorte capote al brazo una suerte en la que la emoción y el riesgo van unidos a una gran belleza y plasticidad. Hace largo tiempo que no sale a relucir por los ruedos de España, y es lástima que así sea, pues ya son muchas las suertes que por desuso han pasado al olvido.

Naturalmente que no es este momento de la lidia propicio para ejecutarlo siempre y con todas las clases de toros. No es que diga, por tanto, que se vaya a dar en todas las corridas, como las verónicas; pero es verdaderamente penoso que no se aprovechen las ocasiones que se presentan para recordar y dar a conocer a la nueva generación taurina la gracia y emoción del recorte.

Alguna vez sale el toro bravo y pronto, que se come el capote, al que se le podía recortar, con esa pequeña garantía de seguridad que tiene cualquier suerte del toreo, ya que una de las condiciones que ha de reunir el bicho para esto es su bravura.

Cuando yo lo hacía, dejaba que el peón lo doblase primero por los dos lados, para ver cómo embestía, y en seguida, con la capa doblada sobre el antebrazo, me iba al encuentro del toro. Para que la suerte salga limpia y poderla repetir hasta cuatro o cinco veces, hay que dejar llegar al astado muy cerca; entonces se carga la suerte y se le da la salida. Así una y otra vez, hasta cuatro o cinco, aunque yo puedo decir de mí que en una ocasión, en Barcelona, le recorté a un toro seis veces.

Es, desde luego, una de las suertes más peligrosas de toreo, para la que se nece-

sita un gran valor; sin embargo, se encuentra al ejecutarla una verdadera compensación, ya que desde el primer momento la emoción empuja a la gente a ponerse en pie. Yo, que como se puede ver soy un enamorado de este momento de la lidia, la he dado siempre que he podido y, sin embargo, no he sido cogido en ella más que en ocasiones, sin llegar a ser herido.

Garantías, sí que necesita muchas. Como ya digo antes, el toro ha de ser bravísimo y no debe vencerse de ningún lado ni derrotar, y hay que coger el momento de más fuerza del bicho, que es a la salida del toril.

Valgan, pues, estas líneas como recuerdo de esta bella suerte, y quiera Dios que un día volvamos a saborear —esta vez desde el tendido, por fuerza— la recia estampa del torero con el capote doblado sobre el antebrazo, que esquivaba con gracia y arrogancia el viaje de un toro.

La actual generación de aficionados agradecerá lo que para ellos significa una novedad, y los viejos también, pues crerán volver a sus años mozos cuando ellos pugnaban por contener el grito que se quería escapar al ver realizar el quiebro capote al brazo. ¡Ojalá sea pronto cuando en la fiesta vuelva a revivir suerte tan emocionante y arriesgada.

Antonio Sánchez

GANADEROS DE PRESTIGIO

EL MARQUES DE ALBAYDA

CUANDO don Antonio Pérez de Herrarte y Orellana, nombre de este prócer ganadero, sintió la afición de serio, hombre de buen gusto y experto en el asunto del toro, compró bien, ya que tuvo el acierto de adquirir la ganadería de Hidalgo Hermanos, cuya primitiva procedencia es de Gijón (Villasequilla), para seguir después en Ibarra y dar, más tarde, en Parladé cuando estos toros se lidiaban a nombre de Tamarón, antes de que fueran propiedad de los señores Hidalgo.

El marqués de Albayda encuentra lo que compró un poco descuidado. Con un semental de Tamarón, de nombre Campanero, refresca la sangre brava que ha comprado. Pone gran celo en su empeño, y fruto de su esfuerzo es la presentación de su ganadería en Madrid, en 1928 —fecha de su antigüedad—, en la corrida a beneficio del Montepío de Toreros. El primer toro lidiado esa tarde, que atendía por Amargoso, con el cual tuvo uno de sus muchos éxitos Marcial Lalandá, fué tan notable que inspiró al maestro Corrochano magnífica crónica en honor suyo.

Después de esto, la historia de la ganadería del marqués de Albayda está toda ella floreada de éxitos. El 11 de mayo de 1930, el toro Cocherito alcanza el honor de que le den la vuelta al ruedo al arrastrarlo en la Plaza de Madrid. Y ese mismo año, en la feria de Salamanca, en una corrida concurso, Mancheguito de esta misma ganadería, conquista el premio ofrecido, por unanimidad del jurado. En la feria salmantina de 1932 vuelve a destacarse entre todos los toros lidiados en ella, con homenaje de la vuelta al ruedo al arrastrarlo, Vñatero, otro toro que lucía en el morillo la divisa de Albayda. Y el éxito máximo de esta ganadería llega en la feria de mayo de Córdoba de 1936. De los seis toros lidiados entre ovaciones estruendosas del público, se le da la vuelta al ruedo a tres. Y cortan la oreja de todos Domingo Ortega, Manolo Bienvenida y Curro Caro, espadas que componían el cartel de aquella corrida.

La guerra destruyó, por completo, una de las ganaderías del Marqués de Albayda, la de Antillón. Pero como es un aficionado entusiasta y tescnero, no desmaya en su empeño. Ya ha logrado rehacer su ganadería, y por si esto fuera poco, acaba de comprar la de don Alvaro Domecq, formada con vacas de Veragua y semental del Conde de la Corte, que también es buena casta.

...

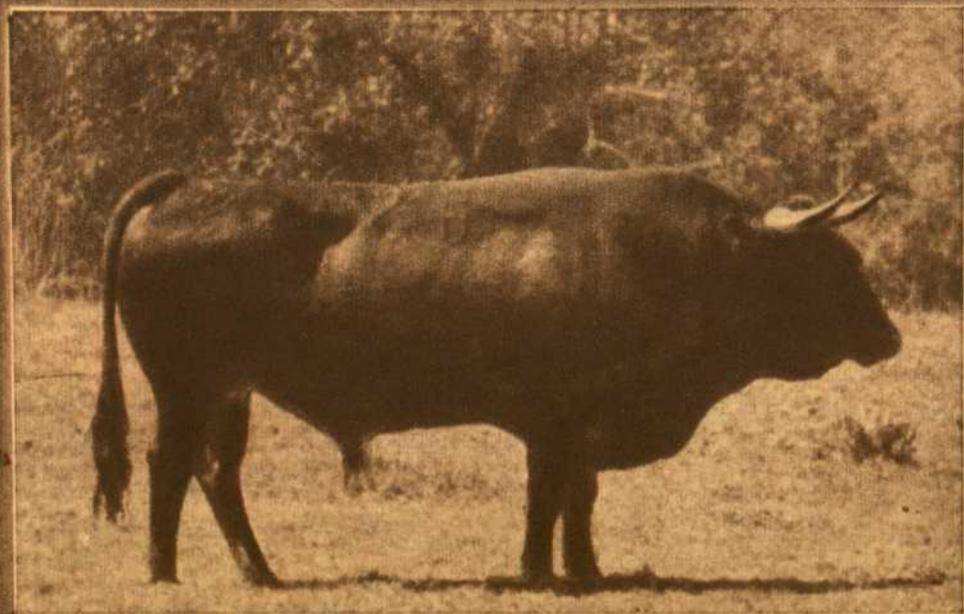
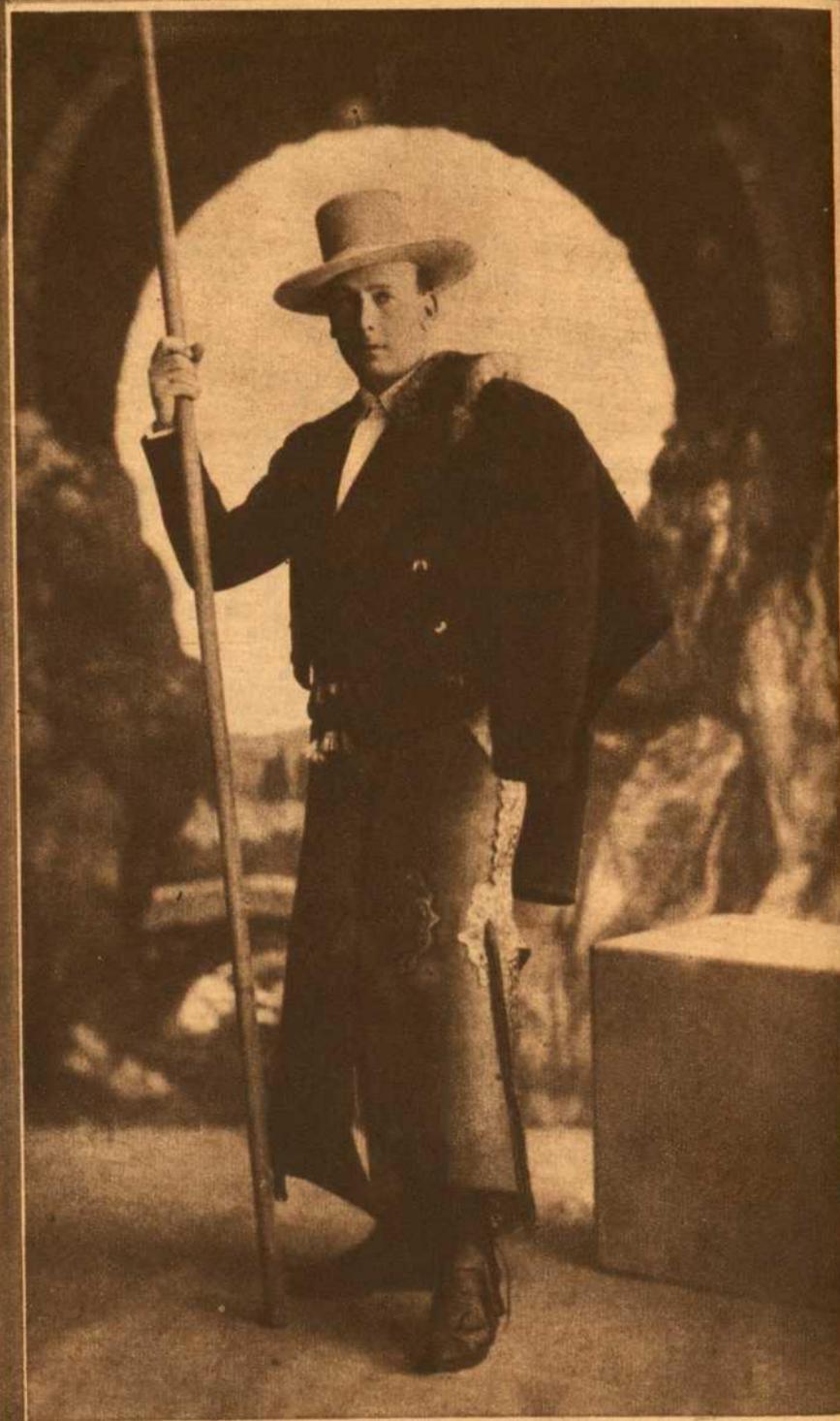
El marqués de Albayda nos ha hecho, acerca de "la bondad del toro de lidia", las siguientes interesantes manifestaciones:

"En una animada tertulia de aficionados, después de una corrida en la última feria sevillana, se dijo, a propósito de las condiciones que debe tener el toro de lidia, lo siguiente: "Hay que fomentar la bondad en el toro". A primera vista parece bien sencilla la solución del problema, tal y como debe entenderla el autor de la frase, para el que la condición de la bondad en el toro se reduce a que permita el lidiador realizar sin dificultad la faena que el público de hoy le exige.

Hemos de distinguir, sin embargo, para no llegar a una total confusión, qué entendemos los aficionados, y especialmente los ganaderos, por bondad en el toro de lidia, y si ésta puede conseguirse sin detrimento de la condición esencial, que es la casta o bravura.

En realidad, para un buen aficionado a toros, la calificación que a éstos pueda darse después de su lidia, no ha de ser, o mejor dicho, no debe de ser la de bueno o malo, sino la de *bravo* o *manso*; por consiguiente, si no hemos podido calificarle de bravo, será incongruente decir que fué bueno, aunque el lidiador consiga después de la faena y muerte del toro el supremo galardón.

Difícil es, en verdad, para el ganadero mantener la casta en su vacada, porque sobre las condiciones de inteligencia y afición que tenga hay que contar con un factor que no está, ciertamente, en sus manos. Puede el ganadero ser escrupuloso en la selección de sus vacas y sementales, seguir con verdadero interés las familias, continuando de generación en generación las castas originarias que le dieron los mejores productos; pero llega un momento en que todo el interés y cuidado del ganadero se pierde al producirse el hecho



de que el semental escrupulosamente elegido no transmite las condiciones de que él mismo dió pruebas suficientes cuando se le sometió al duro examen de la tienta.

Si partimos del principio de que hay que mantener a todo trance, como factor primordial, la casta o bravura, se hará indispensable para el ganadero escoger, como reproductores, a aquellos que, por su genealogía, y como consecuencia a la prueba a que fueron sometidos, reúnan todas las características del toro bravo.

Ahora bien; si el ganadero ha conseguido el toro bravo, ¿podrá, al mismo tiempo, hacerlo bueno, como hoy se dice? No creo haya quien pueda contestar, con plena certeza, a esta pregunta; indiscutiblemente, un toro bravo puede ser bueno y dar satisfacción al ganadero, al torero y al público; pero es también indudable que un



**DIVISA
ENCARNADA
Y BLANCA**

toro bravo (y esto tiene necesariamente que ocurrir muchas veces) no permita al lidiador el lucimiento que el público le pide. Podemos, en definitiva, afirmar que no es incompatible la bravura con la bondad que hoy se busca, pero es absolutamente imposible lograr siempre esto.

Para conseguir el toro llamado bueno, ¿deberá el ganadero no ser demasiado exigente en la casta? ¿Conseguirá, en definitiva, su objeto? A estas preguntas nos atrevemos a contestar categóricamente: que no debe ser blando en exigir bravura o casta a sus productos, y que, en definitiva, si transige, en corto plazo sólo habrá logrado hacer mansa su ganadería brava."

EL TORO BRAVO

Por

EN el toro de lidia se dan muchas clases de toros bravos y muy diferentes estilos de bravura.

Hay toros de gran bravura, que por sus excesivos nervios son molestos para la lidia, y ¡pobre del torero al que le toque uno de esos! Otros, en cambio, aun siendo bravísimos en todos los tercios, son suaves, pastuños y dóciles. Esta es la bravura de toro ideal, tanto para el torero como para el público. Todos salen ganando, excepto los contadísimos aficionados que gustan de ver el toro bravo, pero con dificultades, para con él juzgar bien al diestro que le toque en suerte.

Desde luego el toro bravo, duro y fuerte, con nervio y bronco de embestida, son y han sido muy pocos los toreros que han triunfado con ellos. En mi larga vida de torero y aficionado tan sólo he conocido poder bien con esta clase de toros a Guerrita, Joselito, Bombita (Ricardo), Ortega, Lalanda y mi hijo Manolo (q. e. p. d.), y que me perdonen todo el atrevimiento el citar entre las excepciones a un hijo mío.

Al hablar de toro bravo, yo no me refiero a ese tipo de toro que sale muy a menudo por los chiqueros y que son aplaudidísimos en los arrastres, pero que sus peleas dieron una de cal y otra de arena. Me refiero, en mi juicio expuesto más arriba, al toro de bravura completa, sin altibajos, en todos sus momentos y en los tres tercios de la lidia. A esos toros bravos que no se les ve dudar nunca y ni se duelen al castigo ni tienen querencia de ninguna clase. De esta bravura son poquitos los que salen en toda una temporada.

Los toros bravos de verdad son peligrosísimos cuando enganchan a algún torero. Puede decirse que es de verdadero milagro que en este caso el diestro no vaya a hombros a la enfermería. De mí puedo decir que las seis grandes cicatrices que tiene mi cuerpo, tres heridas muy graves, fueron dadas por esos toros de gran bravura a que me refiero. Sin que esto quiera decir que los toros mansos no den cornadas.

Samuel Rojas
Bienvenida

EL TORO MANSO

Por

HAY que distinguir por lo menos dos clases de toros mansos: aquellos que por sus condiciones — mala intención, huídos, etcétera — no pueden ser lidiados más que para matarlos cuanto antes y aquellos otros que podemos llamar mansos buenos, que dentro de su estilo no resultan peligrosos.

De todas formas, y como norma general, yo estimo que a un toro manso hay que tratar de confiarlo. Por ello, a la salida del toril, hay que evitar que el peón lo toree mucho, dando los capotazos a favor de la querencia del bicho. Si el manso es de los de estilo peligroso, aun habrá que ahorrar más los capotazos, siendo preciso, por tanto, colocarlo en seguida en suerte para ver de que tome, por lo menos, la primera vara. Como es consiguiente, si entra al caballo, que se le habrá echado tapando la salida del bicho, saldrá éste por pies. Hay que seguirle en su barbeo por las tablas, tratando de cortarle la huída. Si hay que porfiarle para que tome otra vara, se hará a base de los mínimos capotazos; pero como hemos quedado que es muy manso, pasaremos a las banderillas de fuego sin que se le dé siquiera un refilonazo más.

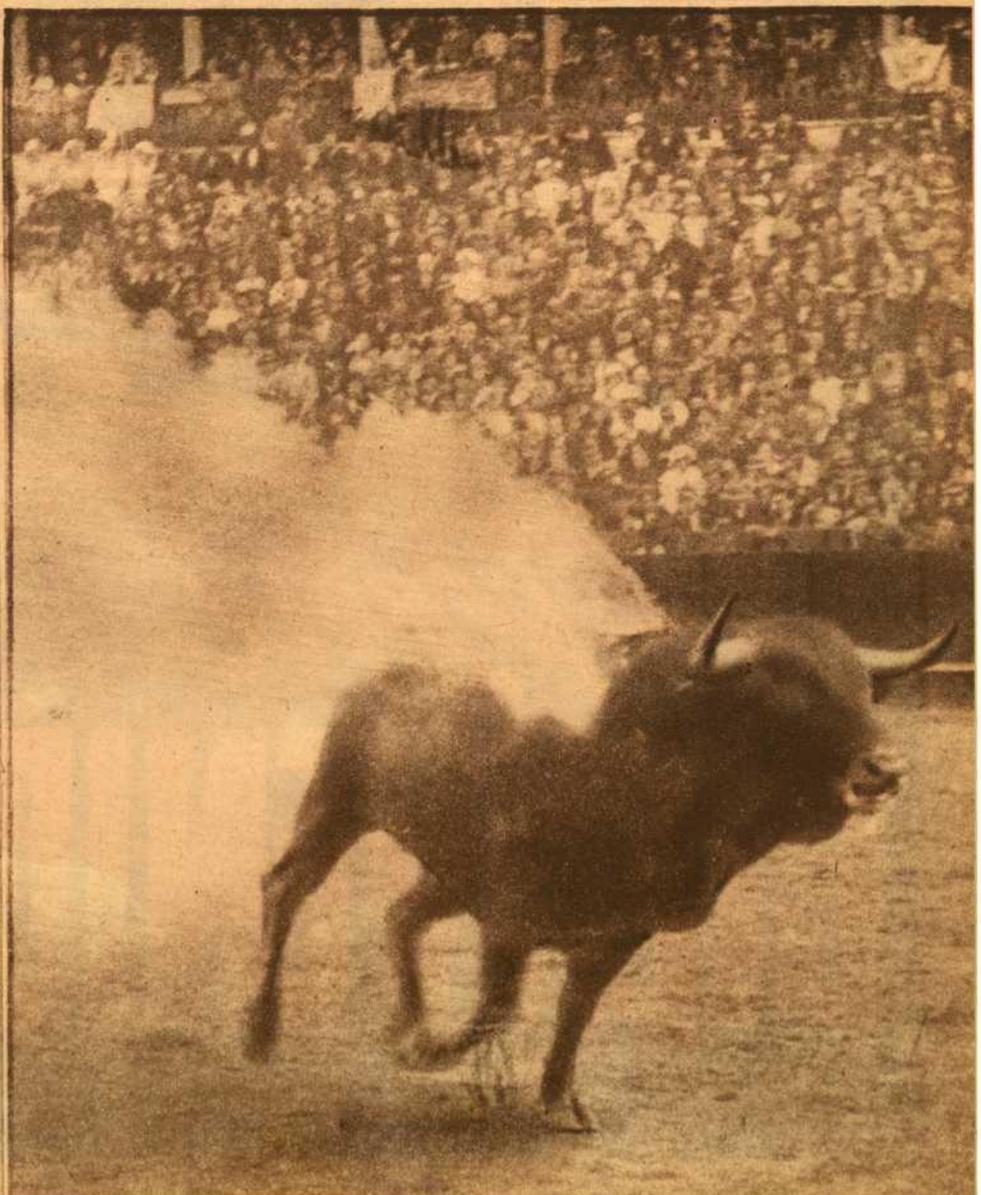
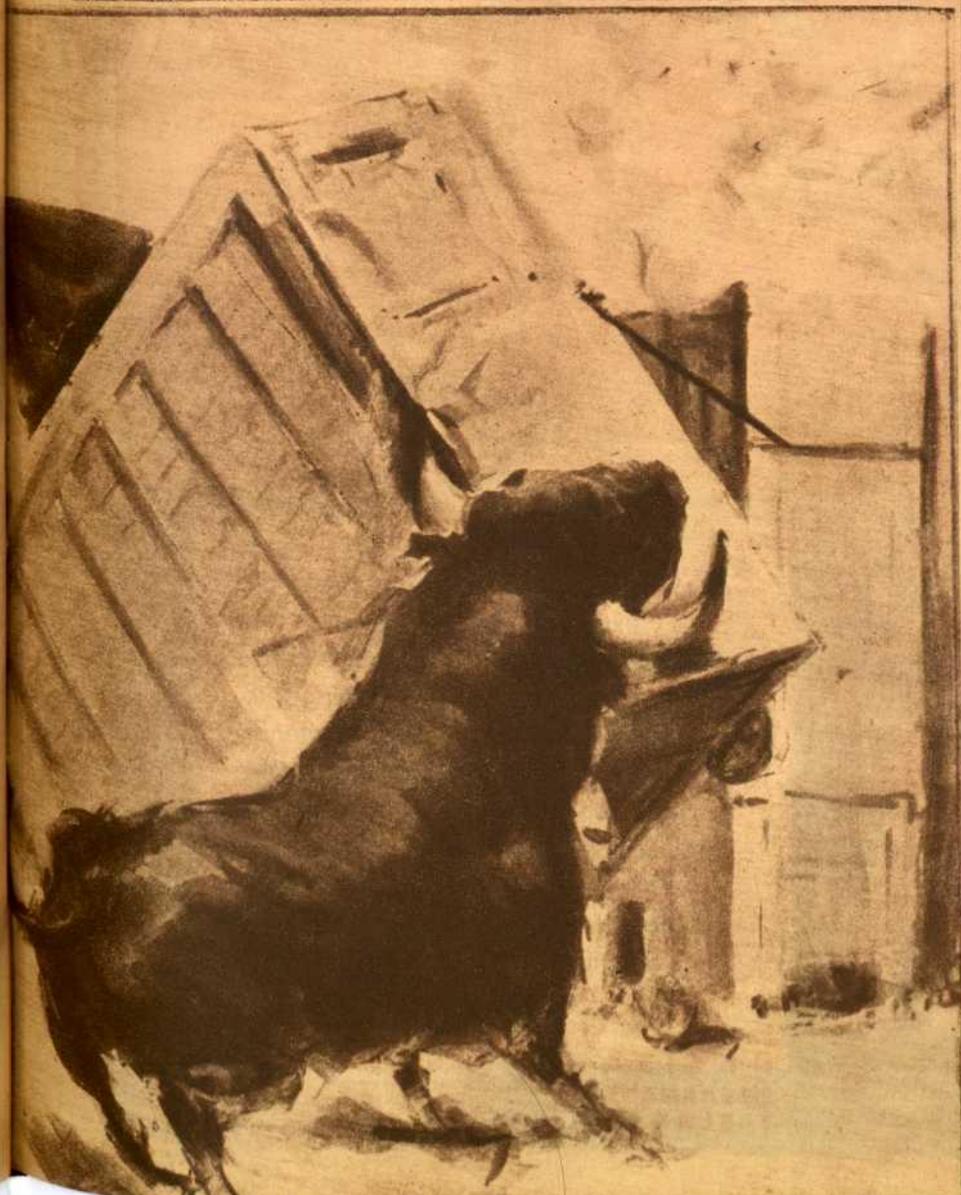
Aquí, al llegar a este tercio, mientras los peones le preparan para clavarle, es donde el matador observa mejor el estilo, cómo mete la cabeza, formando ya de una manera definitiva el juicio que le merece el toro que le ha tocado en suerte. No es fácil que cambie a mejor por la colocación de los palos de fuego, casi siempre suele ocurrir lo contrario: pero si el toro, dentro de su mansedumbre, es dócil, se puede pensar en hacerle, a pesar de todo, faena.

Sin embargo, esto hay que observarlo muy bien, pues de este juicio depende el éxito. Ya que si el toro es peligroso y se le dobla rápidamente, con los muletazos precisos para matarlo en seguida, al público no se le cansa y el torero da sensación de conocer bien su papeleta y andar con seguridad. Pero si se le intenta hacer faena, lo fácil es que el espada se encuentre aperrado porque ha gastado en pruebas los pocos muletazos que tenía el bicho. Hay que darle, pues, el sitio que quiere al toro peligroso y tratar de deshacerse de él cuanto antes.

Y si el manso es dócil, ha de tenerse especial cuidado, si quiere hacerse faena, de no aburrirle. Darle también los pases que tiene, porque de lo contrario, se deslucirá lo que se había hecho hasta ese momento con él. A esta clase de toros hay que dejarles ir a su querencia, poniéndose en su camino hasta que el toro se encele en la muleta. Y entonces sí. Entonces se le puede torear, siempre con los límites que he citado antes; brevedad.

Por lo tanto, en términos generales, y a mi entender, al manso, sea de la clase que sea, hay que evitar por todos los medios echarle muchos capotes, tratar de que haya poca gente en el ruedo y ponerse en su camino para hacerse con él, consintiéndole el terreno que él desee.

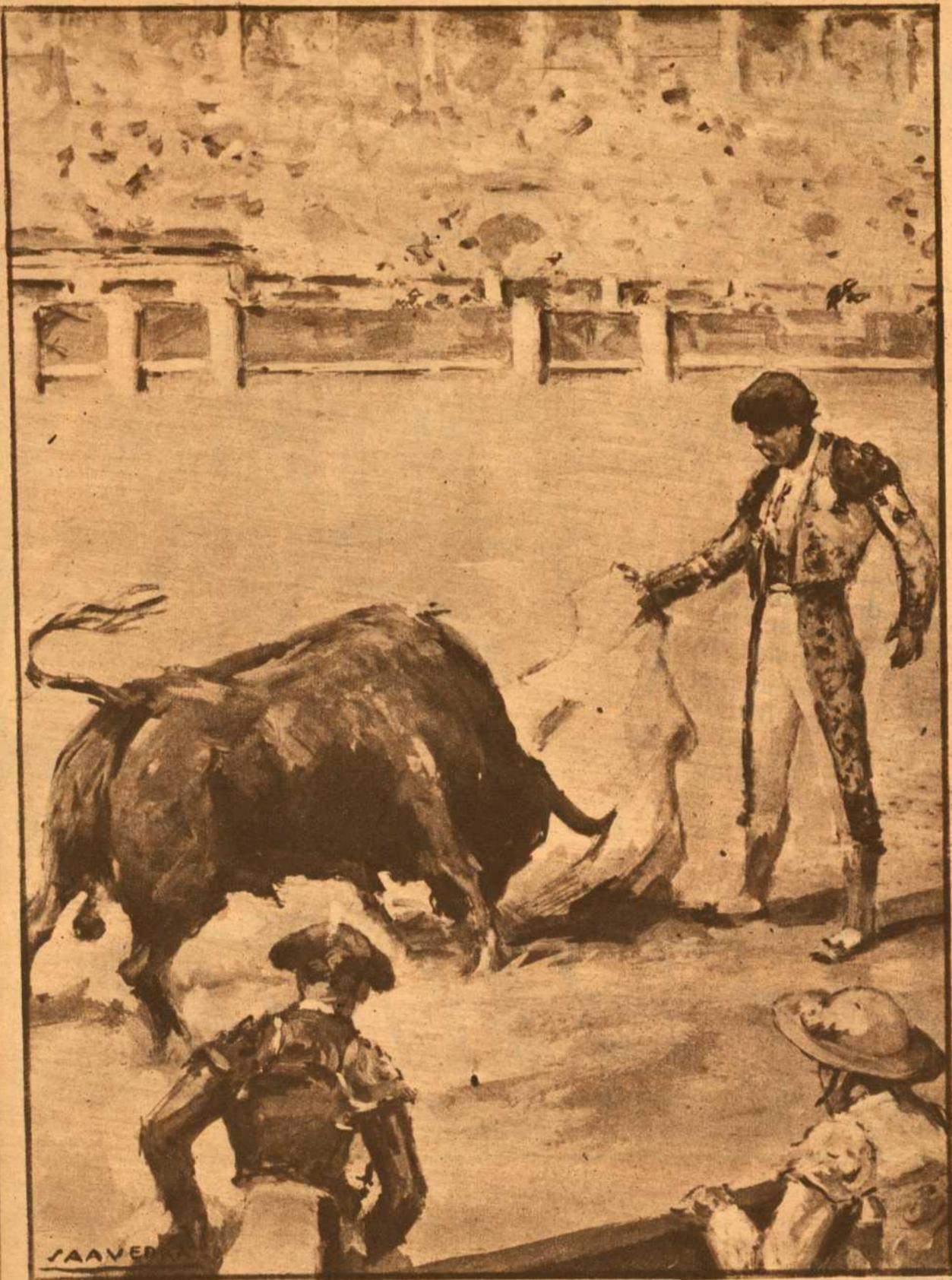
Pepe Luis Vargues





Pepe
BIENVENIDA

Auténtica figura del toreo en profundidad y extensión. Pepe Bienvenida ha probado en todos los ruedos de España y junto a valores de su categoría, que es la más alta, que es el mantenedor de los principios fundamentales de la Fiesta española, y que su personalidad, su dominio y su arte justifican plenamente la importancia y el prestigio que da a todos los carteles donde figura, el nombre, por todos admirado, de Pepe Bienvenida.



Salen toros tan distintos, que hay que ser un lince para acoplarse a ellos, procurando dejárselos al matador todo lo más vistoso posible para que él se acople a lo que le pueda hacer en el toro de capa del primer tiempo, que alguna vez, y debido a ansias de más cartel, o por exceso de ignorancia, se saltan las reglas, interviniendo en el primer momento, desde luego muy peligroso, por lo anteriormente dicho de estar *vistos* o no.

Al primero que le conviene llevar la lidia en todos sus conceptos bien, es al torero. ¿A qué viene ese señor, que creo que es panadero, vestido de alguacil que tanto manda, y esa parte de público impaciente, que sabe más que los toreros, y ese señor presidente, que nos pide imposibles fuera del reglamento, que nosotros estamos siempre dispuestos a cumplir, en lo que de nosotros depende? Pero... ¿por qué no se le impone un reglamento al toro y otro al caballo, que son siempre los que descomponen los tercios, por sus condiciones excesivamente buenas o malas?

La salida y lidia de los distintos toros es tan compleja y variada, que estoy por decir, sin temor a equivocarme, que es diferente cada una de ellas y, por tanto, espontánea, dependiendo, en lo referente al banderillero que debe correr al toro, que es en la mayoría de los casos, el que está colocado en el burladero central o en caso de no haber burladeros en el centro de los tres, cuestión de ánimo, seguridad, facultades o inteligencia, influyendo mucho, sobre todo en Madrid, el aire reinante casi siempre, que es otro enemigo. pues hay toros, por ejemplo, que salen prontos a toda llamada: tardos, inciertos, por salir de un sitio oscuro, y de pronto luz fuerte y, por tanto, hacen extraños, cosas peligrosas, que las acusan en ese momento y luego no o al revés si el torero no es competente y el toro sí (caso bastante corriente hoy), y que por ser ese momento uno de los de más peligro, por la fuerza que desarrollan los toros en ese momento, es cuando hay que estar más atento, valeroso, astuto, seguro y fuerte; porque se puede dar el caso de salirle a uno el toro por el lado contrario, por un extraño caso de muerte repentina; también pueden resoplar y huir o molestar mucho el aire, y es por lo que en muchos casos el banderillero competente tiene que llegar en ese momento con el capote cogido a dos manos, como recurso, debido a las

contras momentáneas que pueden surgir en ese momento, sin olvidar que en cuanto está el peligro inminente algo dominado, hay que soltar

el capote, quedándose con él a una mano y de esa forma torrearle para hacerle ver al matador por ambos lados, y lo más claramente posible, las condiciones buenas o malas del toro, como también con-

viene en algunos casos, para la buena lidia, que el toro remate en los capotes una o varias veces, con el fin de que se fije.

Finalmente, y extractando, no quiero dejar de decir que es cuestión de *saber*, acordándome en este momento de uno de los toreros más *inteligentes* que han existido y que se llamó José Gómez, Gallito, y que por un descuido le costó la vida.

EL PRIMER CAPOTAZO

UN cuarto de hora antes de la anunciada para empezar la corrida, llego a la Plaza, con mis compañeros de cuadrilla. La primera visita, y sin fijarme en nada, es la capilla; seguidamente me encamino a la puerta de arrastro; allí hablo por distraer un no sé qué, pero maquinalmente, y surge en seguida lo serio. Algún señor, de un golpe de vista grande, pero desde donde ve la corrida y lo acertado que cree que está, cumple el reglamento establecido para las corridas, pero... el toro no entiende de reglamentos. Cuidado con que rematen los toros en los burladeros, porque ya son muchas veces, me dice, y...

—Nada, don...

—Me quedo con ganas de decirle: «Oiga

usted, don... Si yo no quiero que me coja ningún toro, ni que me rompan el capote, que me cuesta setecientas pesetas, ¿por qué no se llega usted a los chiqueros y se lo advierte a los que allí están, que son los que si rematan por condición de bravura o mansedumbre, pueden cogermelo, romperme el capote, el burladero, la barrera, la Plaza, y... Pero, tarará, el pasillo, cambio de capotes de seda por los otros de seda también, pero sin border, y... ric, raa, toro fuera.

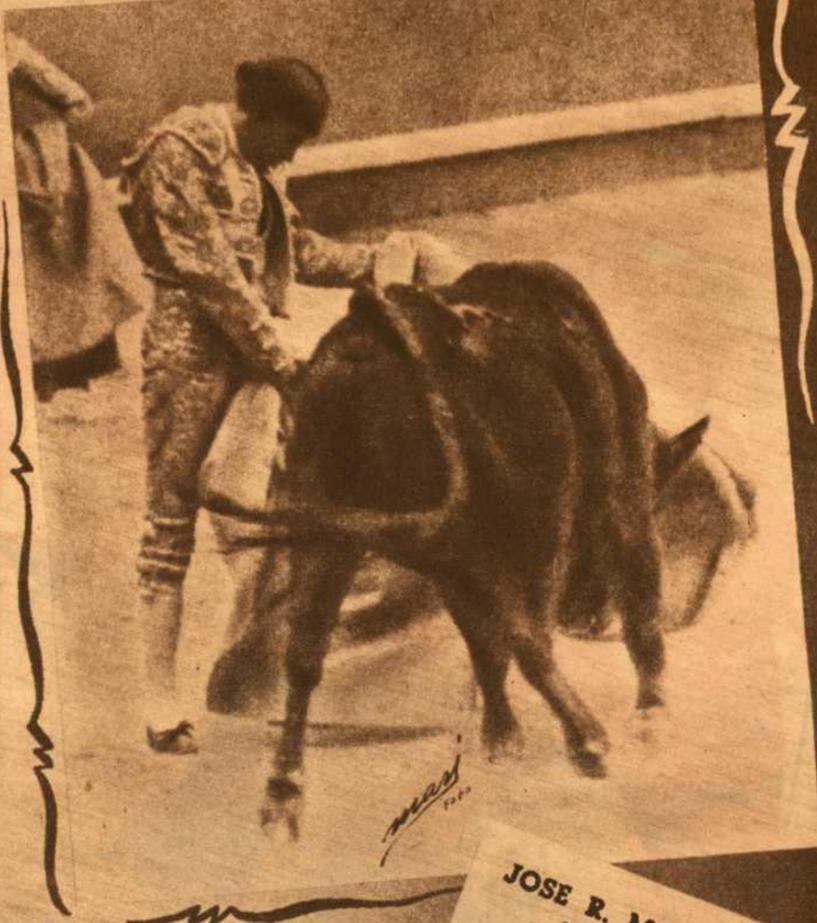
Mansanares
"Mella"

CAGANCHO

Como el primer día, el torero gitano no ha decaído, ni en personalidad, ni en figura, ni en emoción, ni en calidad de arte. Podríamos decir que se ha superado.

Sus recientes y rotundos éxitos mejicanos en la Plaza del Toreo, Guadalajara, Tampico, San Luis de Potosí, Puebla y Torreón, así lo ratifican.

Cagancho, después de torear 15 corridas en aquellas Plazas reafirmando su prestigio, ha sido contratado por una importante casa productora para ser protagonista de dos películas de ambiente taurino, en las que, seguramente, al nombre altísimo en los anales de la Tauromaquia de Joaquín Rodríguez, se unirá el prestigio de un triunfo como cineasta. Así lo deseamos.



JOSE R. MANFREDI
APODERADO
HUERTAS, 54
MADRID TEL. 77986

RAFAELILLO



Triunfador en América. El valor y el arte en cantidades astronómicas que encierra el cuerpo diminuto de este espiritualmente gigantesco torero, han tenido su adecuada expansión en América, donde goza actualmente la preeminencia de los triunfadores. Tanto en las Plazas de Lima y Bogotá como en las de Valencia, Medellín y Méjico, Rafaelillo ha impuesto su nombre y la

personalidad de su arte, logrando desde la primera tarde aplauso fervoroso de los públicos de aquellas tierras. Y bien saturado de triunfos, con la satisfacción de haber dejado su nombre a la altura de los más prestigiosos, embarca Rafaelillo para España, donde renovará y acrecentará, en la temporada actual, su ya bien cimentado prestigio.



EL QUITE

Por

Delmo Peep

Creí que solamente vine a España para torrear. Pero hoy me siento a las páginas de esta gran revista taurina ante la petición que me formulan y que no puedo desdeñar, porque sea ingrato, aunque ustedes me perdonaran las muchas faltas y mi visión sobre el tema asignado. Me han «dargado» ni más ni menos que ese momento cumbre de la lidia que es el quite. Pero no como se concibe desde el puesto de aficionado, sino más bien una interpretación personal del que mira los ruidos y puede entrar en el torero, profundizando y dando al aficionado esa visión que tenemos los matadores en cada suerte.

Para mí, y lo digo con la sinceridad que caracterizan todos mis actos, el escribir las cuatro cuartillas me cuesta enorme

trabajo. No soy hombre de letras, sino de capa y muleta, porque ésta es mi profesión, y por ello me brindan esta oportunidad de opinar. Desapasionadamente, por lema, y pidiéndole al culpable si no admite en lo que a juicio de los españoles es la realidad de ese trance en que un capote puede salvar a uno de los que arriesgamos nuestras vidas en cada instante. Por virtud de esos petos que cubren a los caballos, la suerte de varas ha perdido emoción. Yo soy un aficionado en lo que se llama «quitar», pero alejado totalmente de lo que ha quedado en el último tercio de quites. El quite, repito, es de gran sensación, puesto que con su intervención puede librar a un compañero de la cornada que busca el toro. En ese revuelo que se forma cuando derriban, un capote oportuno es el freno a la pelea que entienda la res y al caballo. El empuje del morriaco se aumenta con el puyazo y entonces comienza la búsqueda del que lo causó el gran dolor que siente. Pero no siempre es el caballo quien salta ante la embestida, y si por delante pilla al picador, entonces surge en su brillantez y prontitud la capa del diestro que ha de intervenir para apartar a la fiera, crecida por el castigo. Este momento no es el más trágico, ni tampoco el que yo creo que entra dentro del llamado quite.

Mis andanzas por los ruedos españoles y mejicanos han venido a probarme que el quite, en toda su esencia, con la emoción que caracteriza esta suerte, es posterior o anterior al momento de varas. A juicio mío, como creo que en el de muchos matadores, el quite se logra cuando no existe lucimiento ni se compone la figura. Eso deslucen extraordinariamente el momento cumbre de salvar a otro que por desgracia ese día se enfrenta a la cornada del toro, porque lo demás es pura filigranería, buscando el aplauso ante una inter-

La Plaza es un silencio, porque el matador está cuajando una de sus grandes faenas. El aficionado, impaciente, espera el adorno final para levantarse de los asientos y ovacionarlo, tirando los sombreros al ruedo y prendas de vestir. Ha llegado anticipadamente el extraño de la res, se ha desviado del engaño y sus afiladas puntas han enganchado en la carne del torero.

Abí está el instante supremo: el quite. Ese sí que es el quite en esencia pura, porque no cabe lucimiento personal, sino el arrojo y valor de un compañero de profesión y de cartel, en ese instante que empuja a intervenir. Eso es para mí el quite, donde se triunfa moralmente, porque se ha intentado salvar la vida de un semejante. Se ha visto obligado a correr, fuera de posturas angustiosas y con el gesto contraído por la emoción, viendo a Fulano o Mengano a merced de un toro. Eso es el quite, así y como lo veo desde mi sitio de torero.

Y hablo sin base fundamental para ello, porque en mis años de profesión taurina tuve la fortuna de no tropezar con este momento trágico y emocionante del quite. Todo hasta el momento se ha deslizado normal, interviniendo en la suerte, una vez cumplida su labor, el picador. Pero yo lo encuentro un poco alejado de lo que en sí da nombre y alegría a la fiesta. El quite es el complemento de esa tragedia que surge implacable. Cada tarde y en cada momento, cuando se encuentran dentro del redondel están a merced de la fiera. Eso, como espectáculo, da sabor a la más apasionada de las fiestas españolas.

Pero yo tengo la impresión de que el quite está alejado por completo de lo que todos consideramos así.

Los carteles anuncian quiénes intervienen en el primero, segundo, tercero... Pero el quite no es organizado, porque entonces parece que el pelirio no asoma más que cuando se está picando el toro. Por ello, vuelvo a repetir, no se sabe cuándo surge ni en qué momento tiene el torero la música de «quitar» el peligro.

Puntualizando: el quite cobra emoción cuando sacándolo del grupo que forman caballo, picador y monosabios la capa tira suavemente del bicho y lo larga dos, tres, cuatro lanzes, rematando con media verónica.

ción que no fue más que aprovechar la salida del toro cuando ha sido castigado con la puya.

La estampa, la emoción, el instante en que miles de voces gritan por el percance que se cierne, se logra al margen de lo que todos creemos que es uno de los momentos de la lidia.

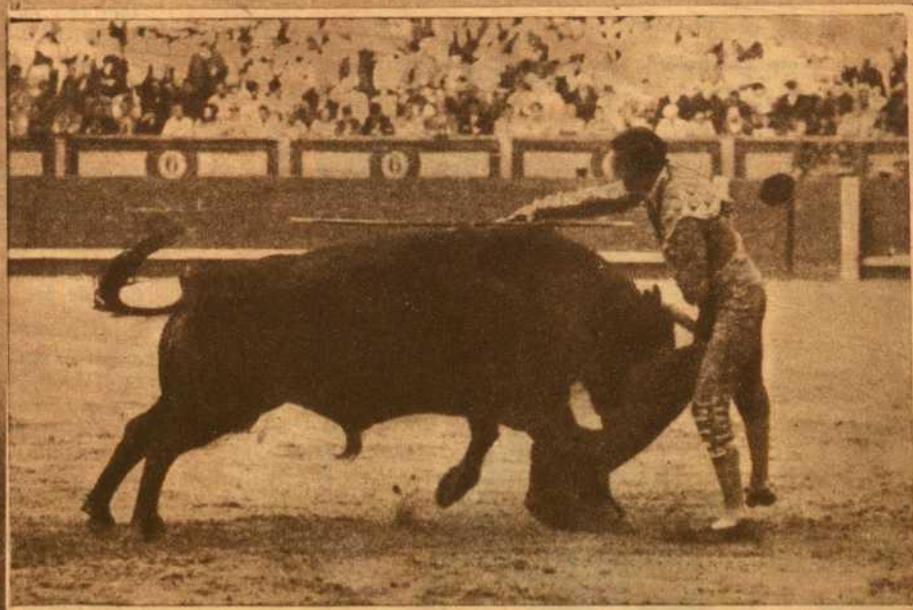
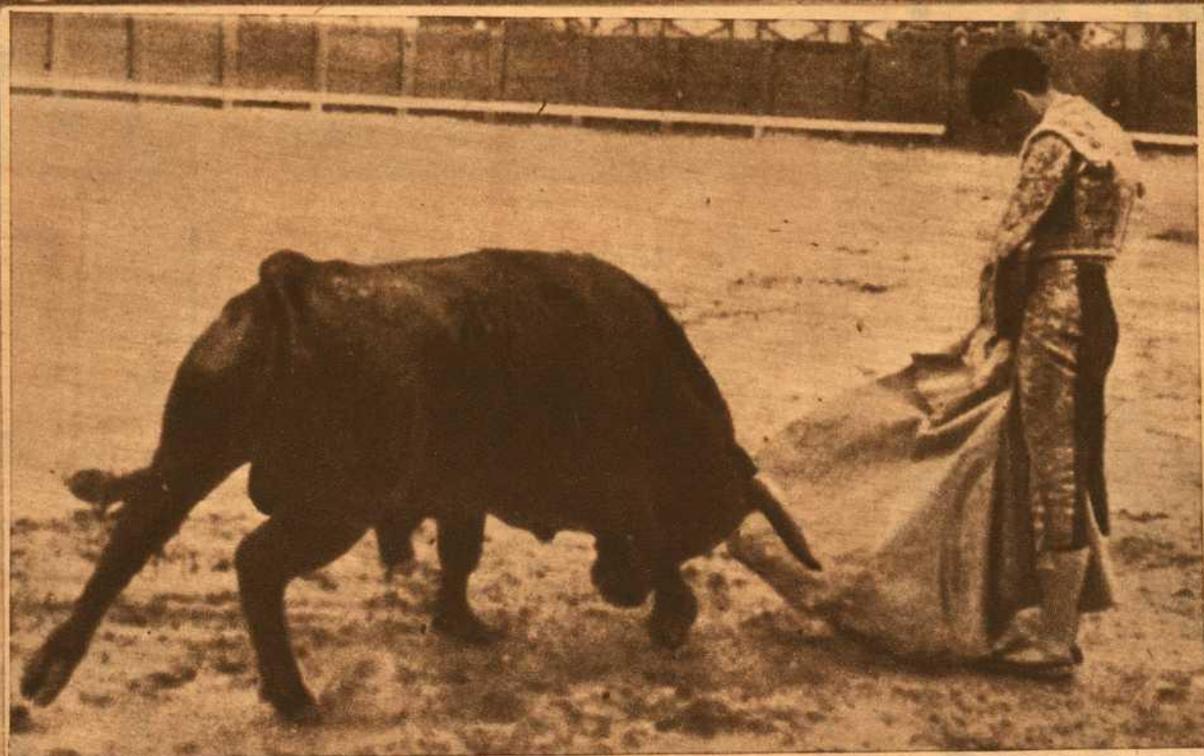
Queda entonces la cogida del capote, del poón o el monosabio.



¡¡MANOLETE!!



PRIMERA FIGURA *del* TOREO



ROMANCE DE LAS VERONICAS

POR

Manolabe

La Plaza va dando vueltas
frente a un toro con divisa.
Vertical de azul y oro
sujeta firme su línea
—orlada de sol y sombra
y alientos en perspectiva—
para improvisar verónicas
de arquitectura morisca.

La figura en equilibrio
de emociones imprecisas,
lleva una rosa entreabierta
como del talle prendida,
y en cada pétalo un lance
de tromas recién vertidas.

El toro —negro de furia
y blancor de ropa limpia—,
en la muela de la arena
sus cuernos afila y filu,
por si logra atravesar
caireles, rasos y cintas.
El toro, negro de furia...
la saliva cristaliza.

Cuando los pitones llegan
recortando pesadillas,
sobre un bordado saliente
de estrellas y flores tibias,
el lance para el empuje
de la fuerte acometida.
Los brazos se han desmayado.
Y las arenas palpitan.

Verónicas en aumento
tiran que tiran y tiran,
para reducir espacios
cubiertos de torería.
Y el cutis prueba colores
de adolescencia enfermiza,
mientras los dedos extienden
lances de larga medida.

Oasis de abierta rosa
lentamente se retira,
en un continuo espejismo
de posiciones distintas.
Las manos bajas sostienen
una clave de armonía.

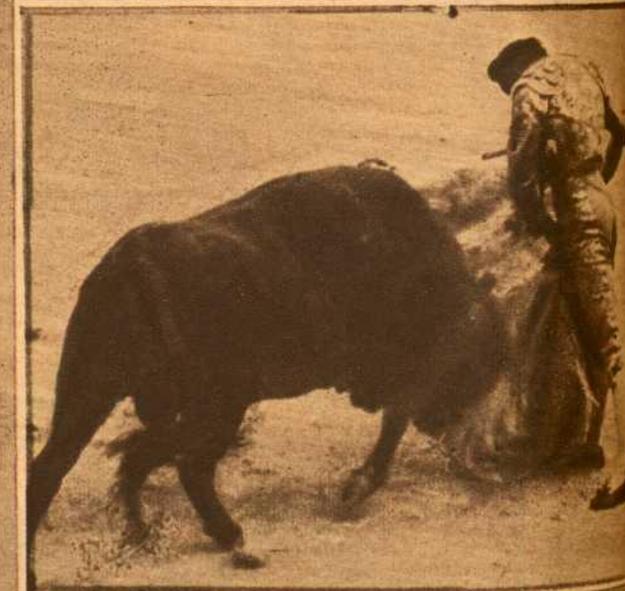
Plástica y Serenidad,
con son de perfecta rima,
templán en aire caliente
vuelos de la fantasía.
Y el toro sigue la ruta
de una flor con esclavina.

En la curva del pitón
—arco de mala salida—,
la cintura descubierta
de temores se salpica.
Y el lance cuenta segundos
alentado por su brisa,
con mando de ven y vuelve
toro de las astas finas.

¡Qué callejón tan estrecho
entre la muerte y la vida!
Las verónicas se pierden
—como barco a la deriva—
en un tercio recargado
de cornadas y embestidas.

Pinceles en coordenadas
de alguna dan punto y cita.
Y también el buen recuerdo
las guarda en su lejanía.

La Plaza va dando vueltas...
Toro y torero se miran.



EL PRIMER TERCIO

La suerte de varas

Por FRANCISCO CASARES

QUE en las corridas de toros hay actualmente un sentido de deformación, de pérdida de la verdadera esencia, es algo que no ofrece duda. Lo que no es incompatible con una revalorización de la fiesta. Hay más interés que nunca por los toros, se discute con pasión, la afición de las gentes es extraordinaria. Pero todo ello —que se debe a la calidad y el valor de las figuras, acaso de una figura sobresaliente— no impide que exista

la deformación. Si con la evolución que para lo bueno se ha producido no tuviera presencia simultánea lo malo, ¿no sería mejor para todos? Una de las suertes que han perdido prestancia y categoría es la del toro a caballo. Porque no se olvide que el primer tercio, la actuación de los picadores, es toro a caballo.

Se ha discutido mucho alrededor de lo que es toro a caballo. ¿Picar? ¿Rejonear? Son modalidades distintas, pero con un mismo sentido: el torero no lidia a pie, sino como jinete. La definición académica es que el picador es un torero a caballo. Sin embargo, en la forma que ahora se pica a los toros, lo que hacen los caballeros de la puya es todo menos toro. La suerte, aparte su eficacia para ir restándole fuerza a la res, y que en el último tercio, cuando llega el duelo directo con el hombre, haya perdido su vigor y su nervio de salida, es de las más vistosas y espectaculares. En los tiempos viejos los públicos se recreaban durante la fase de picar. La casta y el tamaño de los toros daban aliciente, es verdad.

No era eso todo. También influía —naturalmente— la destreza, la agilidad, el dominio de una técnica por parte de los picadores. ¿Por qué ha degenerado esta suerte? Las causas son muy diversas. El tema, en exceso complejo, se prestaría a muchas disquisiciones. Hay, sin embargo, cosas que son obvias, que saltan a la vista. Hoy se subordina todo al lucimiento del espada. Y para ello, en lugar de tener cada momento y período de la lidia su valor intrínseco y su propio carácter —en una conveniente autonomía—, se va ajustando cada intervención a un solo fin. El picador no sale a cumplir con su misión, sino a facilitar la del jefe de la cuadrilla. Este le lleva contratado, de corrida en corrida, de Plaza en Plaza. Al torero a caballo, que es un cooperador del matador de toros, le interesa más la continuidad que su propio éxito. Si la supresión de fuerza en el cornúpeto ha de tener una medida justa, prudencial, ello no se tendrá en cuenta. Lo importante es dejar a la fiera en la forma que convenga al espada. Y como el toro de muleta ha cambiado fundamentalmente y hoy se ejecutan las faenas de forma que hace algunos años no se podía ni sospechar, lo que fué y podría ser un arte aislado por sí mismo ha venido a convertirse en un complemento, preparación para el mejor desarrollo y lucimiento de la última parte de la lidia. Y de ahí viene la recusable práctica de barrenar, de destruir los toros, de las «caicocas» y demás excesos y abusos que vemos todos los días en la labor de los piqueros, que ha perdido la gracia, la gallardía y el mérito que, de un modo concreto, tuviera antiguamente.

Ha habido picadores célebres. Los hay todavía que conocen su oficio. A pesar de ello, es muy raro, muy infrecuente que en los casos se produzca un momento de entusiasmo y emoción ante el espectáculo de un tercio bien ejecutado. Todos recordamos la polémica —verdaderamente interesante— que se promovió en torno a la posibilidad de sustituir el primer tercio por el rejoneo de los astados. Yo creo que no es posible. Más lo sería que se recuperase la calidad de las ejecuciones. Con peto y todo —que si ha restado eficacia es una garantía de protección para el caballo y se asienta en una razón perfectamente defendible—, se podría picar de otra forma. Ahora bien: para esa vuelta a lo de antes sería preciso que quisieran —querer en serio, con voluntad— no sólo los propios toreros a caballo, sino algunos otros elementos cuya disposición de ánimo es decisiva: los matadores, los públicos, los que dirigen desde la arena o desde el palco presidencial el desarrollo de las corridas. No sé si esto será fácil. Me atrevo a suponer lo contrario, que es difícil. Porque la forma de toro en el último tercio es distinta, porque los toros son distintos y porque la tendencia «comercial» que han tomado los asuntos taurinos, y que no puede por menos de reflejarse en la Plaza ante el toro, ha convertido en cosa distinta también el proceso y estructura de la fiesta.

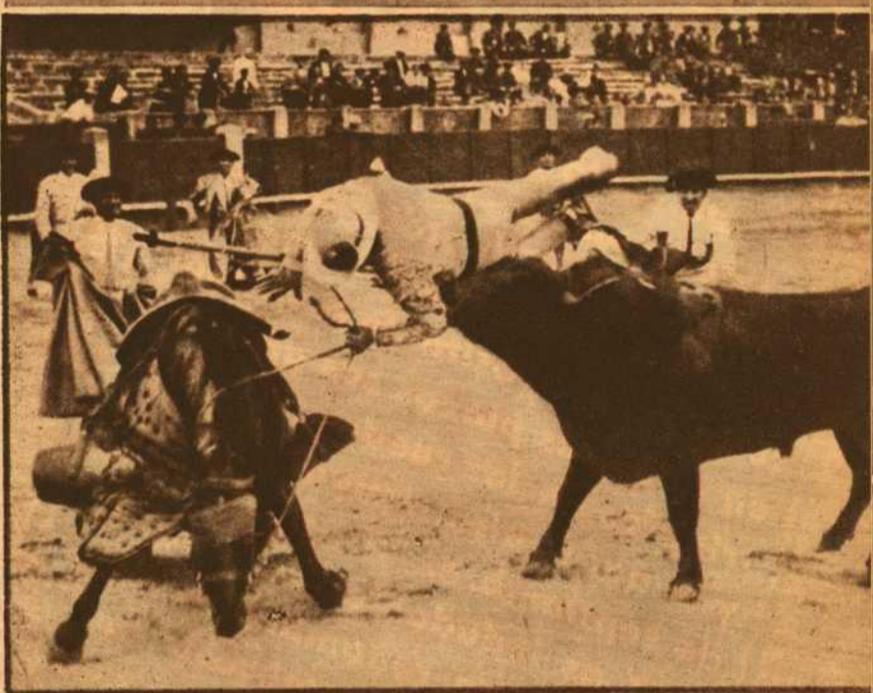
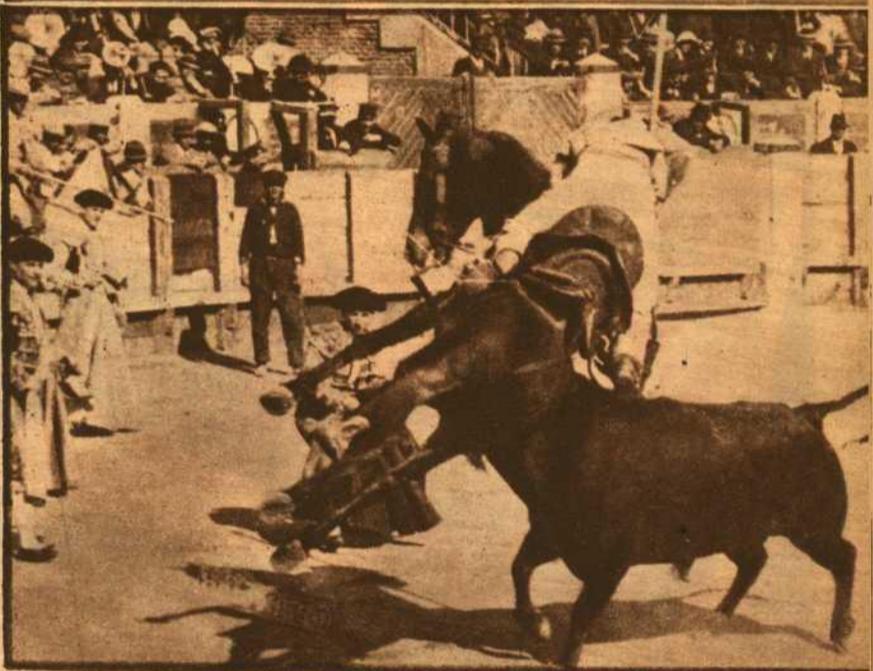
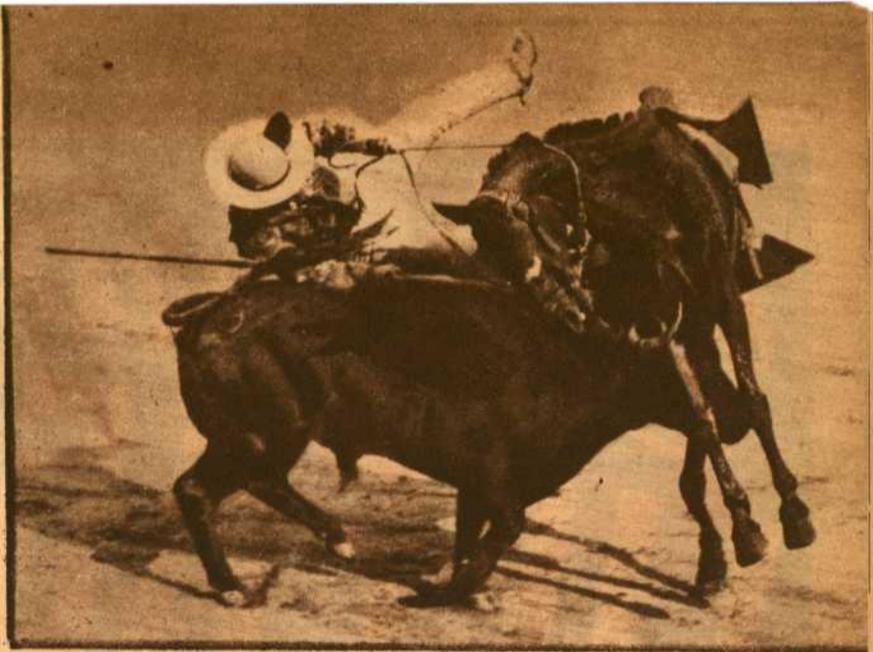
Por lo demás, la suerte de picar es imprescindible. La gente se aburre muchas veces, se indigna otras. Hay un deseo de llegar pronto al final, que es lo que interesa, porque todo ha pasado a concentrarse en la faena de muleta. Pero ese ciclo de la corrida es sencillamente fundamental. Lo que quiere decir que si se ha alterado su vistosidad y ha dejado de tener la elegancia y el sentido estético que tuvo, no puede pensarse en que la lidia marchase normalmente sin la intervención de los picadores. En muchos casos, el exceso de deformación, lejos de beneficiar al matador, le perjudica. Los toros quedan destrozados, en malas condiciones de lidia. «Lo ha deshecho», se oye exclamar en los tendidos. Es verdad.

Y esto ocurre por «pasarse de rosca». Los estafamos se tocan. A fuerza de querer poner eficacia y de servir un determinado interés, se llega al exceso. Dejar al toro en forma, para que la faena pueda ejecutarse con menos riesgo —dados los estilos que ahora privan—, requiere un tacto, una prudencia en la medida que es difícil de administrar cuando el elemento con el que hay que luchar es un toro, cuyas condiciones y situación no siempre se aciertan a calibrar desde el caballo, con una puya en la mano.

Por toda esa conjunción de motivos es realmente un empeño ilusorio el de volver a la época y la forma que dieron una jerarquía aparte, propia, a la suerte de varas. Todo está íntimamente ligado. Si el tercio a cargo de los varilargueros pudo tener una autonomía, como la tenía el tercio de rehiletes y la fase final, a cargo del matador, hoy los tres tercios son eslabones de una cadena, partes de un todo, y de unas cosas dependen directamente las otras. Cuando se ponían a cada res seis u ocho puyas y había una sola forma de picar, sin acudir a las licencias actuales, la estampa y el ejercicio eran otros. Igualmente, para los banderilleros, su actuación tenía un perfil independiente, y hubo grandes peones que se hicieron famosos por su arte y destreza, lo que ya no ocurre. En las corridas de toros todo ha ido degenerando. Apenas se hacen quites. Se alivia cuanto se puede. Se sigue un plan premeditado. Y queda la fiesta referida a la muleta, en donde indudablemente se ha progresado, llegando a lo inverosímil de los terrenos que se pisan, de las distancias acortadas, de la fusión impresionante del toro y el torero.

No he pretendido, con las reflexiones precedentes, hacer una crítica ni atribuir culpas a nadie. Las cosas son como son. Y todos lo sabemos. En frases parciales, en la gritería que a veces se produce en los tendidos, en una imprecación que vierte la irritada reacción de los espectadores, se dicen y reafirman miles de veces estas mismas consideraciones. Mi intención era describir por encima la evolución

que se ha producido, que es indiscutible. Y la dificultad que, tal como va la fiesta, existe actualmente para un retorno a lo antiguo. Sin embargo, ¿qué bello sería! No hace muchas tardes, en una novillada en la Plaza de Madrid, porque un picador quiso y supo picar como mandan los cánones y recordó la forma vieja, se le aplaudió con calor y entusiasmo. Esto demuestra que la gente sabe lo que es bueno y lo que no lo es. El problema no está ahí, sino en esto: ¿se puede de repente, sin cambiar ni trastocar aspectos que son importantes, volver a lo que era bueno y ya es sólo un recuerdo lejano?



Eduardo LICEAGA



De casta torera, máxima figura entre la novillería mejicana, Eduardo Liceaga llegará a España próximamente con el propósito de revalidar en nuestras plazas sus grandes triunfos en los ruedos aztecas, y tomar la alternativa a finales de septiembre.

Y es indudable, conociendo el merecido renombre de este torero, que el asombroso "as" de la novillería mejicana que vamos a recibir, será devuelto a su tierra merecidamente encumbrado y consolidado como figura entre los matadores de toros.



JOSE R. MANFREDI
APODERADO

HUERTAS, 54
MADRID Tel. 77996

POLVORA EN LA PLAZA

LAS BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

ANTIGUAMENTE —esta referencia cronológica no la llevamos más allá de los tiempos inmediatamente anteriores a Joselito y Belmonte— se fogueaban mucho mayor número de toros que los que sufren las "caricias" de la pólvora en los tiempos actuales.

¿Es que ahora los toros tienen más casta, más bravura, que la que antes tenían las ganaderías?... Todo lo contrario. El toro de ahora es menos toro, mucho menos, que el de antes.

Pero si los toros han cambiado, no han dejado también de cambiar los lidiadores. Los toreros de ahora son más "artistas". Sus antecesores eran, en cambio, más valientes. Antaño, cuando el picador toreaba, el toro tenía que estar en suerte; si no estaba, el matador mandaba retirar y no dejaba que metiera la vara hasta que estuviera cada cual en su sitio. Se picaba como debía picarse. Y cuando el toro mostraba clara mansedumbre y volvía la cabeza, salía de la presidencia el pañuelo rojo y se ponían las banderillas de fuego. El espada no hacía lo imposible para librar al toro del tueste, porque confiaba en su muleta y en su valentía para quebrantar y dominar al adversario.

LOS PETOS DE LOS CABALLOS, ENEMIGOS NUMERO 1 DE LA FIESTA

Actualmente, con la existencia de los petos —enemigo número 1 de la fiesta—, los toreros artistas —que no es lo mismo que toreros valientes— hacen que sus picadores se echen sobre el toro y metan el palo donde sea y como sea. Al fin y al cabo, muchas veces son ellos mismos quienes tienen que pedir se cambie el tercio con sólo un rellonazo, porque éste basta para agotar a la mayoría de los toros.

Se foguea menos a los toros, porque se pica peor; porque se mete a los caballos encima, cosa que no podía hacerse antes de que tuvieran los varilargueros la defensa del peto. Por eso es por lo que las exhibiciones pirotécnicas son menos frecuentes que eran antes, y mucho menos de lo que, en buena hermenéutica, deberían ser.

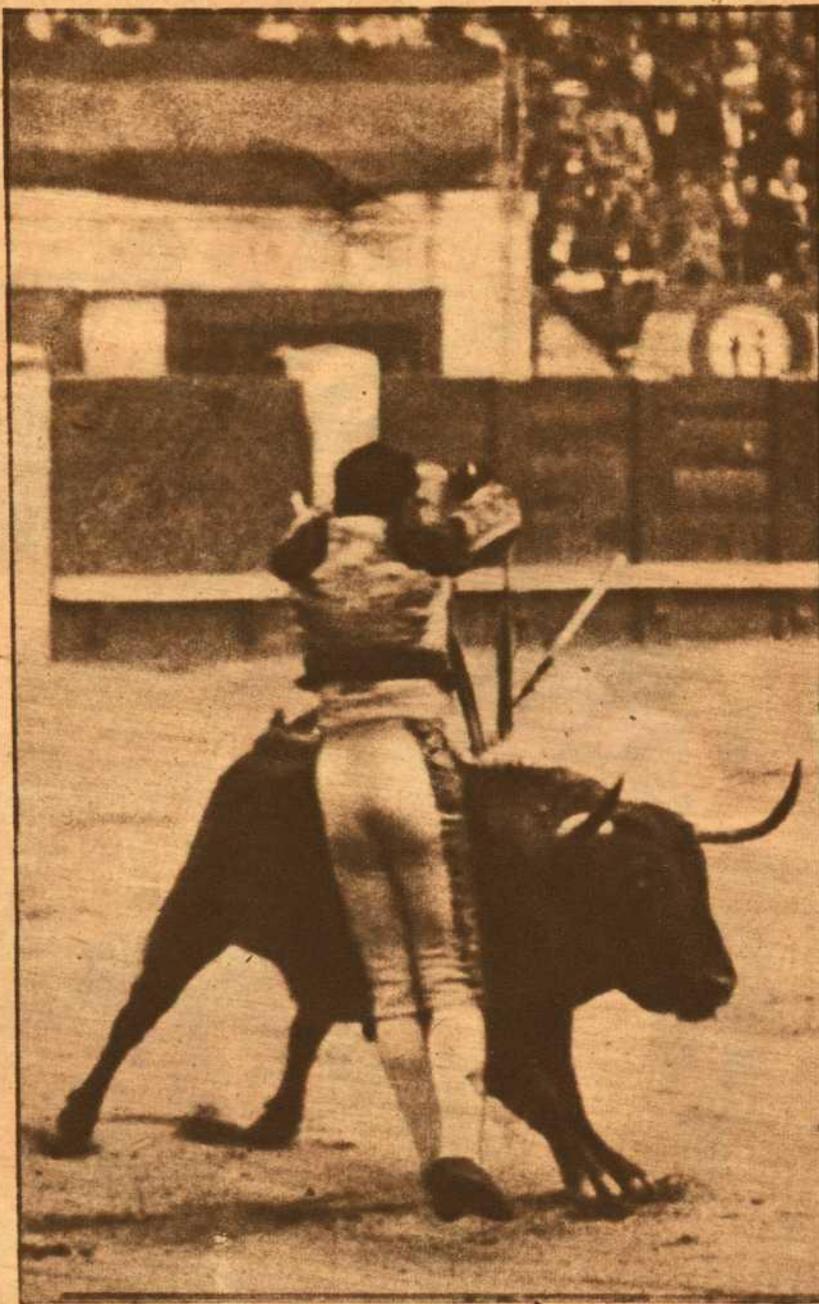
MAS ESPECTADORES QUE AFICIONADOS

Muchos espectadores —hoy, en las Plazas de Toros, se sientan más "espectadores" que "aficionados"— creen que las banderillas de fuego perjudican al espada. Incluso los mismos toreros, cuando quieren paliar un fracaso o "hinchar" un éxito con toros fogueados, se cuidan de des tacar esta incidencia de la lidia. Pero lo malo para el espada no son las banderillas con cohetes; lo malo es la mansedumbre del toro.

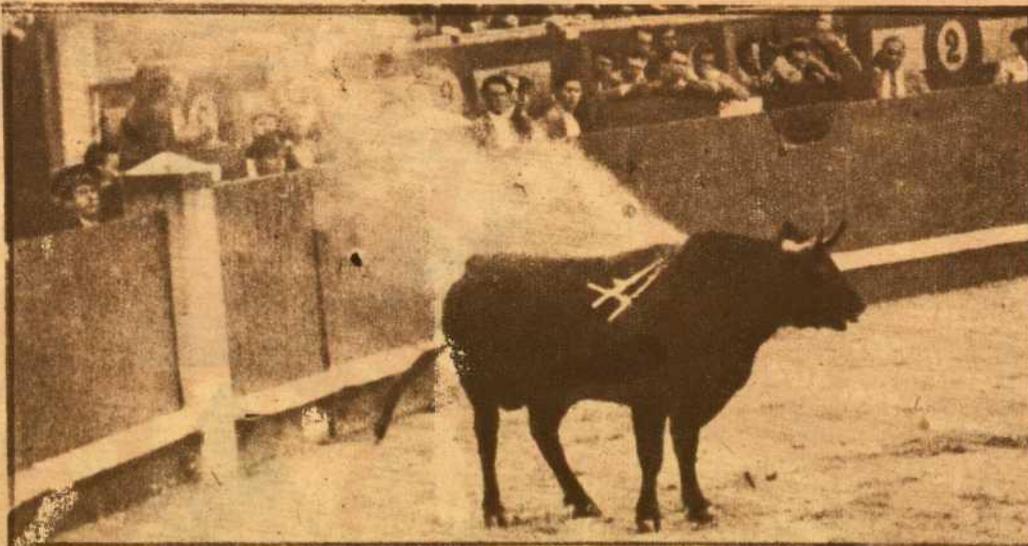
LA "CAPERUZA" HA CAIDO EN DESUSO

Otros creen que el poner banderillas de fuego no tiene más fin que el de estigmatizar una divisa. Y no es así. Para castigar al toro manso para baldón del ganadero, el Reglamento estableció la colocación del crespón negro en la cabeza, al ser arrastrado el toro fogueado; eso que gráficamente bautizó el ingenio popular con el nombre de "la caperuza", cuya utilización ha caído en desuso.

En sí, las banderillas de fuego tienen una utilidad extraordinaria, y no representan perjuicio alguno pa-



Las banderillas de fuego colocadas por el peón de turno. Acaba de clavar y ya crepitan sobre la carne del toro, que lanza mugidos y cabecea, tratando de quitarse lo que le estorba



Sin embargo, hay otros toros que llevan su mansedumbre hasta el punto de no inquietarles los fuegos artificiales sobre los lomos

ra el espada. Por el contrario, sirven para embravecer al animal manso y para quebrantarlo, compensando, en parte notable la falta de los puyazos.

LAS BANDERILLAS DE FUEGO TIENEN IDENTICO ARPONCILLO QUE LOS ORDINARIOS

Tienen las banderillas de fuego actuales idénticos arponcillos que llevan las banderillas ordinarias. Antes, el rejoncillo tenía dos "muertes" o púas, que semejaban la punta de una flecha. Ahora sólo tiene una "muerte". Entre ella y el palo, donde está envuelta la carga de pólvora, hay un canutillo, donde va la mecha encendida, que al clavarse la banderilla es empujado hacia atrás y hace que prenda el explosivo.

EL TORO SE EMBRAVECE AL SENTIR LA QUEMADURA DE LA POLVORA

El toro, al sentir la quemadura de la pólvora, que le achicharra la piel y el ruido de la detonación, que le atruena los oídos, pega saltos y corcovas, se revuelve rapidísimo, queriendo librarse del fuego; SE EMBRAVECE al no conseguirlo y, naturalmente, se cansa, se quebranta y se logra ahormar la cabeza, que es lo que persigue, como finalidad única la suerte de varas. En, puede decirse, el setenta y cinco por ciento de los toros las banderillas de fuego tienen una eficacia tal, que si el torero no estuviera dominado por una gran prevención hacia el toro fogueado, podría realizar la faena que se hurta, casi siempre estimando que toda deficiencia está suplida por tratarse de un animal fogueado.

PARA CLAVAR BANDERILLAS DE FUEGO EL TORERO DEBE LLEVAR LOS PALOS VERTICALES

El arte de poner banderillas de fuego no es ninguna modalidad especial, pero sí exige que el torero lleve los palos verticales, y, por consiguiente, para clavarlos, es necesario levantar los brazos. Pero ocurre que, como la prevención contra el toro manso se transmite del espada a los picadores, en la mayoría de los casos, van medrosos, a su menester y clavan los palos horizontalmente, sin exponer nada y buscando, no la salida, sino la huida. Por esto, por llevar horizontalmente las banderillas es por lo que éstas arden con frecuencia antes de ser clavadas. Y casi siempre, por este motivo, en lugar de verse quemar los cuatro pares que manda el Reglamento, asistimos a una sesión completa de fuegos artificiales, en la que se agotan las existencias.

Las banderillas de fuego no son, pues —tengase muy presente—, un castigo o un "sambenito" para la divisa. Son el sustitutivo reglamentario y de la máxima eficacia de la suerte de varas. Y no caben razones de sensibilidad para abominar del "tueste". Si fuéramos a mirar esto tendríamos que convenir en la mayor crueldad de los puyazos cuando el picador barrena, o raja, o enhebra el palo, cosa que sucede, ¡ay!, con harta frecuencia.

Hay se ponen menos banderillas de fuego a los toros mansos porque se pica peor. Si el primer tercio se ajustara a lo que el Reglamento y los cánones tienen establecido, es bien seguro que rara sería la corrida donde no oyéramos el estampido de cohetes.

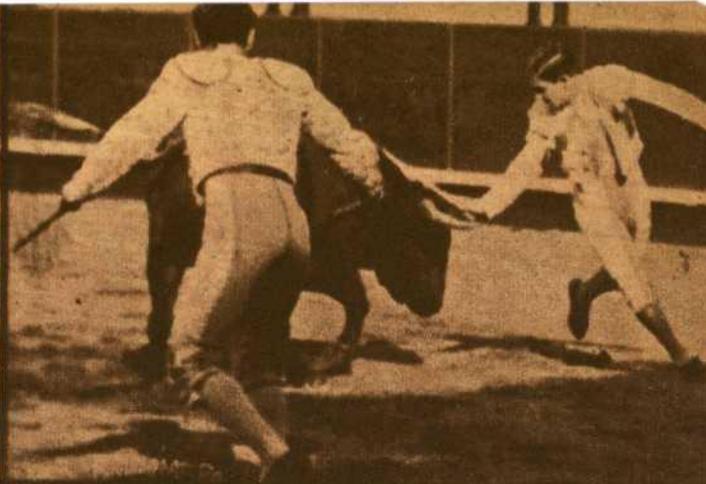
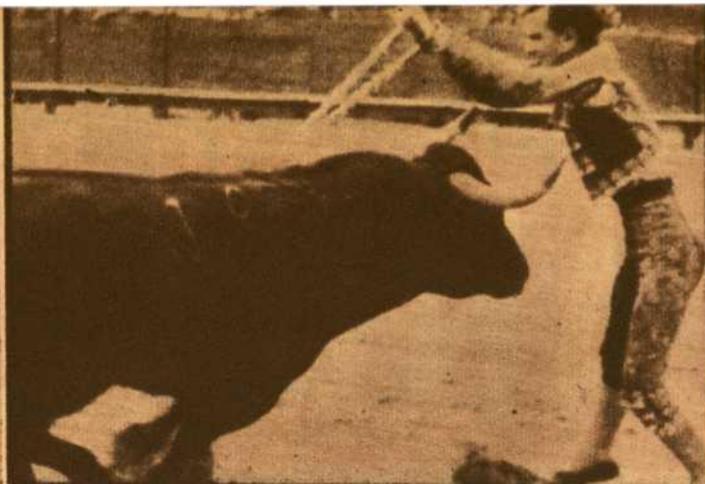
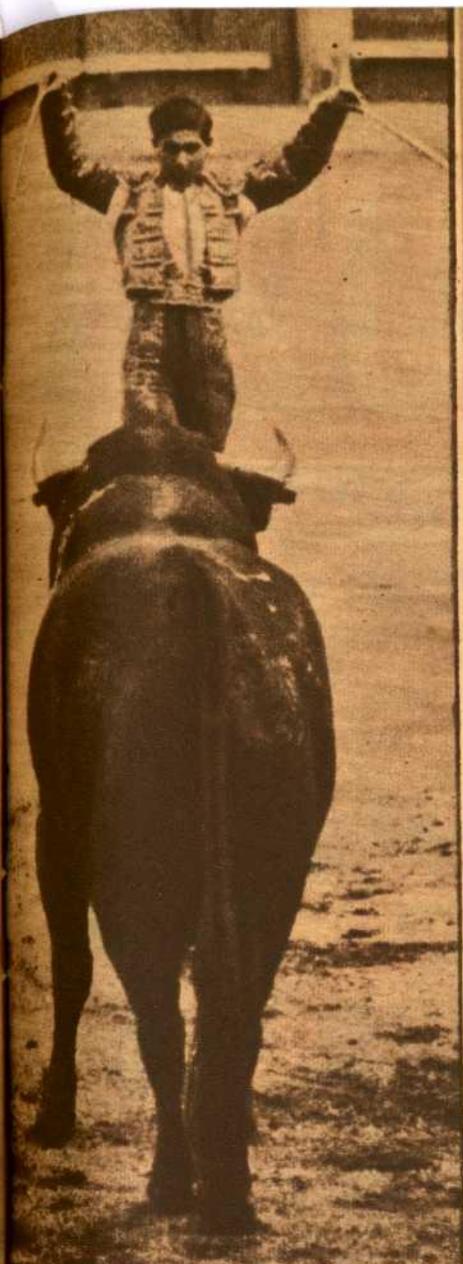
Manuel Alvarez ANDALUZ



Repuesto totalmente de su grave cogida, por la que perdió un buen número de corridas, vuelve ANDALUZ a los ruedos con el ímpetu que le colocó en uno de los primeros puestos de la tauromaquia actual. La afición madrileña espera con impaciencia la reaparición de ANDALUZ

**Retrato
por
Pepe Sala**

PEPE SALA



Distintas figuras, de todas las épocas, en la suerte de banderillas. Preparación, en el momento de clavarlas, jugando con el toro... Momentos brillantes del tercio

LAS BANDERILLAS

POR

Carlos Penza



ME han rogado que hable de las banderillas, y la verdad, que yo de esto sé muy poco de esta suerte. Nunca podía pensar que ahora tendría que verme obligado a dar mi opinión sobre el tercio de banderillas. Pero antes debo hacer una confesión, que a muchos les sorprenderá. Ignoro por qué, pero el caso es que a mí no me gusta banderillar. Es más, creo que el matador no debe banderillar. Puede parecer un poco absurdo que yo diga esto, cuando sé que muchos dirán al leerme, que la base de muchos de mis triunfos empezaron en el tercio señá-

do. Sin embargo, la verdad es esta: que no me gusta banderillar. Tanto es así, que en Méjico los aficionados apenas me conocen en la suerte de que hablamos, pues en muy contadas ocasiones he banderilleado en mi Patria. Y cuando alguna lo he intentado, ignoré también porque siempre lo hice muy mal. La verdad es que no sé qué decir, máxime cuando resulta, además, tan difícil hablar de lo que a uno no le gusta. Yo de banderillas sé muy poco...; sé escasamente ponerlas, eso cuando se arranca el toro.

Como verán, tampoco soy un «escritor» fácil. Comprendo que se pueden decir muchas cosas; pero yo apenas si me atrevo a decirlas. Pero estoy obligado a señalar que la suerte de banderillas es una suerte que encierra grandes dificultades y peligros. No hay que olvidar que con las banderillas hay que andarles mucho a los toros. Esto tiene su riesgo y tiene su peligro. Muchas veces pienso que con las banderillas, lo más fácil es que le coja a uno el toro..., que le puede empononar fácilmente.

Lo que más valor tiene en el banderillero, es el ver cómo éste sabe ganarle la cara al toro y levantar los brazos con perfección. Hay un aspecto en esta suerte que quiero destacar. Que el matador sólo debe banderillar en contadas ocasiones. Debemos de tener en cuenta que de cien toros que salen por los chiqueros, sólo llegan a unos veinte los que pueden ser banderilleados por el matador... o por lo menos los que deben ser banderilleados.

El toro más difícil para ejecutar esta suerte es aquel que derrota para arriba, porque desarma y le gana el terreno siempre al torero. Y el par más difícil es el llamado o conocido por el de «poner banderillas al sesgo».

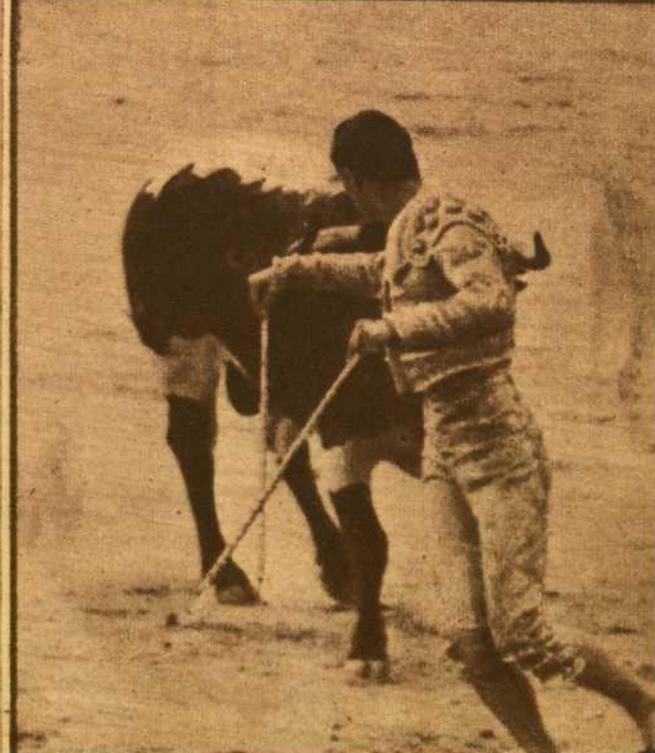
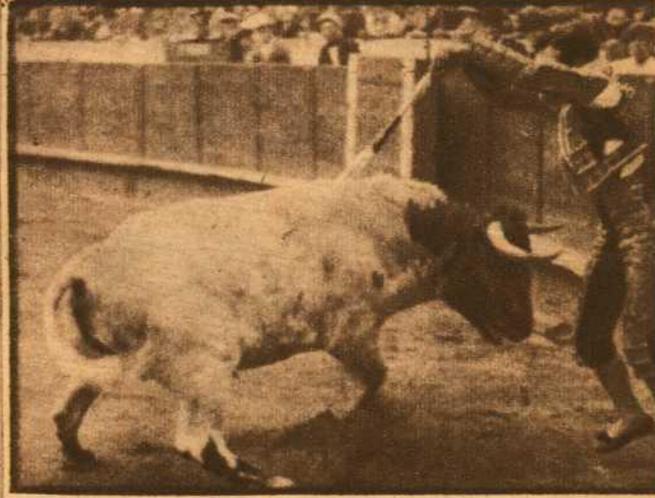
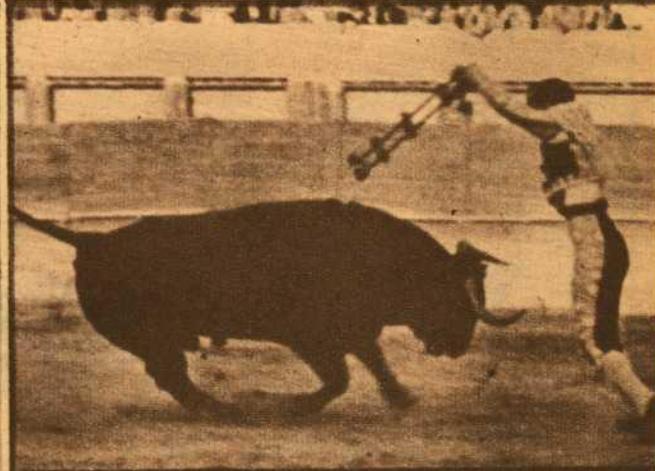
A pesar de tantas dificultades como señalo en esta suerte, yo por mi parte, me encuentro muy fácil con las banderillas. Sobre todo, me gustan colocar los palos al cuarteo y de poder a poder, andándole mucho a los toros. En muy raras ocasiones he puesto banderillas al quiebro.

Después de haberles dicho todo esto, ustedes se preguntarán por qué yo pongo las banderillas con tanta frecuencia. Y como me gusta ser sincero y reconocer los propios defectos que tiene uno, debo confesar: que las banderillas para mí supone llenar esa laguna o vacío que en mi torero se nota desde que tomo el capote hasta la faena de muleta. Yo, nunca, ni de becerrista, ni de novillero, ni de matador, me he encontrado bien con el capote. No sé porqué, pero el caso es que con el capote nunca estuve bien. Por ello, tenía que llenar el ambiente en otro tercio. No podía ceñirme a esperar a la muleta para intentar el triunfo. Considero que el éxito hay que alcanzarlo en su totalidad. Y el capote ofrece una facilidad enorme para ir preparando el ambiente para la faena de muleta. Si hemos quedado que yo con el capote no me encuentro bien, queda explicado el porqué yo banderilleo con harta frecuencia. Pero ello no quiere decir que el matador debe banderillar. Es más; yo tengo un criterio: que no debe banderillar.

Antes he dicho que a mí, en Méjico, nadie me conoce como banderillero. En la temporada pasada, sólo coloqué cinco pares..., y en estos pares no alcancé el triunfo; porque lo hice muy mal.

Todo esto es lo que puedo decir sobre el tema que la revista EL RUEDO me pide para su número extraordinario. He advertido que yo sabía muy poco de esta suerte de las banderillas.

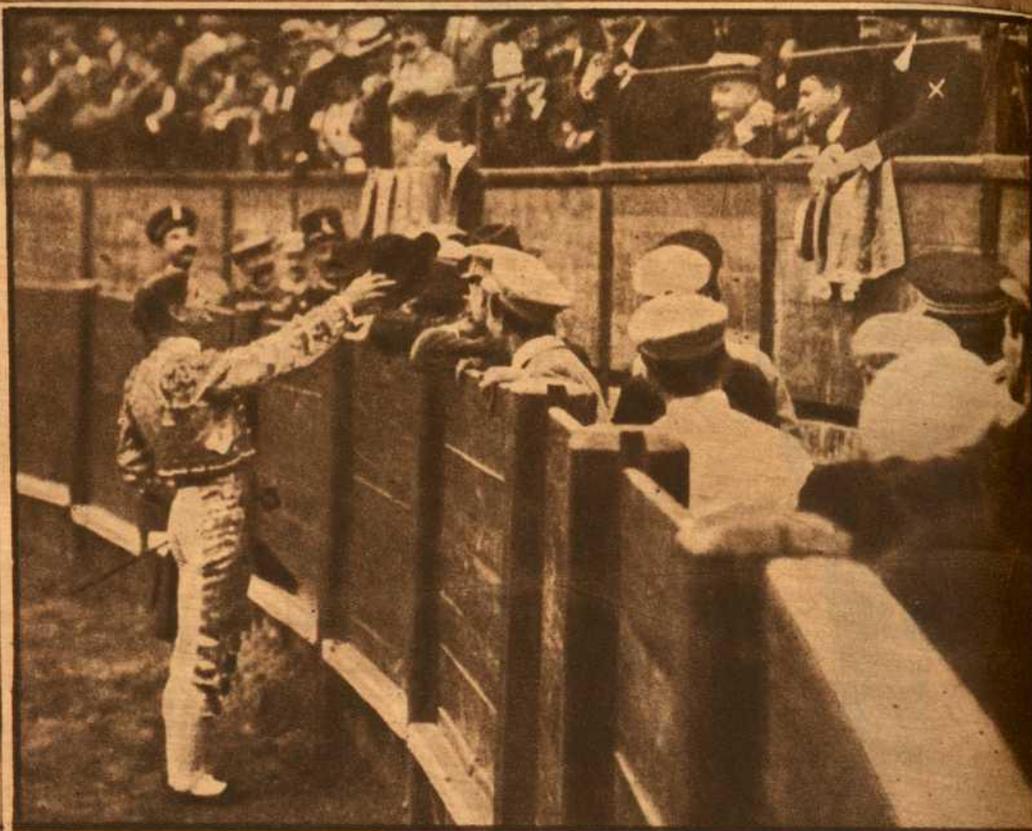
Pero el ruego del director de EL RUEDO guarda tanta atención para mí, que no he dudado al escribir estas líneas. Y que, en definitiva, sólo tiene el valor de una confesión: Que no me gusta banderillar.





BRINDO POR USIA...

Por FEDERICO GARCIA SANCHEZ



Los brindis de primeras figuras, en la época cumbre del toreo. A la izquierda, Rafael Gómez el Gallo. Arriba: Ricardo Torres Bombita

COMO dudase entre si el brindis era una reminiscencia de los tiempos del toreo ecuestre y a cargo de la nobleza, o el cumplimiento de una ordenanza, consulté a don José María de Cossío, quien, con su inapelable autoridad, falló el pleito a favor del reglamento de la lidia.

Y, efectivamente, aun en el caso en que el diestro dedica la muerte del toro a un espectador, dirigise antes a la presidencia, si bien entonces se limita a inclinarse en silencio ante ella. Pero el rito queda consumado.

Este trámite del brindis es uno de los armisticios que interrumpen la pelea, y constituye, con el desfile de las cuadrillas y la petición de la llave, un conjunto sobremanera sugestivo, que seduce incluso a los más declarados enemigos de la fiesta nacional.

No suelen los espadas poseer facultades oratorias, y si alguno presume de distinguirse de sus compañeros por su origen o su cultura, mejor que en los lances, intentará subrayar su privilegiada condición en ese momento propicio a un alarde de cortesía y correcta manera de hablar. Mazzantini, por ejemplo, se enfrascaba en verdaderos discursos, y milagro que no los pronunciase en francés.

Por lo común, reducíase antiguamente la, a pesar de todo, ofrenda, a combinar el «usia» con la «compañía», con que brotaban los versos, dignos de una rondalla. El requisito final consistía en dar la vuelta el torero y, ya de espaldas al público, lanzar la montera, que recogía en el aire el mozo de estoques.

En circunstancias excepcionales, pongo por caso, una guerra, como la de Cuba, no faltaba un lidiador patriota que aludiese a nuestras armas. Mas, repito, la tradición disponía que

se emplease siempre una elemental fórmula de respeto.

El asunto complicábase en ocasión de asistir a la corrida el Jefe del Estado; lo que obligaba a un suplemento de elocuencia, esfuerzo compensado con el regalo de rigor, una pitillera de plata, por lo común. ¡Cuántas habrá entregado la inolvidable Infanta Isabel, que representaba con frecuencia a la familia real en teatros y plazas! Su coche, en que la acompañaba la duquesa de Nájera —así las retrató a las dos el maestro López Mezquita—, equivalía a un palco...

Hecho el saludo al presidente, he aquí al matador en busca de la persona por él preferida, o que solicitó la deferencia, y que recibirá ese codiciado tributo del brindis. A veces, el elegido guarda el capote de lujo. Si así sucede, no hay titubeo en el ostentoso acto; pero a lo mejor se trata de un compromiso, que produce otro al deslumbrante y pobre héroe, el cual no se acuerda de la localidad que le indicaron, mientras que le obsesiona el recuerdo del cornúpeto. ¡Cómo palpita en tales instantes el corazón del personaje que espera la consagración suya, un retazo de la apoteosis del ruedo! En fin, realizase el encuentro, y todo transcurre con la mayor solemnidad: escucha en pie la conmovida figura del trascendental minuto, que, además, no acierta casi nunca a alcanzar la montera y, para colmo, no se percata de la faena desarrollada aparentemente en su honor, atenta como está a comprobar si lleva tarjetas y a escribir en una el consabido «vale». En tanto, la gente se transmite el nombre del afortunado mortal. ¡Señor, que caiga el toro de una estocada! ¡Y que los revisteros no se salgan con referirse de un modo vago «a un espectador»! Música, las

Cumplimiento de un rito reglamentario pleno de sugestiva belleza

orejas, el rabo. Nuestro hombre no se cambiaría por el propio Churchill.

La escena adquiere cierta poesía si el brindis va a una mujer, sobre todo desde que la aristocracia ha dado en unirse por matrimonio al pueblo en traje de oro y seda, y, en cambio, pierde sus calidades si, como ocurre en demasía, nos hallamos en un contubernio comercial, la maniobra de un agente de publicidad. Evidentemente, no es lo mismo requebrar a unos ojos negros y su dosel de una mantilla blanca, que a unas hojas de afeitar o un dentífrico.

Dije que, de ordinario, se corresponde al espada con una cigarrera; mas también existe la excepción rumbosa. Mariano Benlliure pagó un elogio de Antonio Fuentes con el carruaje y el tronco que los llevó a la Plaza en una tarde memorable.

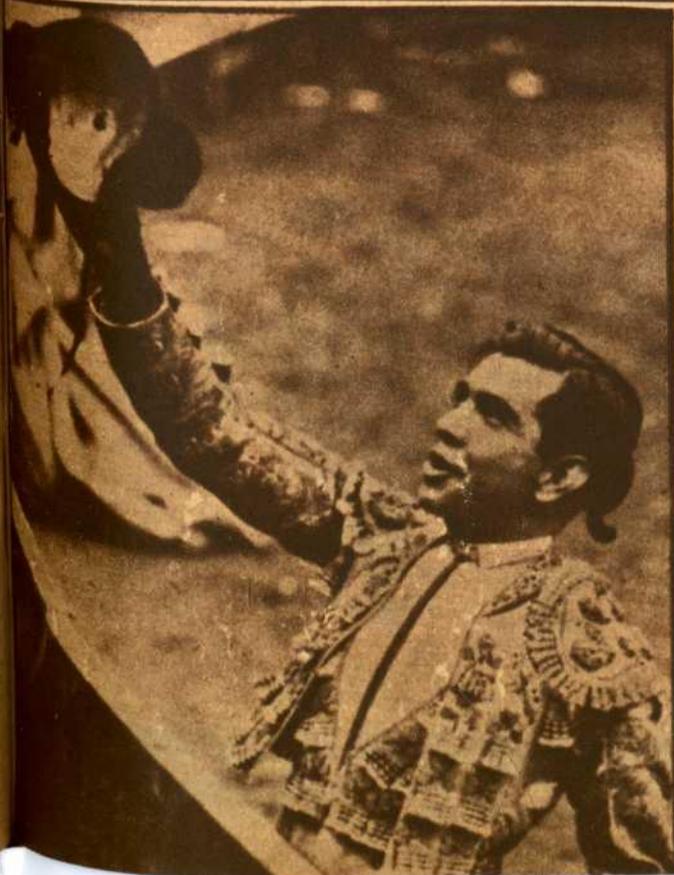
Si se trata de artistas, y siendo así que no todos disfrutan de la riqueza de don Mariano, parece oportuno el trueque profesional. Al mismo Fuentes, en gratitud a su oferta, Blasco Ibáñez le envió la colección de sus obras, con sendos autógrafos en los numerosos volúmenes. Y Fuentes lo agradeció en extremo. Era culto, espiritual. Adquirió, verbigracia, la casa de los Bécquer, en Sevilla, y procuró conservarla a tono con su mérito.

No nos olvidemos del brindis político: el del torerito que anhela congraciarse con los abonados poderosos, o el que pretende amansar los tendidos del sol; esfuerzo que no acaba hasta beberse un trago de una bota de vino «de la tierra», el adulador o temeroso de la plebe.

Los gobernantes pueden aprender en dichos opuestos métodos, entrambos peligrosos, en su exclusivismo; y yo me permitiría señalar, como un perfecto modelo, al diestro que brinda en mitad de la arena y a la redonda. Hay que gobernar para todos.

¿Otro brindis? Sí; el que no se dice, el que no se sabe. ¿A dónde irá el pensamiento del espada cuando éste se lanza entre las astas, más con el pecho que con el acero? ¿A la madre? ¿A la amante? ¿Al enemigo o rival? Los aplausos o los silbidos no nos dejan oír lo que murmura entre dientes el matador.

Con arrogancia, Antonio Fuentes se dirige al elegido, para el brindis. Abajo: el mejicano Rodolfo Gaona, en el otro momento de brindar



CURRO CARO

AL NIVEL DE LOS MAS GRANDES

Nadie va a descubrir ahora la calidad de este gran torero madrileño. Bien contrastada y bien admitida su personalidad entre los buenos aficionados a la fiesta, lo único digno de ser destacado es el ímpetu arrollador con que inicia la temporada de 1945 Curro Caro.

Nada menos que de jefe de terna—director de lidia— en una corrida en la que cuajaron sendas faenas los dos artistas que están en candelero, Curro Caro dió tal demostración de su toreo, de su estilo admirable y de su clase de gran figura de nuestra Fiesta, que obtuvo los máximos galardones con que se premia a los ases de la Tauromaquia en sus tardes gloriosas.

Así empieza su temporada Curro Caro, como presagio feliz de que el año 1945 ha de ser el de su consagración sólida y brillantísima entre las grandes figuras del toreo.



Paquito MUÑOZ

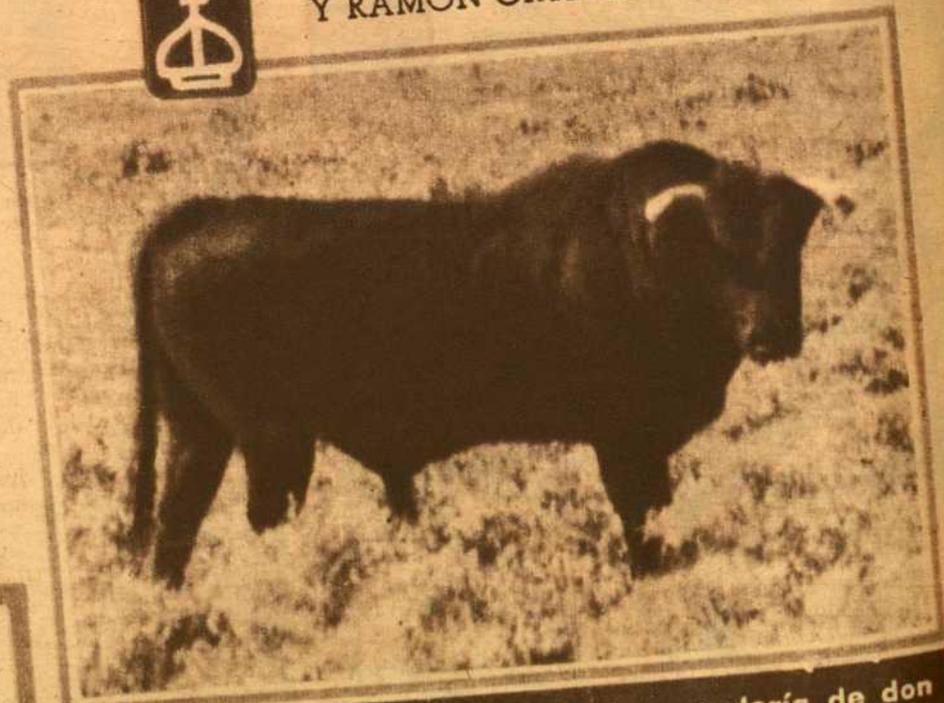


Otro "chavallito", que en brevísimo espacio se ha hecho "gente" ante el torero. Con un valor a prueba de pitones, una afición bien contrastada y un arte lleno de personalidad, Paquito Muñoz es otro de los aspirantes mejor calificadas para llegar a uno de los más altos puestos en el toreo. Tarde a tarde confirma sus éxitos en marcha ascendente y su nombre es uno de los que con mayor interés espera verla afición madrileña en los carteles de la Plaza de las Ventas.

GANADERIAS PRESTIGIOSAS D. FRANCISCO CHICA NAVARRO

JEREZ de la FRONTERA
(CADIZ)

DIVISA: VERDE Y PLATA
PROCEDENCIA: VERAGUA,
IBARRA, BRAGANZA, FLORES
Y RAMON ORTEGA



Toro «Emperador», semental en la ganadería de don Francisco Chica Navarro

FIGURAS DE LA CORRIDA

EL ESPONTÁNEO

Por JUAN DE ALCARAZ



Y de pronto, cuando la emoción se enseñorea del ámbito de la Plaza y en medio del silencio puede percibirse el leve revoloteo de un capote, con audacia de corzo joven se ve saltar al espontáneo desde la barrera a la enarenada palestra, donde el hombre contienda con la fiera en una lucha de espectacularidad y de belleza inigualables.

El espontáneo es un adolescente de músculos ágiles y grandes pupilas donde flamea la lucecita milagrosa de un sueño de gloria. Está pálido el chaval, y sobre su frente caen sus greñas alborotadas, que no se cuida de recoger, atento sólo al irrefrenable impulso que le lleva a enfrentarse con el toro. Va como ciego, como enloquecido, como iluminado, y su gesto es trágico y duro, impenetrable y terrible. Con la chaqueta, con el pañuelillo apenas que antes se anudaba a su cuello, con nada a veces, es decir, a cuerpo limpio, el espontáneo trata de medir sus fuerzas con la fiera y lidiarle por las buenas, desplegando ante el astado, con un valor temerario, con una despreocupación suicida, una serie de suertes absurdas, cómicas y grotescas a veces, y a veces peligrosas y escalofriantes.

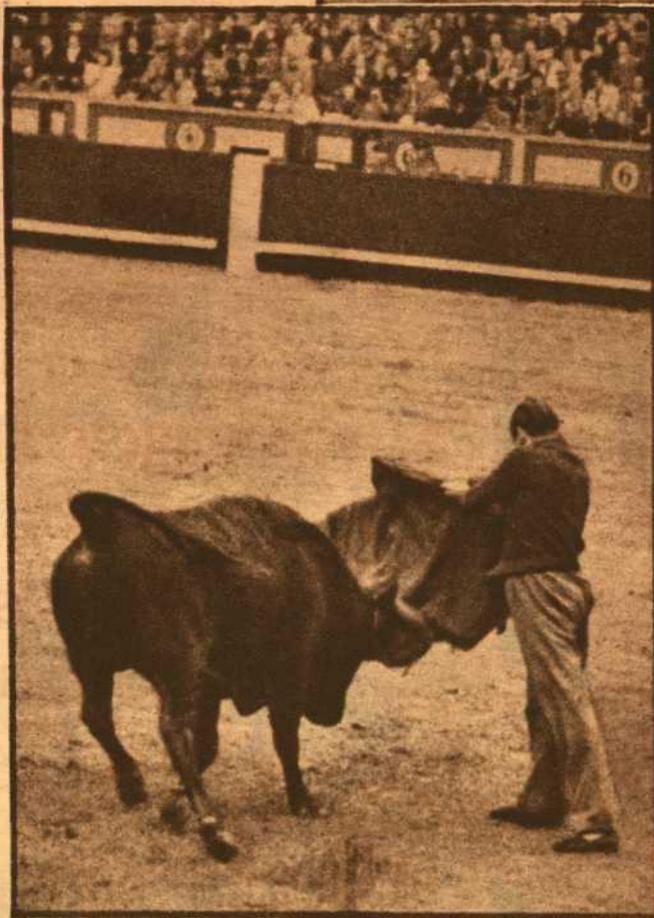
Cuando se deja atrapar, el espontáneo, zarandeado, molido, golpeado por las asistencias de la Plaza —cuando no sea contusionado también por alguna «caricia» del toro—, va, conducido por los guardias, a dar cuenta de su audacia al lugar conveniente, desde donde, por regla general —si alguna circunstancia no le exime del castigo—, pasa a la cárcel a cumplir la quincena con que la ley sanciona esa clase de faltas. Y aquí suele acabar, en ocasiones, la odisea del pobre maletilla, que ve de este modo truncados, por la fea y torpe realidad de las cosas sus sueños de valor, de poderío y de grandeza.

Pero otras veces no sucede así, y el torerillo, sin hacer caso de estas prosaicas y dolorosas incidencias, capaces de descorazonar al más ilusionado, sigue la ruta oscura y difícil de su calvario, con la mirada visionaria fija en el porvenir... Le alientan su juventud, su esperanza y su fe. ¡Quién sabe si también una honda e indeclinable razón sentimental! Porque este muchacho pálido y cenceño, menudo y nervioso, que se lanza a la muerte en una tarde de sol y de aplausos, de alegría y de frenéticos clamores de entusiasmo y admiración que no son para él, suele tener una novia o una madre cuyo ingenuo y apasionado amor le impulsan al heroísmo y a la conquista de la gloria, aun en el riesgo y el desprecio de su propia vida.

Cuando es así, todas las temeridades y todas las audacias del espontáneo están justificadas. Redimirse de la pobreza —siquiera se halle ésta disimulada con una decorosa apariencia—, tratar de romper el cerco de una asfixiante medianía donde se agotan las energías sin provecho y sin gloria, adoptar ante la vida el gesto desafiante y viril que el mismo puede conducir al triunfo que al fracaso, es algo con lo que pocos dejan de soñar y cuya inquietud sólo dejan de sentir los ineptos, los que no sienten los nobles impulsos de la ambición o los prematura e irremisiblemente derrotados.



El torero trata de impedir que actúe el espontáneo y lo detiene hasta que lleguen las autoridades



Un pase de los que acreditarían a un futuro as. El aspirante ha podido llegar hasta el bicho y consigue dar un pase

El torerillo aspira a situarse, a llegar, a imponerse. Quiere ser poderoso, tener dinero, llegar a independizarse en su día. Para ello tiene que arriesgarlo todo —puesto que arriesga su propia juventud y su propia vida—, ya que no cuenta con valedores ni ayudas oficiales ni particulares que le hagan más asequibles y llevadero el esfuerzo baldío y el sacrificio cruento...

El sabe que otros se lo encuentran todo hecho desde que nacen, aunque, en ocasiones, no siempre respondan al deseo y a la buena voluntad de los demás. Cuando piensa en esto, su estímulo crece y aumenta hasta adquirir proporciones gigantescas y desesperantes. En su casa, una penuria económica, rayana en la miseria, le hace la vida hostil y le empuja a la aventura. Un buen día de toros sale a la calle. No se sabe de qué arbitrios se valió para colarse en la Plaza. Tiene un poco ese gesto huidizo y vigilante del que no ignora que ha de enfrentarse con las normas establecidas y que dentro de poco será perseguido...

Pero él aguarda su momento propicio y decisivo. En las nebulosas de sus subconsciencia, en los entresijos más íntimos y amorosos de su alma, le brinda su ternura y sus promesas una dulce sonrisa de mujer, mientras que una pálida frente encanecida se abate con angustia, anhelante y resignada a su dolor. Por él mismo, acaso renunciara a la empresa, comprometida y peligrosa. Pero por la madre y por la novia, no. Y se lanza al ruedo decidido, saltando por todo y contra todos, frenético de esperanza...

Cuando, recientemente, uno de estos torerillos fué detenido y conducido ante el comisario, éste, asombrado de la extrema juventud del muchacho —de apenas quince años—, le amonestó, tratando de mostrarse severo.

—¿No comprendes el disgusto que le hubieras proporcionado a tu madre si te hubiese ocurrido algo?

—No tengo madre, señor.

—Es igual —replicó el comisario dulcificando la voz—. Se hubiera llevado el disgusto tu familia.

—No tengo familia, señor.

—¿No tienes entonces a nadie?

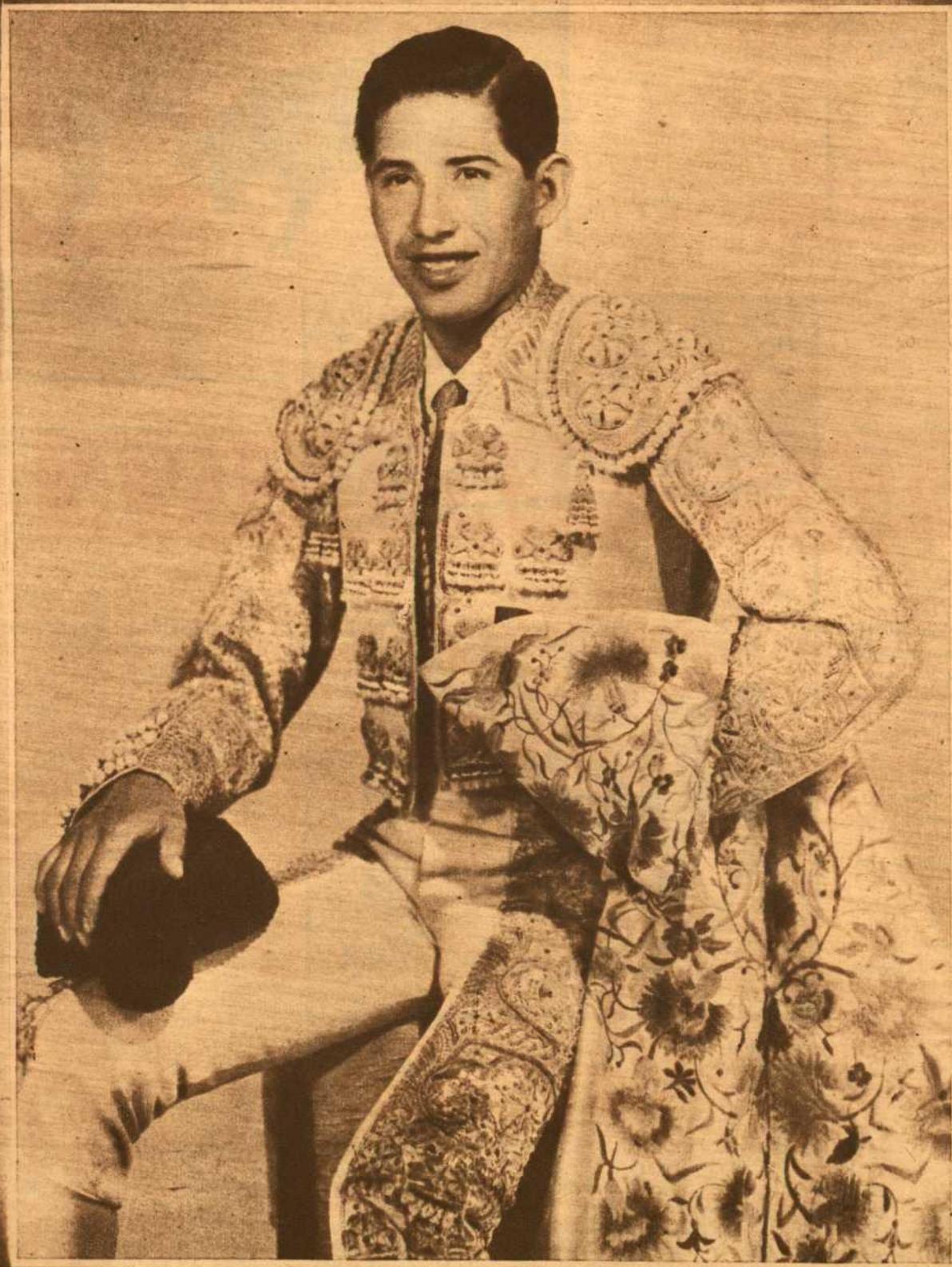
—A nadie, señor.

El comisario notó que se humedecían sus ojos. Y, naturalmente, dejó al maletilla en libertad...



ANTONIO VELAZQUEZ

el torero más emocionante de México



QUE EN LA TEMPORADA 1944-45
GANÓ LA OREJA DE ORO, DISPU-
TADA ENTRE LOS MEJORES TORE-
ROS MEJICANOS Y ESPAÑOLES



El Gallo, dando la alternativa a Gitanillo de Triana



Rafael Gómez el Gallo, entrega los frastos de matar a Cagancho

EL sentido de «la alternativa», ya su propia voz lo declara. Es conceder a determinada persona una autorización más o menos expresa para alternar. «Le da la alternativa». Como si dijéramos: le autoriza, le consiente, le permite alternar en determinado medio. Tratándose del espectáculo de las corridas de toros, bien claro se entiende que «dar la alternativa» o «tomar la alternativa» es aquel acto en el que un diestro, un lidiador, recibe de otro, capacitado por una antigüedad para ello, la aprobación, «en acto», para ingresar en un escalafón moral que tiene el valor de un ascenso. De ahí que el novillero «tome la alternativa»

quiso ser también el primer espada, yendo por delante de Cúchares, cosa que ya no había conseguido en los carteles. Pero... Pero allí estaban los dos encerrados en la misma Plaza y con un toro delante, y Chiclanero era «todo un hombre». Sonó la hora de matar, y los dos espadas se dirigieron al callejón, cogieron espada y muleta y, paso a paso, se dirigieron a brindar al mismo tiempo al presidente, que era don Pedro Alcántara Colón, duque de Veragua. La expectación en el público era grande. Y, también, a la par, ambos marchan hacia el toro abriendo sus muletas. Uno comienza a quitarse el toro a otro desafiando las tarascadas a cuerpo

para ser matador. Y, ¿quién señala a los aspirantes los méritos que les capacitan para tal recompensa? ¡Ah! El ascenso del torero es algo que en cuestión de merecimientos está en la conciencia de su época, en el sentimiento de la afición, y, en ocasiones, en la creencia del propio intérprete. Si «la alternativa» está en sazón, es aprobada para dudar un nombre y una gloria. Si las distancias están mal tomadas, ocurre, entonces, que el «doctorado» suelta volver sobre su acuerdo renunciando a la alternativa para regresar a su condición de novillero. Hemos escrito exprofesamente «doctorado», porque también así se llama, en argot taurino, al ceremonial de «tomar la alternativa». En lenguaje vulgar, doctorarse es tanto como alcanzar una primera línea, la suma de unos conocimientos, hacer, en materia de estudios, una reválida.

Taurinamente y para la organización interior de la fiesta de los toros, la alternativa sirve para establecer una prioridad, un orden en los carteles que desciende luego desde éstos a la candente arena para fijar sobre ella, ya en la sistematización de la lidia, una primacía y una autoridad en la Plaza. El alternativo más antiguo será siempre el primer espada. Mas esto que parece tan fácil y sencillo sobre el papel —el más antiguo el primero—, sobre la fiesta en actividad no siempre pudo deslizarse sin incidentes. La historia del toreo y de las alternativas está llena de ellos. Y todo por la importancia de lo antiguo, porque el pasado es nuestra dignidad, y ser el más viejo, hasta en los toros, tiene un perfume y un precio.

Corría el año 1846 y en las Plazas de Ronda y Sevilla ardía la competencia entre Cúchares y Chiclanero, duelo que el público de Madrid deseaba también presenciar. La temporada en la Plaza de Madrid estaba hecha a base de Montes y Cúchares, por no haber querido la Empresa aceptar las condiciones pretendidas por el Chiclanero, hombre de mucho carácter, cuando una cogida grave de Montes en la Plaza de Granada obligó a transigir con Chiclanero, que imponía ser contratado para toda la temporada cuantas corridas quisiera torear. Cúchares era el torero de Madrid y Chiclanero era el que empezaba a imponer su voluntad en todas partes, y

limpio. Montaba Cúchares la espada y Chiclanero... «Ja, ja, ja!» se le llevaba el burel. Y a la inversa. Hasta que Cúchares, adivinando las intenciones de Chiclanero, de degollar a traición el toro, con el fin de ser su matador, aprovechó uno de los pases de su rival para entrar a la media vuelta y derribarlo de un bajonazo. A la corrida siguiente, Cúchares, siempre diplomático, le cedió su primer toro a Chiclanero, le dió un apretón de manos, y allí terminó siempre el incidente.

Esto era en la edad de hierro del toreo, cuando la alternativa era, más

que hoy, una ceremonia de lujo a la que nada obligaba. Luego aquélla sufrió nuevos reveses y contratiempos; porque no todos los diestros aceptaron siempre que la única alternativa que daba una categoría y una antigüedad era la de la Plaza de Madrid. Hubo un tiempo, sí, que tal prerrogativa la gozaban, en exclusiva, sólo las Plazas denominadas de Maestranza, y que eran las de Ronda, Sevilla, Madrid, Granada y Zaragoza. Hoy sirve cualquier Plaza para otorgar una alternativa y establecer una antigüedad.

Uno de los casos más famosos de resistencia ante la antigüedad que en otra época concedía la alternativa tomada en diferentes Plazas, fué el de Juan Ruiz, Lagartija, un verdadero maestro de la tauromaquia que se desterró voluntariamente, durante años, de la Plaza de Madrid. Lagartija era más joven que Fernando Gómez el Gallo, y éste tomó la alternativa, en Sevilla, siendo aún Lagartija novillero. Pero éste confirmó su alternativa en la Plaza de Madrid antes que el Gallo. Llegó el día en que ambos torearán juntos en Madrid y se le dió la antigüedad y el puesto primero en el cartel a Fernando Lagartija no se conformó y primero se ausentó durante varias temporadas de Madrid. Luego transigió en venir, pero a condición de no alternar con el Gallo, con objeto de no ir detrás de él.

Actualmente, de aquel privilegio que gozaba la Plaza de Madrid, en materia de alternativas, no le resta más al coso matritense que la merced de tener que confirmar en su anillo todas las alternativas que se reparten prodigamente por esas Plazas.

Hoy... «Mucha suerte», y gracias. Porque el neófita aspira a cortarle la coleta al padrino, y si puede en la misma corrida de la alternativa,

Esto era en la edad de hierro del toreo, cuando la alternativa era, más que hoy, una ceremonia de lujo a la que nada obligaba. Luego aquélla sufrió nuevos reveses y contratiempos; porque no todos los diestros aceptaron siempre que la única alternativa que daba una categoría y una antigüedad era la de la Plaza de Madrid. Hubo un tiempo, sí, que tal prerrogativa la gozaban, en exclusiva, sólo las Plazas denominadas de Maestranza, y que eran las de Ronda, Sevilla, Madrid, Granada y Zaragoza. Hoy sirve cualquier Plaza para otorgar una alternativa y establecer una antigüedad. Uno de los casos más famosos de resistencia ante la antigüedad que en otra época concedía la alternativa tomada en diferentes Plazas, fué el de Juan Ruiz, Lagartija, un verdadero maestro de la tauromaquia que se desterró voluntariamente, durante años, de la Plaza de Madrid. Lagartija era más joven que Fernando Gómez el Gallo, y éste tomó la alternativa, en Sevilla, siendo aún Lagartija novillero. Pero éste confirmó su alternativa en la Plaza de Madrid antes que el Gallo. Llegó el día en que ambos torearán juntos en Madrid y se le dió la antigüedad y el puesto primero en el cartel a Fernando Lagartija no se conformó y primero se ausentó durante varias temporadas de Madrid. Luego transigió en venir, pero a condición de no alternar con el Gallo, con objeto de no ir detrás de él. Actualmente, de aquel privilegio que gozaba la Plaza de Madrid, en materia de alternativas, no le resta más al coso matritense que la merced de tener que confirmar en su anillo todas las alternativas que se reparten prodigamente por esas Plazas. Hoy... «Mucha suerte», y gracias. Porque el neófita aspira a cortarle la coleta al padrino, y si puede en la misma corrida de la alternativa,

LA ALTERNATIVA

Por MANUEL G. DOMINGO

Lorenzo Garza, confirma su alternativa y actúa de padrino Belmonte



Manolo Bienvenida, dando la alternativa a Pericás

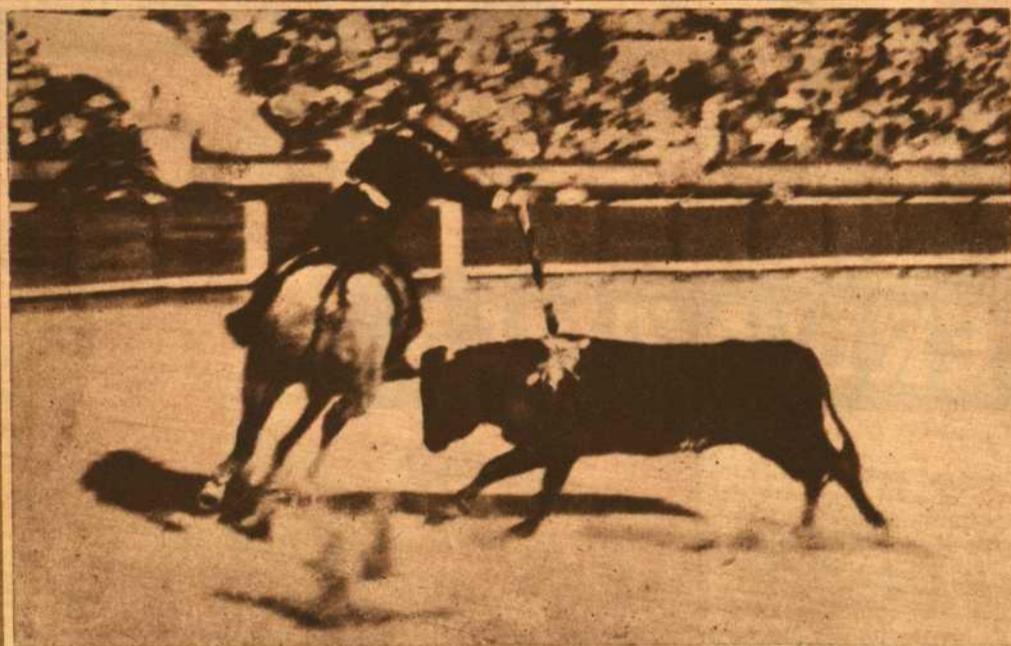


GANADEROS DE PRESTIGIO

EL DUQUE DE PINOHERMOSO

EL Duque de Pinohermoso, aristócrata de rancio abolengo, es de un temperamento inquieto y dinámico no bien avenida con la malicia que el destino brinda a las personas de su rango. Cuando le llega en la vida el momento de escoger una carrera, elige la de armas, que ofrece más incomodidades y más riesgos que la diplomacia a la cual suelen mostrarse tan inclinados los hombres de su estirpe.

Aficionado entusiasta a nuestra hermosa Fiesta, un buen día piensa en lo mucho que puede hacer su favor y en esplendor de ella, un hombre desinteresado, que por afición y sin afán de lucro sea ganadero. Y compra una ganadería. Más tarde, siente la inquietud de convertirse de espectador en intérprete de la Fiesta, y del tendido salta entusiasta y animoso al redondel. Caballista notable, ganador de innumerables trofeos en carreras de caballos, concursos hípicas y partidos de polo, se hace, por fuerza de su voluntad, rejoneador. Es decir, que sigue las huellas de los nobles de antaño, que alanceaban toros a caballo, principio de la Fiesta. Y cuenta sus desinteresadas actuaciones en festivales bené-



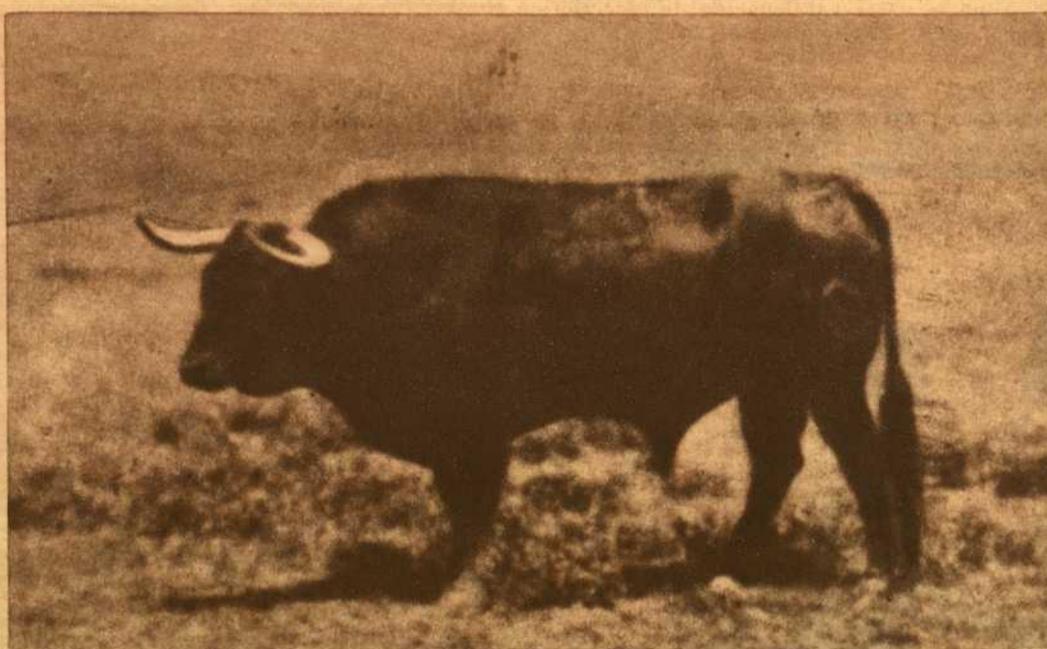
Uno de los muchos momentos felices del duque de Pinohermoso como rejoneador



El duque de Pinohermoso en su finca

ficos por éxitos ruidosos, merecido premio a su destreza y su dominio en el arte del rejoneo.

El campo es afición desmedida del Duque de Pinohermoso. Rara vez se lo encuentra. Lo preciso para atender a sus ocupaciones. Solo o acompañado de sus familiares y amigos de su intimidad, está casi siempre en su finca campera. Allí se entrena en el toreo de a pie y a caballo, acosa, derriba—diestro en ambos lances—y, sobre todo, cuida de su ganadería con un celo y una escrupulosidad imponderables. El Duque formó una ganadería con castas de las que salieron reses que hicieron famosas las divisas que les pusieran sus dueños. Y él, con su afición desinteresada, con un tesón incansable, seleccionando con una rigidez que no tuerce ni vanidades ni mercantilismos, ha ido mejorando esas buenas castas que compró. Exponentes de ello son hermosos ejemplares, como «Zarrerito», su primer toro lidiado en Madrid: «Comisario», «Marchamalo», «Cantinerero» y «Pintor», que en Barcelona fueron ruidosamente ovacionados en el arrastre, y «Hospitalito», al que se rindieron los mismos honores en Palma de Mallorca. Por el camino que va pisando con paso firme el Duque de Pinohermoso, verá en plazo muy breve coronado su esfuerzo con el premio halagador de su ganadería sea una de las mejores de la raza.



«ZARRERITO», 25, cárdeno oscuro, primer toro de Pinohermoso lidiado en Madrid el 4 de junio de 1944, que cumplió en todos los tercios con bravura y nobleza insuperables



EL MONOSABIO

como institución en la fiesta de toros

Por Emilio García Rojo

ficarse la intervención decidida, humanitaria y valerosa de estos hombres, quienes, exponiendo su vida, salvan la del picador caído, quien indefenso clava sus ojos de angustia en su salvador de la blusa roja, quien presuroso y sin titubeos lo ha de recoger del suelo, donde indefenso permanece en peligro, sin más remedio por su parte que el de abrir los brazos en cruz, para ser más fácilmente incorporado. Infinitos son los casos en que



En la fiesta, cada personaje o personajillo tiene su misión, y por modesta que sea o que parezca, cada labor a realizar tiene su marcada importancia. En los toros, se da el caso especialísimo de que cada función, por definida

que sea, es auténticamente legendaria. Pocas actuaciones se improvisan y ninguna se crea. La fiesta, aparte su reglamentación técnica, por lo que a la lidia esencialmente afecta, encierra múltiples actividades que, ajenas a lo que el festejo exige como espectáculo taurino y profesional en sí, ofrece un interés no exento de total despreocupación.

Y en la vasta catalogación de cometidos modestos, pero importantes, destacan con preferencia las actuaciones de los monosabios. ¿Concibe alguien una corrida de toros sin ver en el ruedo a esos hombres con blusa y gorra encarnadas, pantalón azul con franja roja y alpargatas blancas, esgriniendo en la mano una vara de fresno? Aunque al parecer nadie les concede importancia, ¿no se les echaría de menos? Desde luego. Son tan fundamentales sus servicios durante el primer tercio de la lidia, que sin ellos la suerte de varas resultaría cuando menos incompleta. El monosabio, pese a su insignificante salario, en muy pequeña compensación al mismo riesgo que corre, es a veces el picador, y en no pocas invade la obligación, del propio espada. Son esos hombres que sin alharacas, sin relumbrones y con mucha pena y poca gloria, a fin de cuentas, andan por el ruedo a merced del enemigo común, que no distingue en sus ataques violentos y peligrosos de categorías ni de funciones. En esos momentos, el toro en sus disparos no encuentra más diana que el bulto. Y como tal bulto —el color fuerte de su indumentaria afina a veces la puntería— constituye en la Plaza uno más y de buen relieve.

El monosabio es una institución en la fiesta. Es ruedecilla precisa en el engranaje complicado de la gran máquina taurina; cumple su misión y hasta a veces la convierte en heroica, pues como tal puede cali-

ficarse por esos ruidos de Dios se producen esos gestos de marcada temeridad. La intervención a cuerpo limpio de un monosabio, muchas, muchísimas veces, han desviado el certero derrote de la fiera sobre la presa segura. Su personalísima actuación, sin más defensa que su corazón y su destreza, han evitado desgracias consideradas como inevitables. Son como los ángeles tutelares de los piqueros y de las mismas cabalgaduras, porque si para el hombre montado el monosabio constituye la garantía máxima de su defensa, para el caballo, en atención más prolongada, le dedica sus afanes desmedidos para salvarle también, luego de haberlo cuidado cumplidamente; porque, lector, el monosabio no reduce su fun-



ción a atender los pocos minutos de la suerte de varas. No. Su cometido tiene mayores y penosos alcances. El monosabio aprende y perfecciona el oficio en la cuadra. Su menguado jornal, aumentado en las cinco pesetas que el picador asigna como gratificación a quien pudieran llamar su espolique, le obligan, fuera ya del ruedo, a atender la limpieza de los caballos y, en función más delicada, a curarlos de las heridas recibidas. Los caballos de toros, no obstante los pesos protec-

tores de que van provistos, reciben con frecuencia grandes cornalones, que para la mayoría del público pasan inadvertidos.

Y las consecuencias de la desgracia van a parar de lleno también a esos hombres, quienes solícitos les hacen la primera cura, y atienden después las prescripciones de los veterinarios. Y en su labor acusan un interés desmedido, toda vez que aquellos jamelgos, que en otras épocas costaban treinta, cuarenta o sesenta duros a lo más, hoy, con dificultades para su hallazgo, cuando se consiguen hay que pagarlos a dos mil, tres mil y a veces cinco mil pesetas. Y la cuantía, por una parte, y la escasez por otra, contribuyen a que los monosabios redoblen sus esfuerzos y agucen su destreza en aras de «recuperar», de toro en toro y de corrida en corrida, el animal, que, con su obligada ceguera, le colocan indefenso frente a la muerte. Es decir, con defensa relativa, ya que abandonado las más de las veces por su jinete torpe, encuentra en muchas otras el amparo del «monos», quien en el ruedo resulta, en las tardes y tardes, héroe anónimo.

El monosabio, pues, juega su papel en la fiesta, en ese juego trágico de ofrecer también su vida, aunque no lo parezca a simple vista.



ANTONIO BIENVENIDA

El torero de la muleta de seda. La alegría de la Fiesta vestida de luces. Gala y emoción del toreo. He aquí algunos rasgos de la semblanza taurina de Antonio Bienvenida.

Como ya es notorio, Antonio Bienvenida fué a Méjico contratado por cinco corridas.

Ha toreado diecisiete.

Ninguna otra figura ha cortado más arejas que él en aquellas Plazas, culminando su triunfo con la concesión

—obtenida por votación unánime—del trofeo taurino que Méjico dedica al torero que dé a aquella afición la mejor tarde de toros.

Antonio Bienvenida regresará a España a fines del presente mes.

Y ahí va el notición.

En la temporada de 1945 Antonio Bienvenida no toreará más que tres corridas en la Plaza de Madrid.

EL PAÑUELO VERDE

LOS CABESTROS

Por EL SOBRESALIENTE

NADIE mejor que Francisco Parejo para hablar-nos de los cabestros. Más de veinte años "bregando" con ellos —aun es joven—, y el resto de su vida viendo a su padre desenvolverse en este ambiente.

Hemos cruzado ese lago de luz hiriente que es la plazuela que hay en torno a la Monumental de las Ventas, para llegar al domicilio de Parejo. Y una vez con él, apenas si ha habido que preguntarle. Gran conocedor de su profesión, y amante de ella en grado extremo, él se ha ido anticipando a nuestras preguntas y ha contestado a otras que quizá no se nos hubieran ocurrido formular.

Nos lleva a los corrales de la Plaza, y por el camino empieza su abundante y simpática conversación.

—Es cosa de más interés y de más enjundia de lo que parece, esto de los cabestros. Porque este fuerte animal, entre las paredes de la Plaza, se vuelve débil. Hay que estar pendiente de él y cuidarle como a un galgo de lujo. Vea usted: Aquí llegan de poca edad, después de haber hecho el aprendizaje campero, y se reúnen con los bueyes de más edad y que llevan más años en la Plaza, conocedores, por tanto, de todos los resortes de su oficio. Entonces empieza su época de iniciación en los conocimientos necesarios para desempeñar bien su papel. Es precisamente en estos momentos cuando hay que poner más cuidado con los bueyes, por ser para ellos los más penosos, evitando en todo lo posible que se recelen, que tomen resabios. De aquí, de esa época, ha de salir la utilidad del cabestro para los corrales. Porque es notable la diferencia entre la labor campera y la que tienen que desempeñar aquí. Con un ejemplo se dará usted cuenta de la diferencia de trabajo: Dos cabestros de la misma edad y de igual peso, actuando uno en la plaza y otro en la dehesa, al cabo de un año presentan notable diferencia, hasta el punto de parecer de más edad el que ha trabajado al aire libre.

Hace una pausa, y con cierta parsimonia lía un cigarro.

—El cabestro, que de antemano necesita reunir una serie no pequeña de condiciones, tales como temperamento, buena cabeza, inteligencia, llega del campo, en donde el mayor espacio le ha permitido desenvolverse con mayor soltura con el toro; pero al entrar aquí comienza su vida de sufrimiento. El toro, que, como es natural, al salir del cajón siente ganas de pelea, las puertas y, en fin, la vida de reclusión son malos y fuertes enemigos del cabestro. Por eso, como le decía, hay que extremar los cuidados, evitar los golpes y, a ser posible, las cornadas de los toros peleones.

—¿Cuánto dura el aprendizaje?

—Esto depende de las facilidades con que tropieza, de la suerte que ha tenido el bicho. Si no ha habido percances, y por



El cabestro, en el campo, se encuentra más libre y su labor es más sencilla



En los corrales, es un trabajo más penoso. He aquí uno de los más recientes cabestros llegados a la Plaza de Madrid

lo tanto, no está avisado, poco tiempo. Pero esto no es fácil. Hay que desechar muchos. Ultimamente tuvimos que mandar uno al campo que fué cogido por una puerta. Este animal, cuando tenía que pasar por ella, se pasaba receloso, y les iba acostumbrando a los demás a hacer la misma operación. Por eso hubo que mandarle al campo.

—¿De qué sangre son los cabestros?

—El ideal es que sean moruchos, aunque conviene que tengan temperamento; pero también se aprovechan los de casta. A todos se les debe castrar pronto, pues así la operación resulta más sencilla; de lo contrario, puede suceder que ésta no quede perfectamente realizada y entonces pecaría lo fundamental de la misión del manso.

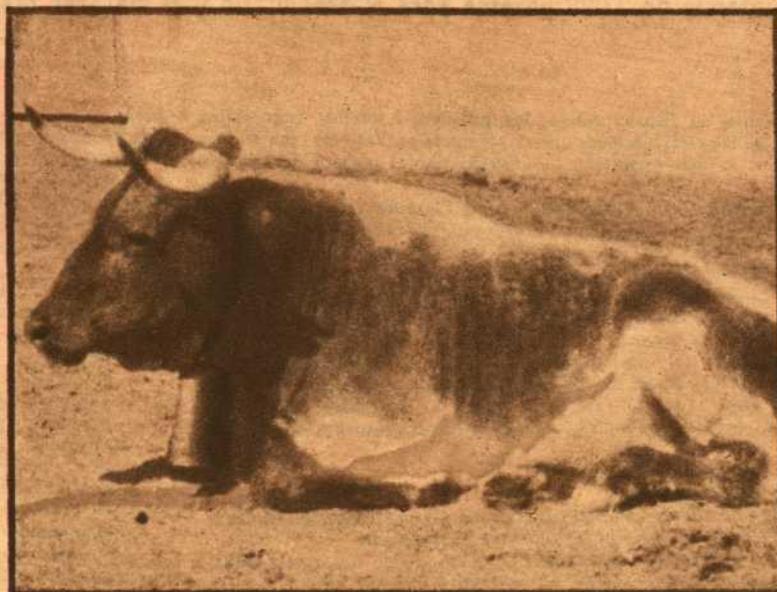
—¿Se da el caso que el cabestro acometa al toro?

—No es corriente; pero tampoco difícil. Como es un animal muy inteligente, cuando llega un toro lo prueba. Si éste es cobarde, entonces se engalla y hasta llega a pegarlo. Pero lo general es lo contrario.

—Entonces, ¿no es valiente el cabestro?

—No, señor. Es inteligente, cauto, astuto; pero el valor es cosa bien rara en él. Este último año hemos tenido uno, que ahora está en el campo todavía, para reponerse, que estaba encargado del desencajonamiento. Para esta

faena nos valemos solamente de un manso, con objeto de disminuir las posibilidades de desgracia, pues aunque algunos toros llegan aplomados del viaje largo, hay muchos que salen "calientes" del cajón, peleones y con ganas de lucha. En estos casos, un solo cabestro tiene más posibilidad de para quebrar al toro. Por otra parte, el paso por las puertas es más desahogado y da lugar a que los golpes con éstas disminuyan. Pues bien, para estos menesteres, como le decía, tenemos un cabestro que es digno de verle actuar, porque su gran miedo es tan notable, tan visible, que tiembla de una manera extraordinaria. El pobre animal, sin



Descansando en días en que sus servicios no son utilizados

embargo, ha cumplido siempre con gran ligereza su labor.

—Los cabestros, ¿se desenvuelven bien en el ruedo?

—Intervienen varios factores en el desarrollo de la labor de volver a los corrales al toro. El primero es el toro mismo, ya que hay ganaderías en las cuales las reses de lidia no tienen querencia por el buey, y esto, naturalmente, entorpece mucho su trabajo. También es difícil el toro bravo. Pero en estos casos hay que revestirse de paciencia para evitar que lo que puede hacerse en un cuarto de hora cuando más llegue a durar hora y media, como ha ocurrido ya en dos ocasiones. Hay que dejar al toro, no inquietarle, y los mansos terminan envolviéndole y llevándolo dentro. En el segundo de los casos que le he citado, tuvo la culpa un banderillero, que desde los toriles le echó un capote. Los cabestros, que vieron la capa, no quisieron entrar, y la cosa duró lo suyo.

—En algunas corridas he observado que uno de los cabestros, cuando parece que va a entrar, se vuelve y deja paso al toro, metiéndose detrás inmediatamente. ¿Obran así por adiestramiento?

—No, es una cosa instintiva. El paso hasta los corrales es muy estrecho, y el cabestro sabe que es más fácil que el toro pueda cornearle.

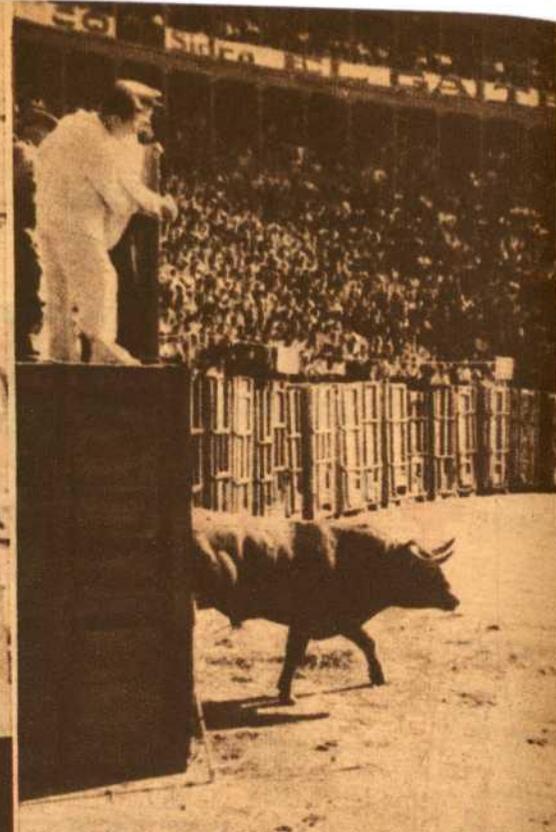


Junto al caballo y en busca de ganado para trasladarlo

(Fots. Baldomero y Manzano)



Magnífico aspecto de la Plaza de Toros de Valencia durante una de las corridas de la feria de julio



Como prólogo de las famosas corridas de la feria de julio, puede ser considerado el desencajonamiento de los toros que se han de lidiar durante diez días sucesivos

AL HABLA CON LOS SEÑORES ALEGRE Y PUCHADES, EMPRESARIOS DE LA PLAZA DE TOROS DE VALENCIA

MANOLETE y ARRUZA actuarán en siete corridas cada uno en la Feria de julio

Los restantes puestos los ocupan otros diestros de gran prestigio

Un toro de oro y un premio de 2.000 pesetas para el propietario y el mayoral, respectivamente, de la ganadería que triunfe en la Feria

Por RECORTE

DURANTE estos días los aficionados de España entera, los ganaderos, toreros, empresarios y apoderados, están pendientes de las combinaciones que se organizan en Valencia con motivo de la tradicional feria de Julio, la más importante de España por el número de corridas que se celebran.

Los señores Alegre y Puchades, empresarios —entre otras— de la Plaza de Toros de Valencia, han permanecido durante varios días por tierras madrileñas y salmantinas con el fin de ir dando los últimos toques de acoplamiento a las combinaciones e inspeccionar el estado de las corridas de toros que se han de lidiar en la mencionada feria.

Nosotros, por razón de nuestro cargo, hemos seguido desde Valencia los pasos de don José Alegre y don Alfonso Puchades. Al enterarnos de su regreso, fuimos a esperarles a la estación, impacientes por conocer noticias que trasladar al lector.

Cuando el caballo de hierro penetró en la estación, nuestra mirada buscó con ansiedad los rostros —ya familiares— de los empresarios. Al fin descubrimos —asomado a la ventanilla de un coche cama— a don José, con esa sonrisa que le caracteriza y con el consabido puro en la mano. Puchades, más serio, y con ese aire de hombre que todo lo encuentra resuelto, apareció en segundo término.

Con el pie en el estribo, abordamos a don José Alegre:

—¿Vienen con las combinaciones en la cartera?

Los ojos de Alegre brillan con aire de triunfo, mientras sus labios dejan escapar una sonrisa.

—¿Dispones de mucho espacio —nos dice— para poder dar grandes noticias?

—El suficiente para dar a conocer a los lectores de EL RUEDO todo cuanto nos revele usted.

Como estamos parados en el andén, Puchades opina que debemos marchar hacia la Plaza y allí continuar nuestras preguntas.

Ya en las oficinas de la misma —después de llamar por teléfono a Vidal para que saque unas fotos de aquel momento—, prosigue nuestro interrogatorio.

—¿Cuántas corridas han organizado para la feria?

—Si hemos de serle franco —dice Puchades—, aun no tenemos definitivamente ultimadas las combinaciones. Nuestro propósito es el de celebrar diez, o tal vez once, si las cosas se desarrollan como es de suponer.

—¿Que toreros tienen contratados para que tomen parte en ellas?

—Manolete y Arruza tomarán parte en siete corridas cada uno. En cuanto a los demás puestos, sólo podemos decirle que serán distribuidos entre los matadores de mayor prestigio.

—Y en cuanto al ganado, ¿qué corridas han adquirido?

—Del campo charro hemos comprado reses a Herederos de Galache, Alpio Pérez, Vicente Charro, Antonio Pérez, María Montalvo, Atanasio Fernández, Leopoldo L. Clairac y Rogelio M. del Corral. De Andalucía, contamos con ganado de las vacadas de Santa Coloma, Clemente Tassara y Félix Moreno (antes Saltillo). ¿Qué le parece?

—Según mi leal saber y entender, creo que han reunido ustedes las ganaderías que hoy gozan de mayor prestigio, máxime cuando esto de encontrar corridas de toros constituye un serio problema. ¿No es así?

—Y tan serio —interviene Alegre—, ya que además de que las vacadas todavía no han logrado rehacerse del estado en que quedaron a consecuencia de la guerra, hay que tener en cuenta que hasta la fecha, en la actual temporada,

hace que el poder encontrar una corrida de toros resulte más difícil que ver mi calva poblada con abundante cabellera.

—¿Qué viene a costar hoy una corrida de toros?

—El coste de una corrida de toros —continúa Alegre— cuando llega la hora de lidiarla, alcanza una cifra fabulosa, que la mayoría están muy lejos de imaginar.

—¿En qué relación encuentran ustedes las corridas que tienen compradas con las que lidiaron en la feria del pasado año?

—Todas las corridas que hasta la fecha hemos lidiado han estado magníficamente presentadas, y en cuanto a bravura, han dado muy buen juego, permitiendo a los toreros realizar grandes faenas. En cuanto a las que tenemos adquiridas para la feria, las hemos visto estos días y nos encontramos satisfechísimos de su presentación. En conjunto, creemos que viene con más trapío que la temporada anterior.

—¿Es cierto que el campo de Salamanca y Andalucía ofrece un estado deplorable a causa de la pertinaz sequía?

—No puede imaginárselo. ¡Causa verdadero espanto el verlo!

—¿Y cómo estando el campo en esas desfavorables condiciones dicen ustedes que los toros que tienen adquiridos para las corridas de la feria vienen muy bien presentados?

—Eso tenemos que agradecerlo a los ganaderos que no regatean lo más mínimo para que los toros tengan presencia y respeto.

—¿Preparan algún aliciente para la feria?

—Tenemos proyectado el regalar un toro de oro al ganadero cuya corrida, a juicio del público, ofrezca mejores condiciones de presentación y bravura. Será como un campeonato entre los ganaderos. También habrá un premio, consistente en dos mil pesetas, para el mayoral de la ganadería que triunfe en este torneo.

—¿Que intenciones abriga para después de la feria?

—El asunto de las novilladas está muy mal; por ello es nuestra intención el organizar luego de la feria, varias novilladas económicas, en las que iremos probando a los chicos que quieren ser toreros. Si alguno cuaja, entonces toreará con picadores en unión de los novilleros que más destaquen.

—¿Se encuentran satisfechos de las corridas que están ultimando para la feria?

—Creemos que hemos cumplido nuestro objetivo de ofrecer a la inteligente afición valenciana todo aquello que en la actualidad ofrece mayor interés. Ahora, el público tiene la palabra.

Con esta última pregunta damos por terminado nuestro reportaje. Después de agradecer a los señores Alegre y Puchades la amabilidad con que han contestado a nuestras preguntas, nos despedimos de ellos con un fuerte apretón de manos y el deseo de que todas las tardes, durante esas diez corridas, pongan en las taquillas el codiciado cartelito de «No quedan billetes».

Al salir de las oficinas, la Plaza de Toros recibe el ardiente beso de este sol mediterráneo. Sus tabloncillos aparecen desiertos, mostrando un aspecto triste. Ello nos hace pensar que ya muy pronto se animará. Esa fiesta tan española, mezcla de inquietud y animación, vencerá, en la feria de Julio, la inercia de su inactividad, brillando sus rostros —en las tardes de toros— con sonrisas de bellas mujeres valencianas y las camisas blancas de los huertanos, aderezadas de almidón, tersas y fuertes, cual corresponde al temple de sus almas.



Los empresarios de la Plaza de Toros de Valencia contestan a las preguntas que les hace Recorte, crítico taurino del diario «Levante»

EL ADORNO EN EL TOREO

Por RAFAEL ALBAICIN

EL adorno en el toreo, como en la mujer, como en todo lo que es bello en la vida, pertenece a la categoría de «superfluo necesario».

El adorno es el complemento y la gracia de la verdad.

Esta, a veces, puede mostrarse desnuda y ser bella sin adornos. Pero el adorno, sin la verdad, no es nada.

Vulgarizando el ejemplo. Veamos una de esas tartas, monumentos del arte confiteril, que son tentación de los golosos.

Recrean nuestra vista las flores artificiales que la empuñan, los arabescos con que las cremas de color, el chantilly y la nata las decoran... Pero la realidad de la tarta, lo que le da suculencia y precio, es el bizcocho enjundioso y macizo.

El adorno en el toreo ha de limitarse a la misma calidad complementaria, animadora y decorativa, de una realidad sólida y verdadera.

Todas las filigranas, todas las improvisaciones, todas las maderas y decorativas en el toreo, si son el arabesco que pone remate a la línea recta, justa, medida, que es el toreo puro... Lo primero es torear en ese cauce

hondo y dramático que marcan en el arte el pase natural y el de pecho. Después de eso, que es lo enjundioso y lo macizo, son lícitos todos los arrequives.

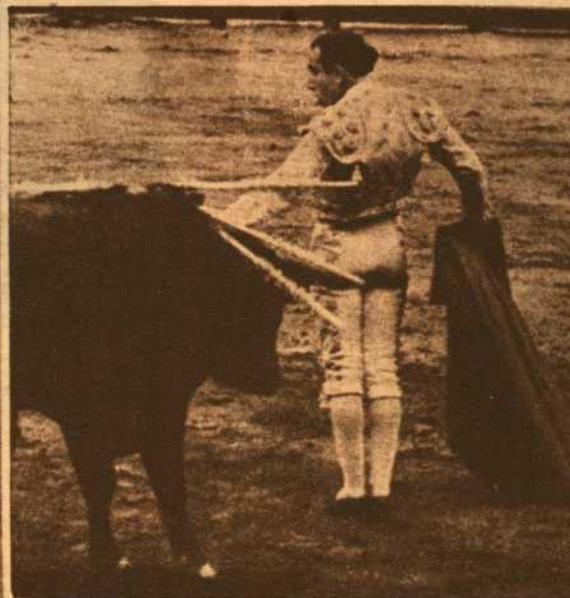
Sin ello, no. Un toreo sólo de adorno sería como un banquete en el que no se sirvieran más que entremeses.



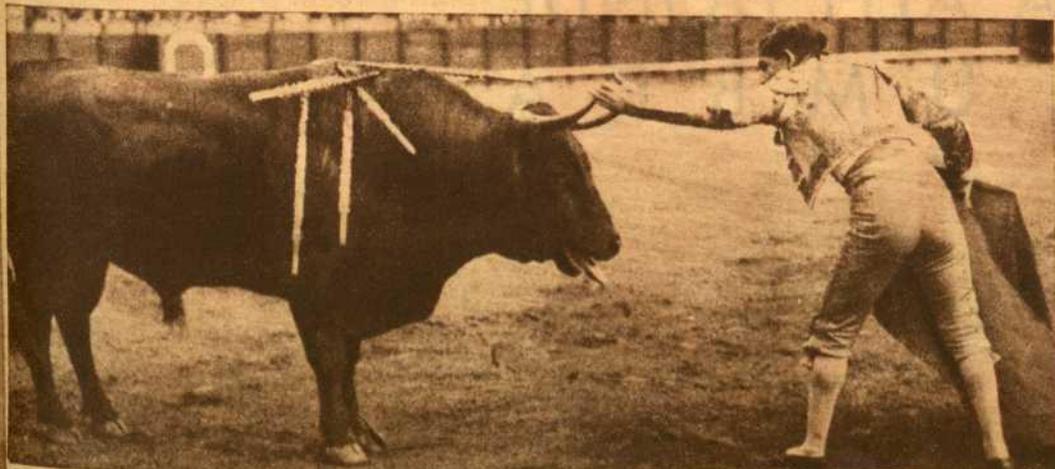
El gitano Cagancho, con la gracia peculiar de los de su raza, se adorna tocando el pitón al toro



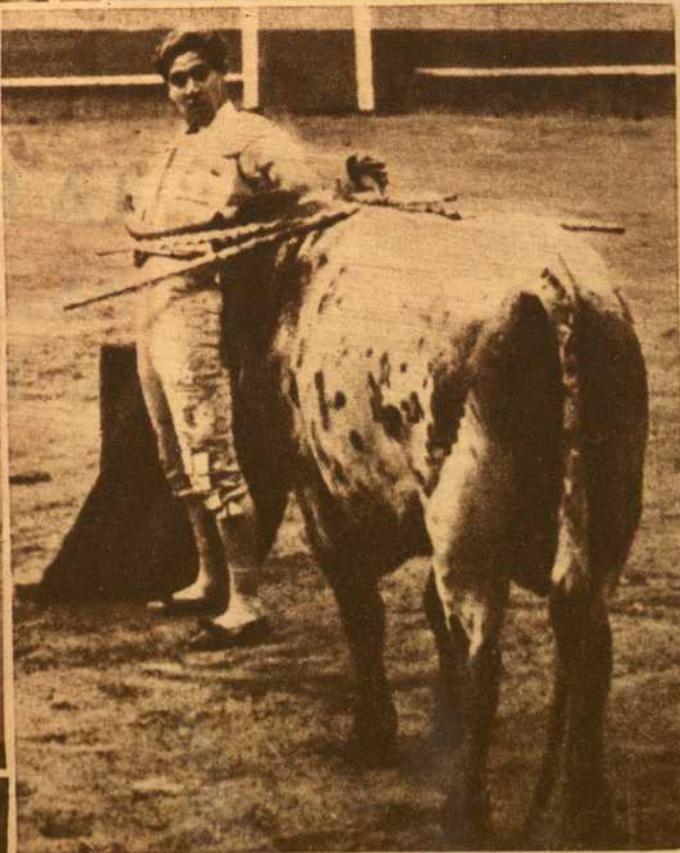
Ahora es Albaicín, que vuelto de espaldas al bicho sonríe al público



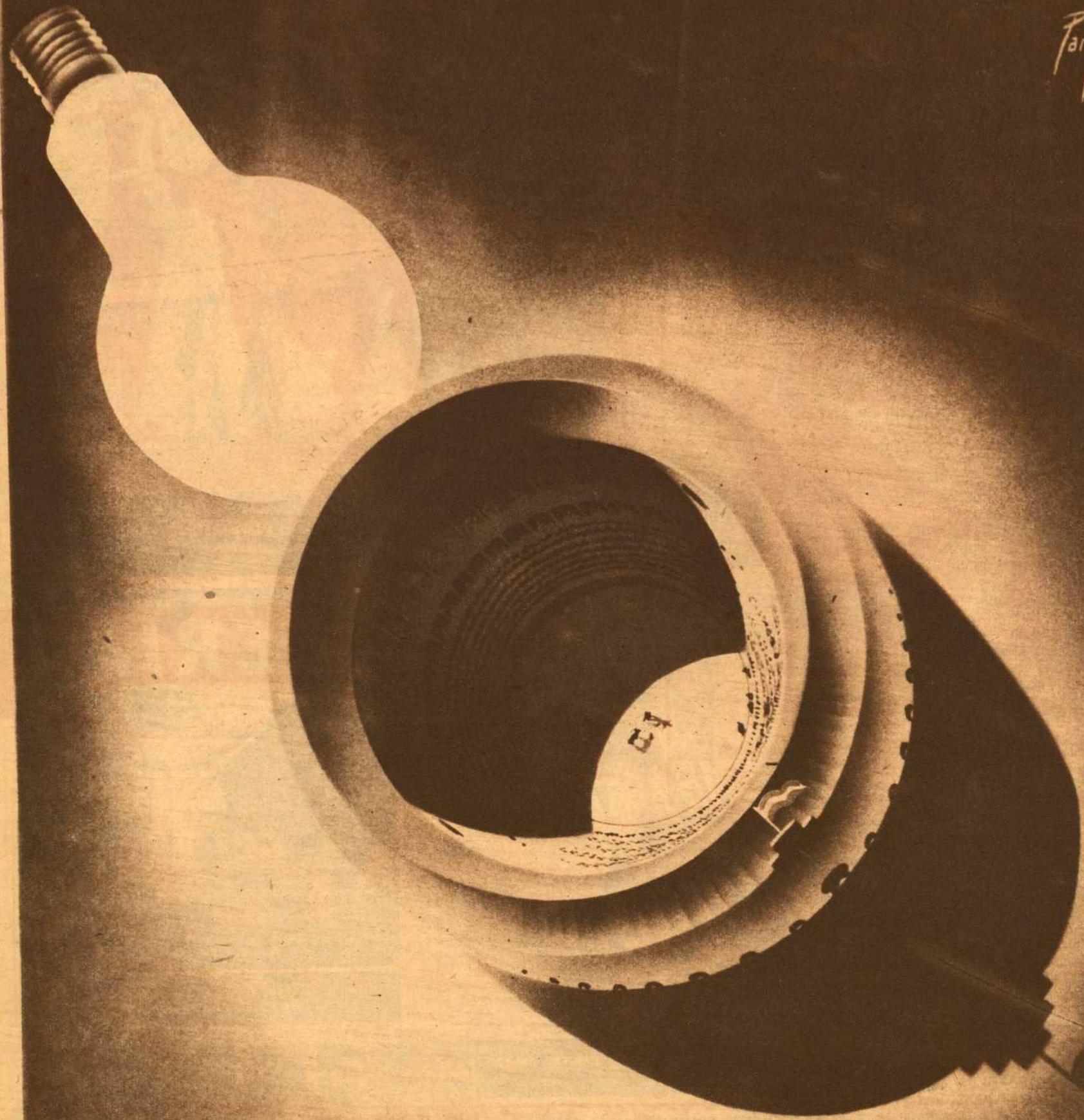
Rafael Ortega, Gallito, vuelve la espalda al toro en un alarde de gracia



Dos fotos del inolvidable Manolito Bienvenida, el que a dos toros de mucho respeto les toca los cuernos en la faena de mulata



Fam
Pa



LA FIESTA DE LA LUZ
ESTA ALLI DONDE
A L U M B R A
PHILIPS
LA MARCA MUNDIAL
PHILIPS IBERICA S. A. E.



MADRID BARCELONA LAS PALMAS



Chicuelo, artista genial, daba siempre con su presencia la nota pinturera.



El mayor alarde de pinturería no puede pedirse, no aquí la figura eterna de Laguarda que da el sabor torero y pinturero.

PINTURERIAS

Por

Rafael Sánchez

Sin embargo, a mí me parece que la "pinturería", como significación de garbo, de majaza, de cierta armonía y viveza en los movimientos, influye bastante en el mérito que los públicos conceden a un lidiador.

daban una ovación. ¿Es eso la "pinturería"? Pues me parece muy bien. El toreo a palo seco, con serias reglas matemáticas, caería en seguida en un simple oficio... Ya que tiene tragedia, debe tener alegría... Y, en realidad, ningún torero anda por la Plaza como por la calle o por un salón... Del mismo modo que no nos vestimos igual para salir al ruedo que para hacer una visita de cumplido.

UNO no sabe claramente definir qué es lo que en el toro quiere expresarse al decir "pinturería"...

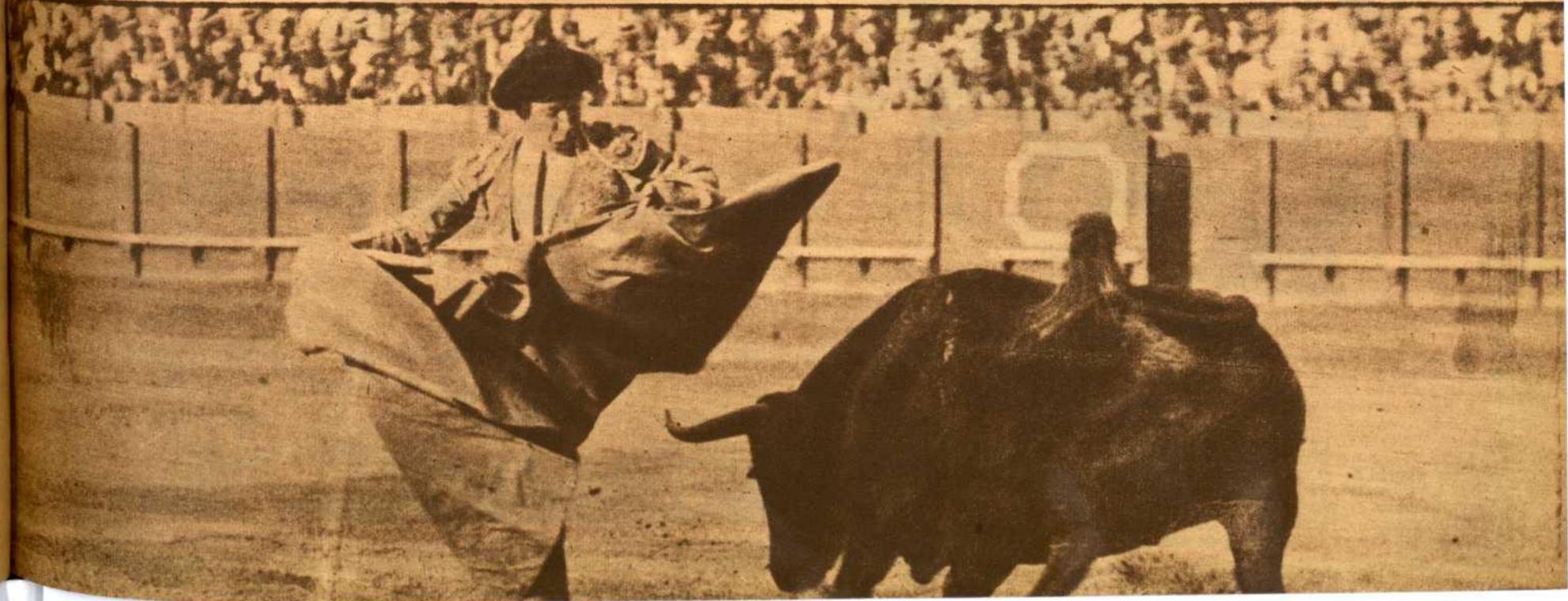
A mí me parece tan difícil como explicar en qué consiste la gracia en una mujer o la simpatía en un hombre...

Porque, naturalmente, la "pinturería" no es un requisito indispensable para ser torero, ni la exige ningún tratado taurino.

Se ha dicho de algún torero famoso que "verle hacer el paseo ya valía el dinero de la entrada". Y mi tío Rafael me ha contado que cuando Antonio Fuentes, antes de que saliera el primer toro, para probar el capote de brega, tiraba una revolera y le

El traje de luces tiene una música: el pasodoble... Y un movimiento; ¿Ese, ese!, que se llama "pinturería"... Para saludar, "para ir al toro" y para lo que, también es muy difícil, "irse del toro".

La chiquelina viene a ser otro alarde pinturero en sí. Y si no, ahí está la fotografía en la que Chicuelo suelta al aire del ruedo todo el sabor de su chiquelina incomparable de alegría.



Carlos Jimenez



Los buenos establecimientos se conocen por la muestra, y luego por el género.

Pues véase la muestra de Carlos Jiménez, el finísimo torero vallisoletano que tan memorable como gratísimo recuerdo dejó en Madrid, donde hay verdadera impaciencia por verle de nuevo.

Y en cuanto al género, esa muestra revela su alta calidad. Dos muletaos en los que se hermanan el más completo clasicismo con la mejor finura de calidad del estilo moderno.

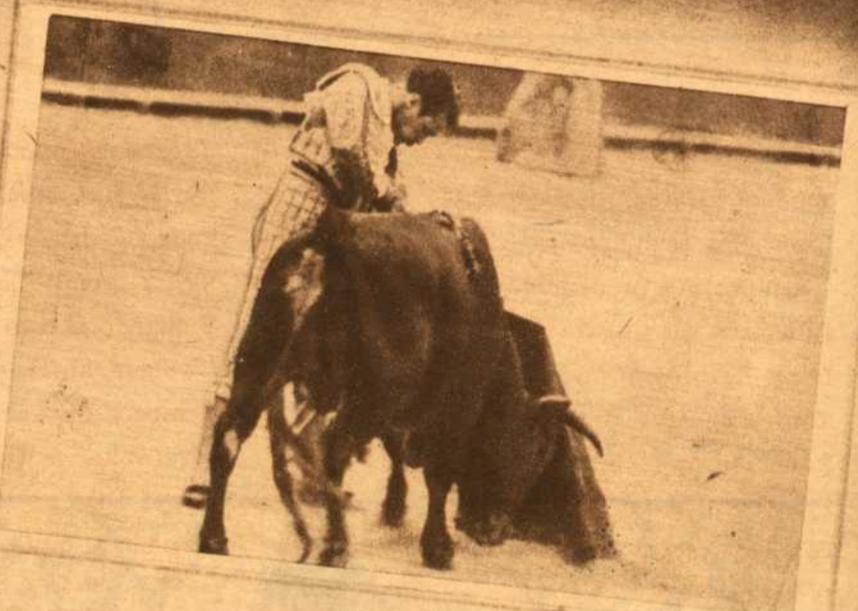
Sobre ello, un ímpetu y un brío de juventud como para desarrollar cuanto se le ponga por delante.

No hace falta más para dar por seguro el rotundo triunfo de este novillero, cuyo nombre se cotiza ya a la par de los más destacados en su arte.



D. Juan de la Escosura
APODERADO
Mayor, 13 MADRID Teléfono 15697

CHICUELO DE MEJICO



En su bellísima tierra le pusieron como apodo Chicuelo, porque su clase, la finura de su estilo y su personalidad pinturera, eran como un trasunto de nuestro Chicuelo sevillano en sus tardes más gloriosas.

Y desde su presentación en las Plazas aztecas, Chicuelo, el homónimo mejicano del nuestro, ha ido afirmando y superando su personalidad y su arte, hasta convertirse en el novillero puntero de su Patria.

Llega a España lleno de ambición de triunfo y de medir su arte junto a las grandes figuras de su categoría. Su historia, breve, pero brillantísima, le avala y le apoya en su pretensión, en cuya meta está la alternativa, que Manuel Jiménez aspira a llevarse de España, como premio a la labor que se propone realizar.

La afición madrileña espera con impaciencia e interés la presentación en la Plaza de las Ventas de Chicuelo de Méjico.



LA COGIDA

Por RAFAEL DUYOS

I

Salió buscando pendencia,
vengador de sus hermanos.
Unos ojos sevillanos
—sabiduría y prudencia—
saludaron su presencia
libres de presentimiento.
Tanteo de acercamiento...
Pulsación de facultades...
Frente a frente, dos verdades.
El aire, absorto, sin viento.

II

La voz de siempre, al peón:
«¡Vete, Blanquet, vete, vete...!»
Rápido y ágil se mete
Blanquet en el callejón.
Buscando la reunión,
solos el toro y José;
el toro que ve y no ve
y José que, distanciado,
después del pase ayudado,
queda de espaldas y en ple.

III

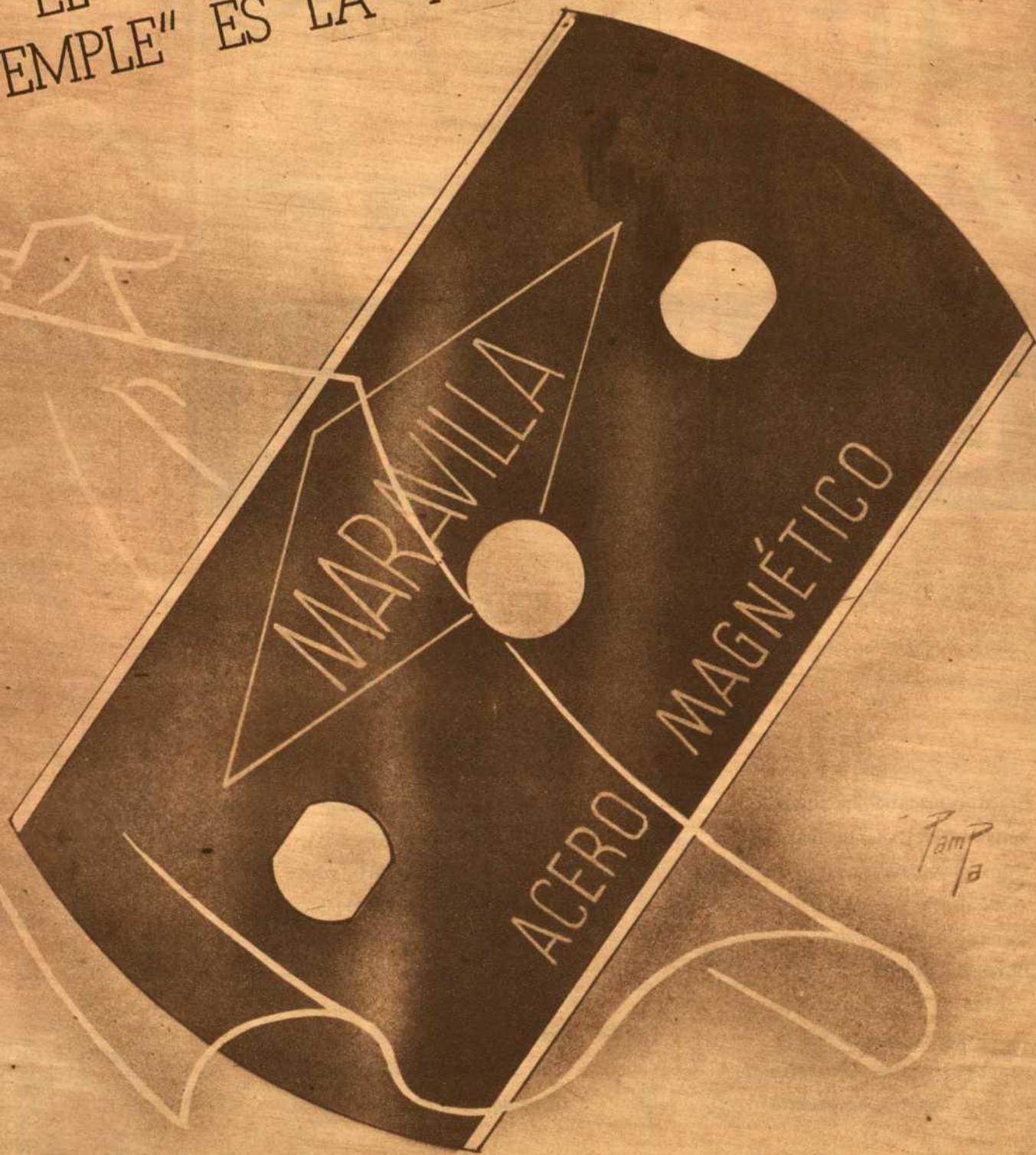
Galanura. Confianza.
¡No te fíes, Joselito...!
Toda la plaza es un grito:
¡Ay, Virgen de la Esperanza!
Y cuando el toro le alcanza
—vulgar, burriciego y loco—,
tiempo y distancia son pocos
para evitar la tragedia;
que si Dios no lo remedia,
Ignacio, al quite, tampoco.

IV

Y en hombros se lo han llevado
Inútil la enfermería.
El clavel de Andalucía
sobre el mármol se ha mustiado.
Y ya, mayo, se ha quedado
sin su semilla mejor,
que en Castilla, «Ballaor»,
con sus astas afiladas,
al mejor de los espadas
le ha roto la vida en flor.



EN EL AFEITADO
Y EN EL TOREO...
¡EL "TEMPLE" ES LA "MARAVILLA"!



Pampa

AQUI TENEIS UNA HOJA DE AFEITAR
QUE EN SU TEMPLADO ACERO DICE:

MARAVILLA

¡Y ES VERDAD!



EL PASE NATURAL

por

Manuel Rodríguez
Manolita

No pretendo decir más ni menos que lo que modestamente pienso del pase que considero eje de la faena de muleta. Bien sé que no es tarea fácil el explicarlo cuando no hay costumbre de llenar cuartillas y más cuartillas. También muchas veces, resulta harto difícil decir o explicar lo que luego —al fin torero— en el ruedo apenas se realiza. Yo no quiero —lo repito de nuevo— que nadie tome mis palabras como razón de lo que siempre tantos razonamientos le va costados.

El pase natural, como he dicho anteriormente, puede considerarse como el pase eje de la faena de muleta. Muchos han pretendido explicarnos e no debe darse. Para mí, para mi modesto criterio, entiendo que debe darse así: En el toro que embiste no se debe adelantar la muleta, sino dejar llegar al toro hasta que los pitones lleguen a una distancia como de una cuarta a la muleta. Cuando el toro está a esa distancia, entonces se le debe correr la mano con la máxima lentitud y estirar el brazo todo lo que se pueda; la pierna izquierda tiene que quedarse completamente inmóvil, y cuando el pase llega a su terminación, es entonces cuando hay que girar con la pierna derecha, hasta quedar en posición de darle el siguiente muletazo en el mismo terreno en que se inició el primero, y así sucesivamente dar todos los que se puedan... o deje dar el toro.

En cambio, cuando el toro no tiene arrancada, hay que provocarla. Es entonces cuando está justificado el adelantar la mano de la muleta para llegar a provocar la arrancada, y una vez que el toro embiste, se debe hacer lo mismo que queda explicado en el otro caso.

Todo eso que se dice de cargar la suerte en el natural viene a ser lo que el cargar la suerte en las otras fases del toro. Esto es simplemente una ventaja para el torero, puesto que se desvía más fácilmente el camino que trae el toro. Cargar la suerte, yo lo creo así, es tan sólo una ventaja. En el pase natural hay que dejar que el toro se estrellé en la muleta.

También se discute mucho sobre terreno en que se debe dar el natural. Cuando menos, para mí, ese terreno es el de los medios. En él, al toro que es quedado hay que citarlo en corto, y al toro que embiste franco más distancia. Es, ¡ya lo creo!, el pase más difícil y el más difícil de realizarlo perfecto. Hay que tener temple y valor, porque al repetir el muletazo, según se van dando los pases, se va reduciendo el círculo y hay que llevar al toro muy toreado, para que los naturales resulten perfectos. Siempre se ha dicho que el natural es el pase que más pronto descubre al torero que no aguanta. El público, para observar si el natural es perfecto, no debe tener en cuenta excesivamente el conjunto que forman el torero y el toro, sino más bien en la posición de los pies cuando el lidiador va consumando la suerte. Los pies deben estar ligeramente entreabiertos. Con ellos juntos, cuando menos yo así lo hago, sólo se deben dar los ayudados por sí.

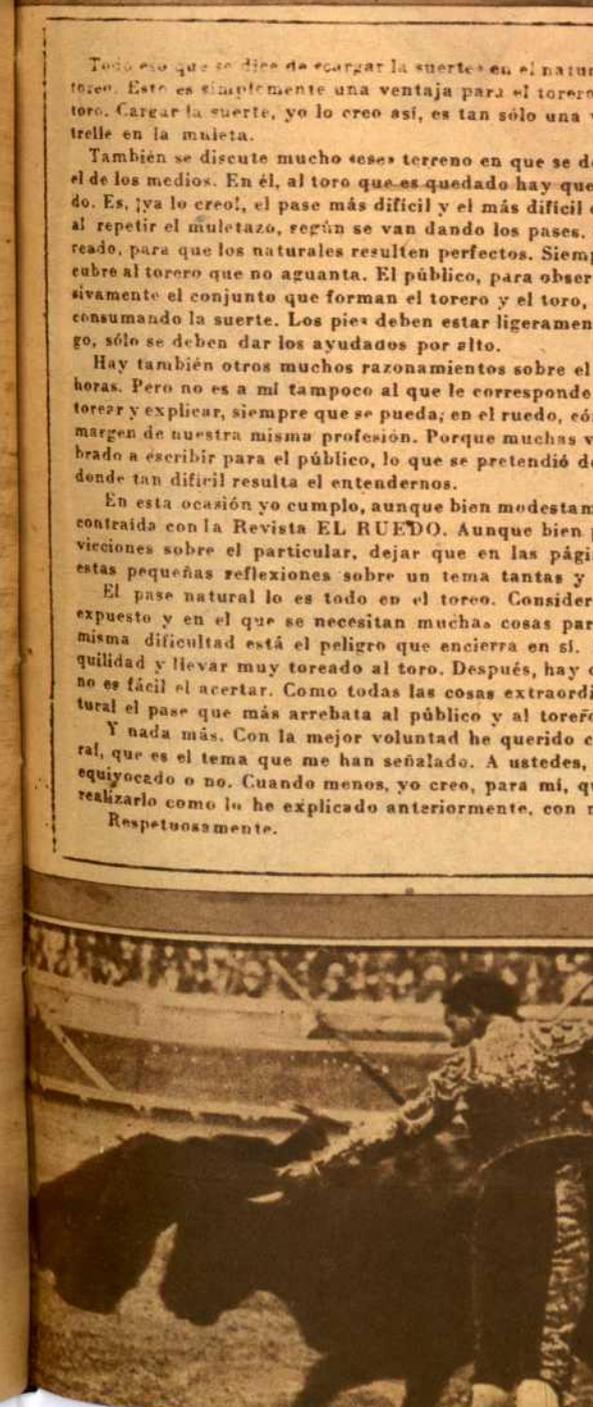
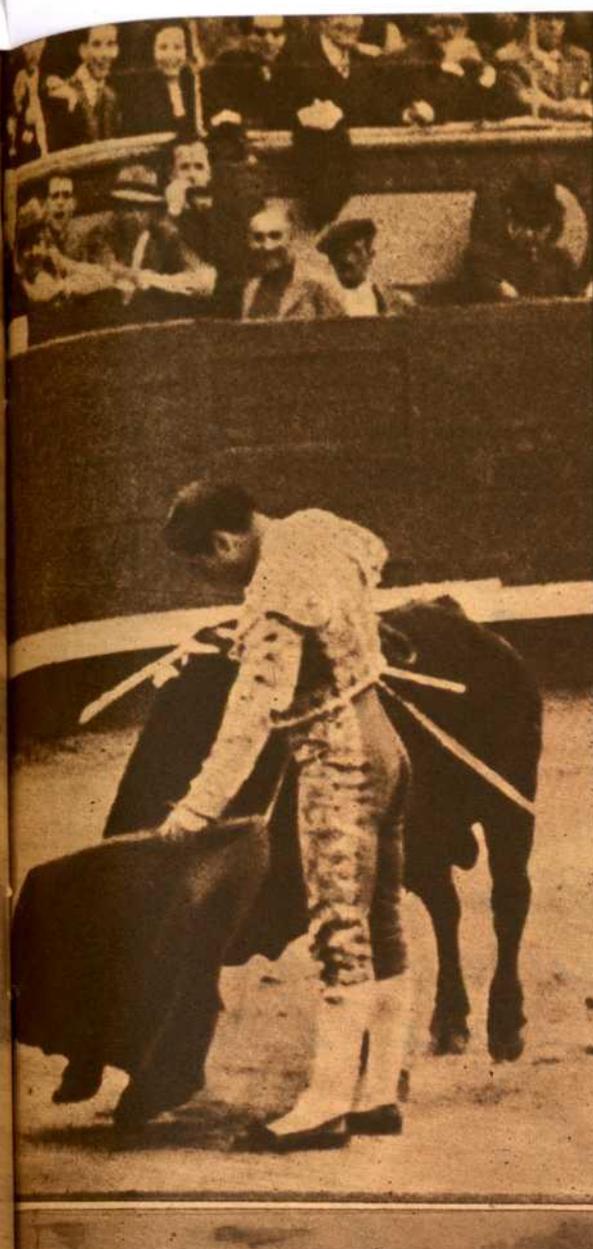
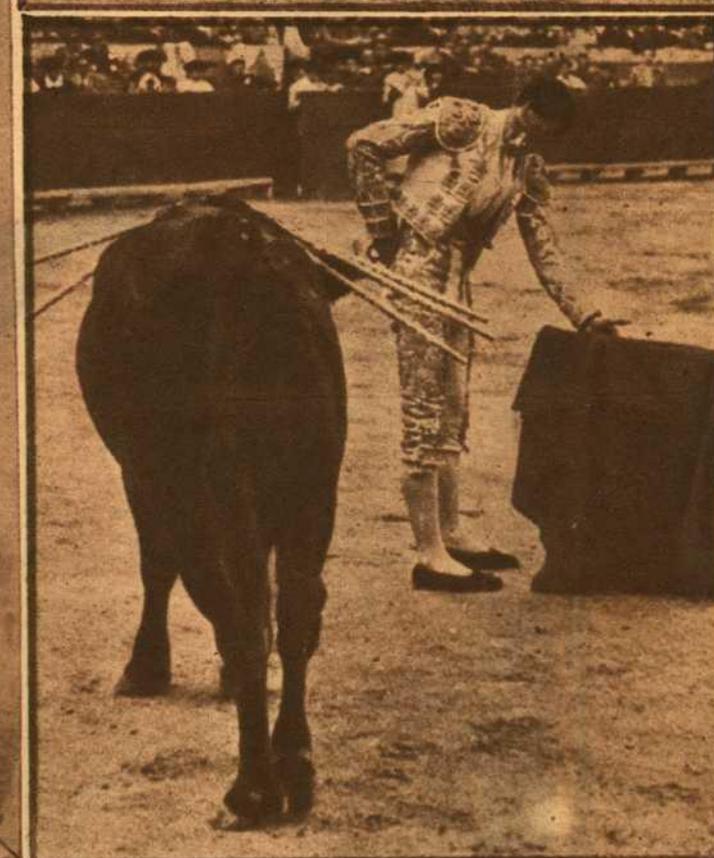
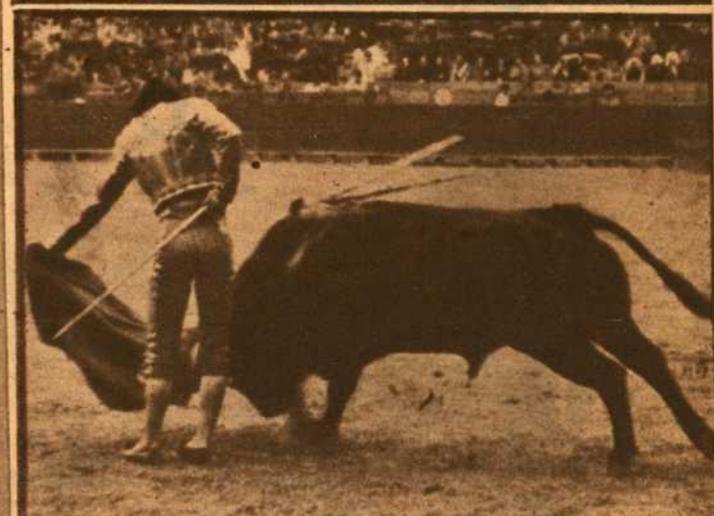
Hay también otros muchos razonamientos sobre el natural. De ellos cualquiera podría estar hablando horas y horas. Pero no es a mí tampoco al que le corresponde señalar nada. A los otros toreros sólo nos corresponde el torero y explicar, siempre que se pueda, en el ruedo, cómo hay que dejar hechas las cosas. Lo demás está un poco al margen de nuestra misma profesión. Porque muchas veces por modestia y otras veces porque uno no está acostumbrado a escribir para el público, lo que se pretendió decir no es muy claro para muchos. Y aun menos en los toros, donde tan difícil resulta el entenderlos.

En esta ocasión yo cumplo, aunque bien modestamente, con esa deuda de gratitud que todos los toreros tenemos contraída con la Revista EL RUEDO. Aunque bien poco es, no he querido, aun en contra de mis propias convicciones sobre el particular, dejar que en las páginas de este magnífico extraordinario de toros, no vengan estas pequeñas reflexiones sobre un tema tantas y tantas veces discutido.

El pase natural lo es todo en el toro. Considero, en definitiva, como al más expuesto y en el que se necesitan muchas cosas para que resulte perfecto. En su misma dificultad está el peligro que encierra en sí. Hay que tener dominio, tranquilidad y llevar muy toreado al toro. Después, hay que intentarlo... muchas veces no es fácil el acertar. Como todas las cosas extraordinariamente difíciles, es el natural el pase que más arrebató al público y al toreño.

Y nada más. Con la mejor voluntad he querido charlar un poco del pase natural, que es el tema que me han señalado. A ustedes, ahora, les resta decir si estoy equivocado o no. Cuando menos, yo creo, para mí, que el natural lo veo y procuro realizarlo como lo he explicado anteriormente, con mejor o peor fortuna.

Respetuosamente.





IBERIA FILMS S.A.

PRESENTA
A

*Mariemma
Saintz de la Mata
y Lola Flores*



SEVILLA POR SOLEARES

LA MARAVILLA DEL FOLKLORE ANDALUZ



DEL ULTIMO TERCIO

EL PASE DE PECHO

Por

Luis González

EL ESTUDIANTE



El pase de pecho es, en la diversidad de pases de muleta, lo que el do de pecho en la escala musical, y así como el do de pecho hay que darlo seguro de no rozar la nota para que no surja el gallo, así el pase de pecho debe darse con toda perfección para que no resulte un telonazo vulgar.

Claro que el pase de pecho no está escrito en la *partitura*, y hay que improvisarlo cuando las circunstancias manden.

En el toreo no hay reglas fijas ni papel de música a que atenerse. La faena ha de hacerse en atención a dos factores: la condición del toro y la inspiración del torero. A un toro suave, pastueño, de carril, como se dice ahora, es fácil torear; pero el mérito pertenece por mitad al toro y al torero, porque el inteligente advierte que no se sabe si es el torero el que torea al toro o es el toro el que se torea a sí mismo. En cambio, frente a un toro manso o bronco, o consentido, la dificultad del toreo es patente, porque se ve que el toro no quiere ser toreado y el torero tiene que

echar el resto para obligarle a embestir y hacerle tomar la muleta. Es con estos toros broncos con los que se obtienen los mejores éxitos, porque el público, por ignorante que sea, aprecia las dificultades que va venciendo el torero.

Esto sabido, se verá que el pase de pecho ni debe darse a tontas y a locas ni tiene mérito excepcional cuando se da a un toro de carril, aunque sea de luci-



miento. El pase de pecho es uno de los pocos muletazos que no ha podido variar el toreo moderno, o mejor dicho, es el pase del toreo ceñido y estrecho, anterior al toreo helmontino, porque no lo impuso un estilo, o la inventiva de un torero con personalidad, sino un agente de más categoría, que es la necesidad, por eso a este pase se le llama obligado o forzado.

En efecto, el pase de pecho suele darse después de una serie de pases naturales con la izquierda y en momento en que el toro, estrechando el círculo en que se mueven él y el torero, queda tan cerca de éste que no hay, posibilidad de continuar la faena con la izquierda sin sufrir un percance serio. En ese momento de verdadero peligro se le presenta al torero el siguiente dilema: o echarse por pigs fuera de la suerte, lo que resultaría poco estético y deslucido, o apechar con la inevitable embestida del toro, afrontando el riesgo consiguiente. El torero que tiene el valor y el arte necesarios para el caso, aguanta firme

la embestida y adelanta la muleta al toro al pitón contrario, cargando la suerte para que el pase resulte perfecto, es decir, pasándose todo el toro de cabeza a rabo en una fricción peligrosa. Los hay que, para evitar este lance arriesgado, se pasan la muleta de mano y continúan los redondos con la derecha; pero este truco lo descubre en seguida el aficionado inteligente.



DOMINGO ORTEGA

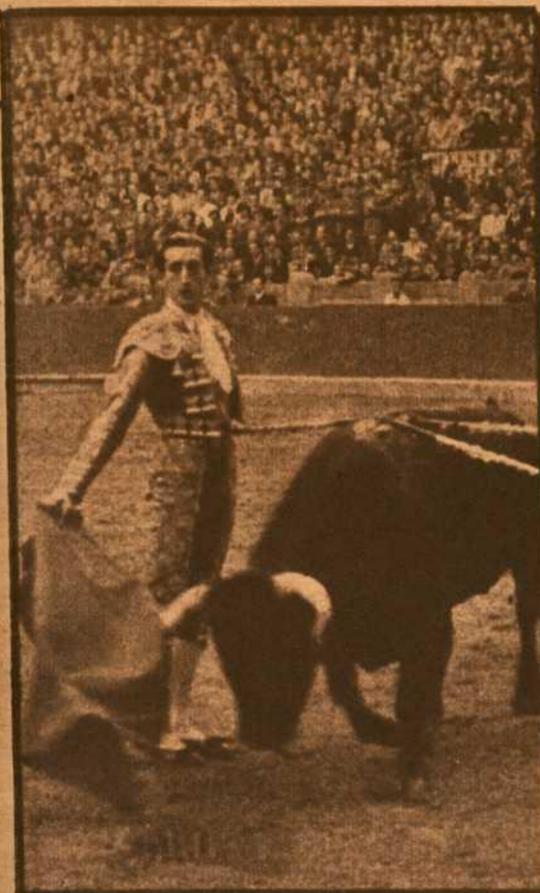


Consagrado por todos los públicos de España como el maestro, el gran artista borojano, mantiene, de manera incommovible, su auténtica personalidad y la firmeza de su categoría

¿PERO DONDE ESTA?

TOREAR PARA EL PUBLICO

Por MANUEL LOPEZ-MARIN



PERO dónde está el público?... Si hiciéramos una clasificación de los espectadores que acuden a las Plazas de Toros, nos encontraríamos con una variedad pintoresca y divertida. Por ejemplo: unos van... porque van otros. Estos, porque no tienen nada que hacer. Aquellos, para que les vean. Los de más allá, porque les regalan el billete. Estos de más acá, por lucirse con la novia, y los menos —una minoría escogida, selecta y consciente—, atraídos de corazón por ese espectáculo maravilloso que es una corrida de toros.

Hoy, en los circos taurinos pueden optar con acierto y sensatez unos cuantos rezagados y elegidos.

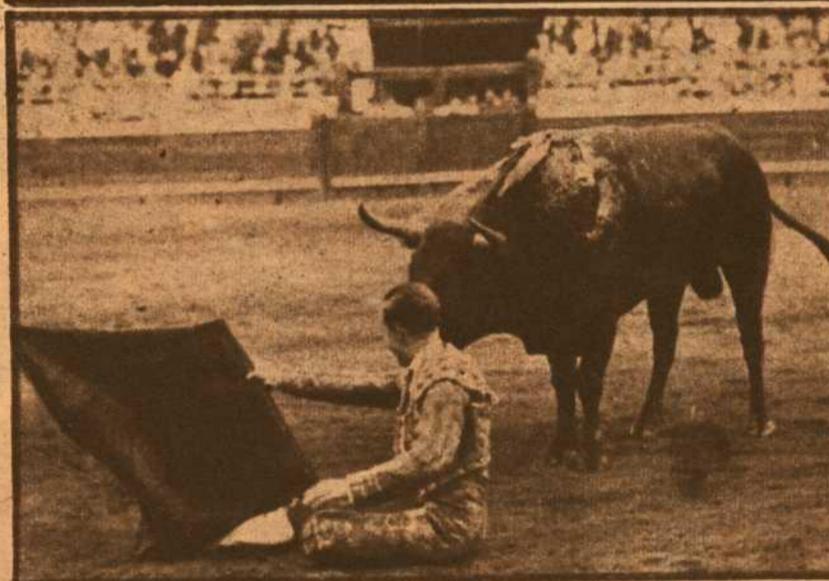
Los demás, gritan, aplauden y se indignan sin saber por qué; de un modo insensato, contagioso y epiléptico. Así se explica esa irreflexiva prodigalidad en la concesión de orejas y de vueltas al ruedo.

Las Plazas de Toros son monumentales; no tienen esa intimidad, ese recogimiento que permiten precisar el detalle, el matiz. El público ahora juzga y falla el conjunto y se deja influir en sus juicios por la simpatía física que le inspira un torero a vista de pájaro. Sí, a vista de pájaro, porque desde una ananada de nuestra Plaza de las Ventas (Cuatro Vientos taurino) no es posible saber qué es lo que hace un torero allá abajo... Se adivina, se presiente. Se le juzga por intuición; de oído, mejor que de vista. Pero no se sabe lo que hace.

Añadan ustedes a este inconveniente de las Plazas monumentales este otro importantísimo que a nosotros nos parece definitivo. Esa preferencia que demuestran ahora las mujeres por las corridas de toros. Nos atreveríamos a afirmar que hoy van a los toros más mujeres que hombres. A Dios gracias, porque cuando la corrida se despena por el precipicio del aburrimiento, tenemos la compensación en el espectáculo de los tendidos y gradas. Bien; pero no es a esto a lo que el aficionado puro debe de ir a los toros; a rendir homenaje a la mujer bella y desconocida.

Las mujeres, en las Plazas de Toros, coaccionan, distraen y equivocan, y, además, gritan mucho. Su ternura femenina y maternal, siempre propicia a conmovirse, pide la oreja porque un torero llora al no acertar con el descabello, o ha perdido una zapatilla en una revoleta demasiado airosa... Y no es que censure el corazón impresionable de Eva, ¡Dios me libre! Es... ya lo he dicho. Es que nos coaccionan, nos distraen, nos equivocan y nos aturden con sus gritos, después de sobrecoernos con sus encantos. Ahora a las corridas de toros se les ha dado un tono amable, tímido, blando... de minué. Un aire femenino. Antes era un espectáculo para hombres. Ahora es para mujeres. Por eso ahora el público taurino no existe. Es una muchedumbre en día de fiesta que va a matar el tiempo y lo mata como puede; a pinchazos o a estocadas, aunque creo que no lo mata de ninguna manera, porque nadie mata el tiempo; es el tiempo el que nos mata a nosotros. El aficionado puro, consciente, selecto, se ve ahora en las Plazas de Toros... "desplazado". Es Don Juan entre malditos que gritan y gesticulan. Siente una reconquita satisfacción al verse superior a cuantos le rodean. Los que le rodean le hacen preguntas como ésta: "Oiga usted y perdóname: ¿quién torea esta tarde?..."; y tiene que oír cosas así: "¡Mira qué toro blanco y negro más bonito!..." No. Hoy no hay público taurino. Hay espectadores.

Estas consideraciones que aquí quedan consignadas, con mejor fe que expresión, se las han hecho los toreros para su capote, y cuando torea "para el público" lo hacen sabiendo que aquel testigo de vista no es público taurino; es muchedumbre, vulgo, y que si el vulgo celebra y paga "aquello" que hacen, hay que continuar haciéndolo. Recuérdese que sería de insensatos. Algunas veces los toreros, que saben en lo que consiste la propia estimación, no torea para esa muchedumbre, y sí para el público taurino, y entonces el aficionado puro abre mucho los ojos y se encuentra a sí mismo entre aquella muchedumbre antitaurina. Pero esto acontece muy pocas veces; porque si

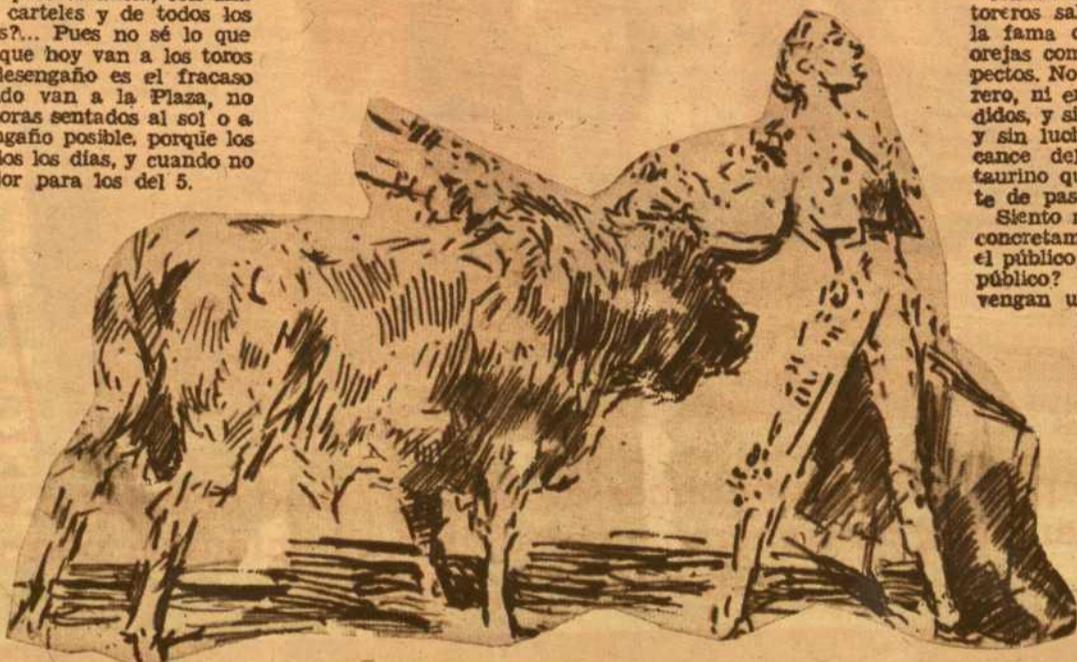


los toreros prodigaran esta golosina para el público taurino, el "otro" tendría que ir a las Plazas de Toros con un intérprete que les explicara lo que estaban viendo; porque el vulgo taurino no entiende más que un lenguaje; el de las machaconas y obsesionantes "manoletinas", pongamos por alarde taurino inocente y otros alardes parecidos. Torear para el público ahora es eso:

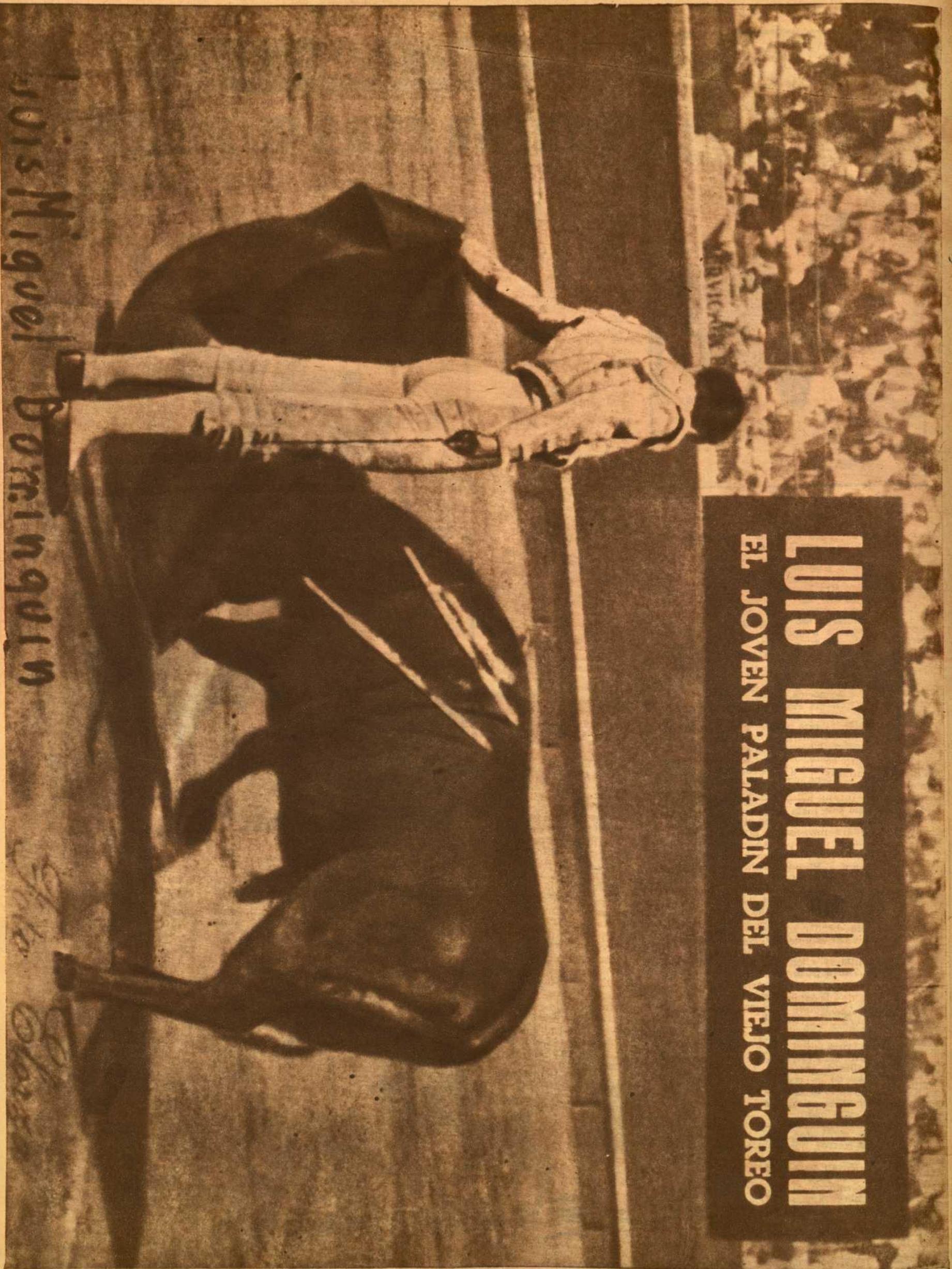
inocencia, blandura, minué...

Nunca les ha sido tan fácil a los toreros saltar sobre el pedestal de la fama como ahora. Se reparten orejas como si se repartieran prospectos. No hay enemigo para el torero, ni en el ruedo ni en los tendidos, y sin enemigo, no hay lucha, y sin lucha, el triunfo está al alcance del primer indocumentado taurino que pueda ceñirse el capote de paseo.

Siento mucho no poder definirles concretamente qué es torear para el público; porque... ¿dónde está el público? Cuando lo encontremos, vengan ustedes por aquí y hablemos, que tendré mucho gusto en complacerles. Mientras, lo tengo en desearles que conserven, como hasta hoy, la inocencia, la buena fe y... la tarjeta de reserva para la corrida del domingo. Allí nos veremos si no nos vemos antes. De todas formas, procuren no olvidar esta reserva, que poseo por entero mi mente y me inhibe de definir, qué es lo que es torear para el público.

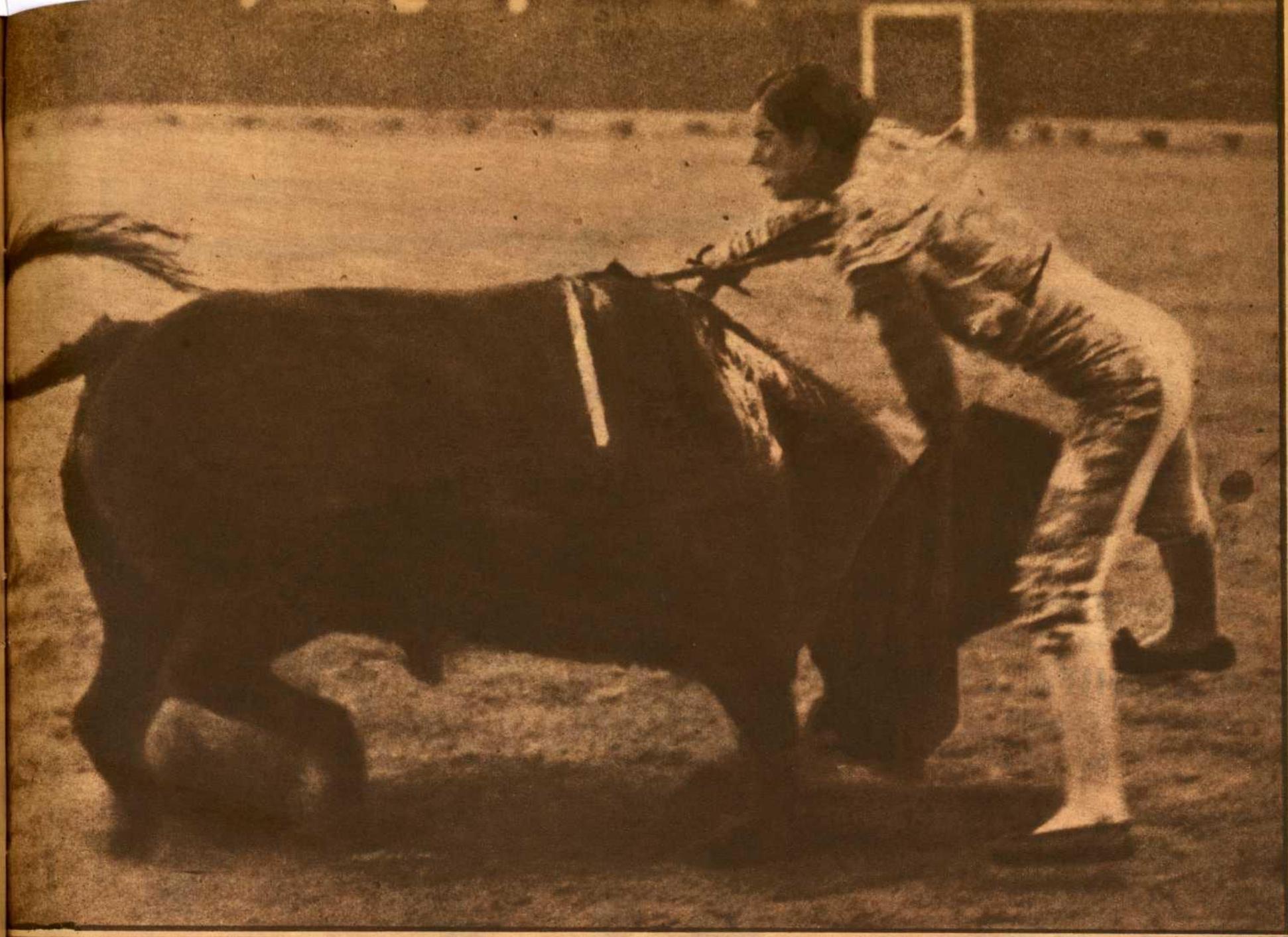


LUIS MIGUEL DOMINGUIN
EL JOVEN PALADIN DEL VIEJO TOREO



Luis Miguel Dominguin

El Joven
Paladin



EL VOLAPIÉ

Por DOMINGO GONZALEZ, DOMINGUIN

HABLAR de la es-
tocada, del vo-
lapié, es a es-
tas alturas tanto co-
mo querer remontar-
se a una época dema-
siado lejana, inten-
tar salvar de una zan-

cada gigantesca ese abismo que el tiempo tendió en nuestra fiesta entre el ayer y el hoy. Tal tema —sobre el que he recibido el honoroso encargo de discernir, torpemente, por supuesto— es algo como adentrarse, no en un campo vivo, floreciente, sino por sombríos recovecos de pura arqueología... Quedan, sí, unos grupos exiguos de aficionados, que en el rincón de alguna peña taurina, a la luz amarillenta y apagada de viejas litografías de toros, se atreven a hablar tímidamente, cuan si fraguaran una conspiración, de la «suerte suprema», y de tarde en tarde barajan los nombres de Costillares y Frascuelo, y echan mano de la definición que sobre el volapié hiciera Montes en su Tauromaquia. Frente a este bando —toses, canas, quintaesencia del presu taurino— se enfrenta, en decisiva oposición, todo ímpetu y juventud, ese otro bando más nutrido y audaz —nueva generación con carnet de Reserva de Localidades—, que se ríe de la tradición y de las zarandajas del pasado. Y, lo que es peor, trata de inculcar a su caduco adversario los principios de una *Tauromaquia* no escrita aún, pero latente, peleona, en la que como meta de sus aspiraciones ofrecen esa sentencia de que «el toreo es un arte»... No quiere brusquedades en la Fiesta Nacional, y opinan que lo importante en ella no es matar... («Para eso está la guerra», dicen.) Sus argumentaciones y la defensa de ellas las llevan hasta el extremo de no tener rubor en abrazar la «causa» de las «chicuelinas», de las «chocolatinas» y de esos varios subproductos del toreo, en fin, que con la familia de las «inas» tienen parentesco.

Afirman que volver la vista atrás es limitar la fiesta, y sustentan el criterio de que los vientos de la rosa del toreo deben purificar lo que de mustio y

agostado creen ver en él... Saltando por encima de preceptos que hasta ahora se antojaban inmutables, dando de lado a elementales re-

glas escolásticas, hablan de innovaciones para lograr una variedad mayor en el espectáculo. Pero no limitan sus aspiraciones a modificar el toreo. Quieren también

modificar el toro. Y camino de ello se anda. Se cortan las puntas de los cuernos y... se cortan las patas. (Este último corte, obligada consecuencia del primero, claro.) Entregados a esta tarea, no sería difícil que alguien propusiera cortar a los toros un cuerno entero, para llegar a lo que pudiera llamarse «centración» del peligro... Con ello quedaría «unificada» la emoción, y las suertes resultarían más vistosas.

¿Que qué es el volapié?... Arqueología pura, como decía. Algo así como un soneto que por maravilloso que sea ni hace enteramente feliz al público ni rico a su autor. Trance viril, hermoso, pleno de gallardía, según los viejos; faena tosca, ruda, según los jóvenes. Verso antiguo de leyenda o romance, de muy difícil rima con los tiempos actuales, en que lo puramente externo del arte deslumbraba a los espectadores, pese a las gafas de color; y no le deja sentir en su sensibilidad, viciada por la epidemiología de la «estética», la «línea», la «clase», esa sacudida de emoción recóndita que en otros tiempos operaba el fulgor de una espada que, cara a cara, frente a frente —frente a dos pitones que valían por cuatro!—, iba apagándose al atravesar las negruras de los morrillos...

¿Están bien? ¡Caballeros, qué difícil es esto de escribir!



Conchita CINTRON

SOLAMENTE PODRA USTED VER
EN ESPAÑA TOREAR, A PIE, A
CONCHITA CINTRON
EN LA GRAN PELICULA
MEJICANA



"MARAVILLA

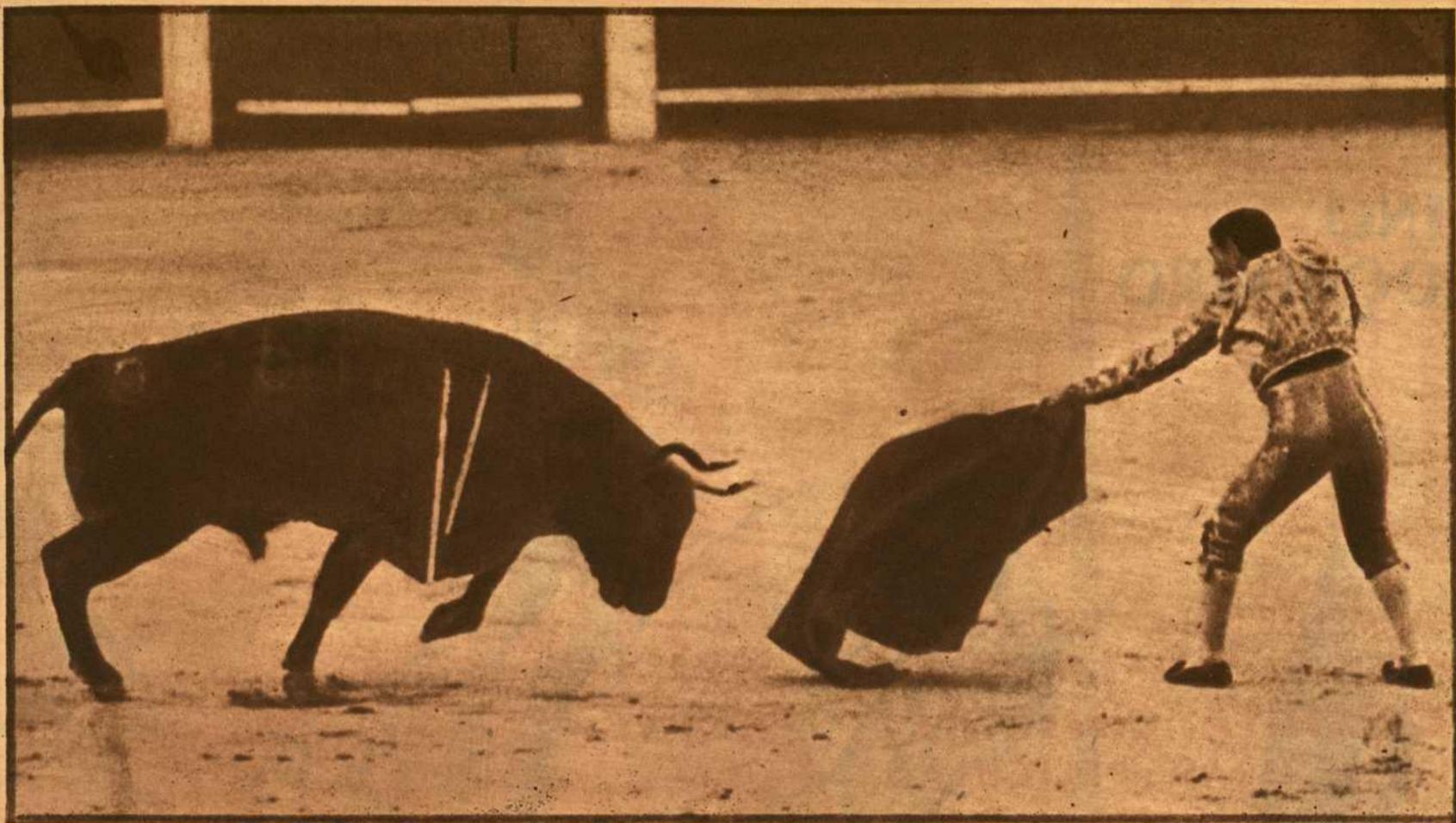
del

¡¡LA UNICA MUJER QUE
CON CAPOTE, MULETA Y
ESTOQUE, ES UN FENOMENO DE
LA MODERNA TAURAMAQUIA!!

Faenas de tienta, rejoneo, corridas de toros, fiestas camperas, canciones populares, bailes andaluces, corridos mejicanos... Un espectáculo alegre, emotivo y singular para todos los públicos

"TOREO"

DISTRIBUCION
FILMOFONO S.A.



LA SUERTE DE RECIBIR

VAYA por delante mi opinión de que de todas las suertes del toreo, la de matar toros «recibiendo» es, a mi juicio, la más difícil y arriesgada.

Los procedimientos de ejecución existen para consumir esta suerte de recibir:

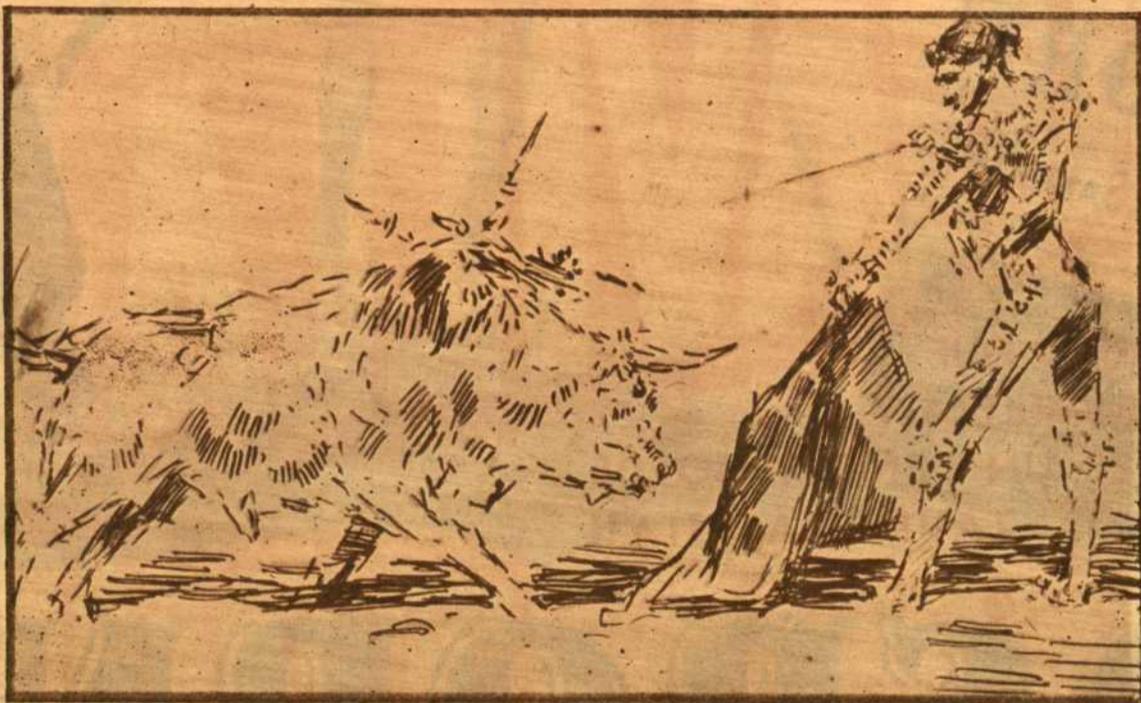
En una de ellas, el torero ha de situarse, o perfilarse, un poco más distante que para matar a volapié. Se adelanta la

muleta hacia el hocico del toro, al mismo tiempo que el pie izquierdo va «metiéndose» lentamente en dirección hacia el centro de la suerte, hasta lograr que el toro tome el engaño. Conseguido que humille el toro y que tome la muleta, va atrayéndose hacia sí, al mismo tiempo que el pie izquierdo vuelve, también lentamente, a reunirse con el derecho. Es en este momento culminante de la suerte de recibir,

cuando el pie izquierdo adelanta un poco para buscar un punto de apoyo, en tanto el estoque se va hundiendo en el morrillo del toro.

Esta forma de matar toros recibiendo es tan escrupulosa y matemática de ejecución que, al fallar cualquier tiempo o hacer un movimiento innecesario no sólo deslucen la suerte, sino que la cogida es inevitable.

Por
Lepe Brimmerda



El otro procedimiento para matar toros en la suerte de recibir consiste en meter la muleta hacia el hocico del toro, al mismo tiempo que el pie izquierdo; permanecer quieto en esta postura, y así hundir el estoque en el morrillo. Ambos procedimientos son igualmente meritorios; pero, en mi concepto, yo creo que el otro estilo de ejecutar la suerte de recibir —el que describo en primer lugar— es más difícil, más

perigroso y exige una mayor vista y precisión.

Por no ser muy conocida de los públicos esta suerte, cuando intento realizarla procuro advertir de ello al público.

No porque mi propósito lo considere una jactancia —presunción que no va bien ni con mi carácter ni con mi temperamento—, sino para que los espectadores y los aficionados, advertidos por mí de antemano, puedan saborear

con atención el desarrollo de la suerte.

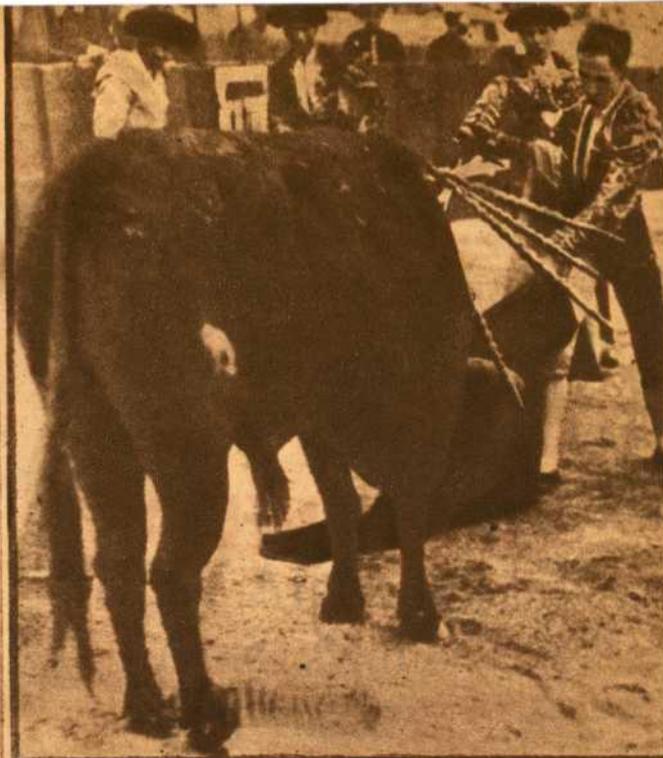
Confieso, por último, que a mí me agrada más ejecutar la suerte de recibir, y, aparte modestia, algunas veces he logrado realizarla a gusto, y reconozco que es el momento del toreo en que en mayor peligro me encuentro, y que cuando me sale bien la suerte de matar recibiendo, es la que mejor saboreo y cuando más satisfecho quedo de mí.

AMONTILLADO
FINO
COQUINERO



GISBERT

OSBORNE



barreras, siguiendo de cerca los movimientos de su matador, y toma el estoque de descabellar, al que en la actualidad se le ha introducido una modificación, que consiste en un acero que cruza la espada a un palmo escaso de su punta.

Pues bien: en esta disposición se dirige hacia el bicho, que, como ya hemos dicho, está entablado, y al que los peones habrán estado tratando de bajar la cabeza y fijársela, para que el espada pueda con facilidad realizar la suerte.

Algunos dicen que descabellar no es una suerte del toreo. No lo decimos los toreros, porque todos sabemos lo que deslucen una faena y amarga una tarde de suerte, cuando no se encuentra facilidad para ejecutar el descabello rápidamente. Por otra parte, todo aquello que se realiza con el toro y con sujeción a reglas, merece ser llamado «suerte». Y ésta lo es con doble motivo, porque en la mente de todos los espectadores, y en la de los subalternos que nos rodean, después de una faena completa, en la que se ha podido uno desenvolver a su sabor, está la pala bra «suerte». Suerte para acertar, y perdonen ustedes el juego de palabras.

Nos hemos quedado, pues, con el toro en tablas, rodeado de los peones y el maestro a punto de clavar el estoque sobre la testuz del bicho. Si el espada ha practicado esta suerte, cosa que no se debe descuidar, lo fácil es que, aunque se tape el toro, acierte al primer o segundo intento. Culminando con ello su labor anterior.

No es cuestión de casualidad, o, por lo menos, no debe serlo, y es algo más que habilidad. Porque para atronar con acierto a un toro hay que tener el pulso bien firme y sereno el ánimo..., y esto todos sabemos que no es tan fácil.

EL DESCABELLO

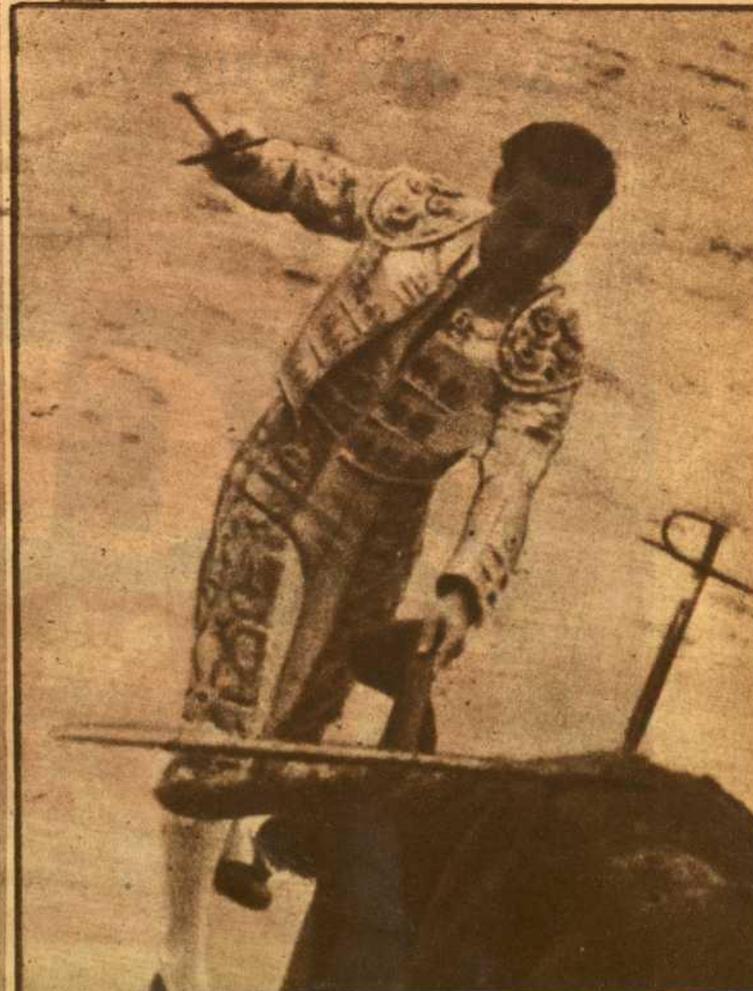
Por VICENTE BARRERA

He aquí una dificultad con la que no contaba: escribir. Ya sé que se han dado casos de toreros literatos; sin embargo, no es precisamente ésta mi vena; y tanto es así, que por no escribir pongo telegramas para quedar bien con la familia y los amigos. Por otra parte, nada más cerca de nuestra profesión que el telegrama. El es el que trae y lleva las últimas noticias tranquilizadoras y vuela con las orejas cortadas y hasta corre más de lo que quisiéramos en aquellos días en los que las cosas no han salido todo lo bien que nos proponíamos.

Pero, en fin, EL RUEDO, esa revista única en su especialidad, a la que tanto debemos los toreros, pide que yo escriba, y no hay más remedio. Así que tomo los avíos, en este caso papel y pluma, y después de brindar por ustedes, me voy al toro, que en estos momentos está a punto de doblar. Vamos, pues, a descabellarle.

En realidad, el asunto no es que sea fácil, ni mucho menos. Hacer literatura o pretender escribir largo y tendido sobre faena tan breve, por lo menos a mí se me hace muy cuesta arriba. Y si algo hay que pueda hacer la extensión mayor, es precisamente estos circunloquios a que me veo obligado para entrar en materia, debido al miedo que me da meterme en lo blanco de las cuartillas, con un toro que desconozco.

En fin, el toro, como digo, está a punto de doblar. Había recibido una estocada entera, aunque algo tendida, por lo que el bicho no ha echado las patas por alto. Está en el centro del anillo y rodeado de peones y del matador; el animal se dirige hacia la barrera, buscando sitio en donde defenderse. El espada busca con la vista al mozo de estoques, que anda ligero entre

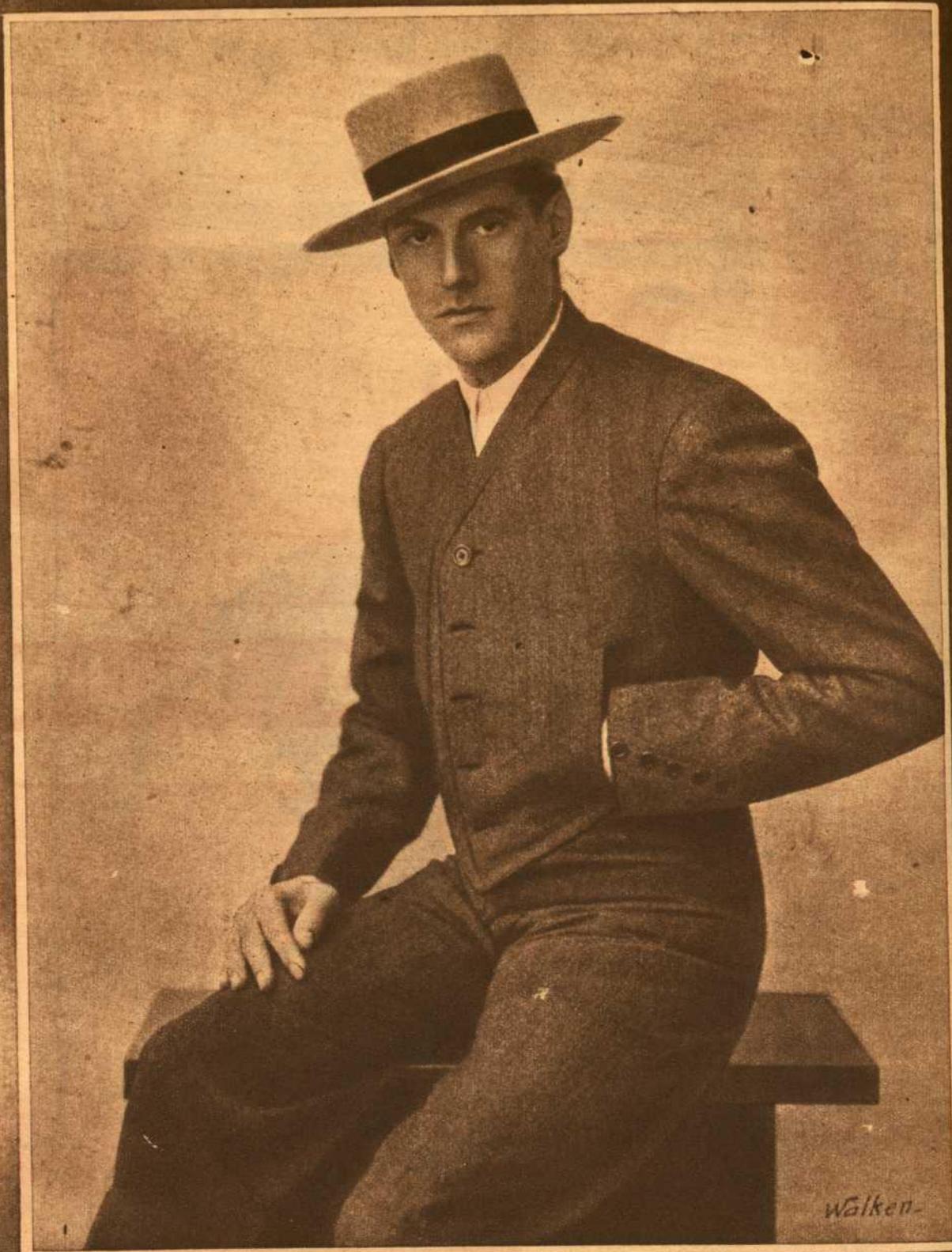




HISPANIA ARTIS
FILM, S. A.
PRESENTA A

MARIO CABRÉ

AS DEL TOREO
CON
ISABEL DE POMÉS
Y
BARRETO POEIRA



EN LA SUPERPRODUCCION ESPAÑOLA EN RODAJE

El CENTAURO

GUION DE ANTONIO GUZMAN MERINO

CASA CENTRAL:

BARCELONA
ROSELLON, 206
MADRID
FUENCARRAL, 4

HABANA
PRADO, 159

M E J I C O
IGNACIO MARISCAL, 24



EN la lidia de toros en plaza —como espectáculo de multitudes que constituye lo que se llama «fiesta taurina»— todo cuanto se hace obedece a unas normas tan determinadas ya, que el ejercicio de correr y matar tales reses, criadas y seleccionadas para esa exclusiva finalidad, se ha hecho por quienes se dedican a ello, profesión y arte a la par, en que es interesante e importante cualquier momento y recurso.

Vamos a referirnos, precisamente, a uno de los en apariencia menos importantes, y ese momento y recurso no es otro que el titulado de la *puntilla*.

Lidiado el toro, tras la consumación de cuantas suertes —lances y trances— sucesiva y ordenadamente fueron practicadas con más o menos lucimiento por los lidiadores; llegado y realizado por el espada el momento de determinar con la res, cuando ésta, herida, cede —dejándose caer—, pero no del todo por no estar tan mortalmente vencida —resulta siempre conveniente y preciso asegurar, rematar—, requiérese «cachetear» o dar la *puntilla* al toro, como recurso supremo y feliz, pues que es oportuno y utilísimo, ya que sin esto se prolongaría neciamente su agonía, y las más de las veces, como ya hacia ver el popularísimo escritor taurino «Hache» en su celeberrimo «Doctrinal taurómico»: «es para hacer quedar sigos al matador que hirió en los tendones de los remos del animal, por ejemplo, y renqueando se levanta exhausto de fuerzas, en malas condiciones para poder volver a estoquear...»

El recurso de la *puntilla* fué, indudablemente, ideado sobre la fundamentada inspiración más que para abreviar el momento de la muerte del toro bien herido, para acabar con aquel que, agotado por serie de pinchazos o por mala lidia seguida de leves y pésimos espadaños, hay que rematar apenas la res doble...

Descabello y *puntilla* son, aún en una idéntica finalidad, momentos y recursos enteramente diferentes.

El descabello se ejecuta por el maestro espada jefe de cuadrilla— cuando el toro está lo suficientemente herido de muerte.

La *puntilla* se da a toro caído, doblado, y no por lidiadores, espadas, sino por individuos prácticos, lidiadores subalternos, algunos especializados que incluso no salen a la Plaza más que con la única misión de cacheteros o puntilleros —aun no vestían el traje de toreros ni gastaban capote, siendo los requeridos matarifes de entre el personal del Matadero— y son tan duchos que les hacen ser muy solicitados por los mejores jefes de cuadrilla—; tiempos hubo que hasta algunos gozaron de notoria celebridad por su peculiar modo de apuntillar.

La misión del puntillero consiste en terminar pronto y al primer golpe de *puntilla* con el toro, para evitar que éste se levante; lo que tiene una importancia grande, máxime cuando, como en la mayoría de los casos, doblan; acuéstanse muy vivos aun los toros, que si ceden, es más que por otra cosa, por cansancio.

El manejar bien la *puntilla* no resulta tan fácil como parece, y es momento de lidia que tiene, naturalmente, su interés y a veces su mija de evidente emoción, especialmente para con esos toros que adoptan en su trance final actitudes acechanas y aconchanadas.

He aquí la forma más corriente de apuntillar: echado ya el astado, el cachetero se irá por detrás y dará el golpe, en tanto el espada se coloca delante de la res para que se fije y no mueva su testa...; entonces, el cachetero, colocado convenientemente y de un golpe certero en la parte media del testuz, a raíz de las astas, con la *puntilla*—arma que consiste en un cilindro de acero de una pulgada de diámetro y una tercia de largo, que termina en una de sus extremidades en una especie de lanceta y la opuesta en un puño de madera—hierde con fuerza, cortando la medula, con lo que causa la muerte instantáneamente.

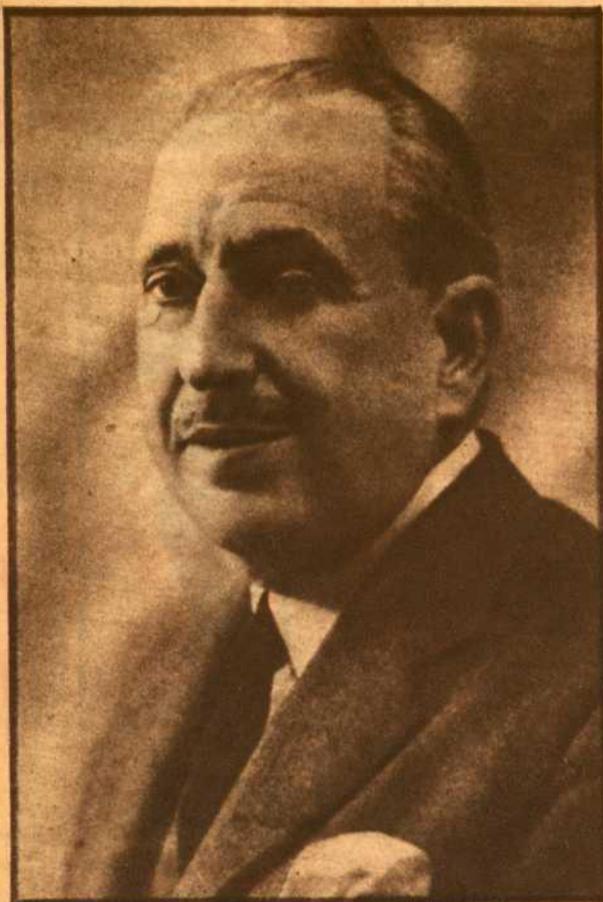
Otra forma de dar la *puntilla* consiste en rematar al toro por delante, no dando el golpe empuñando el mango en la forma corriente, sino apoyando en la palma de la mano el mango con los dedos índice y corazón apoyados en la hoja. A *cachete* llámase a la forma más usual, y a esa que acabamos de mencionar dícese a *ballestilla*. Hay asimismo una tercera forma o manera de dar la *puntilla* a los toros, llamada *galla*, que viene a ser como a *ballestilla*, pero por detrás del toro, y se diferencia del *cachete* en que no se empuña el mango, según refiérese en el interesante libro «El arte de ver los toros», del competente escritor taurino «Uno al Sesgo».

LA PUNTILLA

POR DON ISTA



Ya caído el toro, tras una lidia más o menos lucida y de mejor o peor remate por el espada, sólo queda el recurso de la *puntilla* para abreviar y terminar...



Don José Alonso Orduña, gerente de la Plaza de Toros de Madrid

La Plaza de Toros de Madrid y el templador de gaitas

en orfeón. Más que difícil, resulta imposible armonizarlas para que suenen bien en todos los ofidos.

Comencemos por una gaita de tipo oficial: la que tocan los veterinarios, y lo decimos antes con sinceridad de elogio que con propósito de censura. Los veterinarios madrileños cumplen su misión con riguroso celo. En nuestra Plaza se killan los toros con el peso, la edad y el tamaño reglamentarios. (No queremos justificar con la anterior afirmación la reiterada ausencia de las grandes figuras de la primera Plaza de España; pero es posible que algo influya en su alejamiento.) Y a tal punto llevan su celo y su vigilancia los veterinarios, que algunos toros han sido desechados de la Plaza de Madrid ¡por rabones!

Sí, por rabones; como si el rabo de los toros pudiera servirles de timón, tal que a los pichones del Tiro Nacional.

¿Qué dificultad puede ofrecer para el torero un toro rabón?

Ninguna.

Si acaso hay perjuicio en la carencia de ese apéndice, será para el propio toro... ¿por si las moscas! Pues nada: toro rabón, ¡atrás!

Y no habíamos de la gaita del público, que es una gaita con una cantidad de agujeros como para tocarla a veinte manos y faltarían d'ellos.

El público de Madrid —y Dios le conserve su actitud en bien de la fiesta— no pasa por movimiento mal hecho en la cuestión del toro. Exige bravura, peso, presencia y pitoneo. Y así se le sirve, como lo evidencia que nuestra Plaza queda al margen de las semanales sanciones que se imponen a casi todas las Empresas provincianas por falta de peso en las reses.

El día que este público aplicase su criterio de severidad y exigencia a impedir el desorden y el abuso en el toreo, a reclamar la auténtica lidia de los toros en mengua del preciosismo imperante y a no dejarse deslumbrar por ráfagas fugaces, sería el público perfecto. Un público perfecto, que muy raramente vería las primeras figuras en su Plaza, pero que escucharía otras con mayores posibilidades de ser auténticas.

Y sigue sonando la gaita; esta vez con agüeros

gañidos crematísticos. El problema de los honorarios de los diestros, que han llegado a cifras astronómicas sin adecuada justificación. Alegan los "imponentes" que todo ha subido en la vida, que los subalternos cobran más, que...

En efecto: el mejor subalterno cobra el doble que antes. Pero el jefe de ese subalterno, ¿cobra el doble que antes, como sería la justa proporción? No. Cobra diez veces más. ¿Por qué? ¡Ah! Chilla la gaita y no hay quien la calle.

Y ahora se le va el aire por otras notas agudas. Los precios de las localidades en la Plaza madrileña son considerablemente más baratos que los de cualquier cosa provinciano.

Y vamos con el acople de toros y toreros, al que llega la gaita a punto de estallar.

Es evidente que el gusto del público, alejándose del sentido de la lidia, se ha afincado en el preciosismo. Y el toreo preciosista no puede realizarse sino con un tipo de toro que no tienen más que algunos ganaderos. Y con un tipo de toro impuesto por determinados caporales modernos de la tauromaquia, de donde con una docena de ganaderías y otra de artistas podrían confeccionarse los carteles de mayor interés para la afición actual. ¿Pero quién es el gaitero guapo que toca esta alborada?

Los toreros que pueden se ponen el veto unos a otros. No porque se rehuyan en la pelea, sino por descargar responsabilidades. Rechazan también las ganaderías incómodas y...

En fin, la tónica de la situación actual del toreo la dan los propios diestros exigiendo determinada ganadería, porque en tal sitio les salió un toro de esa divisa que fué colosal, y rechazando otras, porque "en tal parte" les tocó una res de una vacada que fué muy difícil.

Y sigue así la gaita hipando, gañendo y mosqueándose.

Y a don José Alonso Orduña —¡compadrecémosle sinceramente!, aficionados!— le faltan dedos para aplicarlos a tantos agujeritos y para armonizar la temporada taurina que a todos, el primero a él, nos gustaría escuchar en los semanales conciertos de la Plaza de las Ventas.

RODABALLITO

SALVEMOS nuestra vieja y cordialísima amistad con Pepe Alonso Orduña de aquello que, en menoscabo del reconocido prestigio de don José Alonso Orduña, gerente de la Plaza de Toros de Madrid, pueda haber en la denominación de "templador de gaitas", que aquí le adjudico.

Pero, por Dios y en mi ánimo, que no encuentre otra tan adecuada, pues si no le cuadra al cargo en sí, le sirva a su desarrollo y a su actuación constantes, como agresión pétrea en córnea de farmacéutico.

Templador de gaitas.

Ningún otro instrumento tan suave en el ronroneo dulzón, abaritonado y sonoro, ni tan propenso al gañido inarmónico y destemplado.

Y ningún menester tan parejo al tañido de la gaita como éste de ser gerente de la Empresa de nuestra Plaza de Toros, donde las gaitas suenan, disuenan, vibran y gañen





EN eso de los avisos y las broncas hay mucha historia y mucha leyenda. El aviso no tiene razón de sé, por ningún aspecto que se le mire. Hay toros donde los avisos se ven desde el primé muletazo. Y otros toros que se les ven vení y se está uno muy a gusto con ellos, y ni aviso ni ná. Quiero decirle que el aviso no se lo dan a un torero porque sea malo o porque el toro sea de mucho peligro. Que esto del aviso se podía suprimí y la fiesta no perdería ná con no tenerlo.

Yo me acuerdo —hace ya muchos años— que toreaba una tarde en Madrid Luis Mazzantini. Alternaba yo con don Luí. Y siendo, como era, don Luí tan güenisimo torero, cuando el alguací lo buscaba por el callejón —ya sabe usted, amigo, que en Madrid los avisos los daba el alguací— pa darle las señas con los deos, vió Mazzantini que le enseñaba un deo, como diciendo que era ya er primero. Y don Luí lo miró y dijo por lo bajo:

—¿Y por qué no me da ya el tercero? Si ya es igual.

Y es que, oiga usted, amigo, cuando un toro se pone pesao, no lo mejora nadie. A mí, particularmente, los dos toros más malages, con los que más he trabajao en mi vía de torero, fueron: uno de López Navarro, en Madrid, y otro de Murube, que se me fué, en

EL AVISO

por

Rafael Gomez

Barcelona, vivito a los corrales... ¿Y qué? ¿Adelantó algo el presidente con tenerme allí hasta que se lo llevaron pa entro? Y el público, ¿qué? Lo que pasa, cuando los presidentes le dan a uno más tiempo a vé si pué con el toro, es que el público se pone a gritá con más fuerza; y el presidente, más nervioso; y el torero, que más vale que se lo tragara la tierra.

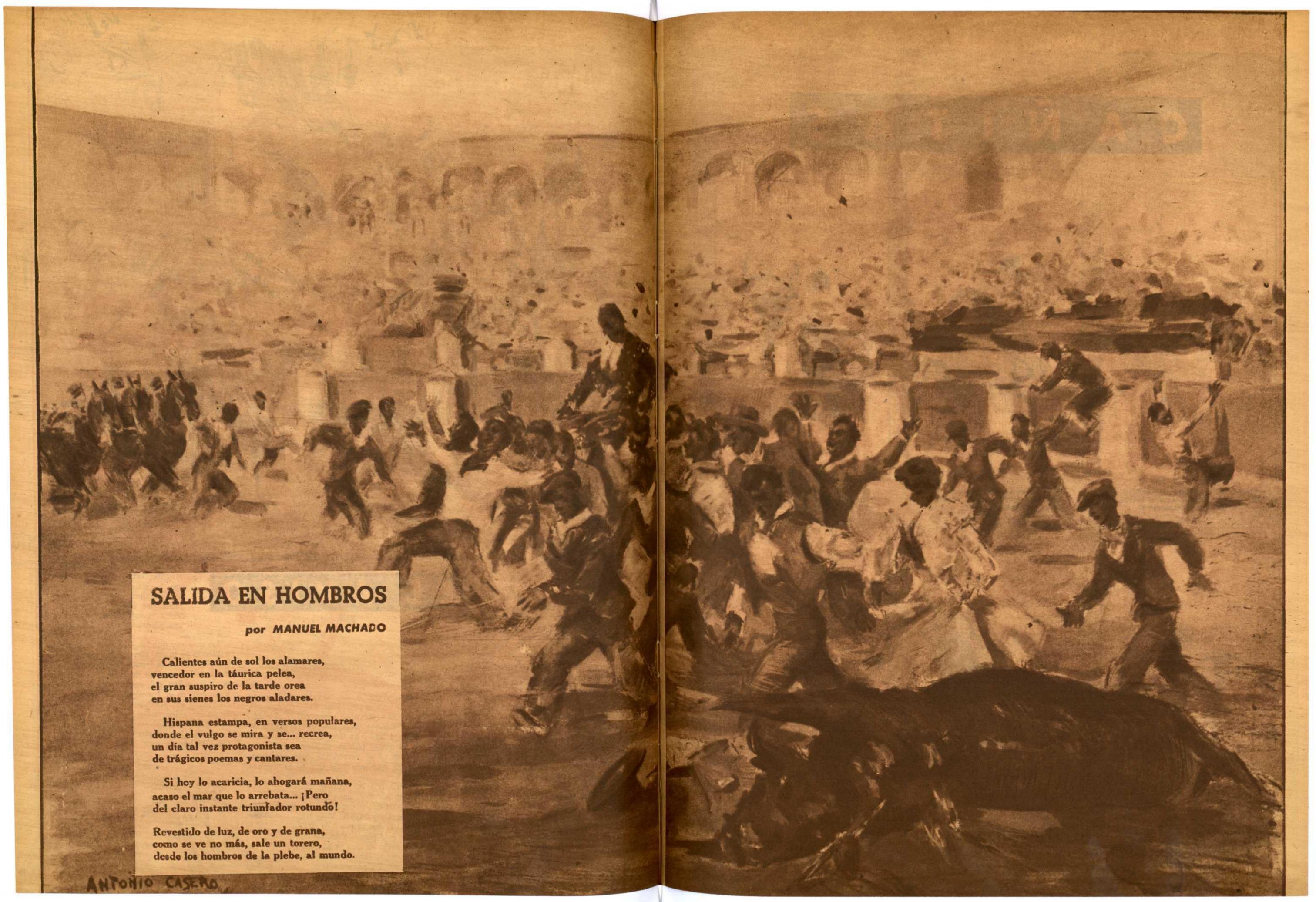
Yo suprimiría los avisos. Pondría —qué sé yo— unas especies de señales pa que el espá se comunicase con el presidente. Y se dijieran entre los dos *lo que hay* cuando un toro está pesao. Y *lo que hay* es que lo mejó es que se lo lleven al corrá, porque cuando llueven los pinchazos no los para nadie.

Yo recuerdo que aquel toro, de

Murube, estaba duro como el hierro. Le entraba por el casco, por los costillares, por las patas, el rabo, por tos laos, y allí no entraba la espá. Estaba dura como una piedra de esas del tiempo de los mamús.

Lo que hay que hacé es lidiá, atoreá. Pero sabiendo pa lo que sirven los capotes de brie-ga. No tené en la frente metío el cortijo y er coche y los guantes de cabretilla y er paseo por las calles del centro. Tené delante er toro, que es el enemigo. Torearlo, y si luego vienen los pinchazos y a usted, amigo, le tocan un aviso, mala suerte. Es que er toro se ha puesto como el hierro.





SALIDA EN HOMBROS

por **MANUEL MACHADO**

Calientes aún de sol los alamares,
vencedor en la taurica pelea,
el gran suspiro de la tarde orea
en sus sienes los negros aladares.

Hispana estampa, en versos populares,
donde el vulgo se mira y se... recrea,
un día tal vez protagonista sea
de trágicos poemas y cantares.

Si hoy lo acaricia, lo ahogará mañana,
acaso el mar que lo arrebatara... ¡Pero
del claro instante triunfador rotundó!

Revestido de luz, de oro y de grana,
como se ve no más, sale un torero,
desde los hombros de la plebe, al mundo.

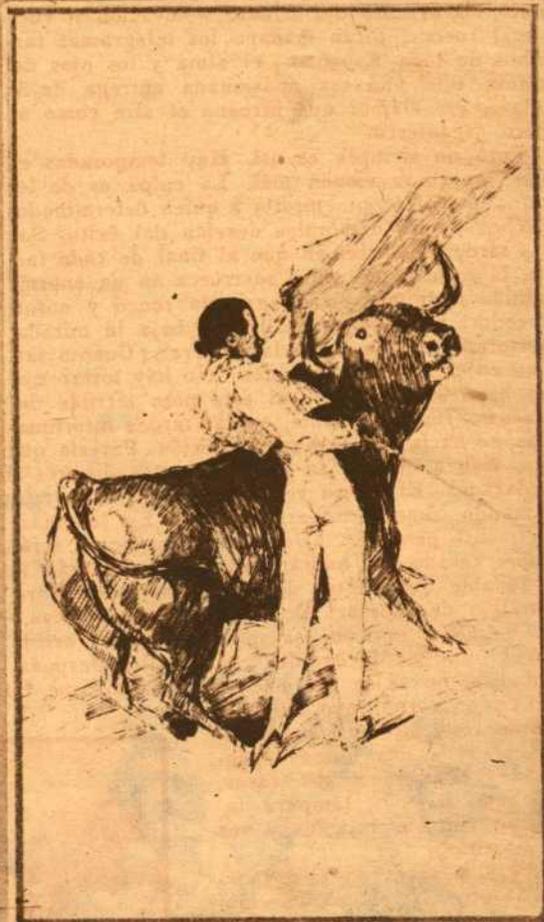
CAÑITAS



Cañitas no se empala para banderillear, sino que se asoma al balcón como los grandes maestros



Cargando suavemente la suerte, Cañitas veroníquea parando, templando y mandando como los mejores



Tiene aire y calidad belmontinos el arrogante pase de pecho del mejicano Manuel Vera «Cañitas»



Y en esa media verónica la clase trianera se funde con la personalidad de este gran artista mexicano



Un pase por alto de Cañitas, en el que se hermanan la línea y la emoción del gran artista



Paso a paso, dejándose ver, la emoción que da Cañitas al segundo tercio es insuperable

EN el contraste, luz y sombra de la vida del torero, el triunfo y el fracaso son los dos grandes polos entre los que él mueve sus horas. El va siempre tras de la oreja, tras de ese minuto en que toda la Plaza es un clamor y en que un vendaval de aplausos baja desde los tendidos hacia el ruedo. «Un minuto como ese —ha escrito Belmonte— vale por todas las amarguras de la vida del torero». Nada son, en ese instante, las incertidumbres pasadas, las horas de hambre, de anonimato y de espera angustiosa. Nada son los zarpazos de la vida, el desaliento de tantas otras veces. Ahora, en este minuto maravilloso del triunfo —«ovación y vuelta al ruedo», dirán mañana los telegramas taurinos de toda España—, el alma y los ojos del torero sólo ven esa apasionada entrega de la Plaza, ese clamor que atruena el aire como un coro gigantesco.

Pero no siempre es así. Hay temporadas en que las cosas vienen mal. La culpa es de los toros. O del propio torero, a quien determinados hechos físicos o morales desvían del éxito. Son las tardes sombrías en que al final de cada faena la ovación de antes se trueca en un enorme silbido unánime, en un griterío ronco y ensordecedor. El paso sin gallardía, baja la mirada, el torero regresa hacia la barrera. ¿Cuánto tardan en pasar esos instantes? No hay torero que no haya sentido sobre sí este peso terrible del fracaso. Juan Belmonte, en las tardes infortunadas, se hacía siempre una reflexión. Parecía que se iba a hundir el mundo, que iban a quemar la Plaza, que los diestros iban a ser arrastrados, despedazados. El torero veía encrespase a la multitud y se acongojaba imaginando cómo terminaría aquello. En los más impresionantes del tumulto, Belmonte pensaba: «Dentro de dos horas será de noche y esto tiene que haber cesado. Se habrán muerto, nos habrán matado, lo que sea. Pero es indudable que dentro de dos horas todo estará tranquilo y silencioso. Es cuestión de esperar. Dos horas pasan pronto».

Belmonte se hizo esa reflexión en la corrida de su alternativa, cuando toró junto a Machaquito y El Gallo. Después, a lo largo de su vida de lidiador, no se le fue este pensamiento, que refloraba en él siempre que sentía en torno suyo aullar a quince o veinte mil personas. «Dentro de dos horas —pensaba— estarán en sus casas, cenando bajo la lámpara familiar con sus hijuelos y sus mujercitas.»

Pero a veces no es lo uno ni lo otro. Ni el unánime clamor de las tardes de triunfo, cuando hasta la luz de la tarde parece colaborar en el entusiasmo, ni tampoco la protesta de todos, la manifestación adversa por una faena desgraciada. Son, al cincuenta por ciento, «palmas y pitos». O en otros términos: «división de opiniones». Los aplausos baían al ruedo mezclados con las protestas. Y el torero no puede ni sonreír al triunfo ni sentirse humillado por la verdad? Desde arriba, desde los tendidos, unos le aplauden y otros le gritan. Y él no sabe qué hacer. Si sonríe y se dispone a recoger la ovación, arre-

PALMAS Y PITOS

Por JOSE MONTERO ALONSO



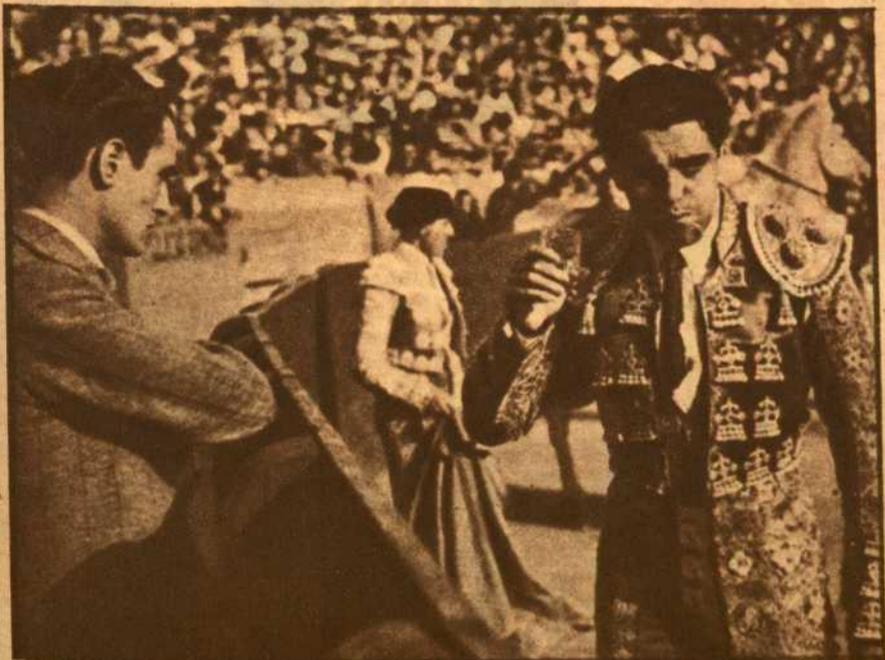
ANTONIO CASERO

ciará la protesta. Y quizá tampoco haya razón para sentirse fracasado, puesto que aquellos aplausos algo quieren decir.

Lo mejor es quedarse allí, junto a la barrera, sin retar a los espectadores tratando de recoger la ovación. Pero tampoco con la sensación del humillado y del vencido, ya que la sanción adversa no es de toda la Plaza. En el toreo, como en todo arte, el gusto y la interpretación personales, por parte del espectador, son muy importantes. Y si nada hay escrito sobre gustos, es legítimo ese sentimiento contradictorio de la multitud. Palmas y pitos... No es, desde luego, el fracaso total, pero sí es lo mediocre y lo descorazonador. Si hay aplausos, no son lo bastante rotundos como para imponerse. Aquellos silbidos les quitan alas,

impetu y fuerza. La protesta no tiene la violencia de las tardes de escándalo, de aquellas tardes que hacían pensar a Juan Belmonte, filosóficamente, que todo, dentro de dos horas, habría pasado... Mas llega como una mordedura, como un veneno, quitando todo su grato sabor a los aplausos. Estos vienen como disminuidos, apagados, sin aquella alegría de otras veces. Han perdido, en fin, su gracia luminosa, compensadora de todas las amarguras y todos los infortunios que acompañan en los días oscuros y difíciles a la vida del torero.

Palmas y pitos. Unas y otros llegan al diestro en esos instantes que van desde la muerte del toro hasta que el nuevo astado salta a la Plaza. Lo ideal sería, para dar todo su valor a aquella opinión contradictoria, saber de quién es cada aplauso y cada silbido.





CALZADOS LA IMPERIAL

Los mejores
de España

— MADRID —

Badajoz - Barcelona - Bilbao - Burgos - Cádiz
Córdoba - Gijón - Granada - Huelva - León
Murcia - Pamplona - San Sebastián - Sevilla
Vigo - Zaragoza

JESUS GUERRA



Uno de los nombres más interesantes, entre los de los novilleros mejicanos que han venido esta temporada, es el de Jesús Guerra, cuyo toreo de purísima calidad, ajustado a las exigencias del toreo moderno, pero con esencia de personalidad, permite que se le pueda situar entre los triunfadores de 1945.

Jesús Guerra ha prestigiado su nombre y su arte en cuantas Plazas españolas ha actuado, y todo hace suponer que su próxima actuación en la primera Plaza de España constituirá la definitiva consagración de este magnífico artista mejicano.



EL COÑAC
ESPAÑOL
PREMIADO EN
PARIS
en
1900 y 1902

CONAC ANEJO
GRAND-PÈRE
BARBIER
BILBAO

EL FALLO INAPELABLE

OVACION, OREJA Y VUELTA AL RUEDO

Por Francisco Narbona

LA estocada certera —en lo alto y hasta la empunadura— ha puesto fin a una faena espléndida y completísima. El toro, herido de muerte, tras una breve agonía, como en el celeberrimo bronco de Benlliure "La estocada de la tarde", se ha desplomado violentamente sobre la dorada arena del ruedo. Un velo gris apaga los ojos del bicho, que mueve al aire las cuatro patas... A su lado, erguido, está el héroe de la fiesta: el matador. Unas veces, entero y sonriente, porque venció en toda la línea y logró salir del peligroso trance sin el más mínimo percance, a pesar de que ha sentido crujir la seda de su terno de luces al contacto trágico y veloz de los cuernos del toro. Otras, junto a la fiera moribunda, la estampa del lidiador es bien distinta. Está el espada, despeinado, agitado por el dolor, sucio de arena y sangre, desgarrada la taleguilla, rota la impoluta camisa... Pero, en uno y otro caso, triunfante siempre de la lucha desigual que la lidia es, llega para el torero la hora de escuchar el fallo inapelable de la multitud. Es verdad que en los aplausos, en la música, en los gritos de entusiasmo, ha tenido una anticipación del veredicto; pero es entonces, cuando rueda por tierra el enemigo, cuando ha de decir el público su última palabra. Porque el único juez —un juez tremendo, que da con magnanimidad o quita con cicatera saña— es el público. Seguramente habrá por ahí pocos festejos en los que el espectador tenga una más activa participación. En los toros es aquél soberano y señor. La autoridad del presidente queda, cuando se trata de premiar a un torero, reducida a la misión moderadora de restar lo que hay de falso entusiasmo en la actitud de los aficionados y sancionar —uniendo su pañuelo al coro general— el fallo de la multitud. Y así, aunque el torero realizara una gran faena, si el público no pide con reiterada unanimidad la oreja, no podrá el presidente otorgarla, por justa que considerase su concesión. Ni puede negarla —en buena ley, se entiende— cuando la Plaza entera, hecha clamor, la pide... Y si por casualidad ocurriese lo contrario —si el presidente se olvidara de que la fiesta de toros es, a la postre, una salida democrática, que no tuvo en cuenta J. J. Rousseau— el espectador tiene el recurso de la protesta airada contra la actitud presidencial, sin que haya de pararse en pensar en la categoría, función administrativa o rango de la persona que ocupe el palco.

Muerto el toro, como más arriba decimos, el fallo inapelable del público no tarda en producirse. Y si es favorable, a la vez que asoman por la puerta del desolladero las mulillas, la Plaza entera viste de blanco su júbilo. Después, cuando el cachetero desoreja al bicho —concedido el trofeo por la presidencia— resuena en el circo la ovación, que obligará al diestro a dejar la barrera y dar la vuelta al anillo entre los renovados aplausos de la multitud.

Creemos que el otorgamiento de la oreja o, cuando más, de las dos orejas —que significó, en un principio, concederle al diestro la propiedad de la res—, debiera ser el máximo galardón para el matador. Esa costumbre, tan frecuente en nuestros días, de añadir el rabo y la pata, la juzgamos poco seria, si no fuera además perjudicial para los muy respetables intereses del que negocia con las carnes... Para premiar al triunfador, una vez concedida las dos orejas, tiene el público en sus manos —nunca mejor empleada la frase, porque de los aplausos dependerá el premio— el prolongar la ovación cuanto guste o el hacer dar al diestro dos o tres vueltas al ruedo... Y en último término, aun queda el recurso de llevar al héroe en hombros desde la Plaza hasta su hotel, aunque tal recompensa se ha convertido hoy —merced a la mercantilización de la fiesta— en un servicio público, que abonan después, entre regateos y discusiones, los apoderados a tanto el kilómetro, como si fuera un "taxi"...



Rafael OSORNO

Entre las más altas figuras de la novillería mejicana, figura, por derecho propio, el nombre de Rafael Osorno en destacadísimo lugar...

Mucho podríamos escribir de la calidad, del arte y del valor, de este torero, en cuyo honor se han exaltado las mejores plumas de los críticos de aquel bello país. Pero sería tan excesivo el contenido, que lo condensamos en la gallardísima exposición de esos cuatro pases naturales de tan impresionante ejecución, que, por sí solos, bastan para acreditar como figura del toreo a Rafael Osorno.

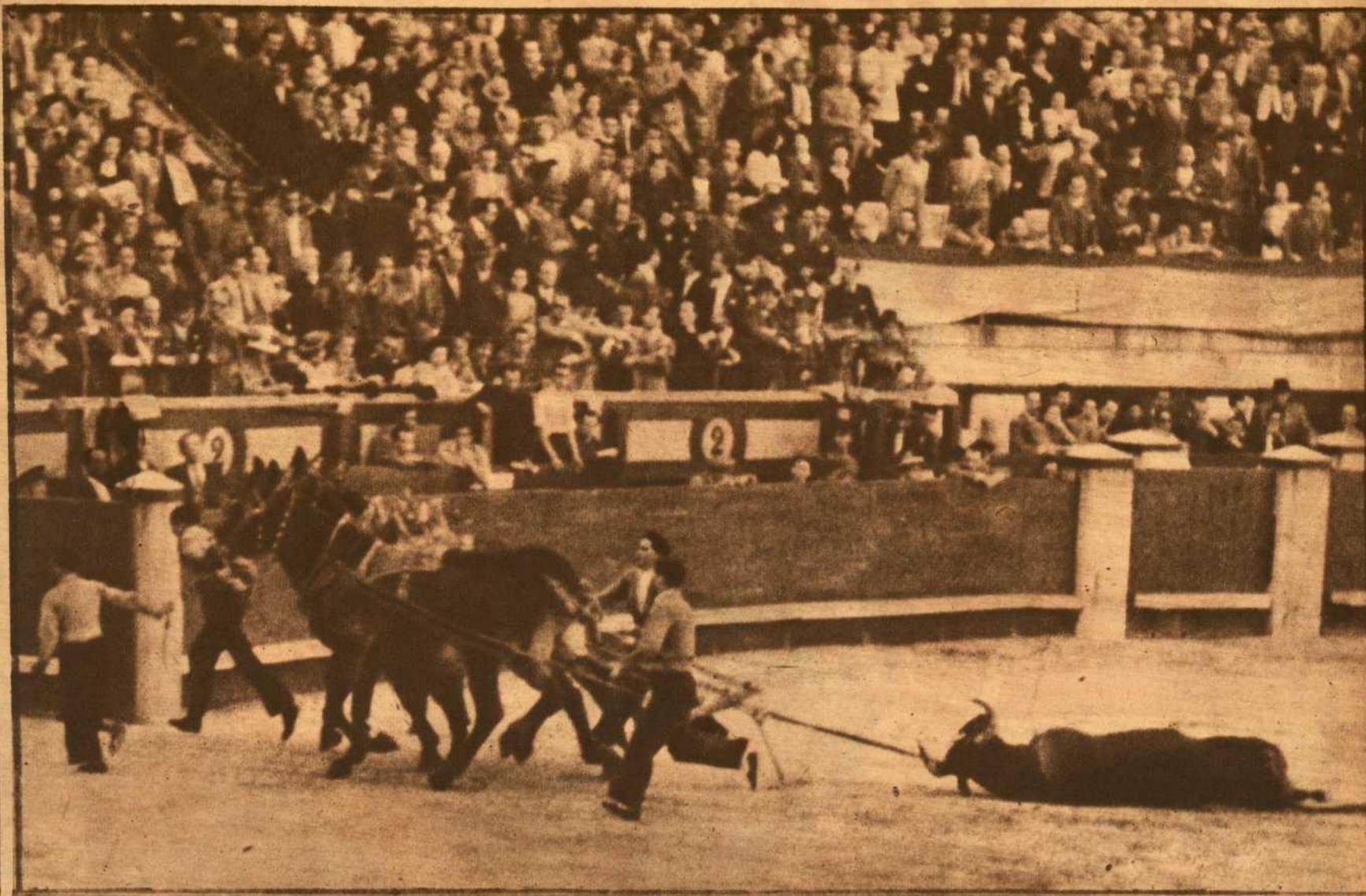
Este gran torero llegará próximamente a España con el propósito de conseguir el doctorado en el mes de septiembre. Y en este propósito tenemos la seguridad que le ayudará con su entusiasmo y con el calor de sus aplausos todo el público de toros de España.



JOSE R. MANFREDI
APODERADO
HUERTAS, 54
MADRID TEL. 77986



EL TORO MUERTO



EL tumbo del toro malo, del toro que ha hecho carne y seda con el pitón, deja en los tendidos un suspiro vindicativo, porque hasta los aficionados más duros, que han visto morir a Pepete y a veinte toreros después, se vuelven jurados de un proceso en que la fraternidad y el histerismo califican definitivamente al toro como "criminal de guerra".

Por eso el arrastre, que nunca es una suerte de la lidia, sino su barredura y postrimeria, cobra con el toro malo un valor de rito que deja rubricada en el dibujo de rosca de cayada sobre la arena, antes de enfilear el arrastradero, una justicia antigua y contundente. Con la melenera en tierra, el toro matón ha pagado su peaje para la cornada franca, y se piensa sentenciosamente en las gradas de sol que si ha quitado al torero el pan de sus hijos, bueno es que dé al mundo lomo y riñonada para aliviar el luto comiendo. No hay plazo que se cumpla tan clamorosamente, ni deuda que se pague tan con la propia piel como los del toro que cogió el avío de una cornada, enganchó al diestro y se lo llevó por delante al charco ensangrentado, a la marisma de la muerte.

Hay suspiros de ansiedad entre la gente y se pregunta por aquel muerto sin quitarle a éste el ojo de encima. En el arrastre del mal toro, que es casi siempre, no faltan sus vayas, sus palmas de tango y sus puyas, porque al que cae sin pelear le cantan fandangos en los funerales. Pero el toro malo, caído en pecado mortal, con eximente de legítima defensa, está allí tan cumplido, mordiéndose el belfo con la última saliva de la gran tascada que dió en carne viva. Ya muerto, su destino terrible se le sienta en los costillares con la frente sobre la mano. Y la gente lo ve. Podría levantarse el toro malo y enganchar también a su Destino. ¡Que se lo lleven pronto a los tablajeros!

EL ARRASTRE

Por JOSE ANTONIO TORREBLANCA

Están afónicos los bombardinos del pasodoble. Las banderas lacias arrodillan el asta. Una nube oscura, redonda y solitaria en toda la tarde, da sombra, dignidad y remordimiento al tendido de sol. ¿Dónde están las palmas que solían freír los enganches del arrastre al toro bueno y al mal toro, mientras el diestro vivo iniciaba en triunfo la vuelta al ruedo? En la Plaza, que se ha vuelto Plazuela, confusión y polémica, el toro malo aguarda tumbado sobre la sombra aplastada de su condenación.

Las mulillas ventean lo malo desde dentro. Por eso en este arrastre tiene que restallar el triquitraque del látigo del mulillero antes de enganchar la vertedera de los cuernos; porque los animales, que son hortelanos honrados, se ponen guifiosos y cocean, presintiendo que van a arrastrar un alacrán muy cerca de los cuartos traseros.

De cerca, al enganchar, el mozo ha visto un cuajarón de sangre humana y un hilo de oro en el pitón derribado. ¡Pronto, niño! Cruje la fusta y, en la arrancada, revive por un instante el músculo tieso del toro malo. Y el arrastre, que tanta álgebra equivocada suele borrar de la Plaza, resuelve esta vez la incógnita del hombre con un garabato de arada honda, en el que hay mezclados sangre de hombre y de toro. Sólo los gitanos viejos saben leer esas rayas a la mano pálida de los redondeles en los días de cogida.

En el arrastre, el toro hace su última ombestida a un mundo que se le ha vuelto vertical como una pared. Si no fuera por las mulillas, resbalaría hasta el fondo del cosmos como una mosca

muerta y despegada del cristal de la ventana. Pero en el arrastre del toro malo, que es un instante en que los dioses discuten y tosen, ocurre que el bicho se va dando cornadas frías de velete a los surcos de arena soleada y pateada por él en plena vida.

Entran las mulas por el arrastradero con la collera hecha un nudo en la garganta. Suenan a monaguillo las campanillas. El carnicero se acerca arremangado, de mal talante, con un "¡ahora va usted a ver lo que es bueno!". Y los chulillos miran el asta que entró en el vientre del torero...

A lo lejos, mientras el clarín tarda en volver a sonar, la gente está preguntando:

—Y ese toro, ¿cómo se llama?

No "cómo se llamaba". Porque el toro malo y el hombre malo resucitan siempre en la legendaria novelaría de la vida.





UN EMPRESARIO MODELO

naciones de toros y toreros en los carteles que acreditan y enaltecen la inteligencia y el nombre de este magnífico empresario.

Mantenedor del prestigio de la Fiesta Nacional en Barcelona, se deben a don Pedro Balañá las mejores combi-

LA SALIDA DE LOS TOROS



AYER Y HOY

Por ANTONIO QUINTERO

LOS domingos, al caer la tarde, mi madre me llevaba de la mano a ver la salida de los toros. Era un espectáculo maravilloso, que yo aguardaba con ansia la semana entera. Me infundía un gran respeto la seriedad corpulenta de los picadores; movíame a risa, sin saber por qué, la figurilla roja y azul del monosabio perniabierto sobre la grupa; espantábame la escualida armazón de la cabalgadura, que siempre me parecía de un tamaño desahogado, y los oscuros manchones de sangre seca desparramados sobre el grupo me excitaban vivamente. De pie, al borde de la acera, me emborrachaba de colores en aquel torrente que iba calle abajo, mientras mi fantasía me daba brillantísimas explicaciones...

—Todas esas mujeres hermosas, las de la mantilla, los claveles y el abanico, son las novias de los toreros, que han venido a echarles relojes de oro, con un jímbré que les avisará a la hora en que deban acudir a la reja con la guitarra... Esas gordiflonas de más edad, que van en los coches por parejas, las del pelo con bandolina y el mantón bordado, no son carniceras ni taberneras, sino marquesas vestidas de chulas... Toda esa gente apretujada en los tranvías y en esas diligencias grandotas que «meten» tanto ruido, y esta multitud despechugada y gesticulante que baja por la acera son ganaderos, pintores, poetas, apoderados, contrabandistas y cantadores de flamenco... Los que llevan bigote son los policías, ¿sabes?, los de «la ronda». Son los únicos que pueden entrar en los toros con bigote.

Cuando, en medio de aquel estrépito de hierros, gritos y cascabeles, aparecía la jardinera de los toreros, sentados en dos filas frente a frente, sentíame sobrecogido de admiración. Llevaban trajes de plata y oro porque eran los hombres más valientes, y más ricos y más generosos del mundo. No obstante, había en ellos algo que mi fantasía no acertaba a explicarme, y en cierta ocasión se me escapó la pregunta de los labios:

—¿Por qué van tan serios?
Mi madre me contempló un momento a través de su sonrisa pálida. Luego me respondió:

—Porque van resando. Dándole gracias a Dió que los ha sacao con bien de los peligros...

Turbas de chicuelos zarrapastrosos corrían detrás del coche llamando a los diestros por sus apodos. Una tarde salté de la acera y corrí yo también, enardecido. Me encaramé al estribo y tendí mi mano al torero más próximo, que la estrechó con la suya, diciéndome:

—Bájate con ciudao, niño, no te vayas a lastimá.

Al día siguiente ví en un periódico el retrato de aquel hombre. Era Guerrerito, que ha-

bía matado un toro «recibiendo». Le mató con la mano que me sostuvo para que yo bajara del estribo. Y con los libros bajo el brazo me fui al campo, a pasear mi orgullo, que no podría caber en el colegio...

...
Ese gran cometa inmóvil que es el circo taurino ya no tiene aquella cola deslumbrante que surgía de su puerta al terminar la corrida. Los espectadores, trasudados y silenciosos, se entregan prisioneros al ejército motorizado que sitia la Plaza y que desaparece en un santiamén entre una nube de polvo que huele a goma, a gasolina y a humo de carbón...

La maravillosa policromía de aquellos desfiles triunfales, en los crepúsculos tejanos que pintaba de cobre el sol poniente, desapareció, herida en su orgullo, cuando vió en un tendido a dos grandes toreros que llevaban gafas negras «para no ser advertidos». Y sólo acude, en feria, a la Maestranza sevillana para ver salir a Rafael, el Gallo, que, vestido de corto, va repartiendo habanos y cortesías a derecha e izquierda...

La discusión apasionada, el muletazo descriptivo en la bigotera del «simón», la cuchufleta ingeniosa dedicada al «fulanista», las voces, las risas, los piropos, todo aquel hervor emocional que se derramaba en la calle a la salida de los toros, se achicó, se encogió, se redujo a un dialoguillo discreto en el interior de un «seis cilindros».

—¡Adiós, Polito! ¿Me llevas?
—Sube. ¿Qué te ha parecido el debutante?
—Es poco fotogénico. No será nada. ¿De quién eran los toros?
—No me he fijado.
—Ni yo. Llévame al club. Creo que en Barcelona nos han hecho seis a cero.
—¡Qué asco!
—¿Por qué no fuiste anoche a la «boite»?
—¡Chico, porque me aburro! No hay color.
—Es verdad... ¡No hay color!

...
En ocasiones, termina la corrida y las puertas de la Plaza permanecen cerradas, sin que salga por ellas un solo espectador. ¿Que ocurre? Sencillamente, que un torero valeroso, después de una faena genial, metió las llaves tras el estoque en el morrillo del último toro. Y como el público lo ha visto, no se levanta de los asientos. Sin prisa por salir, enciende un cigarrillo y guarda cuidadosamente el billete que el día de mañana le acreditará como testigo de un suceso memorable.

Otras veces los espectadores, sin aguardar el fin, se dirigen en silencio a las puertas de salida. El diestro, que se debate abajo en una pelea insulsa, los mira por encima de la res, que se resiste a doblar, y comprende que son sus ilusiones las que le vuelven la espalda y se van, sin decirle adiós...



ANTONIO CASERO

TODOS LOS MIERCOLES

El Ruedo

Primera revista taurina de España

28 páginas en
huecograbado
y portadas a
todo color,
2 pesetas



Ramiro GUARDIOLA



Los buenos aficionados que presenciaron el triunfo de Guardiola en la Plaza valenciana, en la corrida con que cerró su temporada el año último, salieron convencidos de que acababan de ver a una muy próxima figura del toreo.

La afición, el arte y el entusiasmo de este juvenil torero de Aranjuez abonan el pronóstico.

Y en la Plaza de Madrid —la primera del mundo— no tardará en consagrarse su nombre Ramiro Guardiola, con ímpetu triunfal, porque en él hay clase de gran torero.

VUELTA A LA TRANQUILIDAD

El torero después de la corrida

Por LUIS MIGUEL DOMINGUÍN



Ya está de vuelta de la Plaza el torero, y es cuando siente ganas de abrazar a los seres queridos. Es mucha la alegría de encontrarse de nuevo cara a la vida

NUNCA en mi vida he admirado tanto a los críticos taurinos como en esta ocasión. Es más difícil de lo que parece empezar un artículo, y, sobre todo, con este tema, que sería muy largo de explicar.

¿Cómo empezaré? Empezaré como si fuera un discurso; vamos a ver. Diré: yo no soy orador; pero eso lo dice todo el mundo, y además, en este caso, no sería bien dicho y no hace falta que se diga nada, porque en seguida, si hay algún valiente que



También gusta el matador descansar un rato después de la dura brega que resulta el echar una corrida fuera

se atreva a leer esto, creo que lo notará en el acto, aunque no sea ningún licenciado en letras.

En fin, hay que decidirse.

Cualquier artista que en su profesión el triunfo no dependa solamente de él, sabrá cómo se siente un torero después de una corrida.

Muchas veces, estando bien para el público, nuestra moral está decaída, y otras veces sucede todo lo contrario, o sea, que, estando mal para el público, nosotros nos sentimos optimistas para llegar a lo que creo que todos los toreros cuando empiezan ambicionan.

Esta es una de las principales causas por la que los toreros tenemos los nervios destrozados, y a veces hasta se padece del hígado; no por el toro, como la gente cree, pues cualquier torero que tenga concepto de la responsabilidad, acaba más cansado una noche antes de una corrida de importancia que después de tener ésta.

Todos estos juicios que estoy haciendo los hago por mí mismo. Querido lector: si usted es aficionado, póngase en mi lugar. Estoy empezando, cuento con juventud y con afición. Indudablemente, son la base para triunfar en cualquier cosa de la vida. ¿Por qué será? Yo ahora pido experiencia, y seguramente cuando sea viejo pediré juventud. Es una ley de vida, y como tal hay que aceptarla.

¿Usted cree que, a pesar de todas estas cosas, como está hoy el toreo, con tantas figuras, tan buenas todas, no es para enfermar del hígado? Ya he dicho que era difícil empezar este artículo. Creo que lo he dicho; pero me parece que es mucho más difícil acabar. Este es un lío en el que me ha metido EL RUEDO con la petición que me hacen, y creo lo más prudente cederles los trastos y que acaben ellos con este lote, que para mí es el más difícil que me ha salido en mi vida.

Otro día, con más tiempo, creo que me voy a atrever a escribir un artículo hablando de un torero. Como no puedo hablar de nadie, que le vaya a sentar mal seguramente, queda en pie esto para cualquier día hacer un juicio crítico de mí mismo.

Hasta entonces.



A la llegada al hotel, puede suceder, como en este caso, que esperen al torero dos amiguitos para felicitarle



Siempre hay amigos en el cuarto del matador; pero si el triunfo ha sido grande, con mayor motivo



Y después, un rato a la calle para saborear algo que se tiene todos los días, pero que resulta nuevo



Con el mozo, el torero se va desnudando lentamente

Amadeo

MONLEÓN

Entre los nuevos valores de la novillería, hay que destacar el nombre de Amadeo Monleón, cuyas actuaciones brillantísimas le señalan como uno de los llamados a captar el interés y a despertar el entusiasmo de los aficionados a la fiesta de los toros.

Torero por imperativo de su afición, al margen de todo in-

terés económico; torero también que cultiva y practica con pureza y moderno sentido estético todas las suertes del toreo, Amadeo Monleón no tardará en verse en la primera línea de los novilleros.

Próxima su actuación en la Plaza madrileña, nos dará ocasión para comprobar su calidad y su valor.

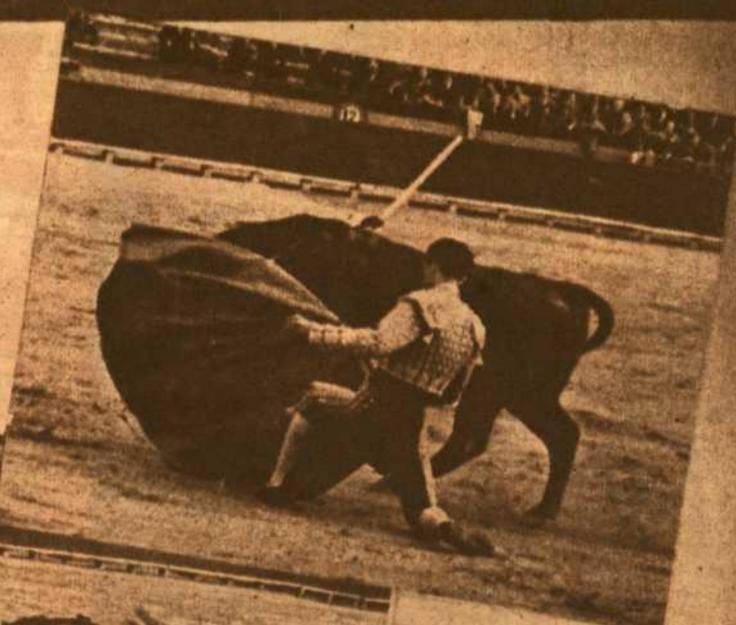
D. Juan de la Escosura
APODERADO
Meyer, 13
MADRID
Teléfono
15697

EL ALFEREZ

Bien catalogado el Alférez como novillero de gran interés para los públicos, por su valor y por la calidad de su estilo, no se conforma este artista con la graduación que le impone su alias, y en la temporada presente aspira a ascender cinco o seis grados.

Hay sobrada materia prima en la afición y en el arte de este torero para que su propósito sea posible. Que le embistan los toros, que lo demás ya lo pone él.

El público madrileño le recuerda con gusto y con interés por verle en nuevas actuaciones, algunas de las cuales puede servir al valeroso y fino Alférez para obtener en la mejor lid uno de esos ascensos con que sueña, y que tan legítimamente puede conquistar sobre la arena de nuestra Plaza.



LA CORRIDA POR LA RADIO

HACE algunos años, cuando el descubrimiento de Marconi aun no había llegado al mercado, los aficionados taurinos que carecían de recursos para pagar las pocas pesetas que —¡ay!— entonces valía una localidad y habían agotado los cojines y otros enseres domésticos de carácter pignorable, se largaban a la Plaza, a pesar de todo, unos, con la esperanza de un milagro, en forma de buen amigo, que los metiese dentro del coso, otros, menos optimistas, con idea de ir recogiendo a través de los muros las ovaciones y protestas que les fueran dando idea de lo que pasaba dentro, que su imaginación ya se encargaría de lo demás. Desde luego, casi se puede asegurar que tratándose de un buen cartel, difícil era que aquel hombre que llevase en sus venas el veneno de la afición taurina se quedara en casa conforme con carecer de la noticia inmediata de lo que iba a pasar en el ruedo.

Pero hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad, como se canta en *La verbena de la Paloma*, y la radio ha dado lugar a una transformación de este tipo de aficionado y a la creación de otro nuevo.

El radioescucha taurino es, en la mayoría de los casos, aquel hombre que se iba alrededor de la Plaza a percibir el ambiente, a oír. Acostumbrado a recibir las impresiones a través de las ondas atmosféricas, ha resuelto quedarse en casa o en el bar donde tiene la tertulia y recibir las ondas a través de un aparato de radio.

El nuevo aficionado a que ha dado lugar el invento de Marconi es el taurino cómodo. El hombre incapaz de sufrir las molestias que produce el trasladarse a la Plaza, las que hay que padecer una vez allí, el calor, los vecinos, la salida. Este prefiere ponerse en pijama, sentado cómodamente en un buen sillón, e ir escuchando las incidencias de la corrida a través de la voz del locutor.

Sin embargo, tanto los de una clase como los de otra, pueden reunirse para formar un solo grupo: el de los imaginativos.

Hace falta, sin duda, la imaginación de Julio Verne para ser un buen radioescucha taurino. Cuando la voz metálica del locutor canta las excelencias de aquellas verónicas o la colocación de este par de banderillas, o el tipo del toro, los pitones, la faena de muleta, aquellos siete naturales ligados con el de pecho, etcétera, etc., es necesario, como decimos, una inventiva extraordinaria y una ilusión extrema, para hacerse idea de que aquello que se oye se está viendo al mismo tiempo. Tanto es así, que casi podíamos dar por sentado que el radioescucha taurino constituye la flor y nata de los aficionados a la fiesta brava.

Tan poseídos están por el «gusanillo», que ellos no necesitan ver para sentir el recreo que produce al espectador las incidencias de una corrida. Guiados por la elocuencia de aquel hombre que desde el callejón va contando la corrida momento por momento, ellos edifican sobre las palabras que les llegan, a través de los altavoces, la faena que les conviene. Se ciñen en quites, clavan en todo lo alto, toorean al natural y matan de una entera que basta. Tanta es su ilusión y tan veloz va su imaginación, que no nos extrañaría que si la radio callase ellos, ensimismados en su idea, seguirían la faena hasta el arrastre sin haberse dado cuenta de que el aparato había enmudecido.

Queremos, por tanto, señalar la importancia de esta clase de aficionados, para los que, en realidad, la cosa material casi no importa. Ellos llevan su fe por delante y hasta en algunos casos su corrida hecha y nada se les da del tamaño de los toros, ni del peligro de los toreros, ni aun de la gracia de éstos.

Y, por otra parte, ¿qué cosa mejor? Ante ellos la decepción no existe, pro-



que se van construyendo «su corrida» y acercando y separando el toro del toro cuando les viene en gana. De orejas y vueltas al ruedo, pueden ser todas las fiestas para ellos a poca voluntad que pongan de su parte. Les basta con figure de ira, protestando la pequeñez de aquel toro ni siente el escalofrío del susto por la suerte de estotro espada que tiene de lo que es matar toros muy pequeña idea.

En conclusión. Esperamos que a la vuelta de unos años la afición se haya rareado el pañuelo de la presidencia laminiendo el barandal en el momento oportuno.

Por otra parte, esto de la radio resulta un gran beneficio para toda la afición, pues ni enrojece el aficionado refugiado en sus casas, y como los toros bravos habrán ido desapareciendo, un locutor de los que vió torear a los buenos toreros y lidiar a mejores toros irá contando la corrida que se celebró en Madrid o Sevilla en el año de mil...

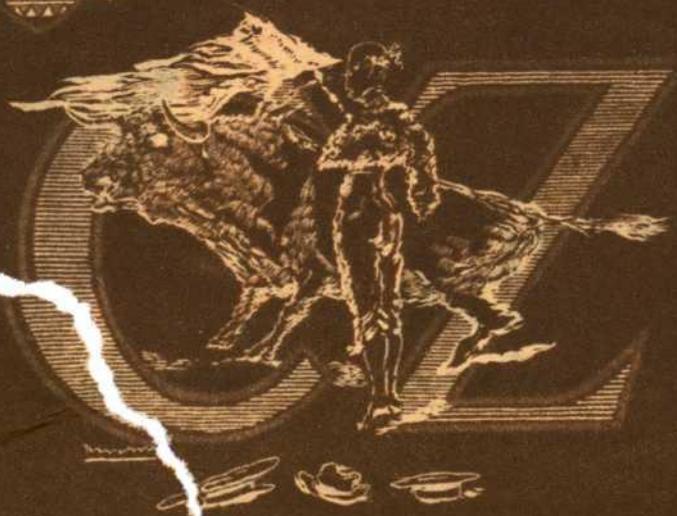


GITANILLO *de* TRIANA



De nuevo en España, se dispone Rafael Vega de los Reyes a reafirmar en nuestros ruedos la brillantísima campaña que acaba de realizar en América, donde ha torreado veinte corridas, imponiendo su clase excepcional y personalísima en la Plaza del Torero de la capital mexicana, en muchas de los Estados y en la de Lima. El arte depurado de Gitanillo de Triana y su celo por mantener y superar el alto prestigio de su nombre, son garantías suficientes para esperar que en la presente temporada triunfe Rafael en España tan rotundamente como lo ha hecho en América.

COÑAC "RAFAEL,"



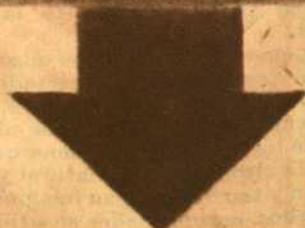
COÑAC VIEJISIMO
DEDICADO A RAFAEL GOMEZ GALLO POR LA CASA
J. M. RIVERO-JEREZ

PUBLICIDAD GISBERT, fiel a su norma de prestar un servicio artístico a sus clientes publicitarios de prestigio, colaborando con entusiasmo en este magnífico extraordinario que constituye un valioso exponente periodístico de nuestra Fiesta Nacional.

El cuadro de dibujantes de "PUBLICIDAD GISBERT", integrado por Reyes (Director artístico), "Pampa", Valls, Salvador Sanz y Eugenio García Ruiz, ha demostrado en sugestivos trabajos que PUBLICIDAD GISBERT es la organización publicitaria dinámica y artística que exige la propaganda moderna.



PUBLICIDAD
GISBERT



ARENAL, 1
TELÉFONOS : 28893 21627



Ya ha llegado el toro al desolladero.



Rápidamente es abierto entre los cuatro carniceros.



FINAL DEL TORO EN LA PLAZA

BUENO o malo, el toro ha cumplido su cometido. Este es su final, después de una serie de suertes y faenas, que algunas pasarán a la historia taurina. El recuerdo será eterno, no solamente para el matador.

Porque aun, a pesar de los años, el buen aficionado, en sus charlas por las tertulias, se acuerda de "aquel morucho, de la ganadería de tal, que pesó 300 kilos y realizó una lidia inmensa"...

Los compases de la banda militar le dicen su último adiós y lo acompaña hasta que él deja de asomarse al ruedo. Las mulillas, con su alegre y bullicioso tintineo de cascabeles, arrastran a la res que acaba de ser estoqueada. Va camino de su último encierro. Allí ya no sembrará pánico ni asustará su ornamento.

Después, todo se reducirá a una masa de carne, como poder alimenticio.

Los chasquidos de los látigos anuncian la vertiginosa carrera de las mulillas. Van con sus banderitas, muy contentas de su suerte, guiando el camino que a ellas no les esperará nunca. Las tres marcan un compás trotón. La Plaza es un griseo ensordecedor, arrojando las protestas contra el matador porque no supo aprovechar la docilidad, la casta y las buenas intenciones del bicho. Este se lleva la admiración del gran aficionado.

Y con una vuelta al ruedo se premia las condiciones del toro que quiso pelear y no encontró quien se le enfrentara.

Uno sucede al otro. Los clarines van lanzando al aire sus agudos toques para que salgan. Y uno tras otro emprenderá idéntico camino, final de su vida, potente, fiera y brava: el desolladero.

No es labor de muchos. Pocos, aquellos que son imprescindibles y más diestros en el oficio, tienen la misión de pesarlo y descuartizarlo, dejándolo listo en pocos minutos, tras un apartado ordenado de tripas, riñones, cabezas, lenguas, cuartos traseros, delanteros... Cada cosa tiene su sitio. Y los 500 kilos que dió en la báscula se han desperdigado, se han amontonado al final de la corrida. Lo que fué terror de muchos y preparado en varios años hasta llegar a la Plaza de Toros, ha sido desnudado en quince minutos. Este es el tiempo invertido, si es que la corrida no es de mucho postín y ver al siguiente espada obliga a ser más ligero. Allí ha quedado su fiera, terror de una cuadrilla de hombres valerosos que se jugaron la vida en cada embestida del animalito.

Cuando el bicho entra arrastrado por las mulillas, si es el último, un tropel de gente camina tras el astado. Va derecho a la báscula, donde un encargado, veterano en estos menesteres, cumple la primera función con el toro ya muerto. Es el primer paso antes de caer en manos de sus carniceros.

Es un momento más de emoción. Porque hasta la báscula tiene un papel principalísimo en esto de la fiesta nacional.

Allí es donde se acallan las discusiones. No aparentaba los 480 que dió en bruto. Un promedio bueno, tal como hoy están los tamaños de las reses.

Nuevamente, los matarifes dan la vuelta al bicho, siempre cogido por las patas y manos, y las mulillas lo llevan hasta el interior de la carnicería de la Plaza.

Cuatro hombres, con descomunales hachas, asestan terribles golpes a los cuernos del animal; todo con una celeridad grande y exactitud en el sitio, que causa admiración. Hay ensañamiento con las mortíferas armas. Lo despedazan con velocidad insospechada. Todo se va realizando al minuto. Corre de patas y, mientras, otros destripan al animal. Seguidamente desnudan al animal, dejándolo completamente limpio de piel.

Ya está en disposición de colgarse. Por medio de una garrucha el bicho se eleva, y allí se termina de descuartizar. Las hábiles manos de los carniceros realizan sus cortes correspondientes, y van siendo colgadas las piezas en los ganchos de la pared.

El escaparate va aumentando. Cada toro va alargando la fila de cuartos traseros, cabezas, riñones y demás apartados que se realizan. En total se han invertido quince minutos de faena, pero sin descanso, para salir inmediatamente a ver la faena de muleta que está realizando el siguiente espada. Este es el tiempo normal; pero puede reducirse, ganando tres o cuatro minutos en cada bicho, si el cartel merece la pena.

J. C. CASI



La piel se le quite en pocos minutos.



Y he aquí a la res en los momentos finales.







*¡Su valor
no conoce
barreras!*

CAMUS

LA GRAN MARCA FRANCESA

CAMUS ET C.^o
FRANCE
IBERICA
FRANCESA
DE VINOS Y
LICORES, S. A.
Av. G. Mola, 12
Teléfono 60795
MADRID

Las Grandes Figuras



**PEDRO
CHICOTE**

dice:

*Ha sido, es y será
la marca Domecq
la mejor garantía
Pedro Chicote*

«Ha sido, es y será
la marca Domecq
la mejor garantía.»

Pedro Chicote

PARA CALIDAD

DOMECQ

El Ruedo

ANTONIO CAJERO

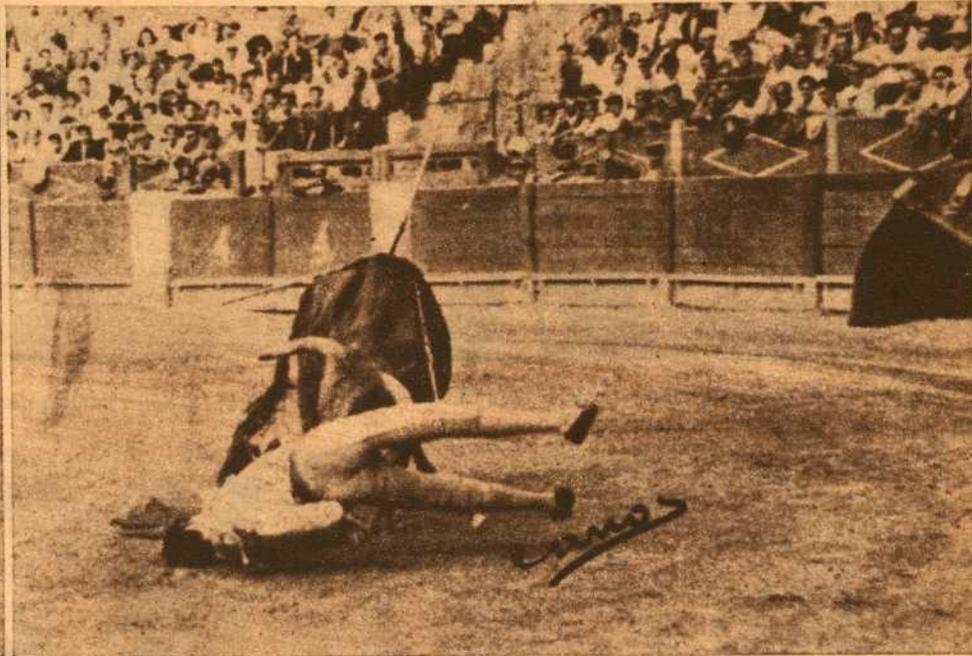
Suplemento gráfico de la actualidad semanal

Prohibida su venta fuera del número extraordinario

Madrid, 5 de julio de 1945



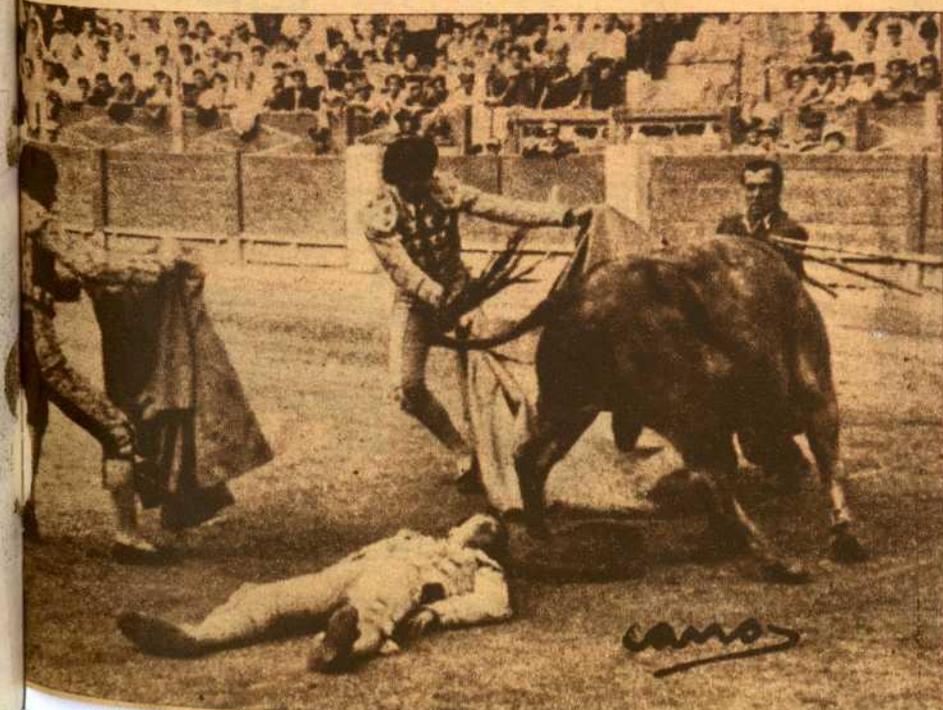
Momento de ser cogido Manolete en la Plaza de Toros de Alicante, cuando el cordobés intentaba dar una manolete. El toro lo ha lanzado al aire prendido de una pierna



Una vez en el suelo, el bicho ha hecho por el torero y ha vuelto a cornearle. Ya Manolete ha perdido el sentido del golpe que ha sufrido al caer sobre el hombro izquierdo

Cuatro momentos gráficos de la cogida de MANOLETE, el viernes, en Alicante

David y Pinturas, al quite, tratan de llevarse al toro mientras Manolete yace en el suelo sin sentido. El mozo de espadas del cordobés también interviene para llevarse al astado



Manolete, al fin, es sacado del ruedo camino de la enfermería. Allí pronto será atendido por los facultativos. En el público queda la impresión de una fuerte cornada (Fotos Cano)

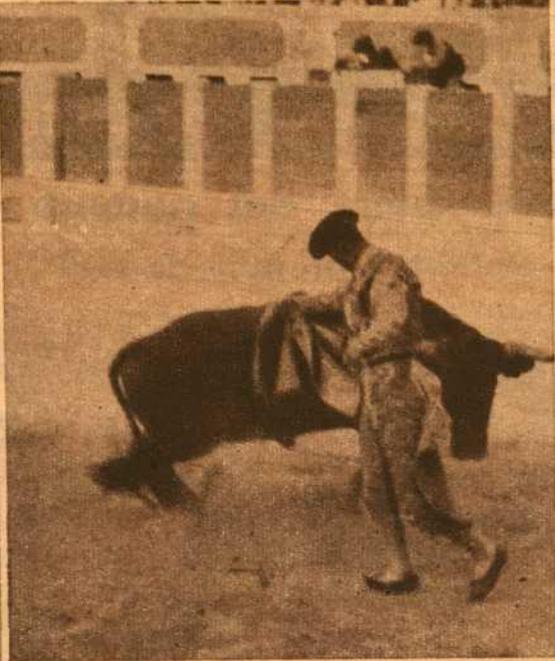


CARTEL DE ZAMORA

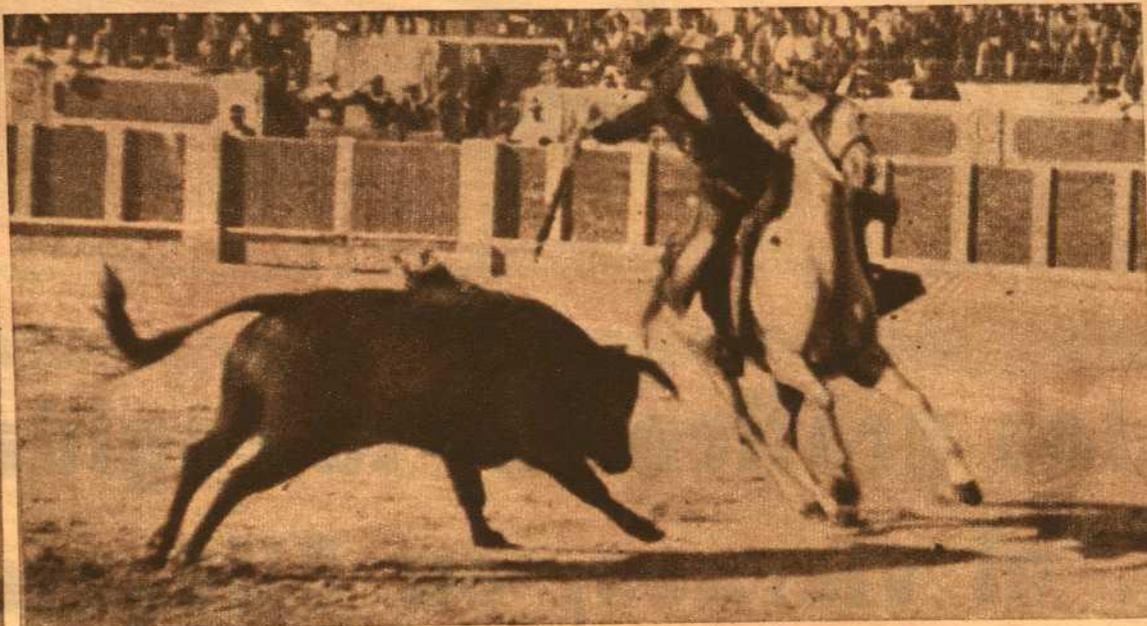
**ALVARO DOMEQ, EL ESTUDIANTE,
ALBAICIN Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN**



El Estudiante muestra las orejas cortadas a su toro



Luis Gómez rematando uno de los quites



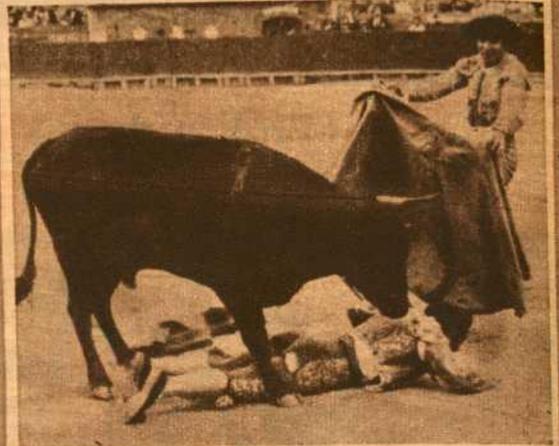
Alvaro Domecq colocando un par de banderillas al toro que lidió



Luis Miguel en un pase por bajo a su primero en la corrida de Zamora (Fotos Semoza)

Novillada en Valencia

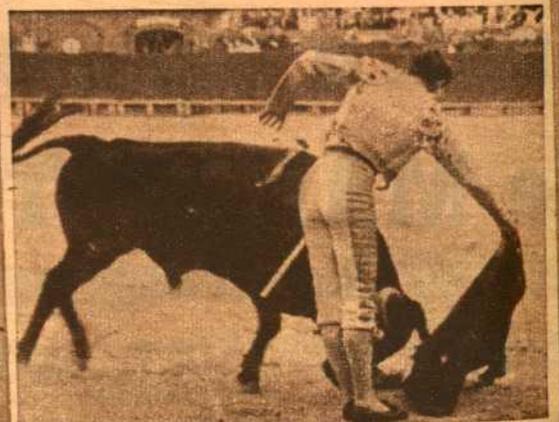
**Rafael Llorente
Fernando Pérez Tabernero
Ricardo Balderas**



La cogida de Fernando Pérez Tabernero El peón, al quite



Llorente en un pase de pecho al toro del que cortó la oreja



Balderas en un muletazo por bajo a su segundo. Abajo: Un natural de Pérez Tabernero



La corrida del domingo en MADRID



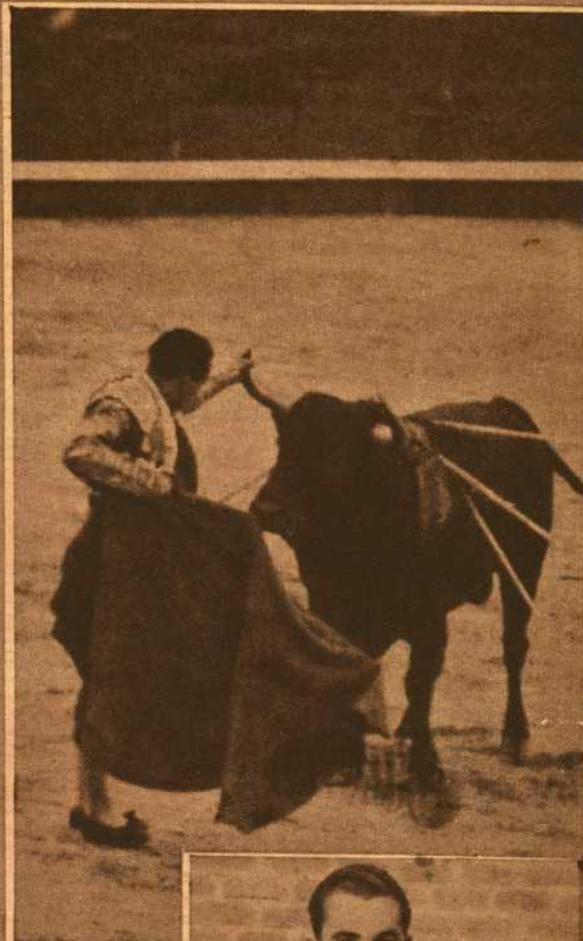
Toros de la Viuda de Concha y Sierra, para CAÑITAS y MORENITO DE TALAVERA



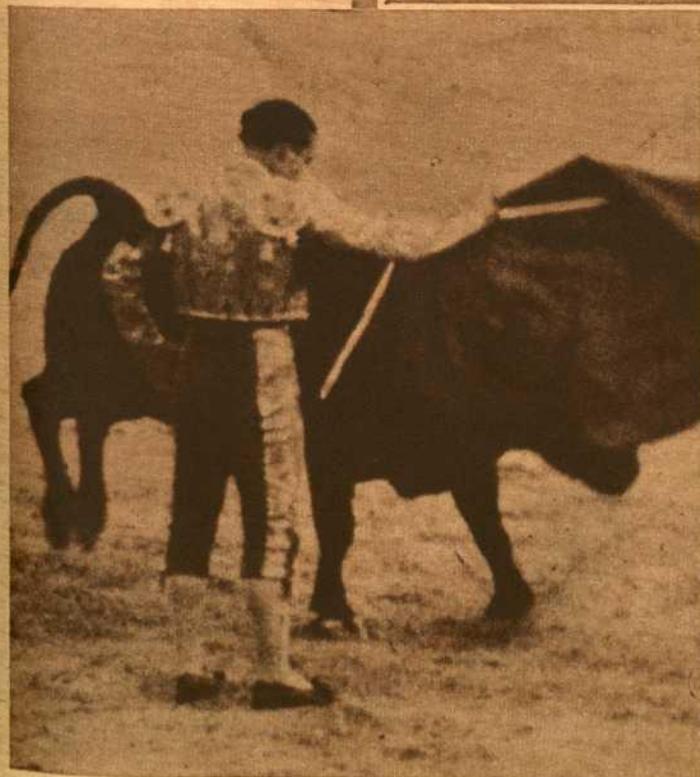
El mejicano Cañitas momentos antes de hacer el paseillo



Cañitas en un muletazo por bajo. Abajo: Morenito citando a banderillas



Un adorno de Morenito de Talavera en el sexto



Emiliano de la Casa en un pase ayudado por alto, el domingo, en Madrid



Cañitas, que sufrió una cogida, toreando al natural en la corrida del domingo



Morenito de Talavera (Fots. Baldomero)

EN EL HOTEL

«¡Dios lo ha dispuesto así!»,
comenta el cordobés

Pierde veinticinco corridas

Reaparecerá en las fiestas de Vitoria

—Ha querido Dios que así sea—nos dijo Manolete, acompañando sus palabras con un gesto resignado.

El diestro cordobés, en esta habitación del hotel madrileño, donde la cogida de Alicante le obligó a establecer su cuartel general, fue relatando de nuevo aquella tarde, aun no lejana, en la que Manolete caía en la arena...

—Al dar la primera manolita —nos dijo— pude observar cómo el toro se vencía por la derecha. Sin embargo, no presté atención y le di la segunda..., e intenté la tercera. Pero al dar la tercera manolita, el toro me engancho por la pierna y me lanzó a gran altura. Camará dice que nunca había visto que un torero fuera lanzado a tal altura como lo fui yo.

Manolete tiene ahora un gesto pensoso. Si adivina en él esta terrible inmovilidad que le tiene sujeto en el lecho, aprisionando sus nervios en largas horas de quietud.

—Quizá sea esto lo peor—comentó, queriendo sonreírse.

Pero la sonrisa se le quebró a flor de labios. Si sufría, muy pocos pudieron adivinarlo. Manolete es un estanco, y contemplándole, en largos silencios, no pudimos escucharle una frase de dolor.

—Sí, tenía que ser así; sí, me tenía que coger un toro; aún he tenido mucha suerte...

Y sin embargo... Manolete sintió profundamente, aquella tarde de Alicante, que le cortaba su mejor sueño de esta temporada. Porque él, sobre todas sus ilusiones, llevaba prendida una: torear la corrida de la Prensa en Madrid, y...

Manolete pidió un cigarrillo, lo encendió sin prisas y luego, muy lentamente, siguió hablando:

—El doctor está muy satisfecho de cómo va mi lesión. Dentro de unos días me quitarán el aparato y me enyesarán toda la parte afectada por la fractura. Antes me sacará de nuevo una radiografía para ver si los huesos quedaron bien soldados. Si sucede lo que él supone, creo que habré adelantado mucho en mi estado.

—¿No decían que luego tendrían que operarme?

Manolete movió su cabeza en un gesto afirmativo.

—Sí, eso se decía..., que me habían quedado unas esquiñas dentro y que tendría que someterme a una pequeña operación; pero... —dijo una larga bocanada al cigarrillo, y al rato rompió la pausa para señalar con alegría— acaban de decirme que quizá ya no sea necesaria esa operación... Veremos qué pasa en definitiva, cuando pueda apreciarse de nuevo la lesión con la nueva radiografía.

—El tiempo que dure tu inactividad, ¿lo pasarás en Madrid?

—No. Tengo pensado, en cuanto el doctor me autorice a ello, el ir a descansar a San Sebastián.

—¿Has perdido, por la cogida, muchas corridas?

—Camará dice que, en total, he perdido unas veinticinco corridas, repartidas entre Pamplona, La Línea, Valencia, Portugal y Barcelona.

—¿Para cuándo esperas reaparecer?

—Estos días estoy escuchando tantas cosas a mi alrededor, que estoy un poco confundido sobre la fecha aproximada en que reapareceré. De todas las maneras, lo más fácil es que no vuelva a vestirme de luces hasta la feria de Vitoria. Esta es mi confianza..., y la que me han dado —terminó, sonriente.

El teléfono sigue repiqueteando sin descanso:

De todas partes de España, miles de aficionados se interesan por el estado de Manolete. José Flores Camará, inigualable lugarteniente cerca del diestro cordobés, tiene para todos una frase acertada, aun cuando en el fondo esa frase sea la clásica de siempre:

—Bien, bien... Manolo está tranquilo..., muchas gracias.

Y mientras colgaba el aparato, Camará, sin volverse, explicaba a Manolete:

—Era don Federico, interesándose por ti... Manolete, sin fijar la imagen, preguntaba, un poco despreocupadamente:

—Y qué..., ¿qué quería don Federico?

—Saber cómo estabas, Manolo...

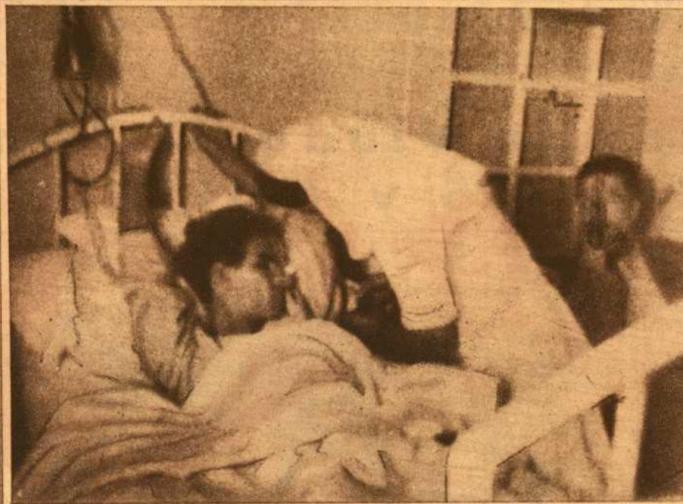
Manolete suspiraba entonces, y Camará, sonriéndose, se sentaba al borde del lecho y, haciendo una ligera pausa, nos miraba a todos.

—Es lo menos que pudo pasarle... Hemos tenido suerte, Manolo...

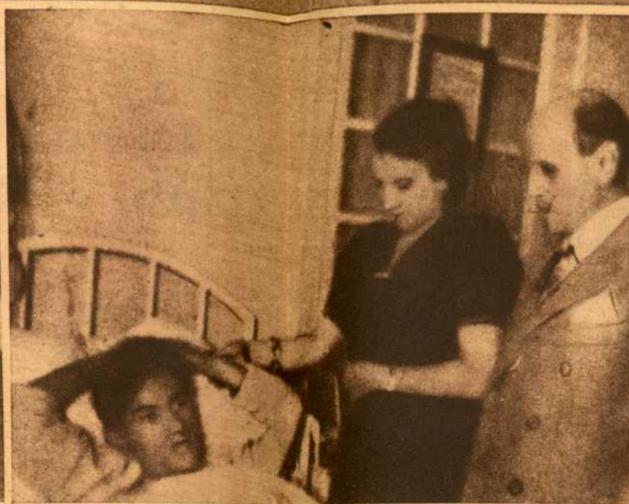
El teléfono sonaba de nuevo con insistencia...

CRUZ ERNESTO FRANQUET

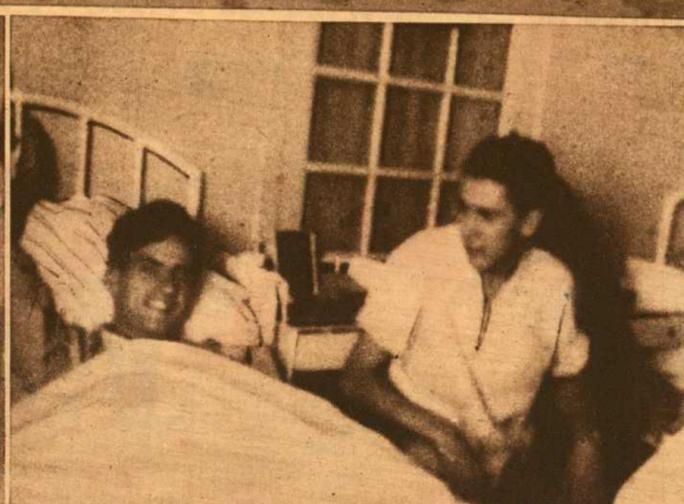
Con MANOLETE y ARRUZA, después de sus cogidas



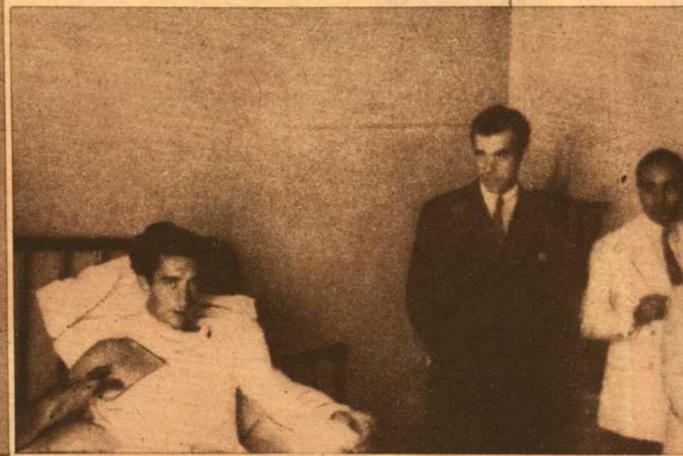
Arruza, en el Sanatorio de Toreros, es atendido por la enfermera después de la intervención a que fue sometido



El mejicano, acompañado de su madre y el doctor Camino, tío de Carlos Arruza



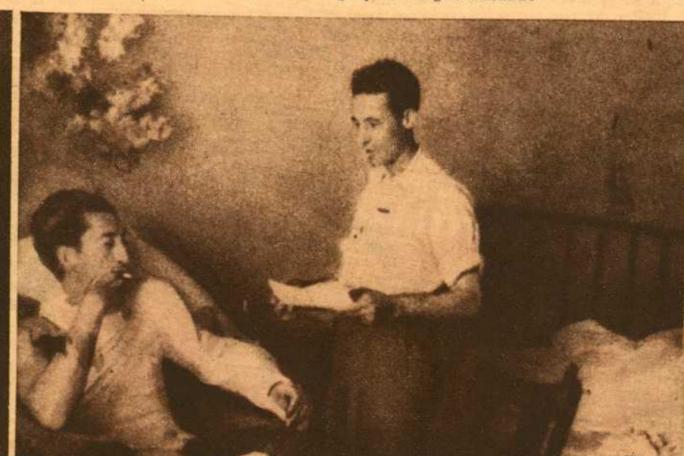
Parrita acompaña a Carlos Arruza, que desde su lecho sonríe a la cámara como si ya no le aquejara ningún cuidado



Manolete, en la cama del hotel donde se hospeda, después de haberse colocado el aparato que le inmoviliza el brazo



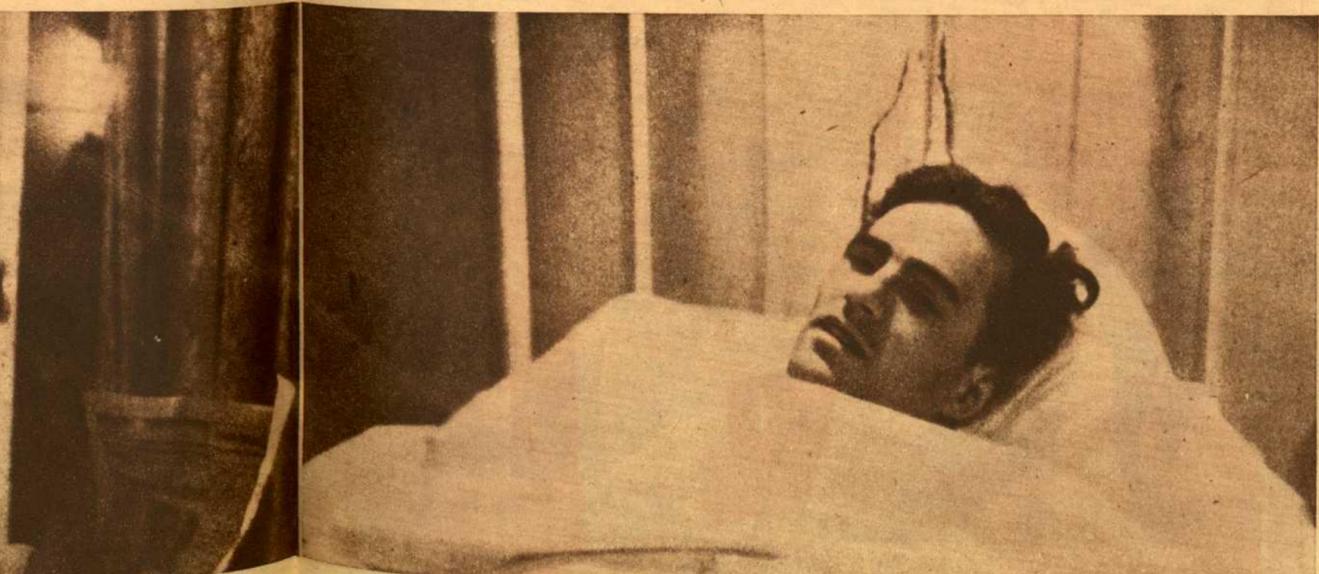
El cordobés, apoyado en uno de sus ayudantes, se traslada desde la cama a uno de los sillones. En su cara se refleja el dolor



Ya en el sillón, Manolete puede fumar su cigarrillo y dedicar un rato a leer la correspondencia que estos días le llueve



Un rato —¡tantos le quedan!— para la lectura de los periódicos y la sección taurina en la que se comentará los pases y las estocadas de otros



Arruza, momentos después de su ingreso en el Sanatorio de Toreros, cuando Jiménez Guinea le habla interesado ya (Fotos Mari)

EN EL SANATORIO

«¡Quisiera poder vestirme de torero mañana mismo! Pero hasta el 19, en Lisboa, no podré hacerlo»

EL domingo, alrededor de las ocho de la noche, se conocía ya la noticia en Madrid. Carlos Arruza había sido cogido por un toro en Burgos. Los comentarios se sucedieron con la misma rapidez. En definitiva, se desconocía la gravedad de la cogida, aunque todos afirmaban que era grave. Baldomero, el representante de Arruza, nos avisó al periódico muy cerca de las once de la noche:

—Carlos llegará a las doce y media a Madrid. Va directamente al Sanatorio de Toreros.

La noticia, en sí, era tranquilizadora. Suponíamos —más tarde— veríamos que habíamos acertado felizmente— que la gravedad no sería tan extrema cuando el torero mejicano emprendiera el viaje en su automóvil particular.

Sobre las doce de la noche llegamos al Sanatorio de Toreros. Aún no habían llegado, y junto a las verjas un gran número de curiosos esperaba también. Entre los grupos se encontraban casi todos los toreros mejicanos que están en España; asimismo se hallaban presentes también Gallito y Curro Caro.

A las doce y media llegó en su coche José Arruza, hermano del popular matador. El fue el que nos dijo que el coche de Carlos venía a continuación. José y su madre, al enterarse de la cogida de Carlos, habían salido a la carretera a buscarles, y en el kilómetro 120 los dos coches se cruzaron. Doña Cristina Camino pasó al coche de Carlos, y José se adelantó en el suyo para llegar al Sanatorio y avisar que su hermano Carlos tardaría unos minutos en llegar. José Arruza nos anticipó que su hermano venía muy tranquilo y que creía que la cogida no era de gran gravedad.

Minutos más tarde, aproximadamente: cerca de la una menos veinte de la madrugada, el coche en el que venía Carlos Arruza frenó suavemente junto a las cancelas del Sanatorio. Fue sacado, en brazos, del coche por su apoderado, Andrés Gago, y sus peones Cerrillo y Ricardo Aguilar. El torero mejicano aparecía muy tranquilo y se cubría con un pijama de seda de color oscuro.

Seguidamente fue trasladado a la mesa de operaciones, donde el doctor Jiménez Guinea procedió al reconocimiento de la herida. El resultado fue satisfactorio, y a la media hora, vista la condición de la herida, se procedió a coserle la misma. Carlos Arruza no se quejó un solo momento, y aguantó las curas con magnífico espíritu.

Su madre nos decía: —El sufrirá; pero tenga usted la seguridad de que no se quejará un solo momento. Y así fue, en efecto.

El lunes, por la mañana, acudimos de nuevo al Sanatorio de Toreros. Y cuando esperábamos encontrar a Carlos Arruza bajo los efectos dolorosos de las curas y de la propia herida, nos encontramos con el Carlos Arruza de siempre. Con el torero de la simpatía desbordante y de su alegría juvenil. Cualquiera dijera que el torero mejicano reposaba de un largo viaje, en lugar de encontrarse aprisionado en aquella habitación, toda blanca, a consecuencia de una grave cogida. Pero habíamos convenido que Arruza, con esa valentía tan serena —reflejo de él mismo en los ruedos—, apenas si daba importancia a nada.

—Sólo pido estar unos días en el Sanatorio... pues quiero volver muy pronto a torear.

Alguien dice cerca de nosotros: —¡Mira que ir a cogerse con el capote a Carlos!...

Arruza, que movía en un montón de telegramas, dejó de curiosear para contestarle rápidamente:

—Sí, hermano... Si antes no me gustaba la capa, ahora no voy a querer ni coserla...

Aproveché el momento para preguntarle: —¿Y cuándo piensas, aproximadamente, reaparecer?

—Si las cosas van bien, el día 19, en Lisboa.

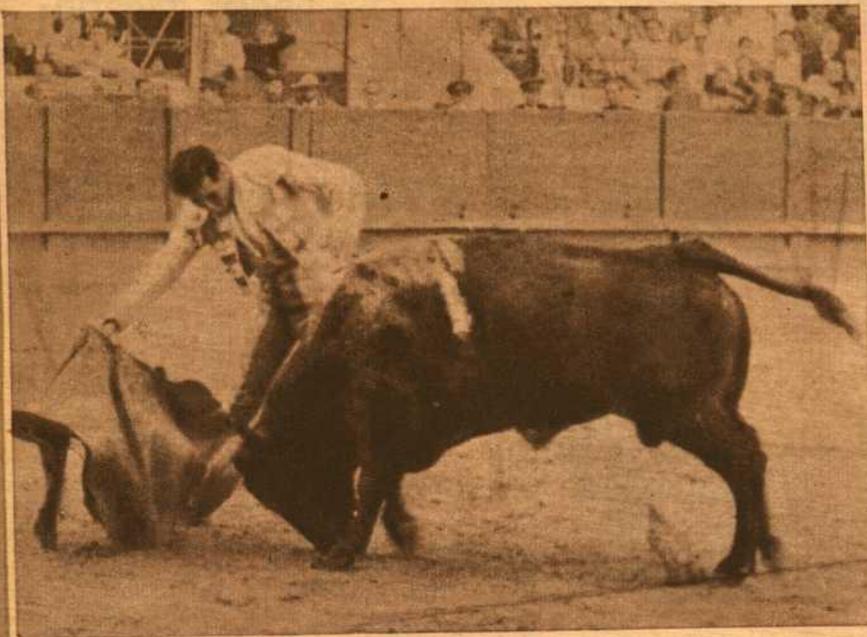
—Pierdes muchas corridas por tu cogida —Bastantes. La del día 5, en Madrid; la del día de Pamplona; el 11, en Lisboa; el 15, en Mérida; el 16, en La Línea; el 18, en Sevilla, y la del 19 en Lisboa, si no me encuentro bien. Si no está esta corrida, tampoco torearé la feria de Valencia.

Su hermano José intentó gastar una pequeña bromita:

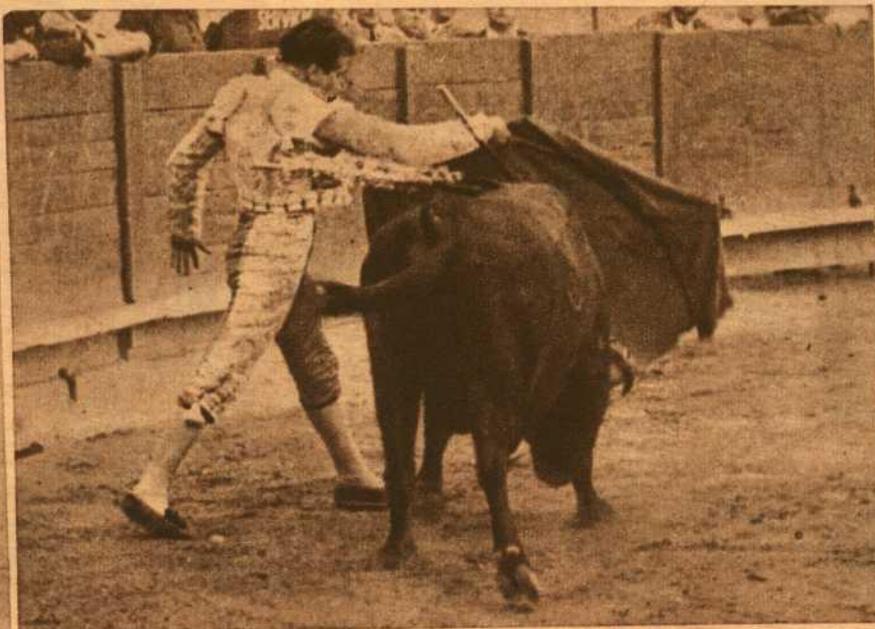
—Así Carlos, descansa...

CARTEL DE BARCELONA

Toros de Domecq para Carnicerito de Méjico, Manolo Escudero y Julián Marín



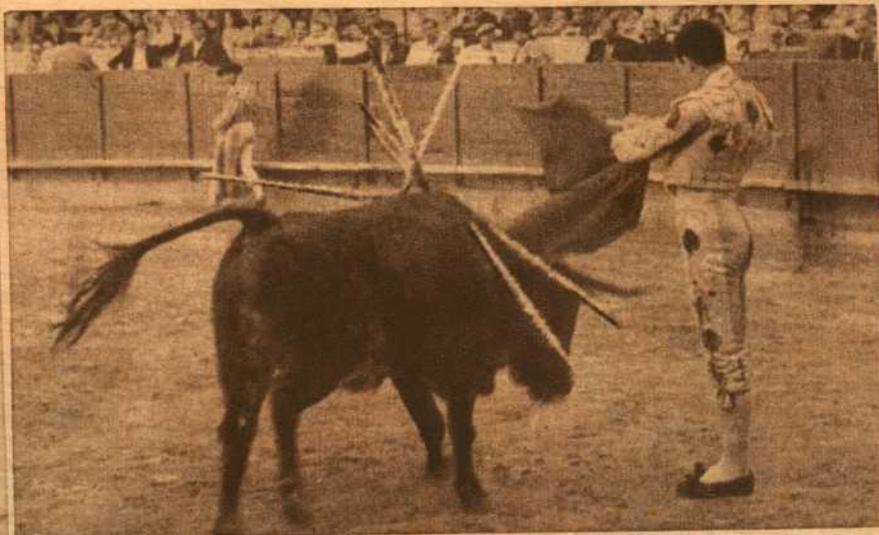
Carnicerito de Méjico toroando de muleta a su primer toro



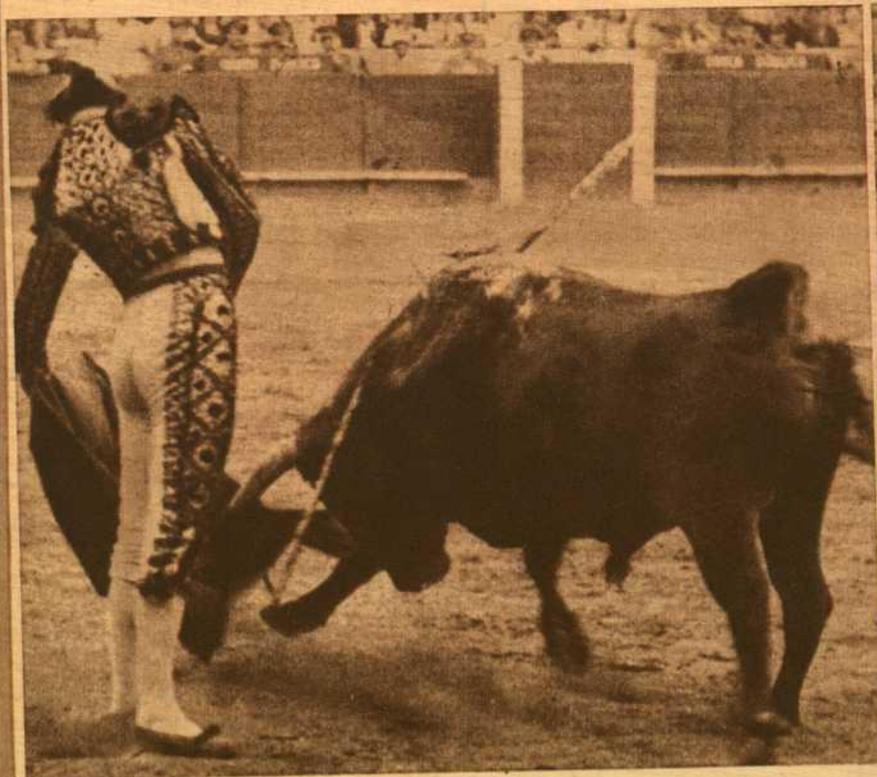
El torero mejicano en un pase por alto al empezar la faena



Escudero en una chieuelina al toro primero de los suyos



Manolo Escudero al empezar la faena con un estatuario pase por alto



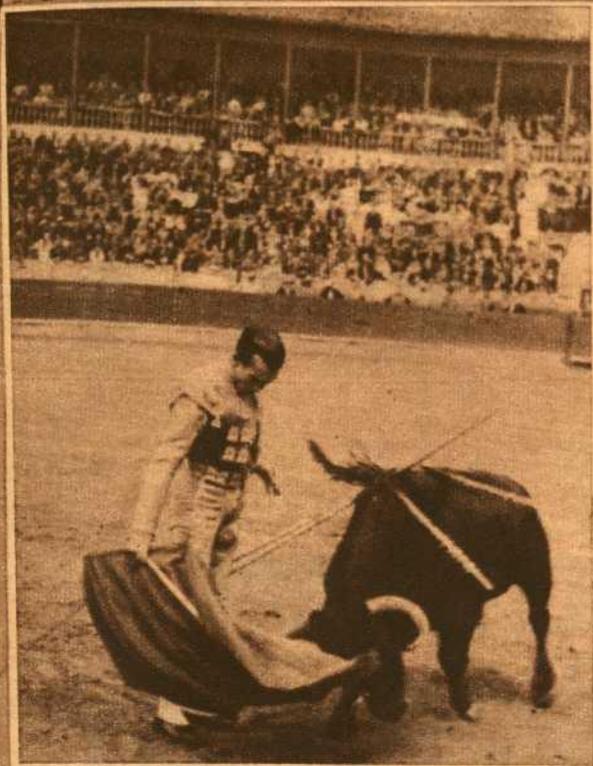
Julián Marín, que tuvo un clamoroso éxito toroando de muleta



Julián Marín es sacado en hombros por el público barcelonés
(Fots. Valls)

CARTEL DE BURGOS

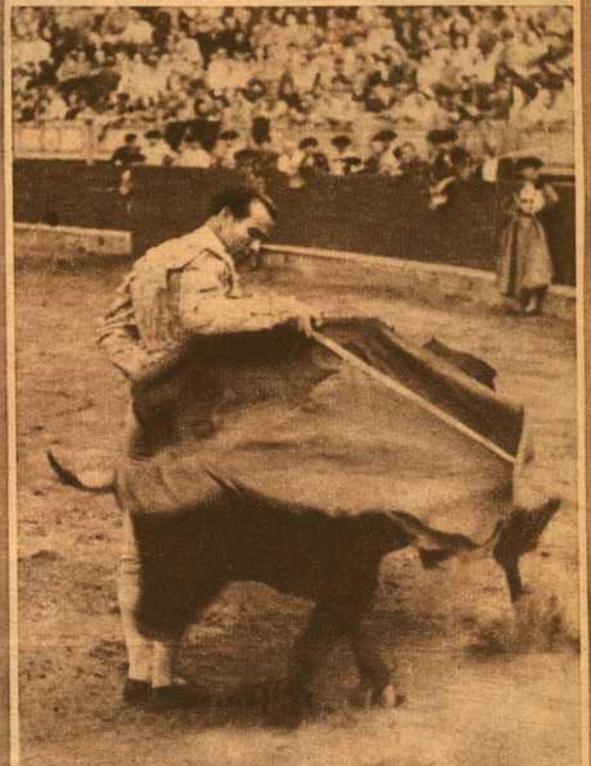
DOMINGO ORTEGA, SILVERIO PEREZ, FERMIN RIVERA y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Ortega toreado de muleta en su primer toro



Silverio Pérez y Ortega saludan al público y dan la vuelta



Ortega en una manoletina a su segundo



Silverio Pérez en un pase por bajo a su primer toro. Abajo: Un estatuario de Pepin Martín Vázquez



Un natural de Fermin Rivera. Abajo: Momento de ser cogido Pepin Martín Vázquez (Fotos Mari)





MANO A MANO EN BARCELONA



La última corrida que los dos toreros heridos en la actualidad torearon mano a mano fué en Barcelona. Las fotos dan muestra del éxito ruidoso que ambos toreros alcanzaron, demostrándoseles una vez más el cariño de los públicos por toreros que como ellos salen a darlo todo sin reservas (Fotos Valls)

